José Delfín Val

LANZAS, ESPADAS Y LANCES

Junta de Castilla y León

t. 20837
C. 1010681

DONACION
DE LA
CONSEJERIA DE EDUCACION
Y CULTURA
JUNTA DE CASTILLA Y LEON

JOSÉ DELFÍN VAL

LANZAS, ESPADAS Y LANCES

JUNTA DE CASTILLA Y LEÓN
Consejería de Educación y Cultura
1996

R. 27918

© José Delfín Val

© 1996, de esta edición:
JUNTA DE CASTILLA Y LEÓN
Consejería de Educación y Cultura

Maquetación y cubierta: Jesús Capa

Motivo de cubierta: *Derribo de un picador,* de Domingo Criado.
Colec. González Forjas.

I.S.B.N.: 84-7846-502-2
Depósito Legal: VA. 711.–1995

Imprime: Gráficas Andrés Martín, S. A.
Paraíso, 8. Valladolid

PRÓLOGO

Una serie de artículos taurinos, publicados en periódicos y revistas, han desembocado en ensayos unos, apuntes históricos otros y, lo que realmente fueron los más, artículos periodísticos. Pero acontece que lo que en aquellas páginas –casi de urgencia y de limitado espacio– se sembró, con el tiempo sedimentó y en el sedimento crecieron más ideas, más datos y un mayor deseo de ampliar el asunto tratado, acrecentando la investigación. De tal manera, que lo que fueron breves artículos se transfomaron en reflexiones más largas y calmas, buscando el fondo. Un fondo que tampoco hemos alcanzado ahora, ni podrá nunca alcanzarse. Por sí mismos hablan los constantes añadidos que les he ido haciendo a cada uno de estos trabajos cada vez que les ponía la vista encima. Otros, que fueron escritos sin ningún tipo de urgencia periodística y por consiguiente con mayor hondura y extensión de propósito, han permanecido inéditos hasta hoy.

He tardado más de un año en dar a la imprenta estos artículos y ensayos, porque las propias características de su conjunto lo hacían interminable. Aún hoy, en que me decido a entregarlos, sigo creyendo que están interminados. Con frecuencia he sentido la tentación de seguir cortando tela. Pero este libro de cosas taurinas no debe ser ni el cuento de la buena pipa, ni el cuento de nunca acabar. Con lo que hay es suficiente para entretener unas horas a los aficionados a los toros y a la historia, pues ambas disciplinas torean al alimón en las páginas de «Lanzas, espadas y lances».

JOSÉ DELFÍN VAL

Plaza partida (detalle). Francisco de Goya.
Ashmolean Museum, Oxford

I

LOS PRIMEROS DIBUJOS TAURINOS DE LA HISTORIA

Una corrida de toros del siglo XVIII vista y escrita por Emmanuel Witz

«La Tauromaquia» de Goya es, hoy en día, la colección de grabados españoles más universalmente conocida. Goya fue el mejor y el más popular, el más participativo y el de mayor intensidad escénica, el que supo darle a los instantes captados la mayor autenticidad histórica y el mayor rigor taurino. Pero no fue en el orden cronológico el primero de los artistas españoles que trató este asunto en el conjunto de su obra.

Algunos años antes lo había hecho el pintor y grabador salmantino Antonio Carnicero, a quien se cita siempre como el primer artista español que grabó una colección de doce láminas taurinas, como así es. Pero, si bien fue el primer pintor español, no fue el primero en dibujar las diferentes escenas en que se desarrollaba una corrida de toros en el siglo XVIII. El primero de todos los artistas taurinos –si las fechas confesadas por el propio artista son absolutamente veraces (y no hay razón para pensar lo contrario)– fue el pintor suizo y hombre de mundo Emmanuel Witz, quien vivió en España por lo menos 20 años, según propia confesión, y presenció muchas corridas de toros sobre todo entre los años 1754 y 1760 en Madrid. Hasta hoy, sus dibujos y el relato que escribió de una corrida de toros en aquellos tiempos del rey Fernando VI, ninguno de cuyos momentos le pasó desapercibido, han permanecido poco menos que inéditos y desconocidos para los aficionados a los toros y a la pintura. Muy pocas personas vinculadas a la taurología y a la pintura conocen la existencia de este artista como pintor taurino, habiendo sido realmente el primero de todos ellos. Más adelante trataremos con todo detalle su obra taurina, sus circunstancias y sus asombros, que hoy también serán los nuestros.

Goya grabó las primeras láminas de lo que más tarde sería su «Tauromaquia» siguiendo el texto de la famosa «Carta Histórica sobre el ôrigen y progresos de la Fiesta de toros en España» de Nicolás Fernández de Moratín, dirigida al Príncipe Pignatelli, que se había publicado en 1777 y que fue reimpresa en 1801. «La Tauromaquia» se dio a conocer en 1816, en el mes de octubre, con 33 láminas que en 1876 pasaron a Francia, donde el editor Loizelet realizó una nueva impresión a la que el pintor había añadido 7 planchas más que no aparecieron numeradas, sino alfabetizadas de la A a la G. En la actualidad todas estas planchas son propiedad de la Real Academia de Bellas Artes de San Fernando, en Madrid, en una de cuyas salas se exhiben.

Si bien la colección taurina de «don Francisco, el de los toros» es la que, por la categoría de su autor, propagó por los ámbitos mundiales de la cultura la tradición taurina española, no hemos de olvidar que la suya no fue la primera colección de estampas que el mundo vio, aunque sí fuera la mejor y la de raíz popular más acentuada. Hemos de destacar, muy especialmente por su primitivismo y originalidad, aquella colección de láminas, muy desconocidas, de Emmanuel Witz, un artista extranjero que permaneció en la corte española durante 20 años. «He residido unos veinte años en este reino y he tenido ocasión de ver numerosas corridas que los españoles llaman «fiestas de toros» y creo haber observado las principales circunstancias; y a petición de los curiosos he pensado en ponerlas sobre el papel y acompañarlas de unos croquis con figuras». Emmanuel Witz estuvo en España hasta 1760. Vino aquí interesado y atraído, en principio, por el advenimiento de los borbones y la corte de Fernando VI; después, por lo que él calificaba de «combates de toros» y finalmente por una cuestión que le pilló estando en España y de la que escribió una sabrosa crónica. Me refiero a la transición que el decurso de la fiesta empezaba a experimentar: las corridas se prolongaban durante muchas horas cuando se trataba de festejos reales y la parte correspondiente a los toreros de a pie empezaba a ser tan arriesgada, variada, atrevida, valiente y apasionante como la parte principal que correspondía a los caballeros. Empezaban, pues, a formarse cuadrillas fijas de toreros profesionales, que inmediatamente dieron paso a los primeros espadas famosos : Pedro Romero, Joaquín Rodríguez «Costillares» y José Delgado «Illo».

En realidad Emmanuel Witz, como tantos otros visitantes extranjeros, vino a comprobar si, en efecto, éramos un pueblo apasionado, sanguinario, bravo y vanidoso. Hizo, pensando en que su trabajo serviría de información para otros visitantes de España, una labor periodística excepcional: dibujar, para mayor precisión en el relato, lo que había visto en los diversos festejos taurinos a los que había asistido durante su estancia madrileña y construir con esos materiales una crónica soberana. Constataba, como testigo presencial, cómo se desarrollaba una fiesta de toros –un combate de toros– en la corte. Las impresiones escritas y los 26 dibujos que trazó ofrecen hoy tal interés que no resistimos la tentación de detenernos en algunas observaciones acerca de ciertas suertes que él plasmó y que ya hace mucho se olvidaron. Algunas nos resultaran asombrosas, otras pintorescas. Todas, en su conjunto, forman una cadena de secuencias del desarrollo de una fiesta de toros en la segunda mitad del siglo XVIII, cuando por mandato real se empezaba una nueva estructura del espectáculo y se acababa de inaugurar la primera plaza de toros de Madrid (1750).

Cuando hace algunos años nosotros acometimos la tarea de investigar en la trascendencia de la crónica y dibujos de este artista suizo, existían tres ediciones de su «Description historique du celebre combat de taureaux en Espagne, de la façon qu´il se pratique ordinairement a Madrid, capitale de ce Royaume». Una primera, solo conocida por los lingüistas, ya que apareció en la revista «Les lan-

gues neo-latines», boletín trimestral, con un breve comentario introductorio de Jean Paul Duviols. Esta que consideramos primera edición constituye el segundo fascículo del tercer trimestre del año 1978, número 225 (precio 20 francos). Un año después la «Union des Bibliophiles Taurins de France» publicó el texto y los dibujos de Emmanuel Witz, en una edición cuidada que no hemos tenido ocasión de ver. Y tampoco hemos visto la tercera edición aparecida en Francia a cargo de la revista «Toros», que dirige Pierre Dupuis, en Nimes (Francia). Escrito ya este libro, hemos podido disfrutar de una primera edición española. La promovida en 1993 por el Centro de Estudios Taurinos de la Comunidad de Madrid que ha hecho una muy cuidada edición facsimilar, con traducción, comentarios y notas de Diego Ruiz Morales. Documentado y localizado el texto y las láminas, vayamos al asunto y «tomemos al toro por los cuernos», que es un término que desconocería este visitante de la España del XVIII.

El manuscrito de Witz fue encontrado hace algunos años en una librería parisina, según cuenta Jean Paul Duviols del Departamento de Estudios Hispánicos e Hispanoamericanos de la Universidad de París. Consta de 48 páginas, con tapas en cartoné alargado «a la italiana», tamaño 21 x 14. Estas páginas, manuscritas probablemente en España, fueron complementadas con 26 dibujos en tinta china y aguada. La obrita no esta fechada, pero es razonable pensar que la redactara hacia 1760. El nombre del autor aparece manuscrito en la cubierta y era, hasta hoy, un perfecto desconocido, tanto para los estudiosos del arte como para los aficionados a la historia de los toros. «El librero que tenía el manuscrito ha muerto hace varios años y no sé a quién lo vendió», me decía J.P. Duviols en una carta de junio de 1992.

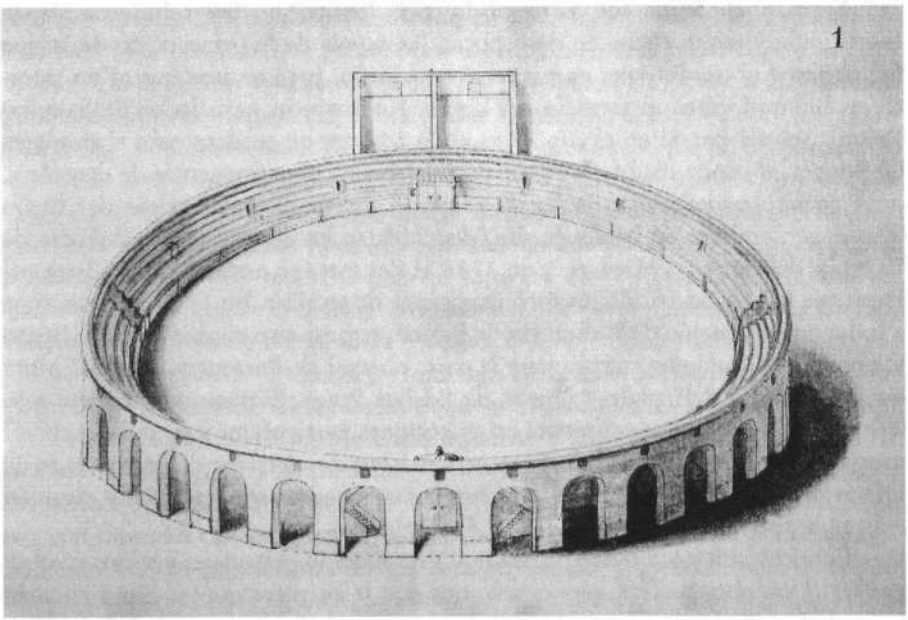
En la primera página del cuaderno de dibujo utilizado por Witz para escribir su crónica y plasmar 26 dibujos, de otra mano ajena a la del artista, aparecen escritos tres renglones en los que se dice lo único que del curioso cronista se debía saber: «Dessinés par Emanuel Witz, né à Bienne en 1717 (Suisse)». Todo lo demás lo hemos tenido que indagar por nuestra cuenta. Y las pesquisas han dado muy interesantes frutos.

Emmanuel Witz nació el 27 de junio de 1717 en Bienn (hoy próspera ciudad relojera de Suiza) y murió en 1797 a la edad de 80 años en el mismo lugar. Residió en París al menos en 1738, donde fue discípulo del pintor Louis Galloche y siguió su formación artística en el taller de P.J. Cazes. Acompañó a Lord George Keith, futuro gobernador del Principado de Neuchâtel en sus viajes por el sur de Francia y España, llegando hasta Valencia. Es de sospechar que hiciera inmediatamente un segundo viaje a España, pues en 1740 entra al servicio del conde de Aranda, el riguroso noble español que no se destacó precisamente por su afición a los toros, sino mas bien todo lo contrario, pues promovió uno de los intentos de suspensión de las corridas buscando la connivencia del Consejo de Castilla. (Al conde de Aranda le desasosegaban dos cosas: el exceso de mulas en los carruajes y las corridas de toros).

Emmanuel Witz fue perseguido por los tribunales religiosos de la Inquisición y encarcelado. Se desconocen las causas de la persecución de la que fue objeto y el tiempo que permaneció en prisión, pero se sabe que al ser puesto en libertad entró al servicio del conde Kollowrath, embajador de Sajonia-Polonia, participando en el año 1743 en la compra de cuadros para el ministro de Sajonia, el conde Bruhl. Witz solía cambiar con cierta frecuencia de «patrón», pues en su azarosa biografía figura también un tiempo al servicio del barón Wassenaer, embajador holandés. En Madrid hizo los retratos de la duquesa de Parma y del cardenal Migazzi, y en 1758 el del mecánico e inventor P. Jacques-Droz que había construido un autómata capaz de escribir. En 1760, tras un viaje a Italia por invitación de la duquesa de Parma, regresa a su ciudad natal de Bienn y a partir de aquel año trabaja para la corte obispal de Porrentry. En 1787 pinta un gran cuadro del conde y obispo de Basilea Franz, Sigismund Roggenbach. Algunas de sus obras se conservan en colecciones particulares y en museos. En el museo del colegio cantonal de Porrentry existen dos retratos de párrocos; en la iglesia de San Marcelo de Delemont hay cuatro cuadros con su firma y también existe obra suya en el Museo de Arte de Zurich.

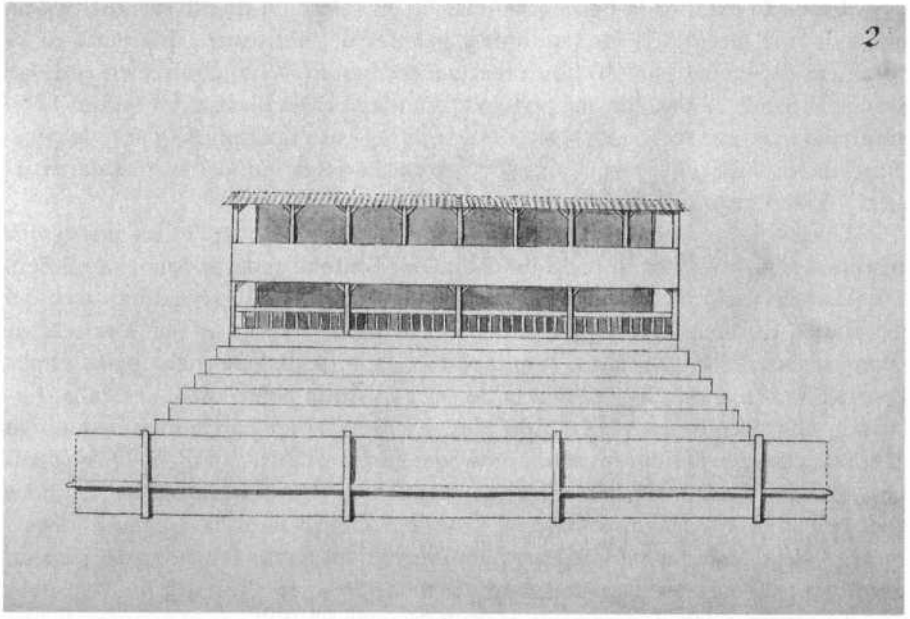
Conocido un poco más el hasta hoy desconocido personaje, veamos su obra gráfica. Una obra gráfica, por cierto, que fue la primera que se dio a conocer fuera de España y a la que, por tanto, le corresponde la primacía de haber informado a un reducido número de espectadores –antes incluso que Antonio Carnicero con sus magnífica serie de grabados– , de cómo era una fiesta de toros en aquel momento de transición entre la fiesta propiamente caballaresca y la formación de las primeras cuadrillas de toreros profesionales. Aquellos tiempos en los que empezaban a constituirse grupos estables de compañías profesionales del toreo; es decir, aquellos que hoy definimos con el término de «toreros», vocablo éste hasta entonces muy poco usado para personalizar determinadas acciones de los lidiadores a pie. Hasta entonces los únicos con derecho a ser toreros (y a ser así calificados) fueron los nobles caballeros, lidiadores a la jineta.

La serie de dibujos de Emmanuel Witz correspondiente a su crónica «Le combat de taureaux au XVIII siècle» se abre con el de una plaza de toros que no pudo ser otra que la plaza mandada construir por el rey Fernando VI a las afueras de Madrid y estrenada el 3 de julio de 1749, previa autorización (firmada en Aranjuez) del marqués de La Ensenada. Resulta curioso saber que esta plaza de toros madrileña fue inaugurada cinco años después de ser estrenada: en 1754. El anfiteatro se levantó «más allá del Parador de San José, hacia las Ventas del Espíritu Santo, en el camino de Guadalajara, ya en las afueras de aquel Madrid, frente a las tapias del Buen Retiro, a la salida de la Puerta de Alcalá», y aunque no ha sido hallado aún ningún expediente en el que consten los desembolsos hechos por el rey, es fama que Fernando VI la regaló a la Real Junta de Hospitales para que la administrara y, con sus beneficios, poder subsistir sin otro tipo de ayuda.


1

El escrupuloso investigador taurino Diego Ruiz Morales, que ha buceado en la documentación de esta plaza hasta tocar fondo, duda además de la veracidad del cartel inaugural y de la intervención en la construcción de los afamados arquitectos Ventura Rodríguez y Fernando Moradillo, que pasan –vienen pasando- por ser los autores de la traza y construcción del hoy desaparecido edificio taurómaco. Asegura Ruiz Morales que el plano y alzado de la plaza estaba firmado por Juan Bautista Sacchetti, italiano, discípulo de Filippo Juvarra y arquitecto del Palacio Nuevo (Palacio Real de hoy en día). Este y no Ventura Rodríguez era el arquitecto Mayor del Rey y Maestro Mayor de la Villa de Madrid. Ventura Rodríguez en 1749 era arquitecto sí, pero trabajaba a las órdenes de Sacchetti. Los planos de la plaza, que durante muchos años se habían dado por perdidos, fueron hallados y se encuentran actualmente en el Museo Municipal madrileño.

En lo referente al cartel inaugural, Ruiz Morales cree que la participación de Manuel Bellón «El Africano», Juan Esteller, José Leguregui «El Pamplonés» y Antón Martínez, no corresponde con la importancia del acontecimiento, pues en aquellos años Bellón era principiante, Esteller se distinguía especialmente por su valor en el toreo a caballo, Antón era un segundón y Leguregui un aprendiz. Eran toreros, por tanto, de poca monta para inaugurar la plaza de toros de la



2

corte en un festejo en el que, además, participaría el rey. Ruiz Morales cree solamente en la intervención de Esteller, que hacía cosas vistosas: en 1748 en Sevilla y con motivo de una visita real, puso unos rehiletes de los que se desprendieron dos pajaritos que ocultaban dos pequeñas bolsas sujetas a los palos.

Esta vieja plaza madrileña existió hasta 1874. Tuvo, por tanto, una vida larga, de 180 años. En este mismo lugar hubo otra anterior, de madera, que no debió conocer Witz, que se levantó para ayuda de la Sala de Alcaldes y que perduró durante sólo 11 años. En el día de la inauguración, por la tarde, hubo una corrida de 12 toros en la que intervinieron el rey y algunos caballeros de la corte. Fue un grandioso espectáculo de participación cortesana y villana. Pero la plaza recibió su fama y popularidad años después por ser la plaza de algunos grabados de Goya y en la que rivalizaron Pedro Romero y Pepe-Illo, que moriría en ella. La plaza de los triunfos de Juan León, Manuel Lucas, «Paquiro», « Cúchares», «El Chiclanero», Cayetano Sanz, «El Tato», «Lagartijo», «Frascuelo» y tantos otros.

Emmanuel Witz asegura haber asistido a las fiestas de toros dadas en la corte entre los años 1754 y 1760 y, además de ofrecer datos muy curioso sobre el desarrollo de este tipo de festejos, da otros muchos sobre las características de la construcción de una plaza de toros, como si su propósito fuera el de propagar

por el mundo exterior la fiesta española. En su colección de dibujos incluye un corte de una sección de los tendidos y galerías del anfiteatro, que tenía en su totalidad capacidad para 30.000 espectadores, según Witz, aunque en realidad eran solamente 12.000 los que podían acomodarse en la plaza, cifra que en 1754 resultaba más que suficiente. Deteriorada por el paso del tiempo y ante la necesidad de ser sustituida por una mayor, agotada su función, comenzó a derribarse el 17 de agosto de 1874.

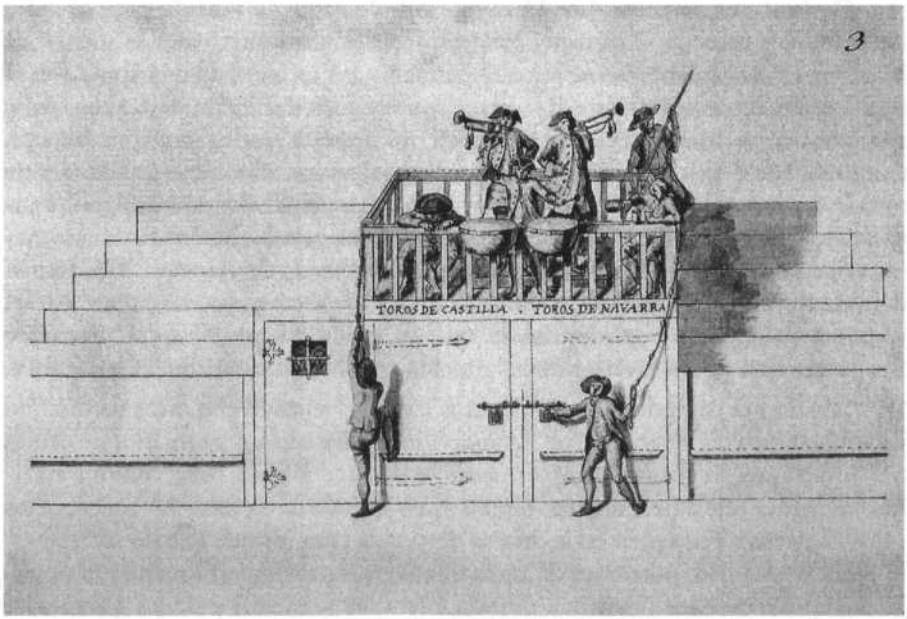
Un escritor anónimo que firmó como «Un curioso de esta villa» una reseña histórica en 14 páginas impresa por Manuel Minnesa, calle de Juanelo, número 19, Madrid, aseguraba que cuando la plaza fue construida «quedó a cargo del Comisario de S. M. Don Juan Lorenzo del Real, y después del Mariscal de Campo, Don Pedro Ceballos, resultando de la entrega, que dicha plaza estaba construida con toda solidez, siendo de cal y canto la pared que la cercaba, formando una circunferencia de 1.100 pies, y dando cabida con comodidad a unas 12.000 personas. Los compartimientos de la plaza estaban divididos en 110 palcos; gradas cubiertas en tres órdenes de asientos; los delanteros, los tendidos todos de sillería, y la contra-barrera. Contenía además la plaza diferentes departamentos: enfermería, habitaciones para facultativos, otras dependencias para los empresarios y corrales y cuadras para ganado».

La construcción de esta plaza madrileña costó 85.000 y pico escudos de oro, desembolsados, como es popular creencia y aquí se ha dicho otra vez, por el propio monarca Fernando VI. El expediente de pagos desapareció «durante la invasión francesa», como también es popular disculpa/creencia. En esta plaza se dieron 2.548 corridas en las que fueron muertos 23.056 toros, entre corridas de mañana y tarde, en plaza partida con dos corridas a la vez y en festejos de toros de ordinaria clase.

El último toro que se lidió en ella era del duque de Veragua, de nombre «Miranda», berrendo en negro, y lo mató José Giráldez «Jaqueta». En esta histórica plaza fueron cogidos con resultado de muerte tres primeros espadas: «Pepe-Illo», Cano, y José Rodríguez «Pepete»; dos matadores de novillos: Párraga y Barragán; un banderillero: «Bocanegra»; un picador: Luna; y un aficionado, un tal Oliva.

El tercero de los dibujos representa a los toriles con dos puertas. Y sobre ellos, la meseta en la que es tradicional que se sitúen los «trompeteros y atabaleros» o los que hoy denominaríamos como «timbaleros y clarineros». Sobre cada puerta figura escrito el lugar de origen de los toros que se van a lidiar. En el dibujo figuran «Toros de Castilla» y «Toros de Navarra». Los denominados «de Castilla» –denominación que posiblemente correspondiera a toros procedentes del Raso de Portillo, en la provincia de Valladolid– tenían el privilegio de abrir plaza en los festejos reales desde el siglo XV, como es sabido.

Un dato curioso que nos ofrece el dibujo es la ausencia de callejón y burladeros para defenderse de las acometidas de los toros los hombres que interve-



nían a pie. Esta circunstancia nos confirma lo incipiente de las cuadrillas de toreros que actuaban arriesgándose dentro de un circo cerrado. Los torileros se salvaban de la acometida del toro recién desenchiquerado, al disponer cada uno de ellos de una cuerda anudada por la que trepaban para ponerse a cubierto a la salida del toro e impulsándose desde el estribo próximo a la puerta de toriles.

La que aparece paredaña a la de los «toros de Castilla» es la puerta del verdugo y los perros de presa, que saldrían al ruedo –uno y otros– si fuera necesario. El verdugo, para poner orden y hacer que se cumplan las reales ordenanzas; y los perros, para dar espectáculo con los toros mansos.

Aprovechando que en el dibujo de Witz aparecen rotulados los portones de los chiqueros, conviene recordar la opinión que al picador y tratadista Don Josep Daza le merecieron los toros de Castilla. En su «Arte de torear» (1778) al describir las características de los caballos y toros de España, comenta de los toros castellanos que «en logrando el intento de arrollar a un contrario, como con desprecio se retiran. Acción alusiva a la expresión honrosa que suelen hacerle a los hombres de bien, diciéndoles que se comportan como honrados castellanos». Antes ha calificado los toros castellanos de «mui grandes, hermosos y de horrendo aspecto».

De los toros navarros dice Daza que son de pequeño tamaño pero grandes de bravura y astucia. «Los (que) exageran con el diminutivo de los toritos de Navarra, el escarmiento les reforma el desdén, y los recompensan después con el mote abultado de señores toros». Pero aún hay más del juego de ambas castas que con tanta frecuencia se reunían en los festejos reales preferentemente. Continúa Daza diciendo: «No es menos digno de notarse las raras qualidades de los toritos navarros, no solo por lo bravos, sino por lo advertidos, armando zancadillas, ardides y acometidas falsas, para cojer los cavallos indefensos, con tantas raterías que no las hará ningún Racional con más advertencias. Y si logran desarmar a un contrario no tienen cesación en darle cornadas, hasta rendirle el cansancio. Contrario proceder del de los de Castilla. Siendo tanto el veneno de sus puntas que pocos cavallos de los muchos que hieren escapan con vida».

¿Cuál es el comportamiento de estos toros en relación con otros de distinta procedencia y cuál la actitud de los individuos para con sus hermanos de camada? Josep Daza lo cuenta ejemplarmente, a la manera lisa y llana con que escribía, diciendo que «tienen otras rarezas bien dignas de notarse (se refiere a los toros navarros): Previenen en la dehesa destinada para los que han de correrse en la plaza de Madrid, porciones de toros de diversas provincias; (quando lo observé havia solo de ellos [continua refiriéndose a los navarros] y de los grandes de Castilla); tómanse de quimera uno de cada parte, que si el de Castilla abriera la boca, sin mucha violencia se tragaría al de Navarra; mas, si llegaran a la lucha, tendría el castellano sobre sí asaeteándolo a cornadas, a todos los toros de Navarra, sin que ninguno de Castilla le previniese defensa a su paisano». Después de dar su opinión, apasionada y personalmente vivida en su lucha con los toros de Castilla la Nueva, Andalucía y Extremadura a los que Daza conoció en el ejercicio de su profesión de picador, hace este varilarguero-escritor un encendido elogio de los toros que en Aranjuez criaba su majestad el Rey y pasa a contarnos que en Alameda de la Sagra «en dos corridas, que en ellas los pique y rejoneé sólo, todos creían el final de mi vida en cada uno, como lo fue la de quantos cavallos saqué a la plaza».

La cuestión a debatir entra en el terreno de la especulación: Los toros denominados de Castilla ¿de dónde eran realmente? ¿En que terrenos pastaban? ¿A qué provincia de aquella antigua división administrativa corresponderían esos terrenos? El posibilismo nos induce a pensar que las zonas de crianza del toro bravo no se han desplazado arbitrariamente y que la naturaleza con su paciente sabiduría nos permite pensar que los toros se criaban antiguamente en los mismos lugares que hoy en día. Por consiguiente, la reiteración de la presencia de los toros de Castilla en las fiestas reales a partir de los Reyes Católicos nos obliga a pensar que era un lugar donde se criaba abundantemente este tipo de ganado de forma natural (las toradas), hasta que llegaron los criadores y ganaderos. Al decirse «toros de Castilla» en tiempos de la reina Isabel y concedérsele a esos

toros la prioridad en la plaza, era deferencia que se hacía para con los toros «de las tierras de la reina castellana».

Consultemos el diccionario más antiguo y veamos qué nos dice en el epígrafe «toro». Sebastián de Covarrubias en su «Tesoro de la lengua castellana o española», publicado en 1611, dice:»Animal conocido y feroz, siendo irritado; en algunas partes donde son menos bravos que en Castilla, aran con ellos, como dixo Virgilio, lib. I Georgicarum...si no es que por allí (Roma) se tome el toro por el buey fuerte y corpulento». Covarrubias ya asegura que los toros de Castilla son bravos; y que los que lo son menos sirven para arar. Pero no confunde el toro con el buey, pese a que en su definición los cita conjuntamente por la frase, ciertamente confundidora, del poeta Virgilio en sus «Geórgicas». «Fuerte y corpulento». Así también debió ser –como se constata en otros autores– el toro de Castilla, el toro entonces « de moda» o el único tipo de toro que Covarrubias conocía, pues no recurre a ningún otro ejemplo. Es decir, fija el tipo zootécnico que se le viene a la memoria para hacer la definición del toro y caracterizarlo. Para Sebastián de Covarrubias no había más toro que el de Castilla, lo cual es un importante síntoma.

Conviene en este punto recordar que es posible que el autor del primer diccionario aludiera a los bueyes en su definición no solo por haber leído ese encomio de la vida campestre que son las Geórgicas virgilianas, sino también por haber visto lidiar bueyes bravos en Toledo, en la plaza de Zocodover y en repetidas ocasiones, pues era costumbre habitual, según testimonio del marqués de Piedras Albas en «Fiestas de toros» desde el siglo XVI.

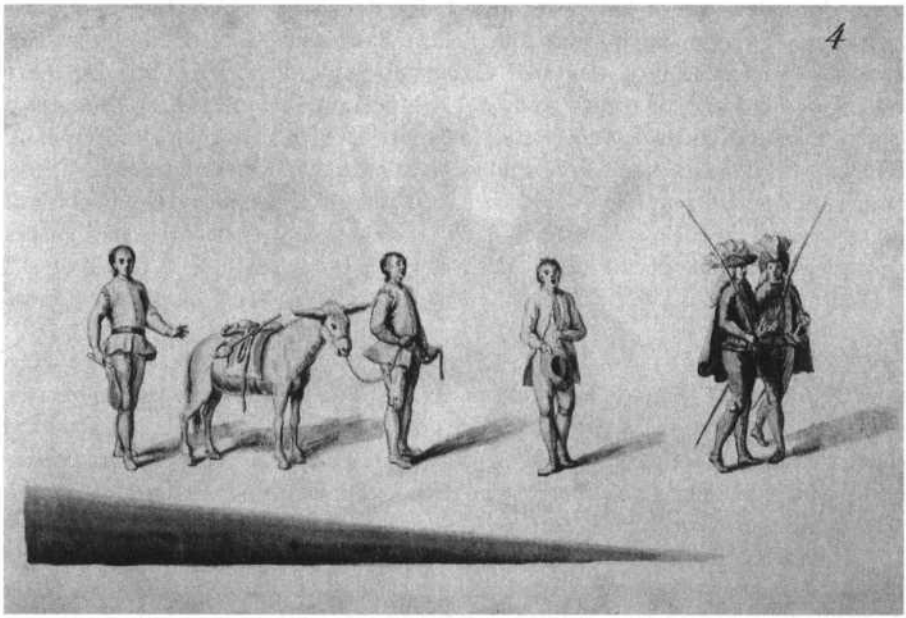
Ya tenemos, por definición, una cosa clara; que los toros de Castilla tenían el aspecto de bueyes y gozaban de fama de bravos y nobles. Y otra cuestión –que, si bien los cronicones y relaciones de fiestas no nos aclaran, se puede presuponer por exclusión– es que en la vieja Castilla las únicas toradas libres pastaban en los terrenos libres y otrora pantanosos del Raso de Portillo, entre Aldeamayor de San Martín y Boecillo, en la provincia de Valladolid. La fama de fieras corrupias atribuída a estos toros castellanos –denominación ampliada a partir del siglo XVIII con la constitución de los ganaderos con asentamiento en tierras de las dos Castillas– se prolongó durante muchos años; hasta tal punto, que cuando empezaban a profesionalizarse las cuadrillas de toreros en el último tercio del siglo XVIII, a las más afamadas no les gustaba este tipo de toros porque ponían en muy serias dificultades a los toreros de a pie y mataban muchos caballos.

A principios de nuestro siglo, Pascual Millán, prestigioso escritor taurino, tipifica como «toros de Castilla» los que pastaban en Colmenar Viejo, asegurando que eran los de este tipo colmenareño (gran alzada, cornalones, ágiles y duros de pezuñas, retintos y colorados) los que tanto temían «Costillares», «Pepe-Illo», Garcés, «Perucho» y Bartolomé Ximenez, y que eran aceptados a regañadientes por Pedro Romero porque habían sido vetados por aquellos primeros espadas. Este veto a los toros de Castilla, primero de los vetos en la historia de

la Tauromaquia, lo cuenta, documentado por un memorial, Don Natalio Rivas en su obra «Toreros del romanticismo». Relata el bueno de don Natalio que entre los papeles del conde de la Estrella se halló una carta dictada por Pedro Romero (que no sabía escribir) y dirigida a don Antonio Moreno Bote en la que el rondeño cuenta cómo fue la primera vez que toreó junto a José Delgado «Illo». Y, una vez hecho esto, añade: «No nos volvimos a ver hasta que nos juntamos todos en Madrid en la jura del Señor Carlos Cuarto para las funciones Reales; y para ver quien habia de ser la primera espada nos mandó llamar el Señor de Armona, Corregidor. Se sorteó quien había de ser primera espada y me tocó a mi, entonces me dijo el Señor Corregidor, pues Señor Romero, supuesto que le ha tocado ser la primera espada ¿se obliga V. a torear los Toros de Castilla?; respuesta mía, si son Toros que pastan en el Campo, me obligo a ello, pero me ha de decir su Señoría por que me hace esta pregunta, bolvió la espalda y abrió una cómoda y sacó un papel con el que me dijo, se lo pregunto a V. por esto: Era un memorial que habían dado Dn. Joaquín Rodríguez (Costillares) y Dn José Delgado (Illo) estando todos presentes , suplicando se prohibieran los Toros de Castilla, y por eso era la pregunta que me había hecho; si a mi me huviera pasado este lance, allí me huviera caído muerto de repente: Llegó la ora de hacer las funciones y seguí matando todos los Toros de Castilla según me obligué, a escepción de uno de los Toros, que por equivocación le echaron a Pepe Illo, que yo discurro fue a propósito, pues el tío Gallón, que era quien los apartava en el Toril, seria el que se lo echó»....»En aquella corrida, cuenta más adelante Pedro Romero, resultó cogido Pepe-Illo por rivalidar con Romero por la lidia no deseada del toro castellano y fue llevado al «Balcón de la Excma. Sra. Duquesa de Osuna» (suponemos que para ser atendido por su médico personal).

Queda claro que algunas figuras no deseaban los toros castellanos. Lo que nos llena de dudas es la procedencia de esos toros a partir del segundo tercio del siglo XVIII en que, según el escritor taurino de nuestro tiempo, Bruno del Amo «Recortes», se conocen como «toros castellanos» los procedentes de Salamanca, León y Valladolid, asegurando que los de mejor nota y más temerosos y renombrados eran los de don Agustín Díaz de Castro, de Pajares de los Oteros, en la provincia de León. Aquellos toros eran temidos por los primeros espadas por su «tamaño, poder y bravura, pues dichos toros eran muy duros y difíciles en el último tercio de la lidia». De esta ganadería leonesa se lidiaron 20 ejemplares en las funciones reales de los días 22, 24 y 28 de septiembre de 1789 con motivo de la subida al trono de Carlos IV.

En el dibujo número 4 de Emmanuel Witz aparecen dos alguaciles, tres hombres y un burro. ¿Por qué llamó la atención esta escena al atento y atónito visitante extranjero?. Lo expone en su texto ilustrativo cuando dice: «En cuanto el Corregidor entra, los alguaciles le miran para vigilar las órdenes que pueda dar con una seña de la cabeza. Una vez terminado el cortejo (se refiere a la parafernalia procesional de reyes, príncipes, nobles caballeros, nobles cortesanos, guar-



dias reales, actuantes y alguaciles; y no, claro, a lo que se denominó después como despejo de plaza) los alguaciles desmontan y van a llamar al verdugo, que espera en su cuarto junto al toril, el cual sale acompañado del pregonero y de su ayudante que trae del ronzal a un asno de los que se utilizan para la administración de la justicia.»

No se malinterprete la traducción que hacemos del texto de Emmanuel Witz. Estamos seguros de que dice que el asno se utilizaba para la administración de la justicia, en el bien entendido caso de que era el irracional equino un elemento que formaba parte de los cortejos que se organizaban para el traslado de reos al lugar del castigo público. En otras palabras, el pregonero, el verdugo y su ayudante advertían a los espectadores de que quien promoviera broncas o peleas o hiriese a un toro lanzándole arma blanca, sería atado al asno y dado de latigazos. Era, pues, necesaria la presencia del verdugo para contener los desenfrenados impulsos de lo que se dio en llamar «el populacho».

Pero esto que cuenta Witz en 1754 venía de atrás y llamó la atención a todos nuestros visitantes extranjeros. «Desde el momento en que el toro es muerto y que los toreadores lo han abandonado, recibe mil golpes de espada de la canalla, que, a pesar de las prohibiciones que son hechas, se desliza en la plaza. Después de eso el alguacil lo hace arrastrar fuera de ese lugar por mulas muy

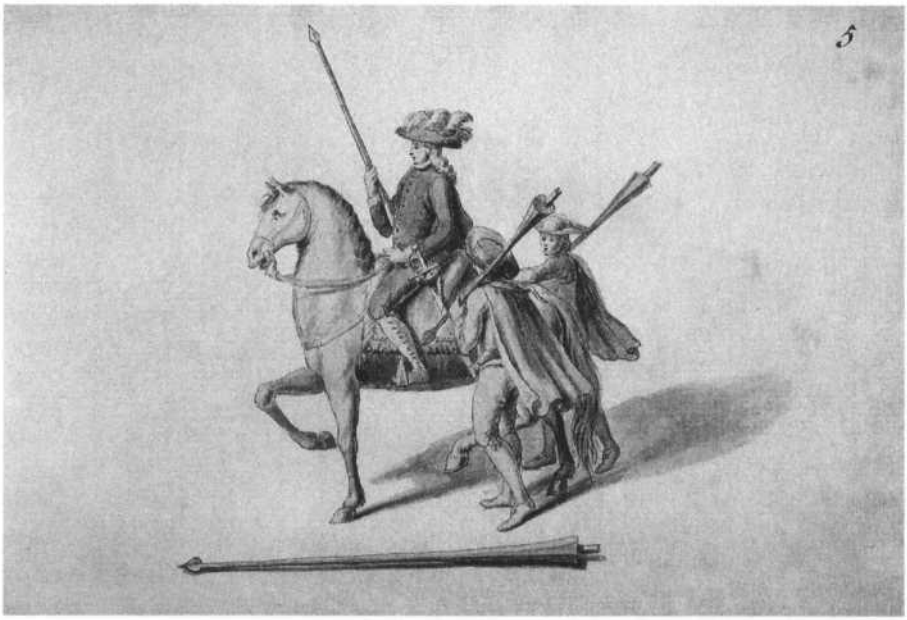
bien adornadas, que se lo llevan con toda la velocidad posible». Este es el testimonio de un viajero desconocido, que de forma anónima, publicó en Amsterdam en 1700 y en la librería de Jorge Gallet, el relato de su viaje por España y Portugal. Pero aún dice más cosas del comportamiento de los espectadores a quienes, pese a las amenazas, no se les controlaba ni castigaba debidamente. Helo aquí: «El deseo que demuestra esa nación de matar esos animales es increíble. Si por azar el pobre animal pasa cerca de los tendidos, lo atraviesan con mil golpes de sus espadas, y cuando lo derriban es a quien puede darle más golpes de sable, apoderarse de su cola o de sus partes vergonzosas, que se llevan en sus pañuelos, haciéndolas ver como un triunfo y como una señal de alguna famosa victoria».

Es evidente que el texto fue escrito por un mojigato, asustadizo y pacato que vivió nuestra fiesta de los toros en un continuo sobresalto y para quien los testículos de un toro son sus partes vergonzosas (habría que preguntárselo al toro). Es justo reconocer que si estas cosas le asustaron fue porque estas cosas se hacían habitualmente, aunque él fuera espectador de un par de festejos, lo que nos permite afirmarnos en la sospecha.

Este tipo de amenazas del Corregidor para poder mantener el orden en la plaza, se mantuvo durante muchos años, con algunas variantes en el texto de dichas ordenanzas, en las que estaba prácticamente prohibido todo lo que mínimamente pudiera entorpecer el desarrollo de la lidia o molestar a los lidiadores, lo que interpretamos como un síntoma de que la fiesta se iba normalizando y reglamentando desde la autoridad. En tiempos del rey Fernando VII se dictaron unas normas muy peculiares que, en líneas generales y en bando público antes de cada corrida, se leían en calles y plazas. En este bando se «prohibía bajar a la plaza a ninguna persona del público, ni sacase armas, ni silbase, vocease, ni hiciese malas acciones, ni fumase, ni encendiese yesca, ni cambiase de sitio, ni saliese por las puertas de los tendidos a la plaza, sino por las que comunicaban con los portales». También prohibía que se arrojasen perros, gatos, cáscaras y frutas; se aconsejaba que por las calles se circulara sin palos ni bastones que incomodaran la marcha de la gente. Estas pintorescas normas, que se dictaban en Madrid, es de suponer que se hicieran extensivas a toda España, que, nunca mejor dicho, tenía a gala saltárselas a la torera, en lo más exagerado y menos dañoso para el conciudadano torero.

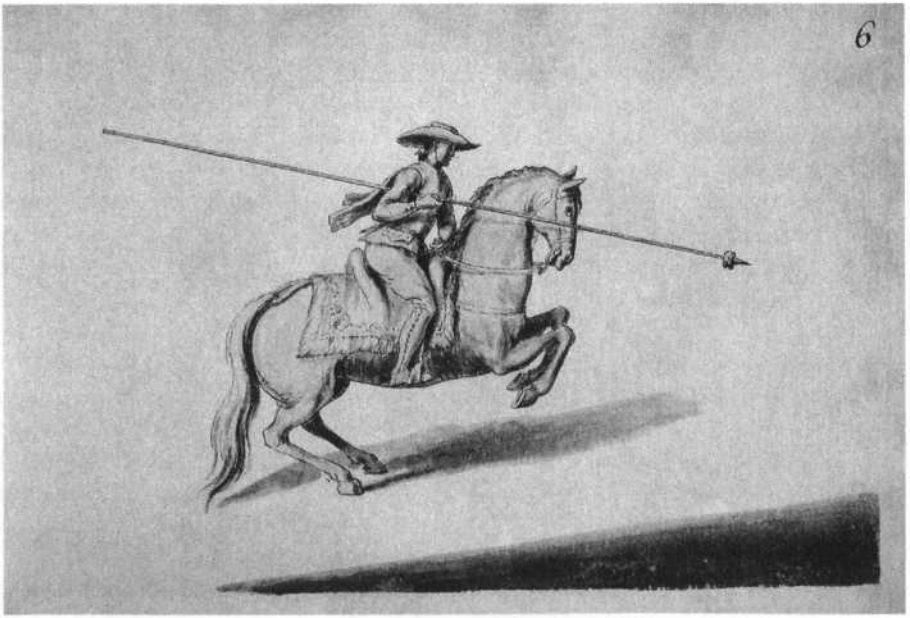
Todavía a principios del siglo XIX en algunos carteles se hacían las siguientes advertencias: «Se prohíbe absolutamente arrojar a la plaza gatos muertos, capas, palos, frutas ni cosa alguna que pueda dañar o molestar a los dependientes del Gobierno o a los lidiadores, ni que nadie pueda estar en las barreras, sino los precisos operarios, e igualmente que ninguno pueda bajar de los tendidos hasta que no esté enganchado el último toro, bajo pena de veinte ducados; y siendo persona de distinción, a la disposición del Magistrado».

El distingo, ofende (al plebeyo, claro).

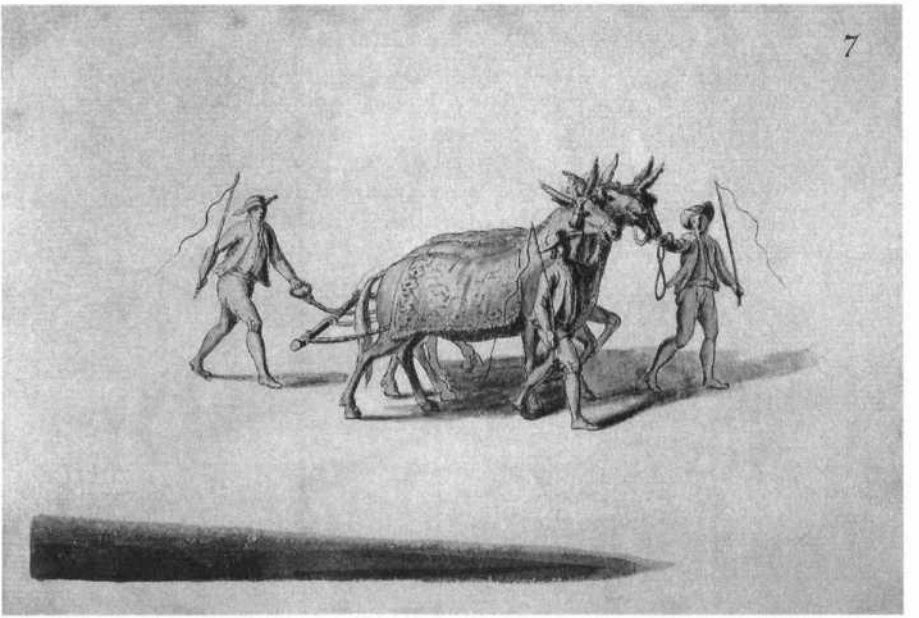


El dibujo número 5 representa a un caballero y a dos de sus lacayos. Los tres portan una lanza corta. Peligrosamente hay otra en el suelo que podría hacer caer al caballero del caballo en caso de que éste tropezara con ella. Quizás se hiciera así las cosas, sin este tipo de previsión. O con otra previsión, la de tenerlas prevenidas. Pero en disfavor de la ocasión, obra el percance. Witz justifica este dibujo diciendo que «mientras el público toma asiento, se distribuyen las lanzas de empuñadura, las banderillas y las picas alrededor de la plaza para tenerlas a mano. Las lanzas con empuñadura consisten en una especie de bastón largo de aproximadamente 5 o 6 pies, de madera de pino seco, grueso por un extremo y más fino por el otro. El lado más grueso está provisto de un mango de una largura de 5 pulgadas, cómodo para la mano». Esta es la descripción que hace nuestro visitante de los tipos de lanzas utilizadas por los jinetes en una corrida de toros, antes de que esta forma de lidiar a la jineta diera paso a los lidiadores de a pie y su rápida profesionalización.

Aparece en el dibujo número 6 un caballero vestido a la castellana, midiéndose con la lanza y templando la galopada del caballo, preparándose para picar un toro. Lo que vendría después podría ser o un lance noble o una sangría espeluznante. Porque, si el caballero perdía el caballo herido de muerte, o el rejón, o la lanza, o el sombrero, o cualquier otro elemento de su «vestido de torear»,



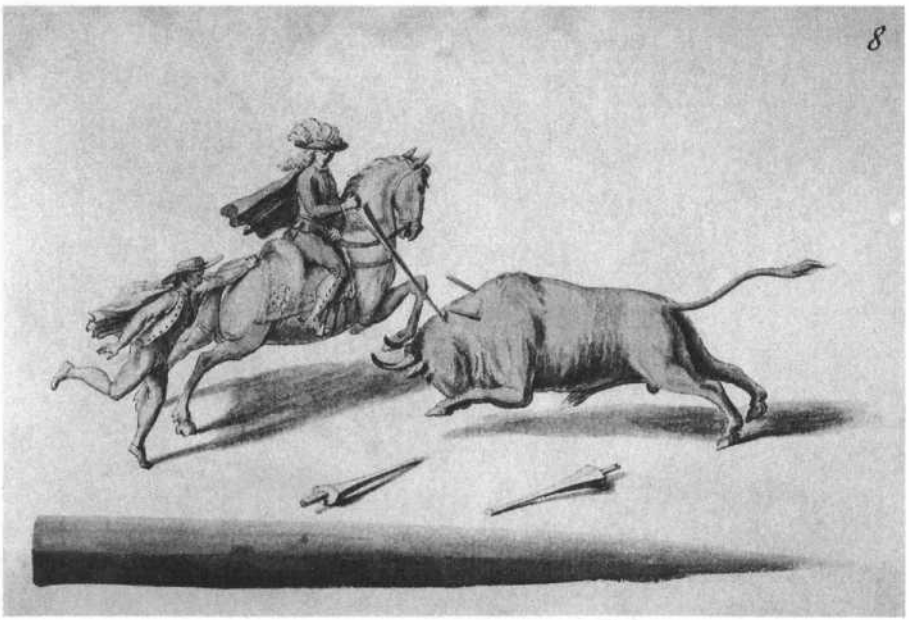
entonces entraba en un serio compromiso. Lo que llamaban el «empeño de a pie». ¿En qué consistía este empeño, este compromiso? Hemos de recurrir una vez más a los textos de don José Sánchez de Neira que lo explica compulsando a otros autores. Cuando en la actuación del caballero se daba alguna de las circunstancias adversas anteriormente expuestas «le era indispensable apearse del caballo, quedarse a pie, y con la espada dar muerte al toro, solo y en la forma que mejor podía. A este acto le dieron el nombre de 'empeño de a pie'. Gutiérrez y Alonso Gallo opinan en sus escritos del modo que dejamos dicho, y otros autores de nota, entre ellos don Pedro de Cárdenas, creían que el caballero, por tener herido su caballo solamente, no tenía obligación de satisfacerse, esto es, de acudir al empeño de a pie, 'porque el toro no tenía la culpa del descuido de uno'. No se crea por esto que el caballero iba a matar al toro en los términos acostumbrados hoy, ni mucho menos: dirigíase al animal con la espada desenvainada, al llegar cerca echábale la capa o ferreruelo sobre el testuz, y le acuchillaba y pinchaba hasta hacerle huir o matarle. En el primer caso, y a una señal de los clarines, la gente de a pie salía con garrochones a desjarretar al animal, que luego cedía al número e intrepidez de sus muchos enemigos. Resta sólo decir que la espada usada para estos casos por los caballeros no era la que ordinariamente ceñían, sino muy parecida al machete moderno, aunque más largo, o lo que es lo



mismo, ancha de cerca de tres pulgadas, con un solo corte afiladísimo, gran punta, de peso, y como de un metro de larga.»

Tres simples mulas atalajadas y tres mulilleros representan el dibujo número 7 de la serie de Witz. Los mulilleros –que «suelen ser del reino de Valencia», según asegura Witz–, era una terna de hombres que manejaban con agilidad y destreza tres mulas atadas juntas, bien enjaezadas y cubiertas de perifollos, cintas, borlas y flecos. Aparecen antes de arrastrar un toro. En un dibujo posterior serán dibujadas en plena acción. Estos pequeños detalles llamaron también la atención del curioso dibujante extranjero. Si bien es cierto, la observación acerca del origen de los mulilleros no tiene ninguna razón de ser. Puede que los que él viera fueran valencianos, pero la pintoresca observación resulta vana y sin consistencia lógica hacia la procedencia o nacencia del esforzado gremio de los mulilleros que siempre solían ser avezados tratantes de ganado.

En principio, antes de que los toreros de a pie tuvieran un mayor protagonismo en la corrida, jugaban un papel secundario, de meros ayudantes de los caballeros. El dibujo número 8 de Emmanuel Witz presenta un momento de la lidia a la jineta (del rejoneo, diríamos hoy, aunque el término aún no había sido acuñado) con lanza corta. El lacayo que ayuda a su caballero no tenía otra misión que la de servirle las lanzas cada vez que quebraba una. En el dibujo se supone



que ya ha quebrado dos que lleva, por cierto mal clavadas, el toro, a ambos lados del morrillo, mientras aparecen otras dos aún no usadas sobre la arena. Esas están preparadas para que se las sirva el lacayo-peón al caballero y continúe lidiando al toro hasta, de esta forma, darle muerte.

Entre las normas que el caballero se veía obligado a cumplir para no caer en el compromiso del «empeño de a pie» (comentado brevemente en el sexto dibujo), estaba también la de mantener en sus manos el rejón después de quebrado o perderlo en el cuerpo del toro sin haberlo quebrado. Si el caballo era herido por el toro, el caballero estaba obligado a desmontar y hacer frente al astado con la espada, como ya dijimos.

Cuenta un viajero por España, que en cierta ocasión un valiente caballero llamado Cárdenas, tuvo una hermosísima yegua herida en una pata, momentos después de haber rechazado una oferta de 200 doblones por ella. «En cuanto se dio cuenta de ello, empuñó el sable en la mano, sin echar pie a tierra, porque al presente están dispensados de ese rigor, y fue a picar al toro por detrás para hacerlo volver, de manera que le dio un gran golpe que poco faltó para separarle la cabeza del cuerpo».

A juzgar por unos versos de Quevedo, no todos los caballeros tenían ni la valentía ni la nobleza de atenerse a estas normas del juego. El «empeño de a pie»

era un riesgo de muerte, era estar en los mismos terrenos del toro con la sola defensa de la capa corta y la espada. A un caballero medroso, a un «toreador que cae siempre de su caballo y nunca saca la espada» dedicó Quevedo este soneto:

Si caíste, don Blas, los serafines
cayeron de las altas jerarquías,
y cuantas fiestas hay, caen en sus días,
y porque caen las rentas hay cuatrines.

¿Pues qué mucho que caigan tres rocines,
por lo manchado y por lo hambriento, harpías?
Si queréis remediarlo, gasta en lías
lo que gastastes en lacayos ruines.

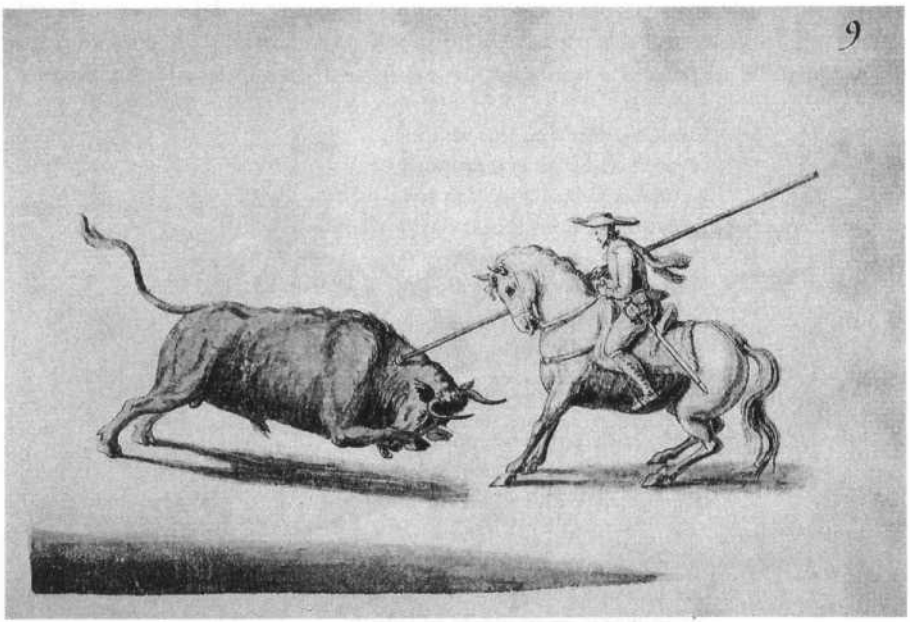
Como si ellos cayeran, los enfada
veros caer; y no hay balcón sin fallo,
que el toro le obligó a sacar la espada.

Callen y aguarden, como aguardo y callo,
que caerá de su asno, si le agrada,
quien tantas veces cae de su caballo.

Las láminas II, III, y IV de la serie de Antonio Carnicero presentan tres momentos de la lidia a la jineta con vara larga, y la lámina V es una caída y cogida del caballo. El picador y los toreros que salen en su auxilio visten ya al modo de los toreros del romanticismo. Pero en el dibujo número 9 de Witz todavía no aparece el caballero con su atuendo de casi picador, sino como un caballero castellano que –un detalle muy significativo– luce espada a la cintura. Es decir, todavía es un caballero que alancea toros a pesar de que el espacio de tiempo entre el dibujo del suizo Witz y el del salmantino Carnicero es de 36 años; un espacio relativamente corto que trajo importantes transformaciones en los modos y en las modas de los toreros.

Como el alanceamiento y el uso de la vara larga fue siempre uno de los platos fuertes de la fiesta de los toros –durante muchos años era el motivo fundamental de la fiesta–, este tipo de grabados es muy conocido. Sobre todo desde que los artistas extranjeros empezaron a copiar la serie de Carnicero. Pero no debemos olvidar que esta era una de las fórmulas más comunes en las funciones reales que usaban los caballeros castellanos para matar toros.

Hoy en día la única fiesta taurina que mantiene vivo este recuerdo y con él el uso de la lanza para matar un toro, es la del «Toro de la Vega» en la localidad vallisoletana de Tordesillas, que se celebra en el mes de septiembre. Desde tiempo inmemorial (y lo de inmemorial entiéndase solamente hasta donde alcanza la memoria de los documentos) se alancea por gentes de a caballo y a pie un toro



en la vega tordesillana que baña el Duero. El testimonio más antiguo nos lo da el libro de la Cofradía del Santísimo Sacramento de la parroquia de San Pedro, donde dice al folio 239 (v) correspondiente al año 1484 lo que transcribo: «Es Mayordomo el Muy Magnífico Don Ramón de Vega, Caballero de la Orden de Calatrava y su Comendador. Hubo vísperas solemnes, cantos de la catedral de Valladolid. Al día siguiente (que fue el 16 de julio), para coronar todo el culto divino tuvo (la cofradía) sus fiestas de toros, con dos toros por la mañana en la vega, y seis por la tarde».

Que en la villa de Tordesillas, ocho años antes del descubrimiento de América y diez de la firma del famoso Tratado por el que España y Portugal se repartían el mundo conocido, se celebraran alanceamientos de toros puede causar, cuando menos, sorpresa. Y que esa fiesta aún se mantenga viva, debe causar estupor.

Otro testimonio de 1642 dice que siendo Mayordomo Don Juan Zuazo y Villarroel, Caballero de la Orden de Santiago, Alcalde de Palacio y Juez de Bosques «el día 3 de agosto fue fiesta sagrada y al día siguiente hubo seis toros con toreros...uno por la mañana a la vega con sus clarines». La forma en que era muerto este toro en libertad –actualmente con derecho a ser indultado si logra alcanzar ciertos límites– era a caballo y con lanza del tipo de la que tradicional-

mente usaba la infantería castellana del siglo XIII, según dice el investigador de las costumbres tordesillanas Jesús López Garañeda a quien debo esta información.

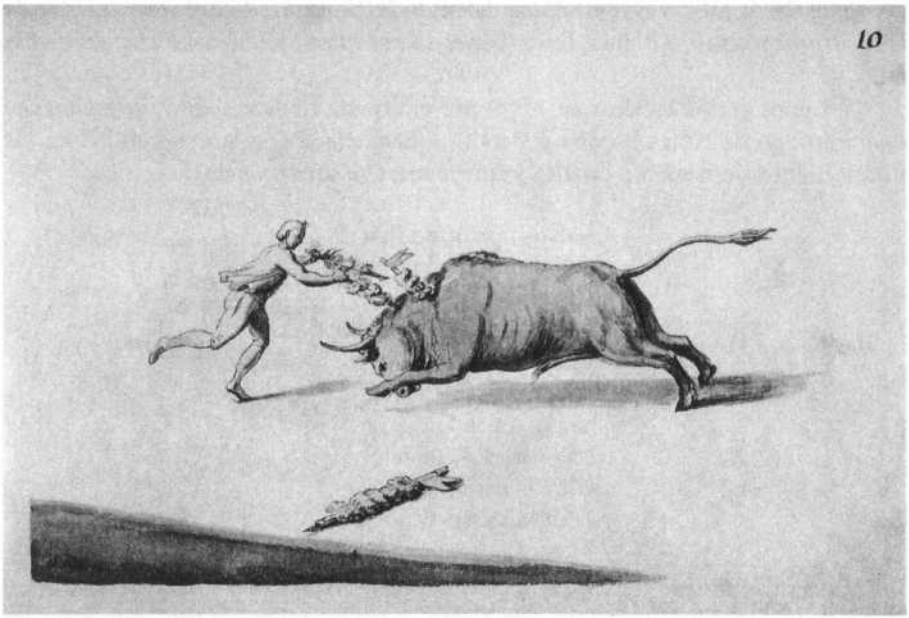
En unos versos escritos en 1659 por el arpista de la catedral de Salamanca don Santiago de Rojas España y Peralta, queda claro que la generalidad de los intervinientes lo hacían a caballo y que a veces se soltaba más de un toro.

«Mandaron otro soltar
de igual brío y braveza
y por tanta gentileza
salió al punto a campear.
Quiso tanto bizarrear
que se sirvió de desoro
su furia y no lo ignoro
que a vista de tanta gente
entre Cides valientes
desmenuzaron al toro...»

El dibujo que comentamos de Emmanuel Witz representa a un caballero alanceando, un poco delantero por cierto, a un acometedor toro que echa las manos por delante. Si el caballero marraba el lanzazo, la cornada al caballo era segura y el caballero sería descabalgado. El riesgo y la emoción crecerían en ese instante. Lo importante de este grabado es que resulta ser el antecedente de los picadores ortodoxos, la muestra ejemplar de lo que después hemos llamado suerte de varas.

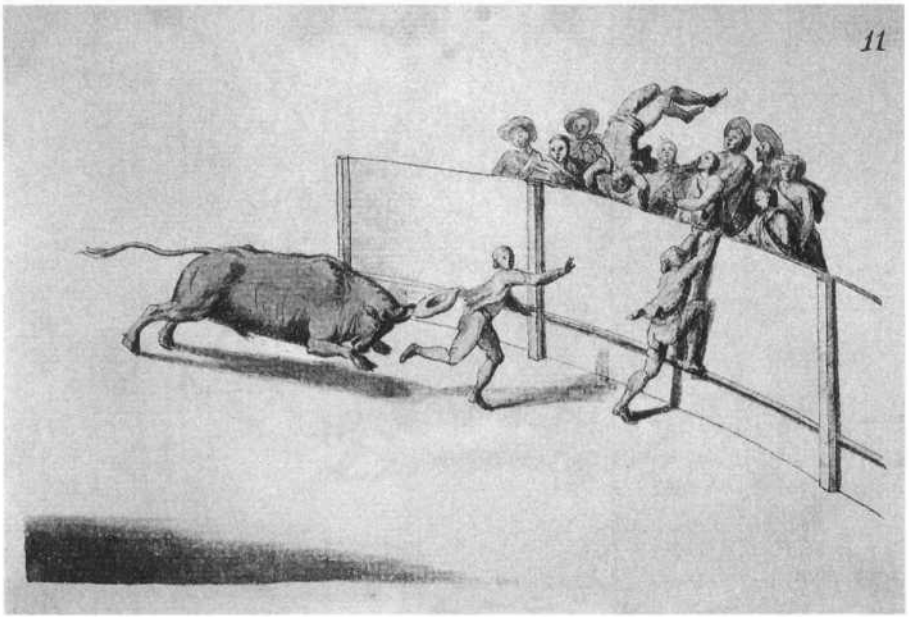
Cuenta en su crónica de 1754 Emmanuel Witz que una vez que los caballeros han combatido durante algún tiempo con el toro y éste ha recibido varias heridas, intervienen los de a pie para poner banderillas. «Pasan como un rayo por delante del toro y le clavan dos banderillas en el cuello (!)».

Hay una consideración más, propia de un aficionado extranjero, lamentando los resultados de esta suerte: «...el pobre animal se encuentra acribillado de banderillas entre la carne y la piel, que al menor movimiento le pican, causándole dolores tan agudos que da saltos increíbles». Era este el momento en que el caballero se retiraba, para dar paso a los toreros de a pie, que empezaban a practicar las diversas suertes y jugueteos con el toro y que dieron paso al toreo actual. Las banderillas, que tuvieron su antecedente en los dardos que se colocaban antiguamente de uno en uno, fueron una de las demostraciones de habilidad del famoso licenciado de Falces quien empezó a colocarlas de dos en dos. Aquel licenciado, don Bernardo Alcalde y Merino, nacido en Falces (Navarra) en 1709, fue el iniciador de la suerte de los garapullos emparejados, la suerte de banderillas que hoy en día constituye uno de los tercios más brillantes, por su valentía y plasticidad, del desarrollo actual de una corrida de toros.



Al cronista y dibujante le llamó la atención la ligereza de algunos toros y la valentía de los españoles. Y lo plasmó en un dibujo en el que aparece un hombre saltando la barrera de forma acrobática, otro a punto de hacerlo a la manera común, y un tercero perseguido por el toro. El sombrero que se interpone entre el toro y el último de estos hombres, haciéndole un quite providencial, formaba parte de las habilidades de los de a pie. Dice Witz que «si el hombre perseguido lleva sombrero, con un movimiento de cabeza lo deja caer tras de sí, de modo que sirva de distracción al toro».

Era costumbre que los caballeros en plaza lidiaran solamente la mitad de los toros enchiquerados. La otra mitad quedaba para los de a pie. Cuando se trataba de festejos importantes podrían lidiarse 18 toros; 6 por la mañana y 12 por la tarde. Los de a pie jugaban con el toro practicando toda clase de suertes, como el salto de la garrocha que representa el dibujo número 12 de la serie Witz. El que espera con espada y rodela, no está para hacer el quite, sino para continuar la acción practicando otra suerte. Consistía ésta en matar al toro protegiéndose con la rodela o escudo, e hiriéndole con la espada. Solía hacerse –este es el caso– con los pies atados. Algunos años después, Goya grabó esta arriesgada suerte que Martincho practicaba atado con grilletes y sobre una mesa, o entrando a matar recibiendo, sentado en una silla, a portagayola.

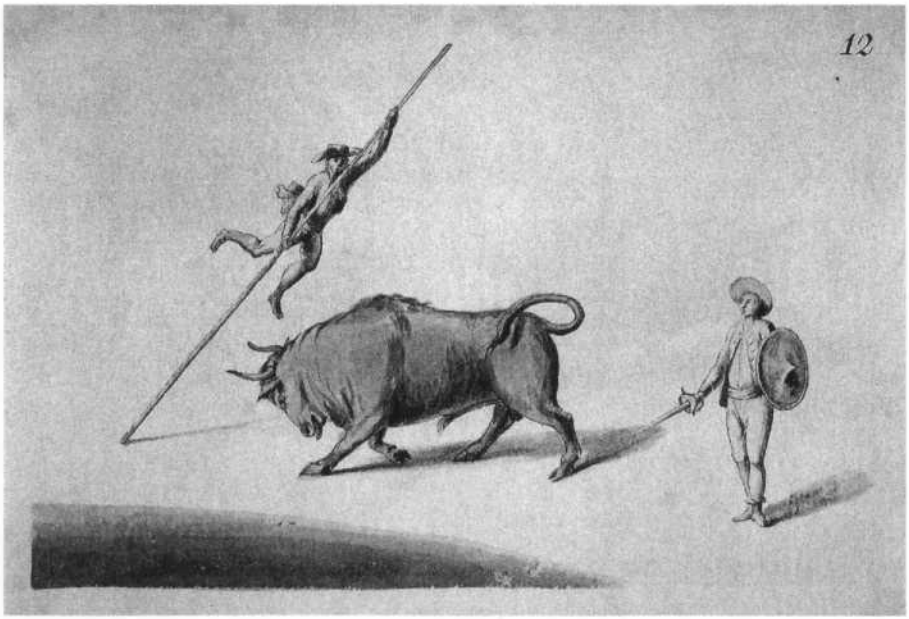

11

Una variante de la suerte reflejada por Emmanuel Witz en la segunda secuencia, la del de la espada y el escudo, fue ejecutada pocos años más tarde, en 1770, por el limeño Mariano Ceballos. Se le llamó la suerte «del puñal». Consistía en apuntillar al toro citándole con un sombrero y en el momento del embroque clavarle el puñal o cachete. La primera vez que realizó esta suerte el famoso Ceballos fue en la plaza de El Puerto de Santa María, el 5 de agosto del referido año.

La muleta todavía no tenía en la época en que hizo Witz su serie de dibujos la forma actual, pues solía utilizarse una capa corta de vestir. Pero la disposición del torero en el dibujo número 13 ya apunta la suerte de «matar recibiendo» que Costillares modificaría años más tarde, «al volapié», para los toros aplomados.

El tiro de mulillas –es la segunda vez que aparecen las mulillas y los mulilleros en la colección– arrastran al toro muerto. De los tres servidores, uno monta sobre la mulilla central. El dibujante fue minucioso con todas las secuencias de un festejo taurino, con el fin de que sus compatriotas supieran cómo era antes de que venir a España.

No le concede Emmanuel Witz demasiada importancia a la que hoy denominamos «suerte de capa», a juzgar por los pocos renglones referidos a esta parte

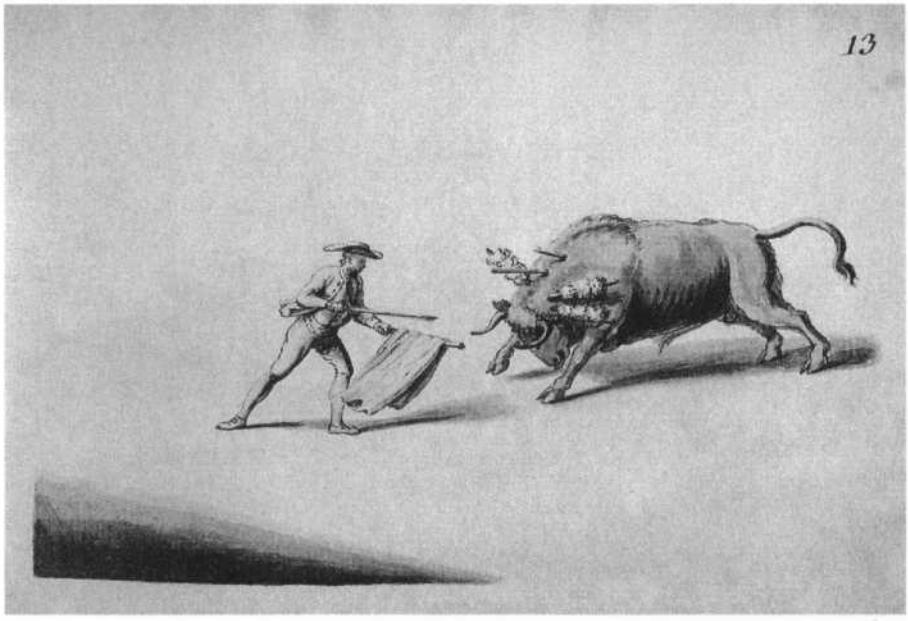


de los juegos de la gente de a pie. Solamente dos líneas en las que de pasada dice que mientras unos saltan al toro, otros le ponen la cataplasma y tratan de matarlo; los hay que engañan y agotan al toro, utilizando sus prendas de abrigo; en español, apostilla, se le llama a esto «capear».

Pese a la brevedad informativa en una suerte que es, en nuestro tiempo, una de las más elegantes y vistosas, el antiguo cronista nos deja caer, como sin darle importancia, una suerte que no está en los programas de ahora, pero que estuvo y evolucionó (si nuestras suposiciones no están descaminadas). Se trata del parcheo o lo que Witz da como una suerte de transición entre las suertes del salto del toro y su muerte; es decir, «poner la cataplasma». ¿Qué era esto de ponerle la cataplasma al toro?

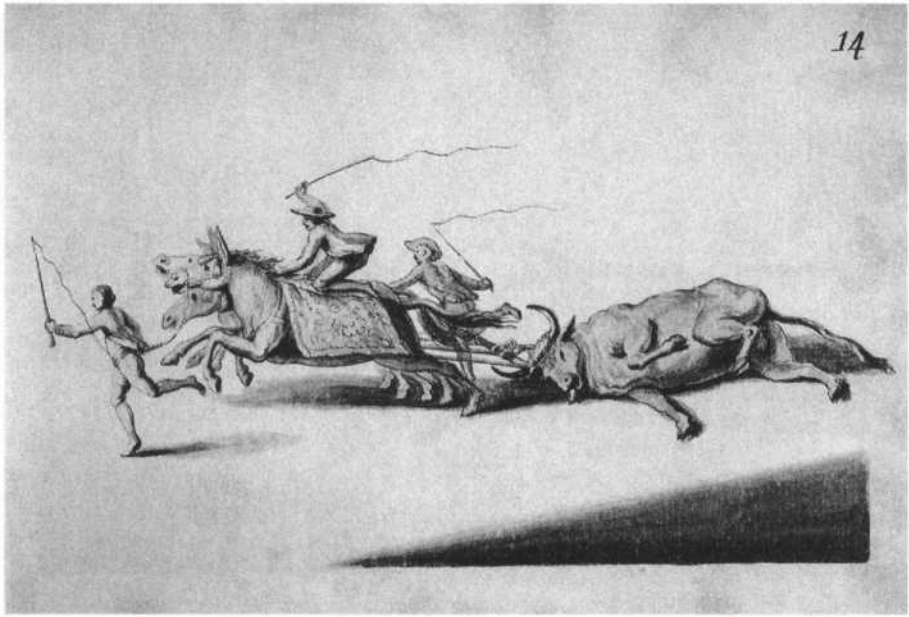
Poner la cataplasma o la suerte de la cataplasma es una suerte casi futbolística en el caso de la presente estampa. Pero no siempre fue así. Lo normal era utilizar las manos y no los pies. Se ve en el dibujo número 16. Pero requiere la ilustración gráfica otra ilustración textual.

Esta suerte aparentemente no tiene ninguna espectacularidad. Parece un lance sin importancia entre un hombre y un toro. El toro acomete y el hombre parece librarse del encuentro, a cuerpo limpio, ejecutando una especie de salto o paso de danza semi-circense. Podría parecer un recorte a cuerpo limpio, pero no



lo es. El autor del dibujo cuenta en el texto orientativo que determinados servidores de los caballeros solían practicar un juego muy peligroso consistente en «poner una especie de cataplasma bajo uno de sus pies, atrayendo al toro y cuando éste ataca, el hombre golpea con el pie la frente del animal, quedándose la cataplasma sobre sus ojos; luego, con una pirueta, el hombre escapa del toro».

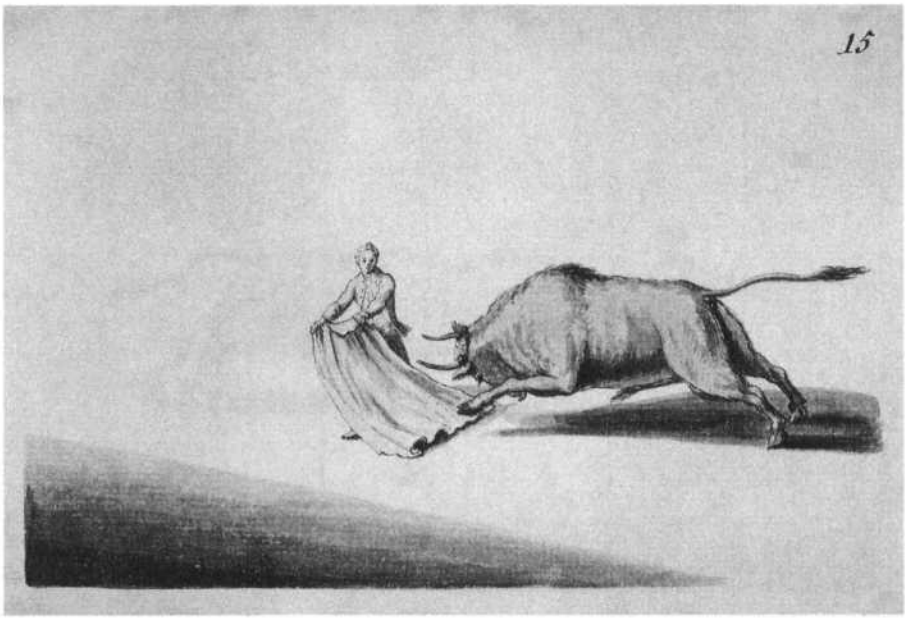
Esta demostración de valentía, que ni siquiera podemos llamar suerte o modo de torear, se practicaba así en 1754 y bien pudiera ser una variante de otro alarde de valentía como es el llamado «parcheo» que ya después en tiempos de Goya se hacía de una manera habitual, sobre todo en los festejos populares. La llamada «suerte del parcheo» consistía en ponerle con las manos –y no con los pies, como en el juego anterior de la cataplasma– parches adhesivos al testuz del toro o a sus costados. Estos parches eran simples trozos circulares o romboidales de badana o tela que estaban impregnados de trementina y se hacían de varios colores, con borlas y escarapelas. Los toreros parcheadores los colocaban a una o dos manos utilizando las mismas técnicas que para la suerte de banderillas: al cuarteo, a media vuelta, al sesgo y al recorte, tal y como indicaba «Paquiro» en su «Tauromaquia», publicada ¡ochenta y dos años después! de la aparición de este dibujo de Emmanuel Witz.



El dibujo número 17 de Witz representa a un lancero a pie apuntando su lanza hacia la cabeza del toro que acomete con fuerte embestida. ¿Se matarían así por los lanceros de a pie los toros que se corrían en la vega de Tordesillas en el siglo XV? ¿Es esta la forma ortodoxa de hacerlo a la antigua usanza?.

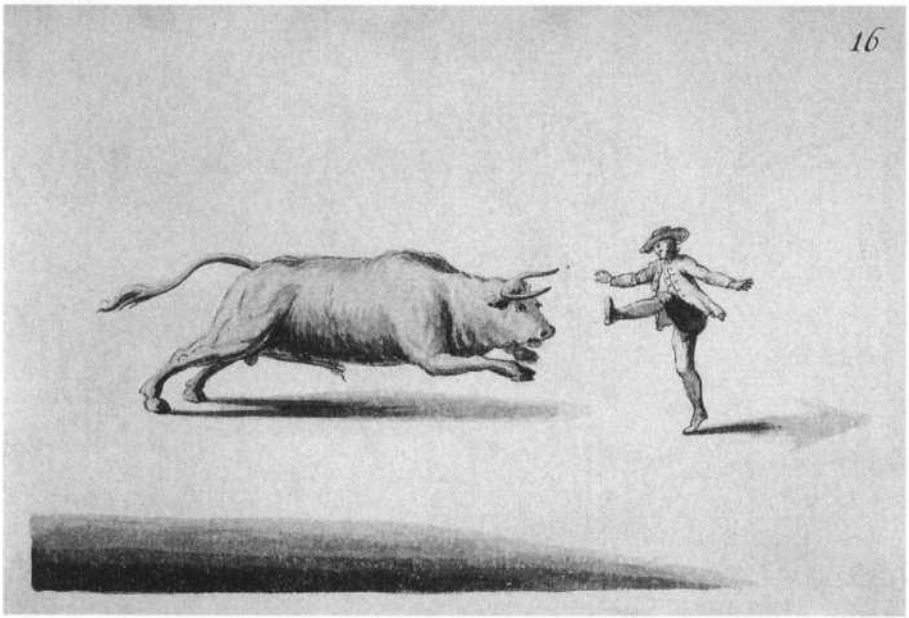
Cuenta el dibujante y cronista, que en algunos festejos que presenció en la corte de Madrid solían los servidores de a pie (nunca utilizó el vocablo «torero» en su texto que traducimos del francés) usar una lanza gruesa y de 8 pies de largo, con una hoja cortante con forma de corazón en un extremo. La suerte de la lanzada de a pie requería una cierta preparación previa. Se hacía un agujero en la tierra a unos 20 pasos del toril; un hombre colocaba su prodigiosa lanza en este agujero para que no resbalara, se ponía con una rodilla en tierra, sostenía la lanza con un brazo y, apuntando la lanza hacia la puerta del toril, mientras con la otra sacudía un trapo rojo para llamar la atención del animal, aguardaba la embestida. «Estando así colocado se da suelta al toro que embiste al hombre, quien dirige la lanza hacia la frente del animal que hunde su cabeza en el hierro con tal fuerza que también se introduce un trozo de madera». Witz afirma que cuando el hombre fallaba, solía producirse una tremenda cogida.

Don Josep Daza en su libro «Arte del torero» de 1778 (que reprodujo la Asociación de Bibliófilos Taurinos de un ejemplar que poseía en su biblioteca



particular su presidente, el conde de Colombí) no se muestra partidario de que se ejecute la lanzada de a pie. Y lo justifica pensando que es una muerte «repentina», si es certera. En el capitulo XXII especula sobre la inconveniencia de que esta terrorífica suerte continúe progresando. «Para lo que sí negaríamos nuestro voto, es para la lanzada de a pie que suele malograr un toro que, jugado de otra forma, daría el mayor gusto». Lo que nos obliga a pensar en que Witz, una vez más, tenía razón: el toro era alanceado o malherido y muerto, si acudía a la cita, nada mas salir de los chiqueros. Y no daba apenas espectáculo.

El autor anónimo de un libro de viaje publicado en el año 1700 por el librero de Amsterdam Jorge Gallet, ya citado anteriormente, afirma que las suerte de la lanzada de a pie es suerte propia del pueblo bajo. «Hay gentes del pueblo bajo que, llevando en la mano una especie de media pica, cuya madera es seis veces tan gruesa y tan fuerte, y el hierro ancho y largo en proporción, se plantan con una rodilla en tierra delante del toril, y el pie detrás, en un pequeño agujero, para estar firmes, y en esa postura aguardan al toro con mucha resolución. Cuando aparece, sorprendido al ver aquella postura, no deja de acometer, y cuando el hombre es diestro algunas veces lo atraviesa de parte a parte; tendiéndose a un lado, el toro pasa por encima sin hacerle ningún daño. Hubo de esos hombres en la primera fiesta en que estuve, uno de los cuales atravesó el morro con

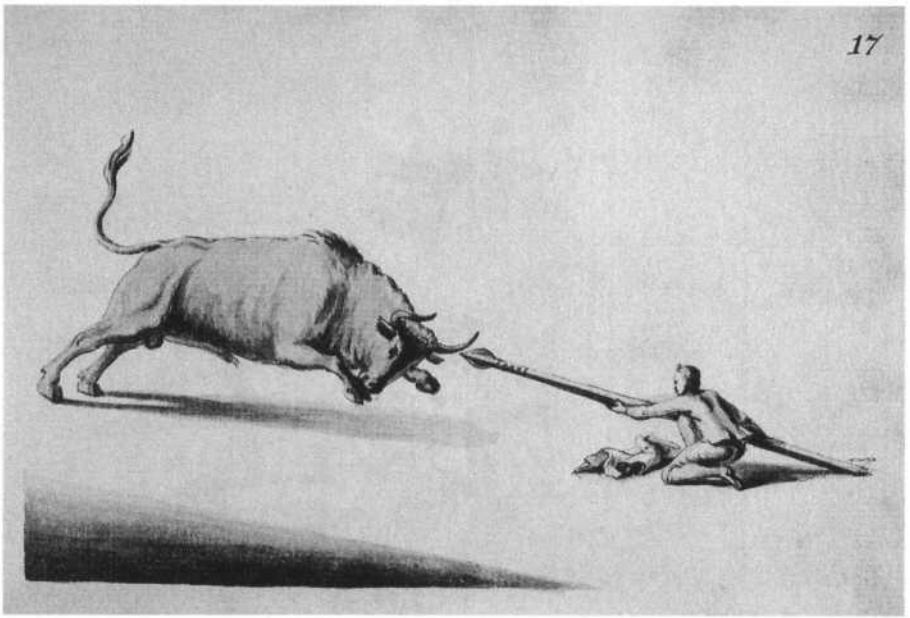

16

esa barra, como si lo hubiera hecho expresamente, y el toro, muy animado por ese golpe, salió saltando, lanzándose a través del pueblo y acometiéndolo de diversas maneras, lo que hizo reír mucho a los espectadores».

En la historia del grabado taurino no abundan estos de la lanzada de a pie. Recordamos haber visto otro, aparecido en la edición de 1804 de la Tauromaquia de «Pepe-Illo», que fue, tras la primera de Cádiz de 1796, la única con 30 láminas de las diversas suertes, aunque algunas, como ésta, no fueran tratadas por el verdadero autor de la «Tauromaquia o Arte de Torear» de Pepe Illo, que no es un secreto que fue el taurófilo don José de la Tixera. Aquella edición, por cierto, fue la primera de las cinco que se editaron en Madrid y que abarcan prácticamente todo el siglo XIX (1804,1827,1875,1879,1894). En un grabado sobre cobre, de autor anónimo, pero tomado de croquis de Antonio Yoli que permaneció en España entre los años 1750 y 1754, aparece como una de las múltiples escenas taurinas que se pueden contemplar, la lanzada de a pie.

Estos que veis aquí son los «dominguillos». Muñecos de trapo con una placa de plomo en la base para que siempre permanecieran de pie aunque el toro los corneara y los hiciera saltar por los aires.

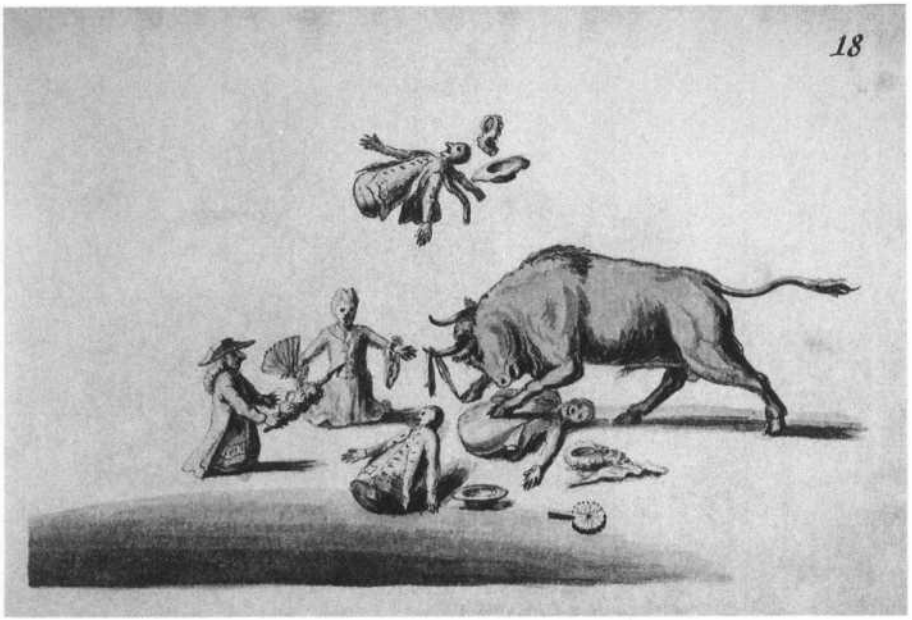
Solían colocarlos a pocos metros del toril para que fueran lo primero que el toro se encontrara en su ciega carrera. Dice el autor del dibujo que «lo que más



encoleriza al toro es que cuanto más los tire y aplaste, se levantan de nuevo con un bamboleo muy risible. Corre el toro del uno al otro, los cornea, pero siempre están de pie, aunque sus vestidos, sombreros, plumas, abanicos y cabeza vuelan; pero el cuerpo permanece en posición vertical».

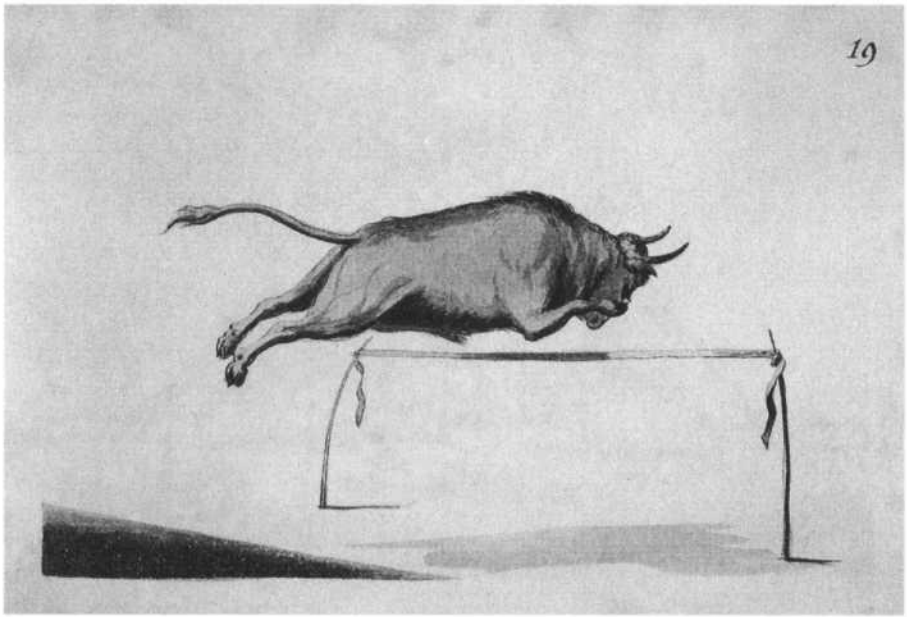
Desde aquel año de 1760 en que presumiblemente Emmanuel Witz trazara este curioso dibujo hasta muy entrado el siglo XIX, en todas las plazas se han plantado «dominguillos», eso sí, en festejos menores. Que la cosa no deja de ser una diversión; fiestas que se le hacen al toro.

En sus «Memorias de un vallisoletano setentón» José Ortega Zapata, abuelo de nuestro don José Ortega y Gasset, recordaba que las corridas de los años 1830 a 1837 que se celebraban en Valladolid en una plaza de quita y pon que se montaba unas veces en el Campo Grande, frente al Colegio de Niñas Huérfanas, y otras en el propio Campo Grande, frente al convento de Filipinos o junto al hospital de San Juan de Dios, «estaban reducidas a bien poca cosa; a poner en medio de la plaza dos dominguillos, hechos de pellejos, de los de vino, inflados, figurando muñecos, y vestidos de mamarracho, con una plancha de plomo en la base, para que al cornearlos los novillos, quedaran de pie; menos cuando, al tirarlos por alto, los despanzurraban del puntazo, con lo que la gente se reía a más y mejor».



El dibujo número 19 es el menos taurino y el más deportivo, si es posible atribuir esa condición a un animal en aquel tiempo. Representa a un toro saltando un obstáculo que se le ha puesto intencionadamente. Parece increíble y cuesta mucho dar crédito a este dibujo. Pero así lo reflejó Emmanuel Witz. Parece un «salto de altura» del toro y en cierto modo lo es. Dice en su crónica el artista suizo que los toros capaces de realizar estos saltos eran los que se traían de Navarra «de gran vivacidad y ligereza. Cuando los hay de este origen –continúa–, cogen dos bastones de aproximadamente 4 o 5 pies de largo, atan en el extremo superior una cinta roja bastante larga y los plantan a pocos metros del toril separados el uno del otro, de tal forma que la cinta quede tensa. Cuando sueltan al toro, es admirable ver con qué ligereza estos animales saltan por encima de la cinta sin tocarla, estando a una altura de más o menos 5 pies». (Si Witz medía en pies castellanos serían 28 centímetros por cada pie; si fueran pies franceses se trataría de 33 centímetros. De cualquiera de las formas la cinta era colocada alrededor de metro y medio sobre el suelo).

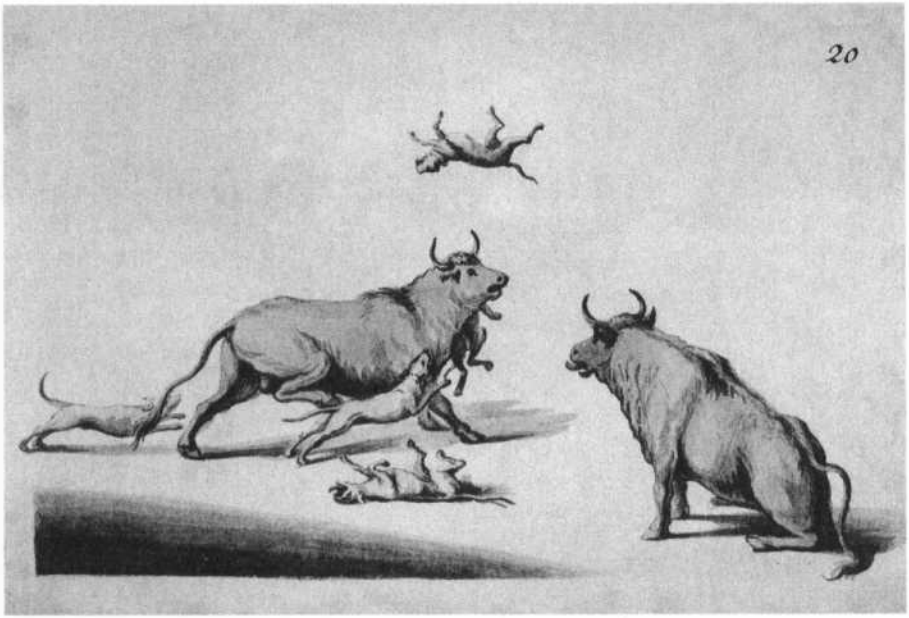
Los toros son capaces de dar estos saltos. De lo que no son capaces es de saltar por encima de una cinta pudiéndosela llevar por delante casi sin necesidad de tocarla, simplemente con la fuerza de su reburdeo. La suerte de presenciar esta suerte, mucha suerte es.



Cuando los toros salían mansos se les echaban perros. Este es un grabado muy repetido por los dibujantes y grabadores después de que apareciera este de Emmanuel Witz. La costumbre de sacar perros a la plaza para provocar las embestidas de los toros mansos, fue costumbre arraigada durante tiempo. Cuenta nuestro dibujante y cronista, que era el corregidor quien ordenaba la salida de los perros. Cuando esto ocurría, el alguacil se acercaba a la puerta del cuarto del verdugo para que éste hiciera salir a los mastines. Eran los perros el castigo impuesto por la autoridad a los toros mansos, y justo era, por consiguiente, que el ejecutor fuera el verdugo.

Si echamos la vista atrás veremos que los toros mansos solían ser desjarretados con la media luna por los moros en sus juegos taurinos tal y como lo representa Goya en uno de sus grabados. El toro que aparece a la derecha en el dibujo de Witz, ya desjarretado, lo habrá sido con espada; ya que si la suerte se hubiera realizado al morisco modo el dibujante no lo hubiera pasado por alto.

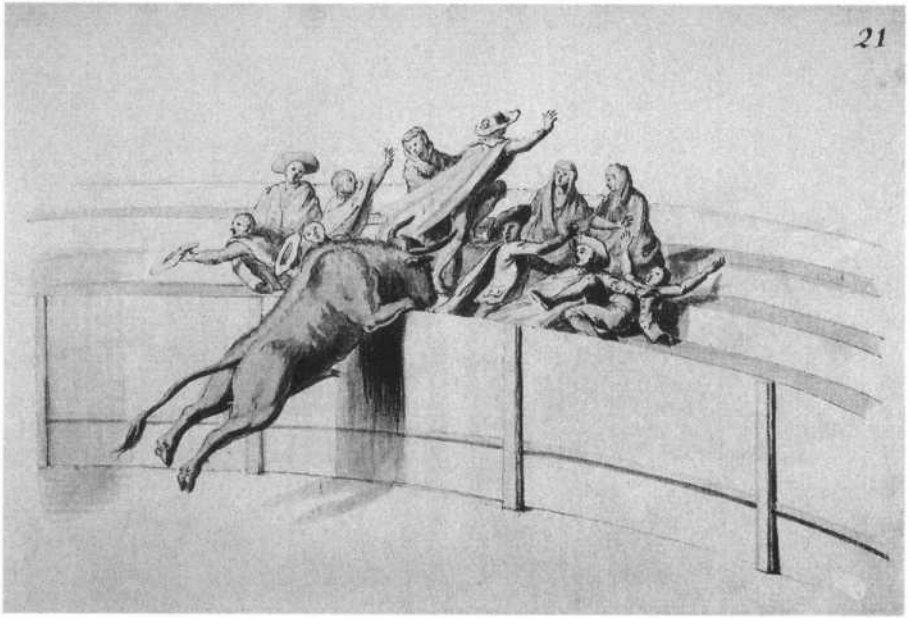
Ocurría con frecuencia que el toro saltaba la barrera persiguiendo a un «peón» y se hacía dueño del graderío. Puede sospecharse que esta intromisión del astado entre el público causara multitud de heridos y hasta muertos, pero Witz afirma que el toro apenas podía moverse con soltura en las gradas, que los hombres le agarraban por el rabo y le conducían de nuevo a la arena, y que los



más beneficiados por el incidente solían ser los rateros, que arramplaban con las prendas, sombreros y mantillas, momentáneamente abandonados por sus dueños. En fin, que el salto del toro al graderío era un motivo más de regocijo, aunque más tarde Goya recordara un suceso trágico que él mismo presenció en esta plaza al saltar un toro al tendido y prender en uno de sus pitones y matar al alcalde de Torrejón.

Cuenta Ventura Pérez en su «Diario de Valladolid» que en 1742, en el mes de septiembre, se dio a pregón un edicto que anunciaba para los días 10 y 12 fiestas con «castillo y porción de fuego de mano, con varilargueros y toreo a caballo en un toro a otro de D.Raimundo Franco de Torres, llamado comúnmente El Indio, y hace otras habilidades; y dos toros embolados, con cien hachas de viento».

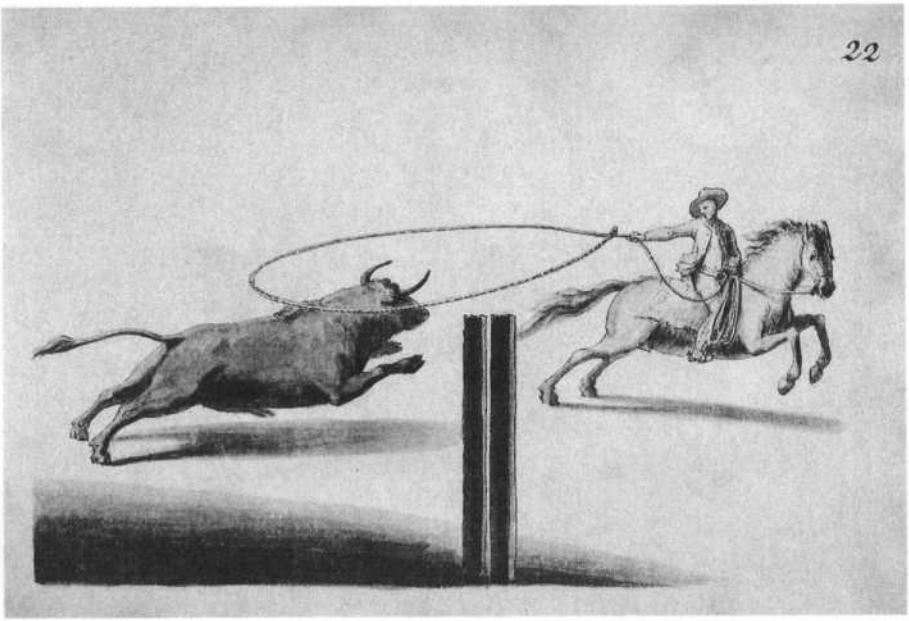
Este es el edicto a la letra. El dicho D.Raimundo toreó «el primer día en un carro o castillete de cañas y papel con rajón (sic), y el último día corrió sobre un caballo y echó un lazo con una gundaleta en los cuernos del toro, y le amarró a dos palos que tenía fijos en la plaza; se apeó y puso su silla al toro con pretal y gurupín y le cinchó y montó en él, y fueron tantos los brincos y corcovos que el toro dio, que a no tener dominio («demonio», se dice en el texto, sin duda por error, aunque hubiera valido) no podía menos de derribarle; pero no le derribó,



que era buen ginete, y así a caballo en aquel toro, rajoneó a dos toros, y luego para matar al que llevaba a caballo le dio en la nuca con un rajón corto y le cayó. Al otro día por la mañana amarró otro toro y le mató del mismo modo. Los comisarios dieron al indio ciento diez doblones y a los varilargueros ciento y a su cuenta los caballos. A los que se pusieron a cobrar sacaron luego censuras por si acaso se pegó moneda».

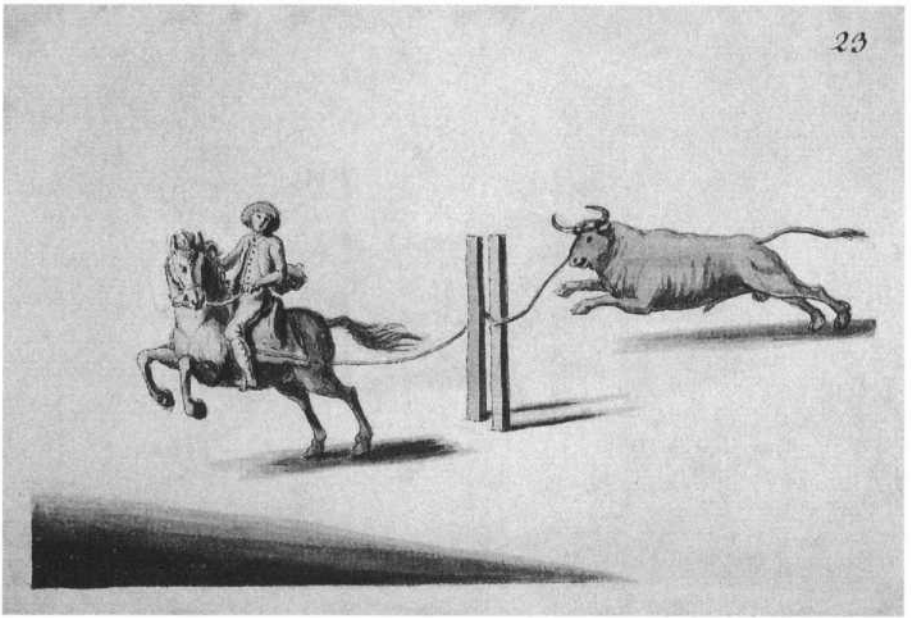
La crónica del diarista vallisoletano puede ser completada hoy con esta serie de dibujos que Emmanuel Witz captó tras presenciar semejante suerte. ¿Se trataría del mismo personaje? Pudiera serlo, ya que Ventura Pérez lo vio en Valladolid en el año 1742 y Witz unos años después en Madrid.

Goya en su «Tauromaquia» grabó las hazañas de otro indio, Mariano Ceballos, nacido en Lima, lo que nos induce a sospechar que estos alardes de montar toros debieron practicarse durante algún tiempo y por distintos personajes que recibían –quizás por su origen americano– el mismo apodo. Consistía el espectáculo en enlazar un toro desde un caballo, atarlo a unos postes clavados en la arena, ensillar al toro, montarlo y a sus lomos alancear a otro toro. Una vez muerto éste se apuntillaba al que había hecho el servicio de cabalgadura y santas pascuas. ¡Pero qué espectáculo!. La diversidad de dibujos que hizo Witz de esta insólita faena tori-equina es un claro síntoma de la sensación que le causó.



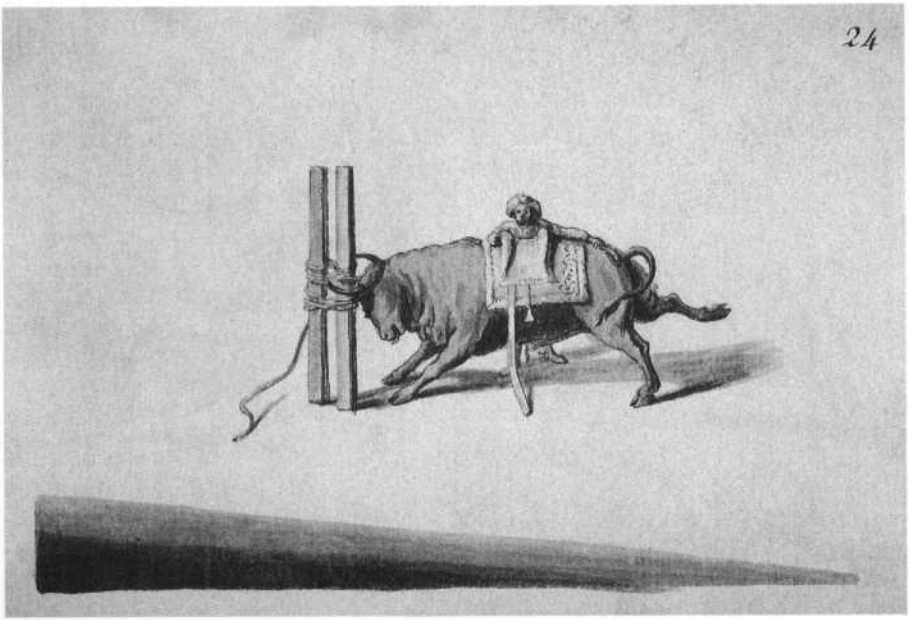
No cabe la menor duda de que el trabajo gráfico y literario de Emmanuel Witz esta lleno de interés y, si nuestras suposiciones, a la vista de los indicios, se aproximan a la realidad, bien podemos asegurar que estos dibujos del cortesano suizo son los primeros que se hicieron seriadamente sobre nuestras fiestas de toros, ya que confiesa haber asistido a un buen número de corridas entre los años 1754 y 1760. Es posible que los dibujos los hiciera entre esos años o bien al ausentarse de España. Parece lógico pensar que fuera en aquel año de 1760 en que, conservando aún reciente el recuerdo de nuestro espectáculo, quisiera perpetuarlo en imágenes para quienes manifestaran interés por «ver» lo insólito de nuestra fiesta taurina. Por tanto, se adelantó, según todos los indicios, por lo menos treinta años a los dibujos más antiguos salidos de la mano de artista español.

Nuestra colección primigenia es, sin duda alguna, la del pintor Antonio Carnicero, quien en 1.787 (y no tres años después, como aseguran la mayoría de los comentaristas) grabó en 12 láminas una colección de «las principales suertes de una corrida de toros». Carnicero pertenecía a una familia de artistas. Su padre fue el escultor Alejandro Carnicero, natural del pueblo vallisoletano de Iscar, y autor de esculturas para las catedrales de Salamanca y León y de algunas de las estatuas de reyes (creo que algunos godos) que adornaron el Palacio (Nuevo) Real, de Madrid. Su hermano Isidro, doce años mayor que él, había nacido en



Valladolid y era pintor notable. Pero la única estampa de tema taurino que se le conoce no se situaba en la tierra, sino en el cielo: «Fiesta de toros en el aire», una estampa humorística pintada en el año 1784 en la que aparece un caballero alanceando a un toro prendidos del cordaje de sendos globos aerostáticos. No se puede decir que sea una imagen taurina, sino una ensoñación fantástica. Al igual que el padre ejerció también de escultor y en 1.798 fue nombrado Director de la Academia de San Fernando. El propio Antonio Carnicero (1.747 -1.814) fue pintor de cámara del rey Carlos III e ilustró la edición del Quijote de 1.782. Era, por tanto, Carnicero, un artista de casta.

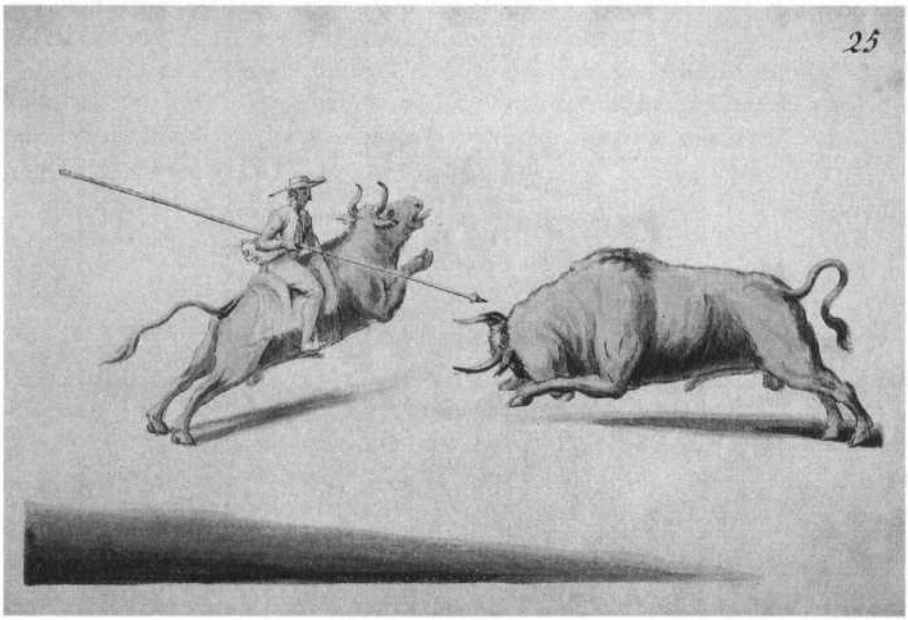
Fue muy esquemático en sus dibujos taurinos, a los que imprimió dos factores complementarios: la emoción y la descripción. Goya, que entraría en juego unos años más tarde, sin duda conocía la colección de su colega. Una colección que, por otra parte, fue copiada dentro y fuera de España sin piedad y sin rubor; casi diríamos que desvergonzadamente, por artistas extranjeros. Por ejemplo, el francés Juan Víctor Adam, quien aseguraba en una edición de estampas taurinas con textos en español y francés, haberlas tomado del natural. Cosa incierta si comparamos las de Carnicero con las suyas en las que aparecen las mismas escenas, idénticas faenas, aunque con una variante diferenciadora en disfavor del francés: que puso unas cornamentas terroríficas a los toros queriendo con ello



acentuar escandalosamente su fiereza, no lográndolo, ya que las exageradas cornamentas dibujadas parecían varales de carro mas que cuernos de toro. Adam publicó su trabajo, de bello trazo (lo cortés no quita lo valiente) en el segundo tercio del siglo XIX.

En París se imprimieron 12 láminas por J.F. Bourgoing en 1.803, y en Londres otras 12 del mismo autor seis años más tarde. Son grabados «a línea» que copian a Carnicero y aparecen en el «Atlas pour servir au tableau de L'Espagne moderne». En la serie inglesa puede apreciarse un error de interpretación que pone al descubierto la falta de rigor en la veraz interpretación de la corrida o, cuando menos, denuncia que muchas de estas estampas dibujadas por extranjeros lo eran «de oídas», por lo que les contaban. El error del copista inglés fue entender que el ruedo tenía forma rectangular, de modo que la barrera es recta y no curva, viéndose el cuadrilátero en algunas.

Pronto estas estampas taurinas se pusieron de moda –España estaba de moda en los círculos intelectuales románticos– y empezaron a aparecer otras series dotadas de ese espíritu y, por tanto, desposeídas de crueldad intencionada. Así, las de Wilhen Gaïl, publicadas en París en 1.830, rotuladas en alemán y situadas en Sevilla y la serie Lake Price aparecida un año antes y otras que tuvieron menor repercusión internacional.



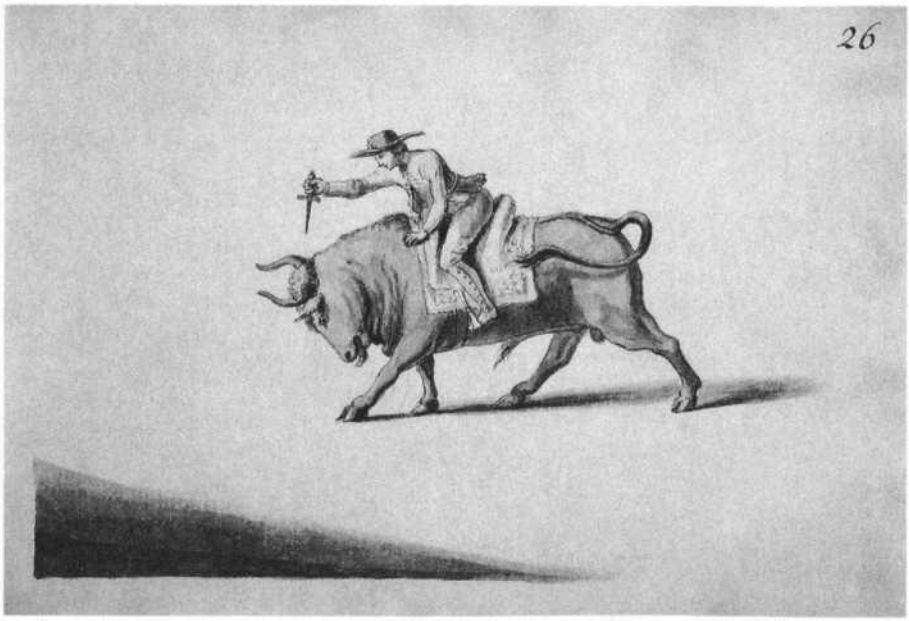
Los artistas extranjeros solían dar una visión distorsionada de la realidad de la corrida. Quizá se dejaban llevar por las primeras impresiones emocionales del trance pensando que esas impresiones eran la constante entre los espectadores españoles.

Fue por aquel entonces cuando otro artista español, Luis Ferrant, copió del copiador Adam; pero normalizando la corrida, poniendo las cosas en su sitio, dándole a las estampas la mayor verosimilitud y quitándole terror a las fieras cornúpetas imaginadas por algunos. Borró, por consiguiente, las apariencias monstruosas del enfrentamiento artístico y valiente del hombre y el toro.

Aquella serie de Ferrant fue la primera colección española romántica que se publicó.

El barón Charles Davillier y el dibujante Gustavo Doré viajaron por España en 1.862. La larga crónica viajera del impresionable literato apareció ilustrada por el impresionante dibujante que recogió muy bellamente tipos, costumbres y paisajes. Y entre las costumbres, los toros, los encierros y las corridas. Una parte de aquellas estampas de Doré aparecieron en la revista «Tour du monde» bajo el título de «Voyage en Espagne» (1.868-1.873) y en la edición de Libraire Hachette titulada «L'Espagne» (1.874).

A caballo entre dos siglos aparece uno de los mejores dibujantes taurinos. Es Daniel Perea y Rojas, nacido en 1.834 y muerto en 1.909. Perea es el pre-



cursor del ilustrador taurino. Desde su coetáneo Lizcano hasta los actuales Puente, Canito, García Campos y los ya clásicos pintores-ilustradores Roberto Domingo, Martínez de León, Ruano Llopis, González Marcos y Antonio Casero, Daniel Perea fue, no se si el mejor, pero sí el que captó con mayor elegancia todas y cada una de las secuencias de una tarde de toros fuera y dentro del redondel, todo ello dentro de una hermosa y fresca plasticidad ambiental. Perea hizo cientos de dibujos distintos a los de los demás dibujantes que le habían precedido, con una visión pictórica que hasta entonces no se había plasmado. Quizá fuera esto posible porque Daniel Perea, al faltarle el sentido auditivo y el don de la palabra, pues era sordo-mudo, era capaz de captar mejor que ningún otro una visión armónica del conjunto.

«Fáltale el segundo de los sentidos corporales, mas posee en cambio, como pocos, la segunda potencia del alma», dijo de Daniel Perea don José Sánchez de Neira al seleccionarle como ilustrador de su tratado «El Toreo», antecedente del enciclopédico «Los Toros» de don José María de Cossío. Asimismo Perea ilustró «La Tauromaquia» de Guerrita, junto al grabador Terol, y fue uno de los dibujantes de la prestigiosa revista «La Lidia». Lanzó varios álbumes de litografías taurinas realizadas en la imprenta Donon, de Madrid, utilizando el sistema de cromolitografía que las técnicas de reproducción imponían entonces en los talle-

res de Boronat, Miralles, y Palacios, en Madrid y Barcelona. Fue, por tanto, el dibujante más popular y el más conocido y reconocido.

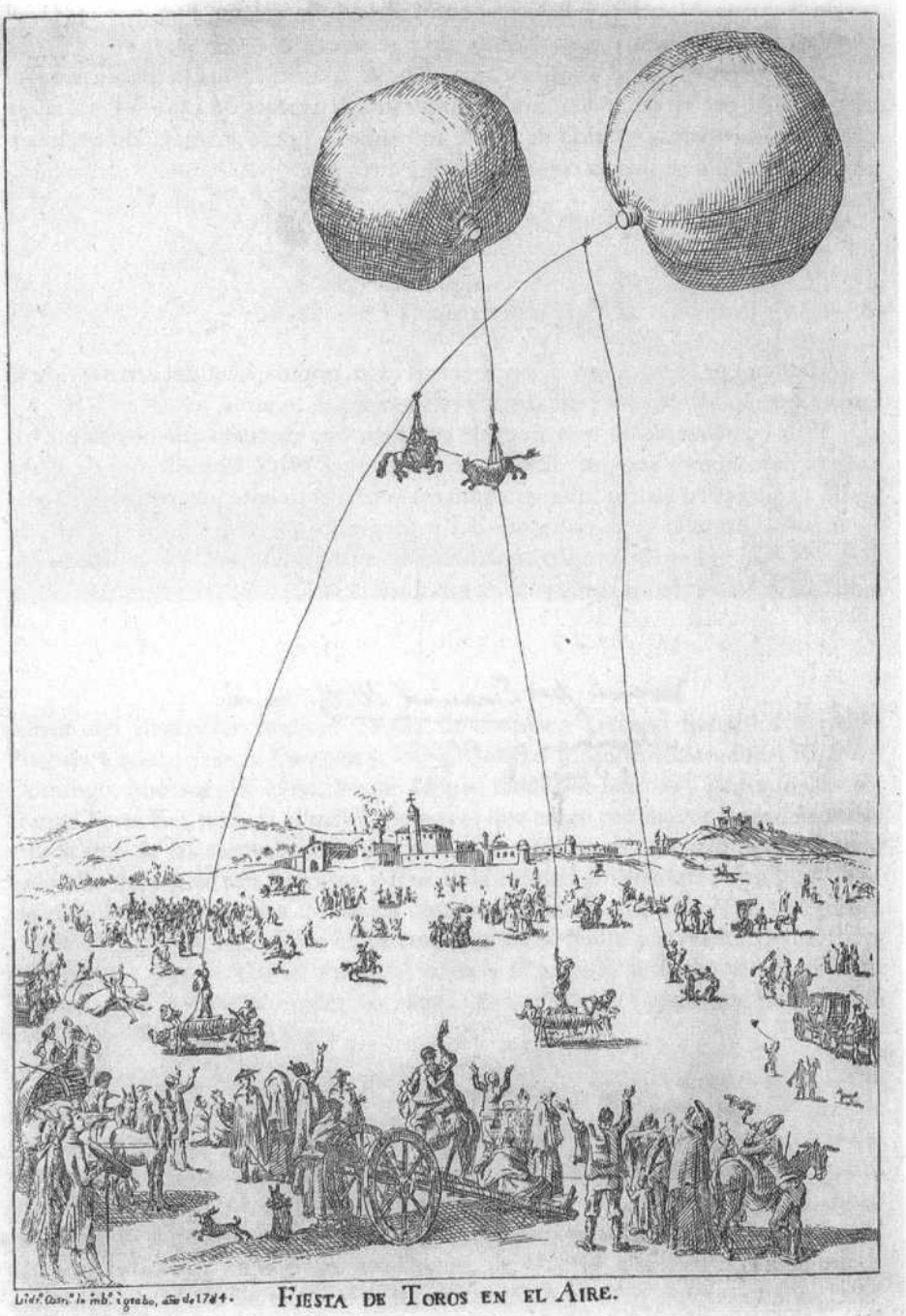
La revista «Madrid cómico» que dirigía Sinesio Delgado publicó en el número 354 del 30 de noviembre de 1.889 una caricatura de Daniel Perea en la que el artista aparece vestido de corto, con traje campero, manejando muleta y pincel. El dibujo se ilustra con la siguiente cuarteta.

Daniel Perea es artista
de mérito excepcional
y el primer propagandista
de la fiesta nacional.

Hablan por sí solos tan ripiosos versos de la popularidad del artista y de la estima que en los medios periodísticos y taurinos se le tenía.

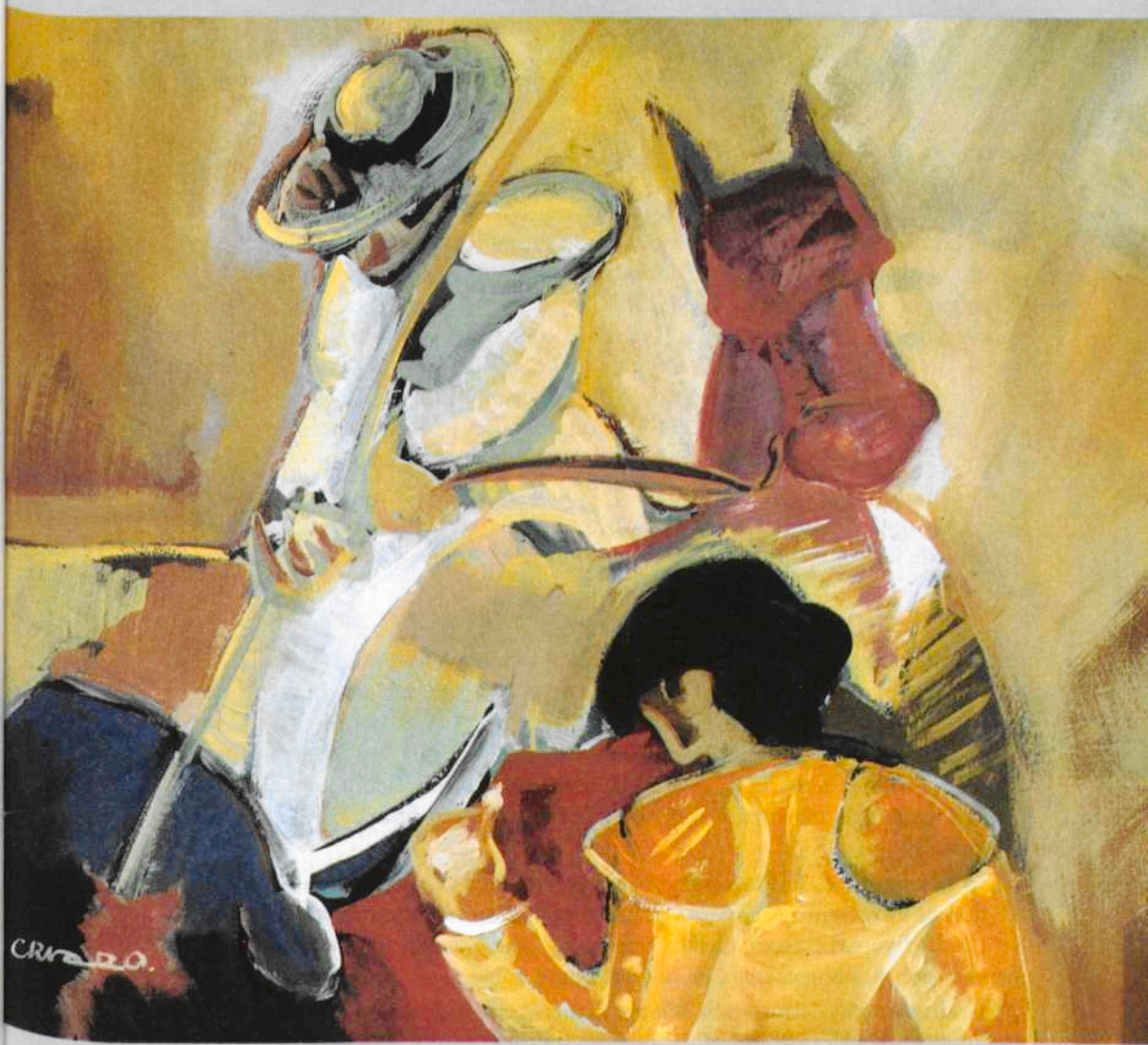
Y una consideración más antes de terminar este discurso que nos ha provocado la desconocida serie de dibujos de Emmanuel Witz. Con dibujos de Perea se dio a conocer en cuatro idiomas cómo era verdaderamente una corrida de toros en España. Aquella serie políglota del sordomudo que más sintió y habló de nuestra fiesta es la más completa colección de dibujos taurinos que se han hecho jamás de la fiesta de los toros y de su circunstancia.

Dessinés par Emanuel Witz, né à
Bienne en 1715
(Suisse)



Lidr.º Cosn.º lo imb.º i grabo, año de 1784.

FIESTA DE TOROS EN EL AIRE.



Tercio de varas. Domingo Criado. Colec. González Forjas

II

NOTAS SOBRE LA CARTA ESCRITA EN 1665 POR UN FRANCÉS ACERCA DE LAS CORRIDAS DE TOROS

Jacques Carel, señor de Sainte Garde, fue el verdadero autor de un texto muy curioso aparecido en 1670 en París «Sobre las fiestas o combates de toros». Junto con aquella descripción, puramente taurina, se dieron a la imprenta otras cuatro cartas más en las que contaba a un desconocido corresponsal («Mr. D.L.M.») las costumbres de los madrileños de aquellos años. El interés del contenido radica preferentemente en la minuciosidad con que cuenta cómo eran las fiestas de toros en España, distinguiendo las reales y las villanas. Muy pocos detalles escaparon a la curiosidad del señor de Sainte Garde. Su verbosidad epistolar, fechada en la villa y corte el 8 de julio de 1665 y escasamente conocida por los tratadistas taurinos, bien merece un poco de nuestra atención.

El gran bibliófilo Luis Carmena y Millán dice que «esta carta relativa a las fiestas de toros, a pesar de estar escrita con la ligereza proverbial en los franceses al tratar de las cosas de España, reviste interés histórico y es de extremada rareza...».

- Jacques Carel distingue, antes de entrar en materia, entre fiestas reales y fiestas de la villa. «Es preciso que usted sepa que se celebran de dos maneras diferentes en Madrid: unas llamadas Fiestas Reales, en las que los principales Señores de la Corte de España son los combatientes y se reservan para los regocijos más célebres y las otras son las que la villa celebra para el público, que se dan regularmente tres veces por año en determinados días del verano».
- La plaza (que es la Plaza Mayor de Madrid) se ve ornamentada «con infinidad de ricos tapices, cortinas de terciopelo y otras piezas de labores exquisitas de diversos colores, con las que todos los balcones están cubiertos, y con el boato que la presencia de la Corte lleva consigo».
- La disposición de los embajadores y miembros de la corte de España en una de estas fiestas reales (que debía traer de cabeza a los encargados del protocolo), es también motivo de atención del curioso visitante francés, quien dice que «el Pabellón del Rey de España, corresponde al Norte y es aquella (fachada) cuyo balcón avanza un poco más que los restantes, y está equipado con un dosel, un sillón para él, tres almohadones para la Reina, colocados en la misma línea y otros tres un poco aparte para la Infanta. Los balcones de los señores Embajadores que tienen asiento en la capilla del Rey cuando se celebran funciones solemnes, que son el Sr. Nuncio del Papa, el Sr. Embajador del Emperador, el Sr. Embajador de Francia, el de Polonia y el de

Grabado alemán de autor anónimo, de final de siglo. Inspirado en las fiestas celebradas en el Palacio del Buen Retiro, durante el reinado de los Austrias

Venecia, se hallan situados al Mediodía, frente por frente del balcón de Sus Majestades católicas, y cada uno en hilera a continuación unos de otros. Hay, además, otros Embajadores en esta Corte, que son los de Inglaterra, Suecia, Dinamarca y Holanda, pero como no entran en la capilla se les coloca en diversos lugares neutrales para ver la fiesta. En cuanto a los Consejos, que son las Juntas soberanas establecidas en Madrid, unos para el gobierno Político y Militar de los Estados de la Corona de España, los otros para las Administraciones particulares, tienen sus plazas a la derecha del Rey, excepto el de Portugal que está a su izquierda; y se les distingue fácilmente por los escudos de las distintas armas que ostentan sus colgaduras. Son en número de diez que le enumeraré por el orden de jerarquía, a saber: el de Castilla,

que es el más eminente; los de Aragón, de la Inquisición, de Italia y de Flandes; el Consejo de Indias, el Consejo de las Ordenes de Caballería, el de Hacienda, el de la Cruzada y el Consejo de Guerra; como también el cuerpo de la Villa y algunos otros Tribunales están colocados según su importancia». ¡Ya sabemos cómo estaban distribuidos, en función de su importancia y estima, los miembros de la corte, los de los Consejos del gobierno y los embajadores extranjeros en España! ¡Ya sabemos también dónde sentaban sus reales para presenciar una corrida de toros quienes le bailaban el agua al rey!.

- Ya había peones, o al menos al hombre que bregaba se le denominaba con ese término de «peón»: «Así que entran en la plaza, donde no quedan mas que ellos y los seis alguaciles (se refiere a los caballeros alanceadores) con quince o veinte hombres a los que llaman «peones», que están allí para animar a los toros y para ayudar a vencerlos...»
  «Cuando sale el toro «los peones huyen entonces (a sus acometidas ciegas) o bien algunos de ellos que son diestros en la carrera les clavan hábilmente en las espaldas (¡) unos pequeños dardos que todavía le irritan más». (Naturalmente se refiere el autor a los dardos que dieron origen a las banderillas, que aún no se colocaban de dos en dos, como unos sesenta años después las empezó a poner y a imponer el llamado Licenciado de Falces, de quien se dice que fue el primero en colocar arpones a dos manos, circunstancia que sin duda nació como alarde de dificultad.
- No se habla de trofeos de ningún tipo. Quiero decir, que no se concedían orejas, como en la actualidad. La única satisfacción que recibía el caballero alanceador consistía en que sonaran las trompetas en su honor (trompetas y oboes para ser exactos) «mientras que toda la asamblea le aplaude y agita sus pañuelos, que es en este país una señal de amistad, dando el héroe la vuelta a la plaza con el sombrero en la mano para corresponder al homenaje».

- Cuando el toro es manso o no muere rápidamente por mala actuación del caballero «como lo que se desea es despacharlos pronto para que salgan otros nuevos, acuden los peones que les cortan los jarretes con los sables y les rematan acuchillándolos en todas las partes del cuerpo». Según parece, ya apenas se usaban las medias lunas instaladas en la punta de una vara, tal y como acostumbraban a desjarretar los moros, o no se utilizaban en las fiestas reales por considerar el recurso del desjarrete con media luna propio de la canallesca. Goya en la lámina número 12 de su «Tauromaquia» dibujó un tipo dispuesto a desjarretar con media luna mientras otros amenazaban con lanzas. Es uno de los de «la canalla».
- El autor dice que la suerte de «echar perros» es de lo más divertido: «El Rey ordena que se saquen seis grandes mastines que la villa hace adiestrar y mantener expresamente para luchar contra los toros más vigorosos. Así que se

Grabado romántico de un picador

suelta a estos mastines se lanzan contra la fiera y se aferran a las orejas o hacen presa en el cuello; lo que para mi gusto es lo mejor de la Fiesta, pues como el toro se encuentra muy embarazado hace los mayores esfuerzos para librarse de los perros, echándolos por el aire de manera que siempre proporciona mucha diversión. Pero cuanto haga resulta inútil, los perros acaban siempre por someterle, y mientras se debate con ellos, los peones le hieren a mansalva y le dan muerte».

Que a un visitante francés le parezca «lo mejor de la fiesta» la lucha de los perros y el toro habla muy poco en favor del buen gusto y, especialmente, del extraño concepto que tiene de una fiesta en la que lo fundamental es el enfrentamiento de la fuerza y la inteligencia de caballeros y ayudantes a pie. Ni siquiera le asoma el aspecto social que se daba en aquel tipo de lucha en la que nobles y plebeyos unían sus habilidades frente a un toro.

– «Se acostumbra a matar 12 o 14 toros en cada fiesta», dice en su epístola a Mr D.L.M. quien no quiso firmarla pero resultó ser el señor de Saint Garde, Jacques Carel. Es sabido que el número de toros podría ser incluso mayor en las fiestas reales. ¡Los que hiciera falta y los reyes, nobles y la plebe soportaran!

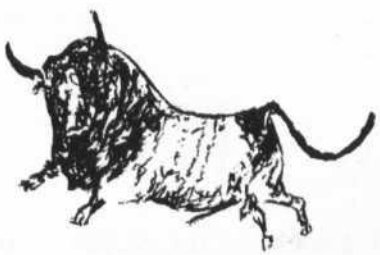
Suerte de rejonear (D. Eugenio Larroca, caballero en plaza en las fiestas reales de 1878)

- Además de «el empeño», el caballero alanceador tiene otros dos riesgos más. Uno, «si su caballo se resiste a avanzar cuando ha empezado a marchar hacia el toro para combatirle», pues en ese caso habrá de echar pie a tierra y hacerle frente al toro, sin caballo, propinándole algunos espadazos. Y el otro accidente es cuando cae del caballo durante la lidia. Algunos pueden montar de nuevo, pero los más arrojados van hacia el toro en derechura. «Si sucede que el toro no se detiene en el mismo punto en que el caballero ha caído, y huye muy lejos mientras se apea o cae del caballo, no está obligado ya a perseguirlo, basta con que se haya puesto en actitud de cumplir con la ley del combate. En todo caso, si hay otros «toreadores, también se apean del caballo y van a acompañarle con la espada en la mano o, en defecto de ellos, sus otros amigos; no para ayudarle a salir del compromiso, sino para socorrerle en caso de necesidad, sin quitarle el honor de la venganza.»
- Es preciso observar que cuando estas cosas se contaban a personas que nunca habían estado en España ni presenciado una fiesta de toros, quienes actuaban de corresponsales conocían, sin duda, algunas de las cartillas o normas de torear a la jineta que se divulgaban especialmente en el seno de la corte.

Jacques Carel escribía en el año 1665 y el almirante de Castilla don Juan Gaspar Enríquez de Cabrera, duque de Medina de Rioseco, ya había dado a la imprenta sus «Reglas de torear».

- «La fiesta nunca es tan hermosa como cuando es trágica».
  La frase la reproduce Jacques Carel atribuyéndosela al pueblo de Madrid. Desde entonces ha sido tan manoseada cuando un toro mata a un torero, que no tenemos otras palabras para justificar la tragedia. El tópico nos consuela.
- Si uno de los caballeros fuese herido de manera que se viese obligado a retirarse, como por hallarse fuera de combate, los otros toreros podrán acompañarle hasta la salida más próxima, pero han de volver en seguida a la liza, sin pérdida de tiempo, para continuar la justa aunque hubiese quedado muerto». Esta es una norma que destaca en su carta el escritor francés como entre las más nobles costumbres de la lidia de toros por caballeros.
- El cronista francés habla de la lanzada de a pie en parecidos términos a como lo haría unos noventa años después el cronista y dibujante suizo Emmanuel Witz, pero añadiendo una circunstancia que se dio en el festejo que el curioso galo presenció: Al villano que mató al toro ejecutando la lanzada de a pie se le concedió todo el toro como recompensa. Esto solía ser frecuente. También se le daba el toro a la escuadra de alabarderos que mataban al astado en caso de que sufrieran su ataque, cosa que solía ocurrir habitualmente puesto que la escuadra de alabarderos se quedaba abajo, en el que hoy llamaríamos ruedo. Se supone que del toro se haría un buen estofado en las cocinas de la compañía.

El humor del estupefacto francés es tan particular que a su corresponsal le cuenta en la carta que entre las cosas más divertidas de una corrida de toros están los fantasmas (se refiere a «los dominguillos») que le echan al toro al salir de su calabozo; pero mucho más risible es la lanzada de a pie. Dice: «Manteniendo una pica bastante resistente, uno de cuyos extremos apoyan en el suelo sujetándola con una rodilla, presentan el otro extremo provisto de un hierro bien acerado al toro, el cual al embestir se lo clava él mismo de manera que esta lanza lo atraviesa a veces desde la cabeza a la cola, pero no por eso deja de correr y de saltar durante largo rato, hasta el punto que nada puede verse más grotesco».



Caballero alanceando un toro. Escalinata de la biblioteca de la Universidad de Salamanca

III

DON DIEGO DE TORRES VILLARROEL Y SUS REGLAS PARA TOREAR A LA JINETA

José Sánchez de Neira cita en «El Toreo» (1879) a Diego de Torres Villarroel como el autor de un libro sobre el arte de torear a la jineta, pero no da ni título ni año de publicación. Solamente lo menciona como «uno de los caballeros que durante el reinado de Carlos III, escribieron con más acierto dando reglas para lidiar toros a caballo. Su libro no aparece –asegura– aunque, se dice, era de los mejores, atendida la época». Está claro que no lo vio.

Por su parte, José María de Cossío en su monumental obra «Los Toros», que publica aún Espasa Calpe y que fue la consecución total de aquel incipiente diccionario de Sánchez de Neira, sí dedica atención a la obrita del satírico Torres en el capítulo dedicado a la preceptiva taurina, destacándola entre las publicadas a partir del siglo XVII. Durante un siglo se publicaron una treintena de tratados ecuestres y arte de torear a caballo, dos de los cuales pertenecen a autores castellanos: Al almirante de Castilla don Juan Gaspar Enríquez de Cabrera, Duque de Medina de Rioseco, autor de unas «Reglas para torear» dadas a la imprenta en 1652, y a Don Diego de Torres Villarroel, maestro de estudios mayores de la Universidad de Salamanca que de forma anónima publicó en 1726 las «Reglas para torear y arte de todas las suertes», reproducidas más tarde, en 1873, en El Averiguador, de Madrid.

¿Con qué interés publicó Torres Villarroel sus reglas para torear a caballo? ¿Por qué solo hay ingenio en las primeras páginas y la doctrina denota, en contraposición, un profundo conocimiento de la monta y el toreo a caballo que en ningún momento dejó entrever el escritor salmantino en sus publicaciones y tratados?. ¿ Por qué no quiso poner nada de su ingenio en la parte técnica, quedándose así al descubierto y con el faldón levantado, en contraste con la jocosidad de los textos que anteceden al tratado?.

Vargas Ponce conjetura –dice Cossío– que las Reglas de torear de Torres Villarroel debió escribirlas como satírica parodia de la «Cartilla para torear a caballo» de Don Nicolás Rodrigo Novelli, publicada aquel año de 1726. Pero nada autoriza esta suposición. La parte técnica del librito del salmantino Don Diego parece escrita con perfecta seriedad y con conocimiento no vulgar del arte de torear a caballo – continúa diciendo el tratadista– y tan solo en el «Prólogo» y en la «Carta al caballero toreador que solicitó se le escribiesen estas reglas» da rienda suelta con inconfundible manera a la sátira y al humorismo, que en modo alguno pueden considerarse como censura meditada de la fiesta.

Retrato de Diego de Torres Villarroel

El hecho de que dos castellanos se preocuparan de escribir doctrina del arte de torear a caballo, es suficiente asunto para que le dediquemos un poco de atención. Según consta en las primeras páginas de la obra del Almirante, ésta la escribió a instancias de Don Antonio Terán, Deán de Burgos, quien sin duda había visto a Don Enrique lidiar a caballo con éxito.

Para ir al grano, o al toro por los cuernos, he aquí un fragmento de las reglas dictadas por el riosecano:

«La suerte a toro pasado es en la que más se muestra lo que sabe el caballero, porque la elige. Ha de tomarse cara a cara; se entiende la asta derecha a la espaldilla del caballo y della se ha de hacer guía para el rejón, procurando si hubiere de errarse que sea por bajo. Si entrando a la suerte se divierte el toro con algún peón, debe salirse de ella».

Este es el texto más antiguo que conocemos en el que se menciona por primera vez como «peón» al auxiliar de a pie. Vayamos a Torres.

De las «Reglas de torear y arte de todas las suertes» de Torres Villarroel se han hecho al menos cinco ediciones. La de 1652 (Valladolid-Burgos) aparecida

REGLAS
PARA TOREAR,
I ARTE
DE TODAS SUERTES, QUE
remite à uno de los Caballeros ele-
gidos para esta Fiesta un Amigo
(sea el que fuere) que los encontrò
entre las ociosidades de un De-
functo, que en el tiempo de
su vida picò en afi-
cionado.

Impreso en Madrid, y por su original
(con licencia) en Sevilla, en la Imprenta
Castellana, y Latina de MANVEL
CABALLERO, en la calle
de la Sierpe.

Portada de las Reglas para torear *de Diego de Torres Villarroel*

el 4 de agosto. La de 1726 impresa en Madrid en octavo y con 16 páginas. Una sin fecha con el titulo total de «Reglas para torear i arte de todas las suertes que remite à uno de los caballeros elegidos para esta fiesta un Amigo (sea el que fuere) que las encontró entre las ociosidades de un difunto, que en tiempo de su vida pecó en aficionado. Se hallará en casa de Fernando Monge, mercader de libros, enfrente de San Phelipe el Real». Una cuarta edición de 1893 de la que se hicieron 200 ejemplares en la imprenta y estereotípia de M. Rivadeneira, calle del Duque de Osuna, número 3. Y una última, de 1985 de Ediciones Al Marabú y José Esteban, editor, que reproduce la anterior, del número 45 de El Averiguador. No es una única edición príncipe que pudiera haberse perdido. Es una edición que se multiplicó. Es, en fin, un tratado que no pasa desapercibido, que pasamos a analizar.

Precedidas de las consabidas autorizaciones del abogado de los Colegios Reales y del licenciado del Consejo de Castilla, se inicia con un simpático prólogo «para caballero en plaza, mirón en tablado y dama en talanquera», en cuyo texto, veladamente, se anuncia como autor diciendo no serlo, «porque Torres,

aunque tiene hechas algunas torerías, con ninguno ha querido darse de las astas; allá se las toreen, que éstas son fiestas de cuernos, y él tiene ya entablado otro modo de holgarse más torero y menos cornudo».

Nuestra sorpresa es incontenible cuando comprobamos que Torres repite paso a paso las reglas publicadas en 1652 por el Almirante de Castilla, aportando como propios el «prólogo» y la «carta al caballero toreador que solicitó que se le escribiesen estas reglas» y que ocupan las seis primeras páginas del texto.

Díaz Arquez en su Bibliografía Taurina dijo que ambas reglas eran una misma. José María de Cossío lo atribuyó a error del bibliófilo. No hay tal. El plagio es cierto, con las salvedades indicadas.

Don Nicolás Fernández de Moratín tampoco vio las reglas de torear de don Diego de Torres. Al menos, cuando el 25 de julio de 1776 escribía su famosa «Carta histórica sobre el origen y progresos de las fiestas de toros en España» dirigida al príncipe Pignatelli. Se dice que esta carta sirvió de referencia a Goya para grabar su «Tauromaquia». Pero lo que no cabe la menor duda es que despistó al personal cuando en ella dijo que «don Diego de Torres escribió unas Reglas de Torear, que no parecen (aparecen); yo sospecho que eran para los de a pie; y quien tenga la paciencia y trabajo material de repasar la biblioteca de don Nicolás Antonio, hallará ciertamente más autores de torear (sic)».

Como consecuencia de estos ovillejos bibliográficos sólo sacamos una conclusión: que el salmantino plagió al riosecano setenta y cuatro años después de que se dictaran aquellas normas del toreo a la jineta. La posible ocultación del texto del piscator, debió ser a propio intento. De sobra es conocida su condición de escritor satírico-humorístico. Pedimos disculpas a don Diego de Torres por nuestro descubrimiento, tan desafortunado para su reconocido prestigio de agudo e ingenioso creador. Se conoce que era buen sabedor del juego taurino, pero poco escrupuloso con la teoría. Mantuvo quizás la de Cervantes, cuando, por no tomarse el trabajo de redactar de nuevas la dedicatoria de la primera parte del Quijote al Duque de Béjar, usó una serie de frases tópicas al uso de aquel tiempo que ya el poeta Fernando de Herrera, veinticinco años antes, había compuesto para la dedicatoria al marqués viejo de Ayamonte de sus «Obras de Garci-Lasso de la Vega con anotaciones» y del prólogo que Francisco de Medina compuso para este librito. Si Cervantes para cumplir un trámite fue capaz de plagiar ¿por qué Torres Villarroel iba a ser menos? ¿Fue esta y la de Don Diego una apropiación indebida, un flagrante plagio? Pensamos que no. Simplemente fue utilizar una serie de frases al uso común de aquel entonces, para halagar al atisbado protector a quien se le quieren sacar unos cuartos, y al amigo inadvertido o ignorante que no se percata del bromazo, caso de Torres Villarroel.

Pese a todo esto, la afición a los toros del salmantino debió ser notoria. Al menos se le nota en algunos párrafos de su «Vida, ascendencia, nacimiento, crianza y aventuras de don Diego de Torres y Villarroel» (1743-1751) cuando cuenta que siendo mozo solía relacionarse con los toreros para fiestas, jaranas y

viajes, juzgándolo en general como desatinos de juventud: «...yo empecé con furia implacable a meterme en cuantos desatinos y despropósitos rodean a los pensamientos y las inclinaciones de los muchachos. Aprendí a bailar, a jugar a la espada y la pelota, a torear, hacer versos, y puse todo mi ingenio en discurrir diabluras y enredos, para librarse de la reclusión y las tareas en que se deben emplear los buenos colegiales de aquella casa» (el colegio Trilingüe de Salamanca donde estaba de pupilo).

Un poco más adelante vuelve a salir el tema taurino y su relación con toreros: «En todo cuanto tenía aire de locura, descuaderno y disolución ridícula, nos hallábamos siempre muy unidos, prontos, alegres y conformes. Hicimos compañía con los toreros, y, amadrigados con esta buena gente, fuimos indefectibles alegradores en las novilladas y torerías, que son frecuentes en las aldeas de Salamanca.»

Al referir sus andanzas en Portugal como soldado, haciéndose pasar por un tal Gabriel Gilberto, dice Torres Villarroel: «...me parece que hubiera continuado esta honrada carrera si no me hubieran arrancado del camino las persuasiones de unos toreros, hijos de Salamanca, que pasaron a Lisboa a torear en unas fiestas reales de aquella corte. Facilitaron los medios de la deserción, disfrazándome con la jaquetilla, el sombrero a la chamberga y los demás arneses de la bribia; yo consentí porque, aunque vivía gustoso, deseaba ver a mis padres y los muros de

mi patria. En el convento de San Francisco de Lisboa me despojé del uniforme y, vestido con las sobras de un torero llamado Manuel Felipe, me encuaderné en la tropa, y juntos todos tomamos el Camino de Castilla...».

A los toreros de los que se sirvió los trató despreciativamente, sin pararse a pensar si los lidiadores eran buenos o malos, famosos o ignorados, populares o selectos. Aquellos con los que se encontró en Lisboa habían sido contratados para unas fiestas reales de la corte, por lo que cabe pensar que no se tratara de toreros infames, sino afamados. Por eso la frase que les dedica al cerrar este episodio de su vida cuando regresa a España por Ciudad Rodrigo, es inexcusable: «Nunca me resolví a que me vieran con la gentecilla con quien venía incorporado...».

Su ácido humor se deja sentir en estos versos de 1752 que le inspiraron unas fiestas de toros donde «pinta, antes de verla, la fiesta de toros en Madrid, y dice a un amigo el motivo de no querer verlos»:

Supongo que ya estoy en talanquera
y que en el sitio dos doblones dejo,
porque me tueste el sol todo el pellejo
y me haga chicharrones la sesera;

doy por vista la celebre quimera
del que en la plaza se nombró despejo,
que he visto de la guardia el entrecejo,
y desaguar las mulas la trasera.

Sale la Majestad, pisa la alfombra;
sale el bruto, se clava el rejoncillo;
ya pasó la función, nada me asombra;

vaya usted a coger un tabardillo,
mientras que yo en mi cuarto y a la sombra
corro en mi fantasía este torillo.

Picadores. Félix Cuadrado Lomas

IV

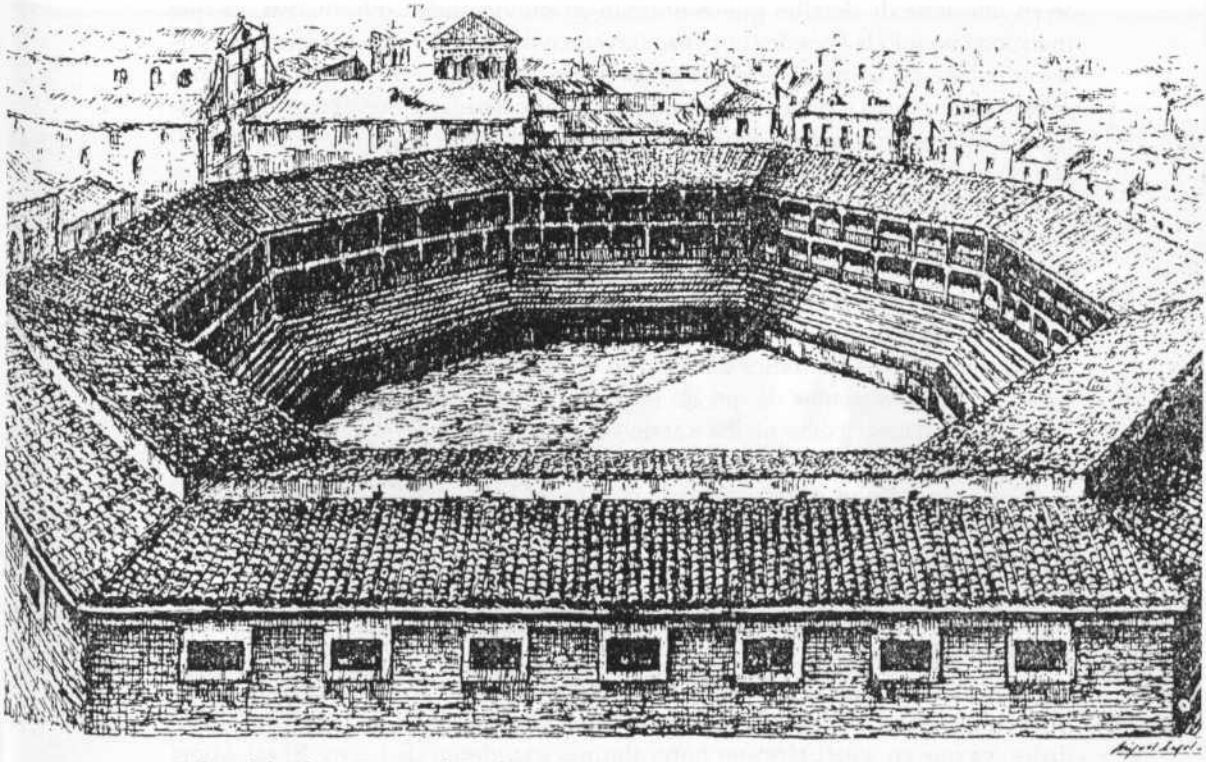
LA PLAZA DE TOROS DE FABIONELI

La primera plaza de toros de Valladolid, la construida en la antigua plaza de Las Mazuelas junto al palacio del cambista Fabio Nelli de Espinosa, fue inaugurada sin mayores solemnidades el día 15 de septiembre de 1833. Y no el día 29 de septiembre de 1831 con reses del Raso de Portillo que mataron Francisco Montes «Paquiro» y Julián Casas «El Salamanquino», como se ha venido diciendo. La verdad es muy distinta. La placita de toros de Fabioneli fue inaugurada con una novillada en la que intervino como único espada un torero salmantino, ya conocido de los vallisoletanos, que se llamaba Juan Martín. El contrato se firmó el 9 de agosto de 1833 y se comprometía el salmantino a lidiar las novilladas que tuvieran lugar los días 15, 22 y 29 de septiembre y 4, 6, 13, 14 y 20 de octubre. Es decir, todos los festejos que completaban la temporada. «Sería obligación del torero lidiar en cada corrida ocho novillos y matar algún toro, siendo estos de cuatro años; mataría tantos toros como corridas hubiera, y si en alguna no matara ninguno, en otra mataría dos», según mandaba la Junta de Beneficencia, institución consorciada de la plaza, que apostillaba más condiciones: «...y si matare mayor número de toros que los correspondientes a uno por corrida, se le abonaría a razón de trescientos sesenta reales cada toro que excediera el cómputo expresado».

Todos estos esclarecedores detalles los desempolvó el ilustre investigador Don Juan Agapito y Revilla en su libro «Cosas taurinas de Valladolid» reeditado por el Grupo Pinciano en 1989. El salario de aquel torero también quedaba aclarado entre los muchos pormenores del contrato:

«Percibiría Martín por corrida mil cuatrocientos reales, con inclusión del toro que había de matar, siendo de su obligación traer cinco compañeros; y la de todos ellos lidiar y poner parches a los novillos y banderillear a los toros de muerte». (Los novillos que no eran de muerte abandonaban la plaza, después de haber sido parcheados, en compañía de los cabestros. Más adelante comentaremos esta suerte de divertimento de las funciones de antaño).

La fantástica presencia de «Paquiro», que en 1833 empezaba a imponer su ley en las plazas españolas, y la del entonces jovencísimo Julián Casas, que contaba diecisiete años y era torero en ciernes, obedece a un error cometido por los autores de «La Tauromaquia» escrita por los señores Leopoldo Vázquez, Luis Gandullo y Leopoldo López de Sáa, y que se conoce como la Tauromaquia de «Guerrita» que la refrendó. El error es aún mayor, pues aparte de citar reses y toreros de un cartel que para aquella ocasión inaugural nunca existió, citan el año 1831 como el de la inauguración del coso, cuando podría tratarse del año en que comenzaron sus obras, dato este pendiente aún de contrastar.



Dibujo de la Plaza, por Miguel Angel Soria

No es improbable que un torero andaluz y afamado, como Francisco Montes «Paquiro» y otro de la tierra charra, Julián Casas «El Salamanquino», llegaran a torear en la primera plaza de toros de Valladolid, aunque tampoco hay constancia cierta de que alternaran juntos en un mismo cartel. Pero lo que es incierto, a la vista de los documentos, es que inauguraran el viejo coso.

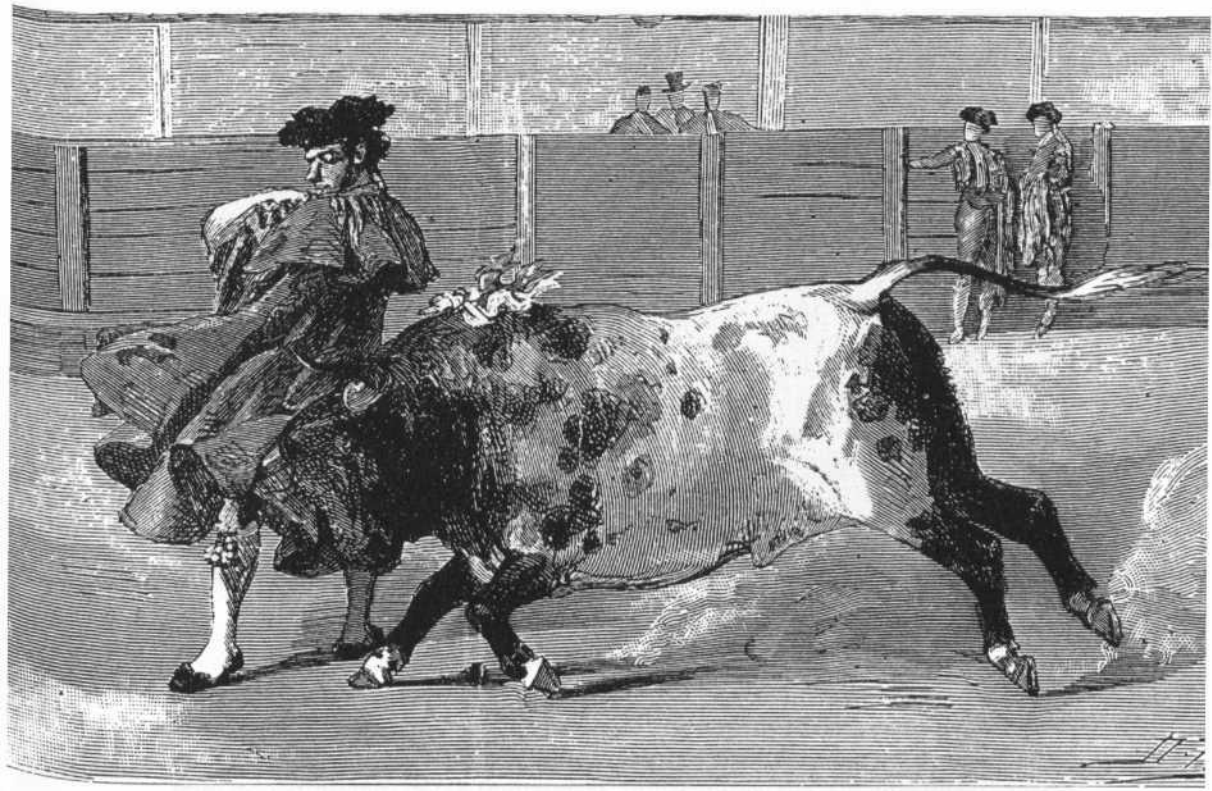
Una crónica de aquel tiempo, la del diarista Hilarión Sancho que publicó su titulado «Diario de Valladolid» anotando los más destacados acontecimientos ocurridos entre los años 1807 y 1814 y quizás recordando o deseando proseguir en la misma línea de su colega Ventura Pérez, reseña muy escuetamente la inauguración de la plaza con esta parquedad de datos: «En dicho septiembre se estrenó la nueva plaza de toros, frente a la iglesia de San Miguel y junto al palacio de Fabio Nelli». Y no hay más...de momento. Porque Hilarión Sancho, que no debió ser mal aficionado a los toros, reseña años más tarde (1840) una corrida, la primera con cuatro novillos y dos toros, lidiados por una compañía de Madrid para recaudar fondos con destino a la Casa de Beneficencia, deteniéndo-

se en una serie de detalles que confirman su minuciosidad informativa, ya que menciona no solo la hora de comienzo (las cinco de la tarde) sino los toros que saltaron la barrera, la intervención valiente de un soldado que hizo frente a un toro saltarín que estuvo a punto de propinar algunas cornadas y otras cuestiones propias del buen aficionado y riguroso cronista, tales como la gratificación de 100 reales al soldado por un gesto valiente, y la muerte, a bayonetazo limpio, de otro toro que saltó en esa misma plaza a los pocos días del anterior, el 16 (la novillada del día siguiente fue suspendida a la vista de estos continuos percances hasta ver de resolver estas facilidades que a los novillos daba la plaza de Fabioneli). La parquedad informativa que nos ofrecía Don Hilarión Sancho el día de la inauguración nos hace pensar que no hubo un cartel de campanillas; como en realidad así fue, según todos los indicios.Insisto en estos detalles del cronista vallisoletano para que nos percatemos de que, si fue minucioso al constatar los percances de algunas novilladas ¡cómo no iba a serlo con la corrida de la inauguración si en el cartel estaba el más serio, afamado y valiente torero de aquellos años, «Paquiro»!.

Los espectáculos montados en la placita de Fabioneli fueron –por las referencias vistas hasta ahora– bastante modestos.

Pero regresemos a aquel 15 de septiembre de 1833. Los toros tampoco procedían de la histórica vacada del Raso de Portillo. No se sabe de dónde pudieron ser. Para no entrar en elucubraciones ni sospechas sin fundamentos serios, echemos mano de los indicios. Se contrataron con Ángel Díez, vecino de Mota del Marqués. Lo que no sabríamos decir es si este Ángel Díez era criador o simplemente tratante de ganado. No debe descartarse ninguna de las dos posibilidades, ya que en aquél término hubo algunas ganaderías de bravo. El tal Ángel Díez se comprometía a dar el ganado para todas las corridas del año, lo que puede interpretarse como una contrata hecha con un tratante de reses bravas y no con un criador. El ganado que habría de proporcionar para cada uno de los festejos eran ocho reses: un toro de cuatro años y siete novillos, por mil reales. Se hace muy cuesta arriba pensar que «Paquiro» viniera a Valladolid, por lo menos aquel año de 1833 en que estaba en vigor el contrato ganadero, a lidiar novillos y matar un toro. Fue precisamente aquel año de 1833 cuando impuso la condición de ir el primero en el cartel, aunque hubiera en la terna un torero más antiguo que él (con la excepción de Juan León en los carteles de Aranjuez, Sevilla y Valencia). Fue aquel año cuando impuso normas que hasta entonces no se habían considerado , como evitar dar recortes al toro, hacer quites –la suerte– a destiempo cada torero de forma arbitraria... En fin, Montes ordenaba la lidia y dictaba para cada torero en plaza un sitio con una misión concreta, no pudiéndose campar libremente por la plaza capoteando al animal. No hay concordancia entre la doctrina y la praxis. No hay ninguna razón para creerse lo del cartel inaugural de la placita. Por ahora.

La vieja plaza de toros de Fabioneli se construyó en el solar resultante del derribo de las casas del conde de Salina que habían dado lugar a una placeta



Modo de gallear (ceñido, saliendo por la derecha). Grabado de Daniel Perea

pública conocida como la plaza de Las Mazuelas. En los documentos notariales figuran como constructores Don Eugenio Espinosa y su esposa Doña Isabel Guijarro, que pondrían el capital. Y en los documentos municipales de inspección de la plaza, ya levantada y revisada por el arquitecto municipal Don Julián Sánchez García, firmados el 14 de septiembre de 1833 (un día antes de dar entrada al público), figuran Don Eugenio Espinosa y Don Pedro Deza como responsables de la plaza, lo que parece indicar que estos señores fueron los encargados de su explotación comercial; lo que hoy diríamos, «la empresa».

La novillada inaugural arrojó el siguiente resultado dinerario: los productos (ingresos) fueron de 8.640 reales. Los gastos, 4.107 reales, lo que produjo un beneficio de 4.533 reales, correspondiendo de ellos a los dueños-empresarios 3.022 reales. Una tercera parte de estos beneficios fueron a parar a la Junta de Beneficencia, tal y como estaba acordado por Real Orden de 2 de mayo de 1828.

Corrida de novillos ofrecida por los estudiantes en Valladolid. Grabado de G. Doré

¿Cómo fueron estas primeras instalaciones estables, esta plaza comercial de Valladolid? ¿Cómo el edificio de esta primera plaza fija y cuál su aforo? ¿Quiénes fueron sucesivamente sus empresarios?. Trataremos de ir contestando a estas cuestiones.

La descripción de la placita, su situación y condiciones se hace cuando ya no «ejerce» como plaza de toros, por haber sido cedida a la Guardia Civil, que la acondiciona para acuartelamiento: «...la plaza de toros antigua tiene su entrada principal por la plaza de Fabioneli; con una habitación para el conserje en el ángulo de dicha plazuela, que linda, según se entra en ella, a la izquierda con casa-palacio titulado de Fabioneli, propia de don Felipe Tablares; por la derecha con casa del presbítero don Manuel Fernández; contiene por la calle de Fabioneli, donde tiene tres puertas de entrada a la plazuela de los Leones, y en esta linda con casa de herederos de don Blas López Morales, sigue por dicha plazuela con entradas a las cuadras de caballos, y continúa dando vuelta por la calle sin nombre que desde la plazuela de los Leones hasta la calle Imperial se abrió atravesando el terreno de dicha plaza, a la que por completo corresponde toda la línea de ambas aceras, dejando en la derecha un solar o corral, continúa dando vuelta por la carretera y el antiguo Palacio Real, hoy de Justicia, baja a las Moreras hasta lindar con las casas de la calle de Expósitos; comprende toda su área un polígono irregular con una superficie de nueve mil setecientos cuatro metros,

sesenta centímetros (por decímetros), y contiene la Plaza de Toros, propiamente dicha, que la constituye un polígono regular de ocho lados, con tendidos de piedra sillería, galería baja y alta, edificado todo ello alrededor del circo de lidia, que tiene una superficie de mil ochocientos sesenta metros, veinte y tres centímetros (por decímetros) superficiales; la casa del conserje con entrada y fachada a la plazuela de Fabioneli, con piso bajo y principal con boardilla y tejado, comprendiendo un perímetro formado por un polígono irregular de seis lados, de sesenta y nueve metros, setenta y un centímetros (ídem) cuadrados; el resto del terreno está ocupado por corrales de servidumbre con apartados destinados al encierre de los toros con sus correspondientes cuadras y chiqueros».

La redacción del informe no es muy correcta, pero se entiende todo lo que hay que entender.

El informe técnico del arquitecto Don Julián Sánchez García, titular de la Real Junta de Policía de Valladolid, hacía otra descripción horas antes de ser inaugurada: «..la Plaza consta de tendido cubierto, talanquera, Gradería Superior, con su correspondiente Balconcillo, Columnata de Madera en una y otra parte, pared maestra con sus testeros y cubierta de tejado, colocando en el sitio mas preferente Superior de la Gradería tres palcos destinados para el Gobierno y Autoridades; y a su frente y parte inferior, tiene los toriles y puerta Arrastradero como está en costumbre. La relacionada Plaza es en lo esencial de fábrica de Cantería, Albañilería y Carpintería, y toda ella manifiesta a la vista la suficiente firmeza y seguridad en quanto a poder resistir el grave de su contención»...El informador hacía una serie de recomendaciones para que se subsanaran ciertas deficiencias observadas:.. «mas como sus fábricas principales no han sido dirigidas por Arquitecto o Profesores autorizados legalmente para ello...no será extraño el que alguna parte interesante ceda demasiado o que el empuje de la inmensidad de escombros las haga perder el equilibrio...». «La Plaza tiene pocas salidas», dice en otra parte de su escrito. «Es demasiado pequeña (habla de la plaza, pero se refiere al ruedo), los novillos se molestan poco en correr y estarán a todas horas aptos para poder saltar la Barrera y Contra-Barrera...» «para evitarlo no hay otro remedio que el poner una maroma gruesa colocada horizontalmente y que supere media vara a la parte superior de la Barrera, pendiente por supuesto de maderas y Argollas de fierro (sic) esquinadas por delante de la dicha Barrera»...podrán así «contener los impulsos consiguientes en el caso de saltar...»

Don Juan Agapito y Revilla a quien debemos la más completa información de esta plaza por su triple condición de arquitecto municipal, investigador de nuestra historia y buen aficionado a los toros, dejó escrito en sus «Cosas taurinas de Valladolid (antes de tener plaza de toros)», que los servicios anejos de la plaza eran muy deficientes. Tan deficientes eran que «todo su mayor desahogo estribaba en un patio que daba a la calle de San Quirce, entrada directa a la puerta de cuadrillas y de arrastre. Tan deficientes eran esos servicios que recuerdo per-

fectamente que, en algunas ocasiones, arrastraban a los toros muertos hasta la misma calle de San Quirce y allí les sangraban, empapando la calzada de sangre y les cargaban en los carros para conducirles al Matadero municipal, a fin de degollarlos, hacerles cuartos y convertirles en solomillos y chuletas».

Sánchez de Neira en su «Diccionario Tauromáquico» de 1879 y en el epígrafe «Plaza» dedica unas líneas a esta de Valladolid, diciendo de ella que es «capaz para más de nueve mil almas; tiene tendidos de asientos de piedra, una galería alta y otra llamada grada. No tiene malas condiciones para el público; pero el redondel no tiene barrera que le circuya, sino burladeros, y no puede construirse porque quedaría muy reducido. En la feria de septiembre hay funciones con cuadrillas de primer orden.»

La plaza iba creciendo, solo en importancia, merced a quienes fueron sus empresarios. Que nosotros sepamos las personas que han tenido en esta vieja plaza responsabilidades empresariales han sido: el matrimonio formado por Don Eugenio Espinosa y Doña Isabel Guijarro, que fueron sus constructores, con quienes actuaba como gerente Pedro Deza, aunque el informe técnico del arquitecto cita a ambos, Espinosa y Deza, como quienes «han mandado construir (la plaza) en el local que les pertenece titulado del solar del Hospicio Viejo.» En 1857 aparece como propietario sólo Pedro Deza y dos años más tarde figura Don Toribio Lecanda. Fue este Don Toribio Lecanda quien tuvo la feliz idea de cubrir esta plaza para que, protegiendo a los espectadores de los rigores e inclemencias del tiempo, aumentaran la rentabilidad del negocio al permitirse un mayor número de festejos a lo largo del año, corto taurinamente hablando y por tanto escasamente próspero. La cosa fue (o pudo ser) así: En «El Norte de Castilla» del 18 de septiembre de 1864 apareció una gacetilla titulada «Gran Idea» que decía asi: «Hemos oido asegurar que el propietario de la plaza de toros ha formado el proyecto de cubrir todo la plaza de cristales: el coste, segun se nos ha dicho, sería de unos 20.000 duros proximamente. Si se realizara este brillante pensamiento seria Valladolid la primera ciudad que tuviese cubierta su plaza de toros destruyendo para siempre los temores y pérdidas que ocasionan los cambios de tiempo cuando se tienen preparadas funciones. Por nuestra parte animamos al propietario a que lleve adelante la mejora seguro de que nada absolutamente perderá con ella». El proyecto se quedó en agua de borrajas. Aunque hubo presupuesto, no llegó a hacerse proyecto técnico, pues no ha aparecido por parte alguna. El gacetillero que escribió la noticia, veladamente nos induce a pensar que las cosas no estaban formalmente cerradas, pues no hubiera escrito el condicional «si se realizara», a todas luces sospechoso.

También fue empresario hacia los años mil ochocientos cuarenta y tantos (1843-1847 ?) Don Julio Galo Sanz, abogado y relator de la Audiencia, y a los pocos años después Don Damián Lefort, a quien no debieron ir los negocios muy boyantes, pues solicitaba una reducción en la renta del edificio por no obtener claros beneficios. Más tarde fueron propietarios de la plaza los Hermanos Cuesta,

Plaza del Coso en la actualidad

que llegan a un acuerdo con la Casa de Beneficencia a la que pagan un tanto alzado de cinco mil pesetas anuales (la peseta estaba recién nacida, en 1868), en vez de la tercera parte de los beneficios de cada festejo, que tenía una contrapartida: cuando se perdía dinero había que pagar en la misma proporción que cuando se producían beneficios; y la Casa de Beneficencia estaba siempre más dispuesta a recibir voluntariamente, que a dar a la fuerza. La redacción del compromiso entre aquella Orden Real y «el acuerdo de las 5.000 al año» estaba en consonancia con la sentencia popular que dice que quien está a las maduras, esté también a las duras.

El último empresario fue Don Luis Saavedra, quien organizó un buen número de festejos, preferentemente novilladas, en las que «hacía combinacio-

nes de toros muy malos y novilleros baratos», pero que iban despertando y levantando una afición un tanto adormecida en los vallisoletanos. Dice Agapito y Revilla que en aquellas novilladas tomó parte el que sería después magnífico torero, Antonio Fuentes.

Si este artículo ha sido hasta aquí suficientemente instructivo –al menos eso hemos pretendido–, aún puede seguir siéndolo hasta el final. Hemos dejado atrás, muy atrás, una cita textual del contrato del torero inaugurador, Juan Martín, con los propietarios del coso. En aquel compromiso se citaba una suerte, ya desaparecida, que se conocía como «parchear» o «suerte del parcheo». Si «parear» es poner banderillas a pares, «parchear» es, indefectiblemente, poner parches (a veces también a pares). Y esa era la suerte, en eso consistía. Formaba parte de la lidia, o por mejor decir, formaba parte de los jugueteos valientes que se tenían con los toros. El parche era sencillamente un trozo de badana, paño, pergamino o cualquier tela, untada en su revés con alguna sustancia adherente que iba desde la trementina, la pez y la brea, hasta la miel o la goma. Este parche, ligeramente superior en tamaño a la palma de la mano, iba adornado de lazos y cintas. Ni que decir tiene que los toreros parcheadores tenían que colocar esta pieza sobre el toro; en el testuz, primero; y en el morrillo y en los costados después, utilizando la misma técnica que para las banderillas. Era frecuente que en las cuadrillas fuera más de un parcheador, por lo que al toro se le colocaban estos adornos, no de castigo, formando línea o dibujo regular.

«Pepe-Illo» no se ocupó en su «Tauromaquia», publicada en 1796, de la suerte del parcheo. Quizás porque la consideraba de escasa importancia, como un jugueteo más en el decurso de la lidia y ajeno a ella; una demostración más, en fin, de habilidad y valor. No cabe otra suposición al pasar por alto esta graciosa suerte tan reclamada por el público que se divertía mucho con ella. Goya en un cuadro titulado «La novillada», pintado hacia 1780 y perteneciente a una veintena de cartones con temas populares destinados a la Real Fábrica de Tapices de Santa Bárbara, plasmó este momento del parcheo, lo que nos hace pensar que era suerte practicada de forma habitual.

Sin ir mas lejos –aunque en el tiempo es bastante– en el «Diario Pinciano» correspondiente al número 33 del miércoles 26 de septiembre de 1787, su autor, Don José-Mariano Beristáin, da cuenta de unas novilladas celebradas en plaza armada en el Campo Grande donde «han capeado, puesto parches y vanderillas ligeras, y executando otros juguetes gustosos al Público, la Quadrilla de Toreros al cargo de Francisco Garcés; segundo estoque del famoso Joaquín Costillares, su tío; y de Francisco Seco, bien conocido en esta misma Plaza; habiendo también concurrido a Caballo para otras suertes Andrés Martín, Vecino de la Ciudad de Salamanca».

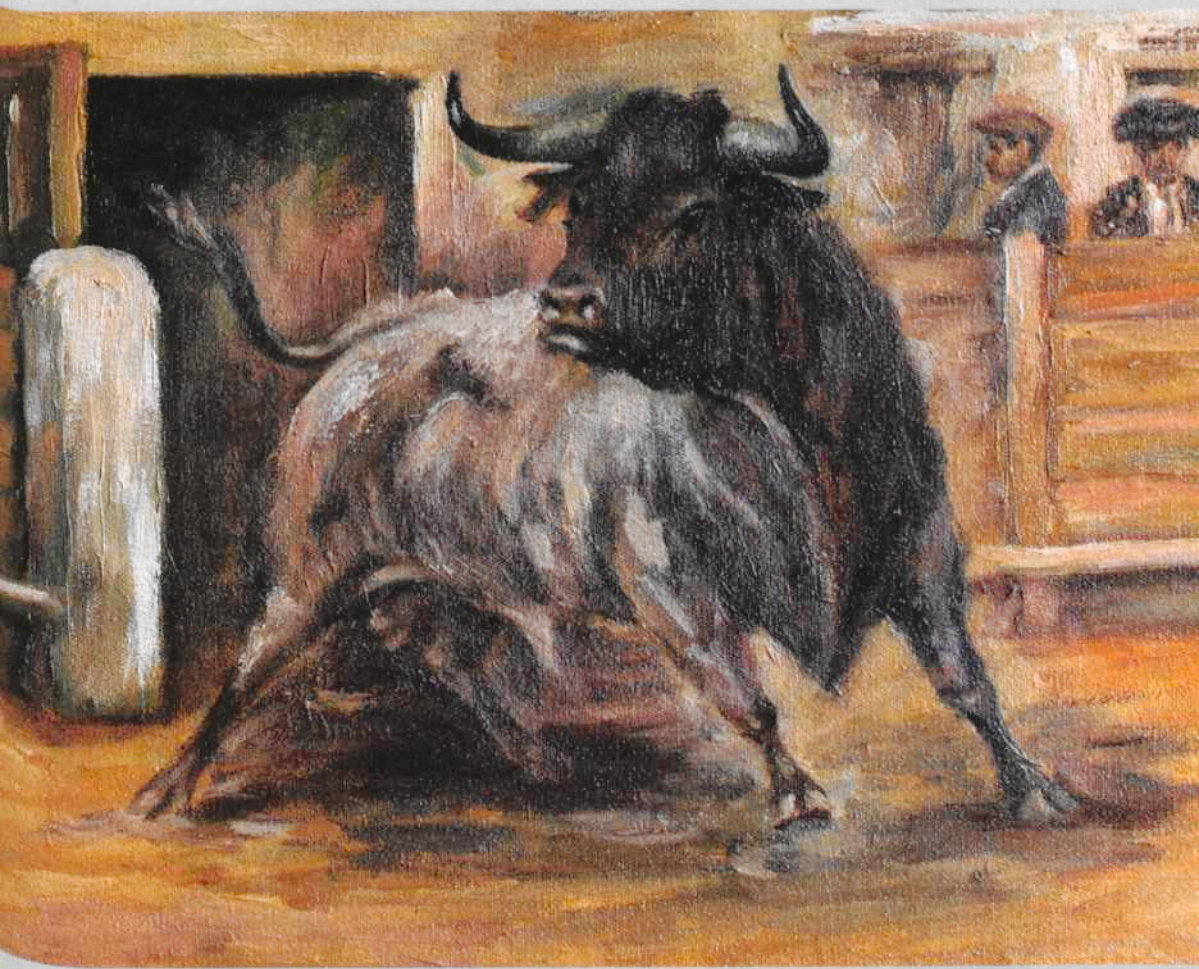
Francisco Montes «Paquiro» por su parte, en su «Tauromaquia» (que habría de ser escrita tres años después de la inauguración de nuestra plaza) daba algunas normas para el arte de parchear, indicando que si se llevaba un solo parche,

en la otra mano se llevaría el capote para tener más seguridad y un recurso de defensa en caso contrario.

Cuando Valladolid no contaba aún con una plaza de toros de fábrica y se montaba una portátil en el Campo Grande, solía ser esta suerte del parcheo una de las obligadas en toda corrida de novillos-toros. En las crónicas retrospectivas de Don José Ortega Zapata, «Solaces de un vallisoletano setentón», el memorialista recuerda que después del capeo, venía la suerte de «pegar en el frente de los novillos parches, forma de rodete, de piel, adornados con cintas de colores y untados de trementina, para que se agarrasen; y puestos tres o cuatro parches, salían los cabestros, se llevaban a la fiera al toril, y salían otra y otra, hasta seis, y tutto era finito, y la corrida acabada.»

Según me cuentan, en las capeas al estilo tradicional en Francia, se practica una suerte semejante al parcheo utilizando una pieza que llaman «la cocarde» y que con los toros de La Camargue, tan rebrincados y rematadores, la cosa resulta muy divertida y saludable. Pero no sólo en Francia se ha mantenido viva esta costumbre. Un buen aficionado a los toros y habitual viajero antaño, me cuentan que en algunos pueblos de Granada, todavía en los años 40/50 los mozos jugaban con los toros al parcheo, si bien la suerte se ejecutaba al estilo de las capeas, sin la ortodoxia que marcaba su pareja suerte de banderillas.

La vieja plaza de toros de Fabioneli, aunque hoy desaparecida, no lo está del todo, pues se ha conservado el coso (lo que fue su ruedo) a modo de plaza pública para servir de esparcimiento y acceso a los vecinos de un conjunto urbanístico conocido como «el Viejo Coso». Debe resultar grato asomarse la ventana de una de esas viviendas, ver abajo la placita y pensar que en ella muchos hombres vivieron momentos de triunfo practicando una de las más arriesgadas profesiones. También hubo, ¡como no!, tardes aciagas y de fracaso. Pero esas, que las piensen los pesimistas que se asoman a la ventana. Los optimistas deben saber que los buenos recuerdos son los que han de permanecer, porque son ellos, los que embellecen la vida.



Oteando la plaza. Antonio Valentín

V

LA SUERTE DEL PEDESTAL

En la «Historia de la Plaza de Toros de Valladolid» (1890- 1990) publicada por Emilio Casares con motivo del centenario de este coso, se observa, entre las miles de curiosidades que el libro contiene, que durante la primera década del siglo y en festejos novilleriles fuera de feria solía practicarse una suerte, ahora en desuso, que era la del pedestal. Es decir, la suerte de la quietud, el tancredismo. Hacer «tancredismo» es hacer la estatua sobre un pedestal. Ambos, pedestal y «tancredo», simulaban una estatua y era costumbre que aparecieran como un conjunto en blanco. No he podido entender nunca el porqué de semejante triquiñuela, ya que el toro –que jamás ha visto una estatua– sabe por su olfato, a muchos metros de distancia, cuándo se trata de un ser vivo o una cosa inanimada.!Animo y valor había que tenerlos a raudales para aguantar impertérrito la acometida del toro!

El primero que practicó esta suerte en España fue Don Tancredo López, un valenciano que en 1899 la «importó» del otro lado del charco. Parece ser que este y otros arriesgados lances, como la lidia y muerte al rejoneo de un toro montando sobre otro toro, proceden de Méjico. Tal teoría es defendida por el escritor azteca Roque Solares Tacubac quien asegura que Tancredo López copió «la suerte de la estatua» de la llamada «suerte del esqueleto» que practicaba el espada mejicano José María Vázquez, su auténtico creador, así como el banderillero Antonio González «El Orizabeño», que la incluía entre sus habilidades toreras.

El genuino don Tancredo López actuó en Valladolid en una novillada celebrada el 27 de septiembre de 1903. El ganado era de Oñoro y la parte seria corrió a cargo de «Regaterín» y «Gordo». Unos días más tarde, el torero Arturo Carral López «Carralito» –que había venido de Reinosa para hacerse torero (malo) en Valladolid– hizo la suerte del pedestal en su tercer novillo, lo que nos hace pensar que la artimaña del blanqueo podía alterarse en «traje de luces» sin que el toro se percatara.

El vallisoletano Vicente Martín «Fideísta», nuestro más renombrado torero bufo, practicó el tancredismo por primera vez el 22 de junio de 1905 con uno de los novillos de Don José Bueno que mataron «Hablapoco»(¡), Anastasio Castilla y «Joselete». El suceso ha quedado plasmado en la historia, si bien pequeña, del toreo bufo, merced a la crónica enviada a la revista «Sol y Sombra» por Mariano Presencio que hacía las funciones de corresponsal de la referida publicación ilustrada. La crónica no era de urgencia precisamente, ya que entre el suceso y la publicación pasó un mes, pues apareció en el número 467 correspondiente al 20 de julio –las prisas no son buenas para nada– ilustrada con una

Foto de «Fideísta» vestido de arco iris

foto en la que «Fideísta» aparece más bonito que un sanluis vestido de arco iris. El textos del ganadero-cronista decía: «Con el cuarto hace la suerte del pedestal el Fideísta, que consintió al bicho, el cual, al llegar a la estatua, arremete contra ella y le pega con la cabeza al pasar. El chico, impávido, se lució y el público le ovaciona, y...solamente un popular concejal y empresario de teatro (no figura el nombre) le echa un billete, por haberle brindado el Fideísta la suerte».

Y unos meses después volvió a repetirlo como aperitivo a la lidia de «Mazzantini de Valladolid» y Torriente.

Pero «Fideista» –que era hermano del afamado picador Dacio Martín «Pontonero»– no se quedaba solo en la suerte de don Tancredo, sino que inventaba otras muy pintorescas e insólitas: aguantaba la acometida del toro tomando café tumbado en la arena, o tocando la guitarra, o vestido de hombre de musgo o toreaba montado en bicicleta y hasta montaba un novillo o mataba sobre zancos, como ocurrió el 23 de abril de 1911 en una novillada con «Cantaritos» y «Mellaíto». El público, en fin, se divertía mientras otros intentaban hacerse toreros.

El mejicano Roscón practicó también en Valladolid la suerte del pedestal en 1904 y fue repetido al mes siguiente para «rejonear un novillo desde otro», cosa que logró en presencia de los diestros serios «Regaterín» y «Rubito» que mataron novillos del Cura de la Morena.

Este tipo de divertimentos taurinos se repetían con frecuencia en la plaza de Valladolid hasta bien entrado el siglo. Por ejemplo, en 1910 y con novillos de la Viuda de Mariano Presencio para «Formalito», Infante y «Agujetas», actuó Carral, que ya empezaba a decantarse más por el toreo bufo que por el serio, haciendo el «tancredo». En aquel espectáculo, para que en la variedad estuviera el gusto, también hubo la monta de un novillo por parte de «El Temerario».

La suerte del pedestal o el tancredismo en España y la suerte del esqueleto en Méjico fueron suertes que se practicaron intercambiadamente por gentes de ambas nacionalidades. Cuenta el historiador mejicano Armando de María y Campos que en 1904 en las primeras novilladas de Chapultepec, bajo la jurisdicción de las autoridades de Tacuba, ya hizo el Don Tancredo un español llamado Ricardo Real. Dado que en Méjico se conocía bien a Don José Zorrilla y su obra «Don Juan Tenorio» se reseña la gesta del tancredo encaramado en un taburete de madera «disfrazado de Don Gonzálo de Ulloa en el acto del panteón de Don Juan Tenorio». No se habían percatado los cronistas españoles de esta semejanza o imitación del personaje de la obra zorrillesca, pues de haber sido así, lo hubieran aprovechando convenientemente !al menos en Valladolid!. Y no hemos encontrado ninguna referencia informativa que vinculara al «don tancredo» con «don Gonzálo de Ulloa».

Ricardo Real, que sin duda tenía espíritu renovador y deseaba que la suerte creada –o recreada– por Don Tancredo López, su compatriota, no se quedara en un mero acto de valentía, la hizo en aquella plaza de Chapultepec de varias

formas: vestido de blanco en una ocasión y envuelto en «roja percalina» en otra. Contaba una crónica de «El Torilero» que Ricardo Real –pese a haber tenido que salir de naja al sentir los pitones muy cerca– «escuchó la mejor ovación de la tarde y sacudió los nervios del concurso (concurrencia) e impresionó a tirios y a troyanos».

Tuvo este español, imitador en Méjico de don Tancredo López, otros imitadores mejicanos. Entre ellos, como el más destacado, figura Manuel Bustamante, quien tratando de rizar el rizo de la dificultad no solo no se vestía de estatua ni se envolvía en capa roja, sino que hacia la suerte vestido de torero como ya hemos dicho antes que lo hizo en Valladolid «Carralito».

El éxito de los tancredos mejicanos debió verse fácil por los buenos aficionados americanos. Tan debió ser así que hubo una mujer que figuró en los carteles con el apodo de «Doña Tancreda». Se llamaba Josefina Ruvalcaba y debió tener una corta vida como tancreda, pues sólo ha pasado a los anales taurinos su actuación –no sabemos si brillante o catastrófica– en una novillada celebrada en Matehuala, en San Luis Potosí, el 5 de agosto de 1906 y dedicada a las negociaciones mineras. ¿Sería la tancreda una valiente minera, o la esposa de un minero?.

Ricardo Real, a quien no olvidamos todavía, quiso cambiar el percal por la seda y se hizo matador, pero tuvo que renunciar, ya que el censo de toreros triunfadores en aquel tiempo en Méjico era muy considerable. En la primera década del siglo triunfaban en Méjico y alrededores:

Zocato, Jarana, Faíco, Juan Antonio Cervera, Silverio Chico, Capita, Machiotrigo, Morito, Colorín, Enguilera, Chano, Cheché, Reverte mejicano, Fuentes mejicano, Corcito, Pipa, Morenito de Valencia, Chatillo, Palomar Chico, Valverde, Triana, Torerito de Valladolid (es decir, Torerito de Morelia si hubiera nacido un poco más tarde), Torerito de Sevilla, El Bravo, Feria, Almendro Chico, Barrerita, Romerito de Austria, El Yucateco, Chiclanerito, Lobitos, Portaleño, Bombita y Gonzalito. Como pueden imaginar...!todos figuras de fama, si bien no acrisolada, sí popularizada y para andar, sin privaciones ni escaseces, por casa.

Los juegos con los toros, los retos entre hombre y bruto en suertes con reminiscencias antiguas ya plasmadas en su «Tauromaquia» por Goya, y el torero bufo, estaban perfectamente diferenciadas. Ahora, a veces, se entremezclan confundidoramente.

Capote de brega.
J. L. Rodríguez-Posadas

VI

VILLAMEDIANA, REJONEADOR

Dicen las viejas crónicas que el conde de Villamediana era diestro en el arte del rejoneo. Pero también dicen que lo era en otras lides: el galanteo con ambos sexos y la poesía. Hagamos un retrato al minuto de don Juan de Tassis, algunas de cuyas aventuras tuvieron como escenario la ciudad de Valladolid, donde mandó ser enterrado. Nació en 1580 en Lisboa y murió asesinado en Madrid en 1622. Fue delicado sonetista, agudo satírico –el primero en utilizar la poesía satírica como arma política contra Lerma y Uceda que le pagaron con sendos destierros: uno por jugador y otro por poeta–. Poseía el título de Correo Mayor del Reino. Acusado de sodomía, quiso disimularse su muerte por suponerle implicado en el llamado pecado nefando. Sus amores turbulentos –según las lenguas viperinas le tiraba los tejos incluso a la reina Isabel de Borbón la bella e inteligente esposa del joven rey vallisoletano Felipe IV– le llevaron a la muerte violenta el 21 de agosto de 1622.

El retrato que de él hace Marañón en su libro «Don Juan» mas que un retrato al minuto se queda aquí en una instantánea. Pero en una instantánea definitiva y magnífica. Dice Don Gregorio Marañón: «Era Villamediana el tipo perfecto del noble español renacentista, de ingenio excelente, intrépido, lleno de todos los atractivos personales y fundamentalmente inmoral. Sus contemporáneos coinciden en ponderar su garbo y su belleza física.»

Quizás fuera un granuja –nadie es perfecto–, pero fue ¡todo un personaje!. Residiendo la corte en Valladolid un Juan de Tarssis (en algunos documentos el apellido aparece escrito así) fue testigo de la boda celebrada el 5 de marzo de 1601 en la iglesia de La Cistérniga entre don Rodrigo Calderón –después finamente degollado en la Plaza Mayor de Madrid– y doña Inés de Vargas. Quizá fuera el padre de nuestro Don Juan, pues el galanteador contaba a la sazón diecinueve años. En el Archivo Diocesano existe el documento que atestigua el hecho y su presencia junto a otros caballeros de la corte. Los Villamediana, por tanto, estuvieron en Valladolid mientras estuvo la corte. Y la ciudad fue escenario de sus aventuras y arrogancias. Trasladada la corte, el hermoso apolo cambió el escenario de sus hazañas. Los cronistas de aquí y de allí enhebran unas con otras hasta formar un rosario de penitencias.

Eran tales los alardes de guapeza de Don Juan de Tassis, conde de Villamediana (Marañón asegura que fue el trasunto del personaje de «Don Juan» de Tirso y, como consecuencia, también del Don Juan Tenorio, de Zorrilla), que

se escribía de él como prototipo del intrépido-arrogante. Se cuenta que en cierta corrida de rejones en la que participaba junto a otros caballeros, Villamediana se presentó de esta guisa: «Montaba caballo tordo con rendaje y lazos de seda grana y oro; traje de terciopelo blanco con trencilla y pasamanos de oro y perlas, forros acuchillados, vueltas y faja de raso carmesí; calzón de punto, altos borceguíes, valona y puños de encaje; cruz de Santiago en rubíes y sombrero con cintillo de diamantes sujetando seis plumas». ¡Hecho un pincel iba Villamediana a rejonear!.

En las fiestas de toros y cañas que se organizaron en la Plaza Mayor de Valladolid el día 10 de junio de 1605 con motivo del nacimiento de Felipe IV, Villamediana fue uno de los árbitros de la elegancia entre los caballeros y galanes que alancearon. Debía andar por los veintitrés años. Según criterio de uno de los cronistas de aquellos festolines, Thomé Pinheiro da Veiga («Philistrea, primera parte de «La Fastigínia»), los más elegantes fueron los príncipes de Saboya, que por estar de luto salieron de negro y plata; seguidos del duque de Alba, cuyos vestido y gualdrapa eran de oro bordado sobre azul; y en tercer lugar Don Juan de Tassis, conde de Villamediana, con «vestido y gualdrapa de bordado menudo de tela de plata y telilla, que brillaba mucho, por lo que se veía a través del follaje de oro que la cubría, con unas rosas o flores levantadas con mucha argentería, y principalmente en el sombrero y cuera y bordadura, entrecruzadas piezas y botones en la obra del bordado». El cuarto fue el marqués del Valle, a quien Villamediana cornamentaba muy diestra y reconocidamente, pues los amores turbulentos de nuestro conde y la condesa del Valle estaban poco menos que en coplas. Por lo menos estaban en una relación poético-amatoria que durante años se le atribuyó a Pinheiro.

Y atención a la faena de Villamediana en aquel festejo, que tampoco tiene desperdicio: Nuestro bien tapizado caballero, rejón en mano «con la cuchilla de a palmo» se fue al toro paso a paso, paróse frente a él, «el paje de la derecha (hoy diríamos peón) con la capa le llama, embiste presto; el jinete tuerce el bridón, pasa el toro, clávale Villamediana el rejón, aquél brama, vacila y desplómase en tierra muerto, y el caballero con medio rejón en la mano, saluda al concurso que le vitorea, y a los reyes, que le aplauden».

Conste la perfecta técnica del conde-poeta montando brioso corcel y ejecutando aseadamente la suerte del rejón partido.

Los dos Juan de Tassis, padre e hijo, intervenían juntos en lances taurinos y entre los dos eran capaces hacer pedazos un toro a cuchilladas. Lo asegura Vicente Espinel en su «Vida del escudero Marcos de Obregón».

Cervantes, que sin duda conoció las peripecias de Don Juan de Tassis por haber coincidido ambos en Valladolid mientras estuvo la corte, escribe bien del conde en el «Viaje del Parnaso». Y debió hacerlo a su pesar, pues Villamediana ocupó un puesto al que aspiraba Cervantes en el cortejo del conde de Lemos en Nápoles. Dijo el autor del Quijote:

Será Don Juan de Tassis de mi cuento
principio, porque sea memorable,
y lleguen mis palabras a mi intento.

Este varón, en liberal notable,
que una mediana villa le hace conde,
siendo rey en sus obras admirable;

éste, que sus haberes nunca esconde,
pues siempre los reparte o los derrama,
ya sepa adónde, o ya no sepa adónde;

este, a quien tiene tan en fin la fama,
puesta la alteza de su nombre claro,
que liberal y pródigo se llama,

quiso, pródigo aquí y allí no avaro,
primer mantenedor ser de un torneo
que a fiestas sobrehumanas le comparo.

Responden sus grandezas al deseo
que tiene de mostrarse alegre, viendo
de España y Francia el regio himeneo.

Don Juan de Tassis marchó a Italia rico y volvió más rico. Se trajo objetos artísticos, armas de todo tipo, cuadros y esculturas, tapices y joyas a las que era muy aficionado, especialmente a los diamantes que mandaba engastar en plomo para darle mayor brillo a la piedra. Parece ser que el príncipe de Gales cuando vino a España en 1623 –ya muerto el conde– compró gran parte de esta colección artística.

La condesa D'Aulnoy en su «Relación del viaje de España» cuenta varias arrogancias públicas del Conde de Villamediana estante la corte ya en Madrid; y dejándose llevar por su simpatía hacia el petulante calavera, hace su retrato con estas palabras: «Era joven, guapo, gallardo, valiente, espléndido, galante e ingenioso, y nadie ignora que, por desgracia suya, se presentó en un carrusel que se celebró en Madrid con un traje bordado de monedas de plata recién acuñadas, que llamaban reales, y que llevaba por lema: Mis amores son reales».

La palabra «reales» en el mote o lema que llevaba el conde tiene un doble sentido: ¿Por la reina o por el dinero?. Nadie quiso contestar a esta interrogante. Pero el pueblo, sabedor de los entresijos palaciegos, entendía por dónde iban las palabras retadoras del conde. Nuestra antes citada condesa D'Aulnoy, que en su curioso libro oficia de chismosa de los dimes y diretes de la corte, cuenta que este donjuán donjuaneaba a la reina con toda suerte de artimañas. «Como no

Grabado de Don Juan de Tharsis, Conde de Villamediana

aplicaba su talento más que a divertir a la reina, compuso una comedia que todo el mundo encontró tan bella– y la reina, más en particular que nadie, descubrió en ella rasgos tan conmovedores y tan delicados–, que la quiso representar ella misma el día en que se celebraba el nacimiento del rey. El enamorado conde era el que dirigía toda esa fiesta; cuidóse de la confección de los trajes y ordenó las maquinarias, que le costaron más de treinta mil escudos. Había hecho pintar una gran nube, bajo la cual estaba oculta la reina en una máquina. Él estaba muy cerca, y a una señal que le hizo a un hombre que le era fiel, pegó fuego a la tela de la nube. Toda la casa, que valía cien mil escudos, quedó casi por entero quemada; pero consolóse de ello cuando, aprovechando una ocasión tan favorable, tomó a la soberana en sus brazos y la llevó por cierta escalerilla, donde le robó algunos favores y, lo que en este país se considera mucho más atrevimiento, llegó hasta a tocar su pie. Un pajecillo que lo vio informó de ello al conde-duque (de

Olivares), el cual no había dudado, al ver aquel incendio, fuese un efecto de la pasión del conde».

Hasta aquí la «revista del corazón» escrita por la intrépida escritora. Puede que todo fuera cierto, porque Villamediana era capaz de éstas y otras rocambolescas artimañas, pero lo del pie no tiene precio.

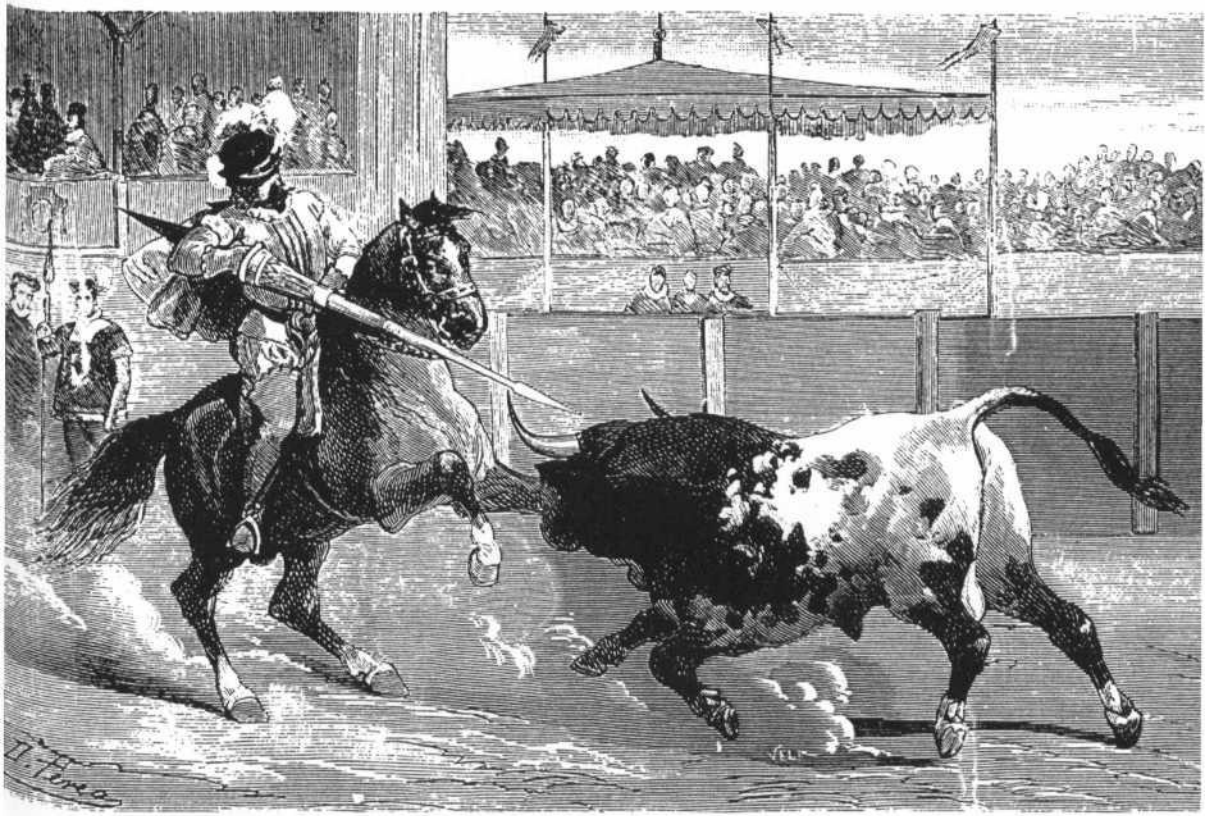
La comedia llevaba el titulo de «La gloria Niquea» y la representación tuvo lugar en el teatro de Aranjuez. La reina interpretaba el papel (mudo) de Venus, diosa de la Hermosura. No sabemos lo que entendería la condesa novelera por eso de «robar algunos favores», pero lo de considerar afrentoso tocar el regio pie, es desmesurado. Por esta aventura, afrentosa al decir de los cronicones, y por alguna otra oculta, el conde don Juan fue asesinado.

Don Juan de Tassis murió a manos de un ballestero que se encaramó en su carroza cuando circulaba por la calle Mayor de Madrid. La herida fue mortal de necesidad. Su amigo el poeta Góngora le contaba a Cristóbal de Heredia cómo había sido el suceso en los siguientes términos: «Salió de los portales que están en la Acera de San Ginés un hombre que se arrimó al lado izquierdo que llevaba el conde, y con arma terrible de cuchilla, según la herida, le pasó del costado izquierdo al molledo del brazo derecho, dejándole tal batería que aún en un toro diera horror».

Otro testigo dijo que por el hueco de la herida cabría un brazo. Fue, pues, la del conde una muerte sangrienta y cruel y, según todos los indicios, ordenada desde el poder. Como antiguamente decía el pueblo: «una justicia hecha en la calle». Su cuerpo fue trasladado a Valladolid y enterrado en la iglesia del monasterio de San Agustín, hoy abandonadas ruinas próximas al Paseo de Isabel la Católica. Allí estaba el panteón familiar, y si, que nosotros sepamos, nadie ha exhumado sus restos, allí seguirán «bajo la bóveda de la capilla mayor», tal y como especifica Miguel de Soria en su «Libro de las Cosas memorables que han sucedido desde el año de mil quinientos noventa y nueve».

Góngora desde la hondura de sus versos gritó:

Mentidero de Madrid,
decidnos:¿Quién mató al conde?
Ni se sabe ni se esconde:
sin discurso discurrid.
Dicen que le mató el Cid,
por ser el conde lozano.
¡Disparate chabacano¡
La verdad del caso ha sido
que el matador fue Bellido
y el impulso, soberano.



Modo de alancear en coso

El poeta nos da una serie de información velada, como diciendo sin decir, dando a entender entre líneas y entre algún adjetivo la condición, apellido o apodo del matador. Se llegó a correr por los mentideros de Madrid que había sido un Ignacio Méndez, nacido en Illescas, a quien el conde-duque de Olivares, que se llevaba a matar con Villamediana, recompensó haciéndole Guarda Mayor de los reales bosques. También se dijo que Villamediana murió de sus versos. De los versos satíricos, con doble o directa intención, que escribía a menudo contra ilustres y poderosos personajes. Si con el rejón y la lanza era certero, vean cómo manejaba la péñola cuando atacaba con sus versos, por ejemplo, a Don Pedro Vergel, alguacil de corte a quien tacha de redomado cornudo, ¡él sabría por qué!

Fiesta de toros y cañas
hizo Madrid a su rey,
y por justísima ley
llenas de ilustres hazañas.

La suma de todas ellas,
con ardimiento gentil,
engrandeció un alguacil
con mil circunstancias bellas.

En el caballo novel,
ardiente, bravo y brioso,
se ha presentado en el coso,
florido como un vergel.

Sus galas son peregrinas,
porque le hacen contrapeso
a martinetes de hueso,
cintillo de cornerinas.

Miró al toro con desdén
Vergel, y el toro repara
que ve con cuernos y vara
un retrato de Moisén.

Duda el toro la batalla,
y no sabe, en tanto aprieto,
si ha de perder el respeto
al rey de la cornualla.

El toro tuvo razón
en no osar acometer,
pues mal pudo él oponer
dos cuernos contra un millón.

Mal gobierno fue, por Dios,
sabiendo que se embaraza
la fiesta, echar en la plaza
los toros de dos en dos.

No causes tan grande inopia
al mundo, toro cruel,
que si matas a Vergel
destruirás la cornucopia.

Pero no saldrás con lauro;
huye, toro, que te atajan;
mira que sobre ti bajan
«Aries, Capricornio y Tauro».

Guarda, Vergel, el decoro;
que la presencia del rey
al que antes fue manso buey
ha trocado en bravo toro.

De otras armas te apercibe,
toro, para tu defensa,
que a Vergel no hacen ofensa
cuernos, pues con ellos vive.

Arremetió el toro fiel
a Vergel, que con destreza
por cima de la cabeza
le dio la vuelta a Vergel.

Lleno de coraje acerbo
se levanta y mete mano
animoso, si no ufano,
y ligero como un ciervo.

Conseguirás lauro eterno,
Vergel, con sumo tesoro,
pues venciste toro a toro,
peleando cuerno a cuerno.

Al pobre Vergel, que se adornaba con preseas de su adúltera esposa, le dedicó también estos dos epigramas:

Bien las sortijas están
en los dedos esmaltadas
ganadas a cabalgadas
como si fuera en Orán.

* * *

¡Qué galán que entró Vergel
con cintillo de diamantes!
Diamantes que fueron antes
de amantes de su mujer.

Otro escritor satírico de inalcanzable cima, Don Francisco de Quevedo, contribuyó a eternizar la vida y muerte de don Juan de Tassis con estos versos escritos sin duda poco después de su muerte.

Religiosa piedad ofrezca llanto
funesto; que a su libre pensamiento
vinculó lengua y pluma, cuyo aliento
se admiraba de verle vivir tanto.
Cisne fue, que, causando nuevo espanto,
aun pensando vivir, clausuló el viento,
sin pensar que la muerte en cada acento
le amenazaba justa, el primer canto.

Con la sangre del pecho que provoca,
aquel sacro silencio se eternice,
escribe tu escarmiento, pasajero:
que a quien el corazón tuvo en la boca,
tal boca siente en él que sólo dice:
En pena de que hablé, callando muero.

Precediendo a estos versos del patizambo miope, en el manuscrito M.8 de la Biblioteca Nacional hay otros versos, manuscritos sin duda tras el asesinato del conde, que dicen: «Aquí una mano violenta,/más segura que atrevida,/atajó el paso a una vida/ y abrió camino a una afrenta,/que el poder que osado intenta/ jugar la espada desnuda,/el hombre de humano muda/en inhumano, y advierta/que pide venganza cierta/una salvación en duda». Con seguridad decimos que no son de Quevedo. Pero alguien los puso en el manuscrito intencionadamente para insistir en lo que Quevedo quiso decir: la sospecha de que Villamediana fue víctima de un contubernio que desembocó en la suma de un cadáver más del elenco de ilustres silencioso.

En sus «Grandes anales de cinco días» el celebrado satírico da la de arena, quizás porque pretendía congraciarse con el conde-duque, al escribir que Villamediana «se buscó su castigo con todo su cuerpo», lo que se presta a varias interpretaciones, después de haber escrito una frase que nos parece definitiva y definitoria: «¡Tanto valieron los distraimientos de su pluma, las malicias de su lengua, pues vivió de manera que los que aguardaban su fin (si más acompañado, menos honroso) tuvieron por bien intencionado el cuchillo!».

Quizás fuera Villamediana un homosexual de lujo, es decir, ocasional. Don Narciso Alonso Cortés, que investigó el caso acudiendo a fuentes documentales del Archivo de Simancas, encontró cartas y memoriales escritos al poco de la muerte del conde en las que se secretea con la causa de su asesinato. «En el negocio que ahí tuve de aquellos hombres que se quemaron en el pecado, y otros que habían huido después de muerto el Conde de Villamediana, se me manda por un decreto de la Cámara que envíe la culpa de un Silvestre Adorno, y los indicios que contra él hay del pecado, nacen de lo que contra el conde está probado, y S.M. me mandó que por ser ya el Conde muerto, guarde secreto de lo que con-

Ruinas de S. Agustín

tra él hubiese en el proceso por no infamar al muerto, y ahora, si doy la culpa de Silvestre Adorno, es fuerza ir allí mucha parte de lo que hay contra el Conde». Es un testimonio del licenciado Don Fernando Ramírez Fariñas, del Consejo de S.M., a quien se encomendó el proceso de unos cuantos personajillos acusados de sodomía, entre los cuales se encontraban un mozo de cámara y un criado de Villamediana. Estos y otros tres fueron quemados el 5 de diciembre de 1622. En el curso del procedimiento se encontraron pruebas de cargo contra Villamediana que ya había sido muerto a la edad de cuarenta años. La carta del licenciado Fariñas estaba dirigida a Don Pedro de Contreras, Secretario de Justicia.

La homosexualidad del conde estaba en la hablillas de la calle, en los pasillos de palacio y en las estancias. No es por malmeter, pero conviene a todo esto,

Momia de D. Rodrigo Calderón

recordar una respuesta del príncipe de Esquilache a un recado que le envió Villamediana. El papel, que se encuentra en la Biblioteca Nacional, dice:

> Luego que el papel leí,
> con él me quise limpiar;
> mas púsome en que dudar
> que era del Conde, y temí.

Eran vox pópuli, por otra parte, los amores de don Juan de Tassis con Laura, su mas eterno amor; con Justa Sánchez; con doña Francisca de Tabora, que fue amante del rey; con la condesa del Valle, y otros muchos amores ocasionales. Al simpar Villamediana le cabían todos los adjetivos que rozaran la granujería y la arrogancia amorosa polivalente. Así, fue galante, insolente, cínico, disipado,

irreverente, petulante y altanero, desvergonzado y pendenciero, rijoso y sodomita, caballero en plaza...Y muerto.

Como dice Luis Rosales en un riguroso estudio sobre la «Pasión y muerte de Villamediana», «lo que se trataba de demostrar no era que el Conde fuese o no fuese sodomita, sino que la sodomía fuese la causa de su muerte, que no es lo mismo, ni mucho menos.»

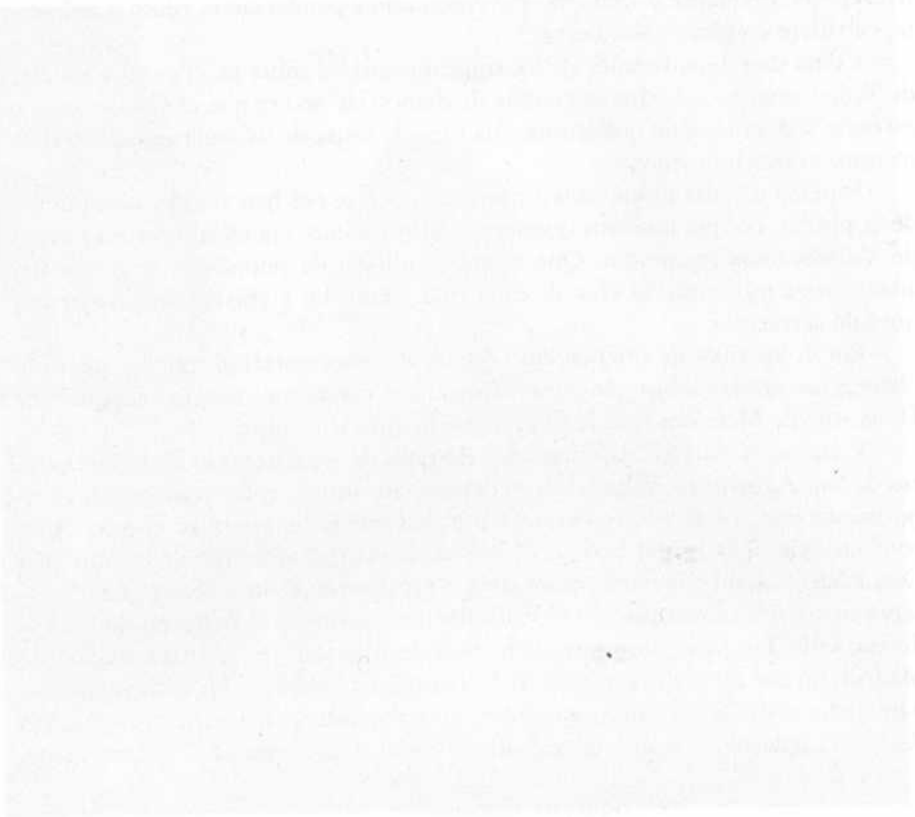
Sopesen ustedes todos estos argumentos que se nos han venido a los puntos de la pluma. Lo que nosotros queríamos, al principio, era escribirles un retrato de Villamediana rejoneador. Que a esta condición de rejoneador se le puedan añadir otras monturas, es cosa de cada cual. Hablillas y chismorreos no hemos querido acrecentar.

Por si les sirve de orientación –quizás de desorientación, por lo que pido clemencia– añadamos un dato más. Cuando el conde fue muerto era viudo de Doña Ana de Mendoza y de la Cerda, que le dio varios hijos.

Y ahora, la guinda: Algunos años después de ser enterrado en el monasterio de San Agustín de Valladolid, se destapó su tumba, encontrándose su cuerpo incorrupto por la sangre derramada al haberse desangrado su cuerpo como consecuencia de la brutal herida. Lo mismo le ocurrió al amigo de la familia, a Don Rodrigo Calderón, siempre de cuerpo presente en el arcón en el que se conserva su cuerpo amojamado en el vallisoletano convento de Portaceli de la calle Teresa Gil. También fue ajusticiado por degollación en la Plaza Mayor de Madrid, un año antes de la muerte de Villamediana, en 1621. He dicho «amigo» y he dicho mal. De un amigo muerto en las condiciones en que fue muerto Don Rodrigo Calderón no se escribe un epitafio como el que le escribió Villamediana.

> Aquí yace Calderón.
> Pasajero, el paso ten;
> que en hurtar y en morir bien
> se parece al buen ladrón.

Don Rodrigo Calderón, que robó mucho y robó bien, murió degollado públicamente con el orgullo rebosándole a la altura del garguero. Desde aquel día se les suele decir a los que tienen el orgullo a flor de piel que «tienen más orgullo que don Rodrigo en la horca».



Salida de toriles. Antonio Valentín

VII

EL COMBATE DE UN TORO Y UN LEÓN Y EL ARCABUZ DE FELIPE III

Don José Ortega y Gasset en su libro sobre Velázquez intercala algunas anotaciones recogidas en las «Cartas de algunos P.P. de la Compañía de Jesús (1634-1648)»; algunos de los «Avisos de Pellicer (1642-1644)»; algunos otros de los famosos de Don Jerónimo de Barrionuevo (1654-1658) y fragmentos de la «Historia de Felipe IV» de Matías de Novoa. Todo ello para dar una adecuada ambientación a la vida de la villa y corte, sus noticias y rumores y la actividad chismosa de los mentideros de calles, plazas y templos del Madrid velazqueño.

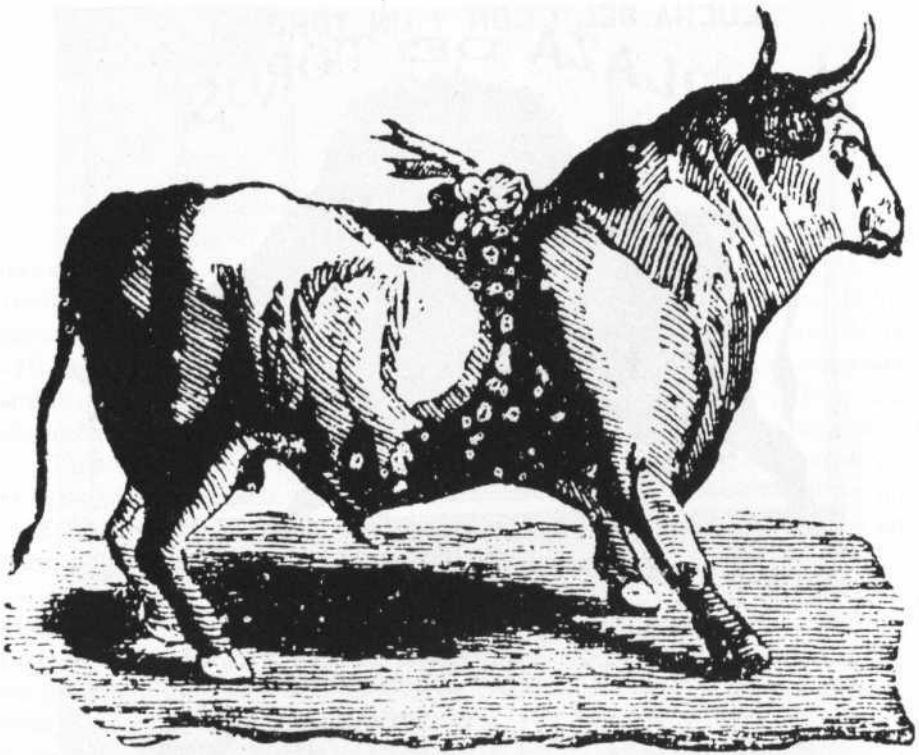
En una de las cartas llama la atención a un jesuita el espectáculo ofrecido en el Palacio del Buen Retiro donde el rey mandó que se enfrentaran un toro y un león. El texto epistolar, en su integridad, dice así: «De Madrid me escribe un hermano grandes cosas de las fiestas de cañas y toros que se hicieron en el palacio del Buen Retiro. Entró en ellas S.M. y con eso ya se ve que serían lucidas. Había el duque de Berganza enviado al Rey un león ferocísimo; quisieron probarle en estas fiestas, y trayendo el toro más bravo de cuantos se pudieran hallar, los pusieron a ambos en la plaza. El león se estuvo quedo, y llegando a arremeterle el toro a él, como si no hiciera nada, de una manotada le abrió por medio, y dejándole muerto dio una vuelta muy despacio por toda la plaza y luego volvió al toro y le lamió las heridas y se estuvo junto a él hasta que el leonero le llevó. Dicen que fue fiesta muy de ver».

El rey era el vallisoletano Felipe IV. Y la afición por este tipo de enfrentamientos animalísticos le venía por vía paterna. Su señor padre, Felipe III, que fue nuestro Señor durante algún tiempo, tuvo el gusto de divertirse haciendo combatir entre sí a diferentes animales, estando en Valladolid. Una muestra viene al caso .

Felipe III viviendo en el Palacio del duque de Lerma, el valido que bien le valió, pidió a los regidores de Valladolid que cerraran con puertas dos calles que daban a la plaza de Las Brígidas (que entonces se llamaba placeta nueva de San Diego) para poder correr toros y celebrar otras funciones ecuestres muy del gusto suyo y del de su corte. En el Archivo Municipal hay una breve referencia en un libro de actas donde se da a entender la forma en que empezó a ser ese lugar, detrás del palacio, escenario de festejos taurinos: «28 julio 1603. Este día el Señor corregidor dio cuenta que el señor Duque de Lerma de parte de S.M. había mandado que esta ciudad le mandase encerrar algunos toros que se corran en la placeta nueva de San Diego». Pero se conoce que la repetición de espectáculos sin apenas cambios argumentales aburría al personal de palacio, cortesanos

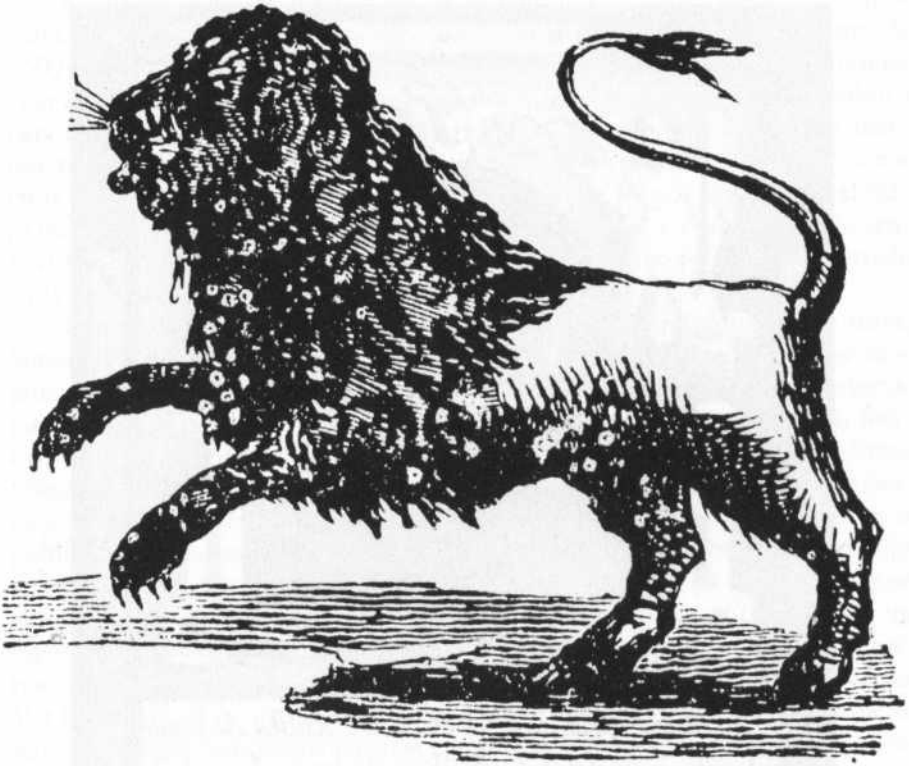
Cartel de Málaga de 1895

y cortesanas, y le pegaron un corte al rey pidiéndole que renovara la programación. Y al monarca se le ocurrió, una vez trasladada la corte a Madrid y en una de sus vallisoletanas visitas para darse una vuelta por estos pagos, la feliz idea de enfrentar un toro a un león. ¿Cómo pudo darse semejante espectáculo en Valladolid donde esta última especie se ha aclimatado siempre muy mal? Pues verán cómo.



Cabecera del cartel que anunciaba la lucha de un toro y un león, en la plaza de Sevilla, en 1859

No sabemos de dónde procedería el toro. Posiblemente del lugar más próximo en que se criaban de antiguo: del Raso de Portillo. Pero, ¿de dónde procedía el león?: El león era de palacio. Felipe III, buen amante de los animales y de su caza, se mandó traer de Madrid toda clase de pájaros con los que se hizo una pajarera. De Aranjuez se trajo plantas, y se hizo un jardín hermoso, frondoso y oloroso. Y de Talavera se trajo azulejos que adornaban sus estancias en una bella sinfonía de blanco y azul. El palacio estaba en obras de reacondicionamiento y en el jardín había algunas fieras; y entre esas fieras, varios leones . Tres, para ser exactos (uno moriría el 5 de agosto de 1607). También había un lince, un puerco-espín, una garza y faisanes, tórtolas y otros pájaros venidos con el Rey desde Madrid. Pues bien, este pequeño zoológico estaba al cuidado de un extranjero de nombre Bolfango Artman que se hacía citar en los documentos como «leonero del rey». Este leonero de la real casa tenía un ayudante de extraño nombre,



Barboca, y un no menos extraño apellido, Jazmín, a todas luces impropio de un cuidador de leones.

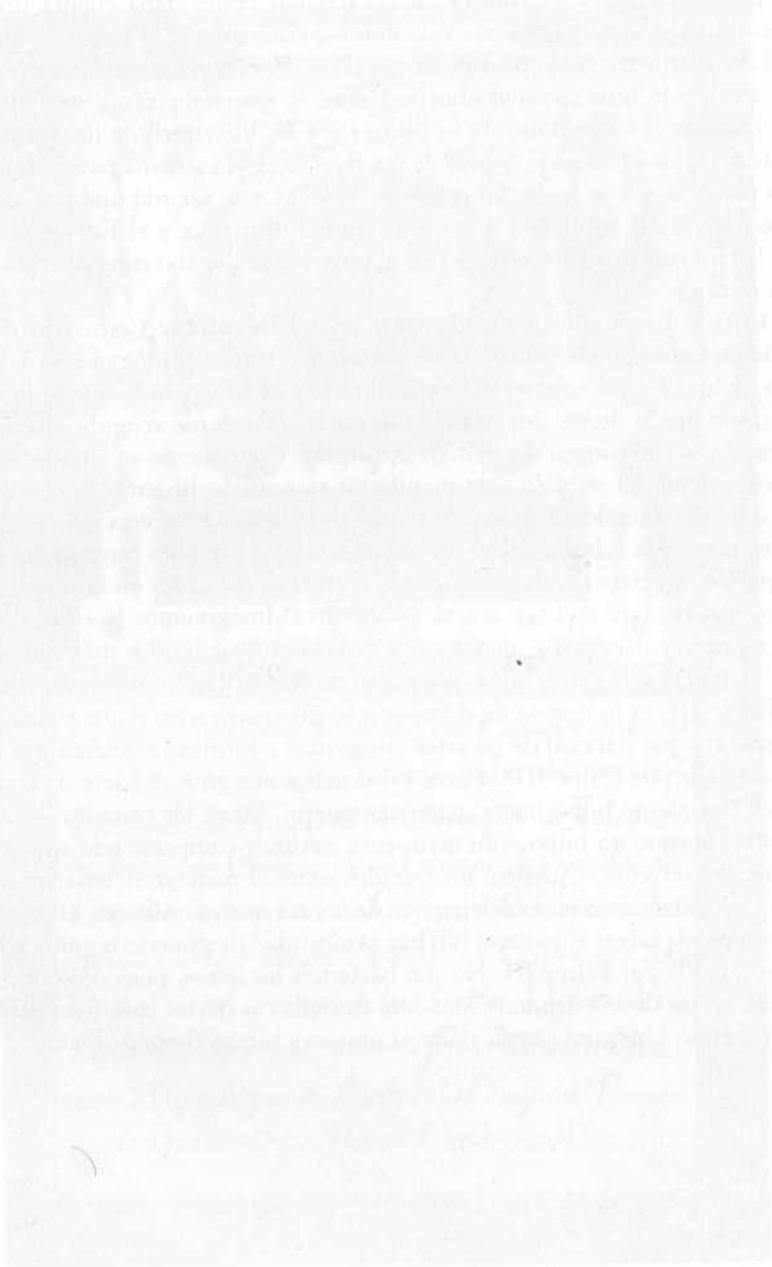
Cierto día, de los muchos en que su graciosa majestad entraba en estado de aburrimiento, decidió enfrentar en la hoy plaza de Las Brígidas a un toro con uno de sus leones.

Lo cuenta Luis Cabrera de Córdoba en sus «Relaciones» anotándolo, el 7 de julio de 1607, de esta manera: «El domingo, que fue el día antes que S.M. partiese de Valladolid, quiso ver pelear el león con un toro. Encerráronlo en la plazuela detrás de Palacio, que estaba cerrada de tablas. El león es muy nuevo y luego se acobardó, y a la primera suerte le volteó el toro, con lo cual siempre anduvo huyendo, y aunque le picaban con un garrochón nada aprovechó para que acometiese al toro».

Privilegio otorgado por Felipe III a Medina de Rioseco (Archivo Municipal)

El mismo autor y cronista de las hazañas reales daba cuenta unos años antes– estando aún la corte en Valladolid–, exactamente el día 9 de agosto de 1603, de la muerte de un toro a manos del rey. Pero con ligeras variantes en relación a cómo lo hizo su señor abuelo, Carlos V, que alanceó un toro en público para celebrar el nacimiento de su hijo Felipe II. El tercero de los Felipes mató este toro tal cual cuenta el relator de sus fazañas:... «la semana pasada hubo toros en la plazuela que se ha hecho detrás de Palacio, y se guardó uno por ser el más bravo para el día siguiente, que le corrieron allí mismo, y el Rey desde la ventana le tiró cuatro arcabuzazos y con el postrero le derribo con haberle acertado en la frente.»

El toro había sido mandado traer por el Regidor y Comisario de toros, Simón de Cabezón y le valió 20.000 maravedís. Había salido tan bravo que ninguno de los de a pie se atrevió a desjarretarlo y el Rey mandó que se lo reservaran, como queda dicho. No cita el cronista si la faena fue acogida con una fuerte ovación, o con pitos o división de opiniones. Creo que no se estilaba la democrática actitud del público para manifestar su opinión libremente con una ovación o una estruendosa bronca. Ante una faena que, como esta del rey, se hacía públicamente, la cohorte debió tirar de la levita, aunque los terrenos no eran los apropiados. Lo cierto es que el toro estaba en la plaza, el rey en la ventana, entre ambos, un arcabuz y el rey acertó ¡a la cuarta! Imaginamos la emoción de los espectadores, palaciegos y menestrales, de entre los cuales, los más viejos pensarían: «Lo que va de ayer a hoy». Lo que va de abuelo a nieto. Lo que va de Carlos V a Felipe III, es lo que va de diferencia entre una muerte digna y una muerte indigna. Porque ¿en cuál de las artes cinegéticas o taurinas encuadramos la suerte practicada por Felipe III? ¡Fuera los tratados antiguos del arte de torear a la jineta!. Porque no hubo jinete, ¡sino ventanero! ¡Fuera los tratados de la tauromaquia!. Porque no hubo enfrentamiento natural, compartiendo toro y torero los mismos terrenos. ¡Adentro los tratados sobre el manejo de las armas! ¡Fuera los que recomendaren el noble ejercicio de la caza que permite que el animal perseguido pueda salvar el pellejo! No hay posibilidad de ponerle nombre a la suerte introducida por Felipe III. No son bastantes los datos, pues desconocemos si el arcabuz era de los denominados «de muralla» o de los más manejables «de cañón corto». Una cosa queda clara: el monarca estaba fuera de cacho.



El despeño de los toros en el Pisuerga (cromo-litografía) sobre un grabado de Galofre (1872)

VIII

EL DESPEÑO DE LOS TOROS

El «despeño de los toros» fue un juego acuático-taurino en el que toda la ventaja la llevaba el hombre. Por definición consistía en «encallejonar a los toros hasta una rampa resbaladiza con caída sobre un río o estanque». No era, por tanto, un despeñamiento propiamente dicho, sino un deslizamiento sobre una especie de tobogán engrasado. En el agua «solían aguardarles, en barca o nadando, lidiadores que los acosaban y hostigaban, hasta que, salidos los toros nuevamente a tierra, eran capeados, lidiados y acuchillados por las gentes preparadas para ello».

Este divertimiento, que tuvo corta existencia, posiblemente viniera a España con los Austrias, pues sólo se practicó en ese tiempo en Madrid y en diversas localidades de Castilla: En Zamora, en 1602, en honor de Felipe III y Margarita de Austria; en Lerma, con motivo de la traslación del Santísimo Sacramento a la iglesia de San Pedro, en 1616, con la presencia de los reyes; y en festejos profanos consecuentes del religioso, organizados por el duque, quien, sin duda, lo había visto en Valladolid.

Lope de Vega da noticia de estos festejos y de este lance taurino en «La burgalesa de Lerma», obra escrita con motivos halagadores para aquellas fiestas.

En dos ocasiones, que se sepa por testimonios documentales, se celebró «despeño de toros» o «toros del agua» en Valladolid. Curiosamente las dos ocasiones correspondieron a visitas reales. La primera, en 1660 con motivo de la corta estancia de Felipe IV cuando regresó de Francia del casamiento de su hija María Teresa con Luis XIV. Y la segunda, el 9 de mayo de 1690 para festejar a la nueva reina Mariana de Neobargo y a Carlos II que vino a recibirla.

José María de Cossío anota el primero de los hechos en «Los Toros» tomando textualmente un fragmento de una «Relación» de aquellos festolines: «El mismo día viernes, a las cinco de la tarde, salió Su Majestad de su palacio y fue a una huerta que llaman del rey y es fuera de la Puente Mayor; a aqueste suntuoso edificio baña Pisuerga, caudaloso río. Hay en esta huerta una plaza, como la de la Priora de esta corte, donde le tuvieron prevenidos toros. Esta (plaza) estaba con un despeñadero de bruñidas tablas al río, por donde precipitados los toros, eran anzuelo de los nadadores, que en el río les acosaban, y los barcos con la gente que iba dentro dellos con varas largas, rémoras que detenían al toro, para que, cuanto más agarrochados, saliesen más fieros a la tela, donde había (en la orilla) mucha gente, así a caballo con varas, como a pie, que les lidiaban».

El autor de una de las más enjundiosas historias de Valladolid, Matías Sangrador Vítores, al hacer su reseña de aquellos agasajos reales se fija especialmente en aquella Relación. La diferencia entre una y otra es solamente apreciable en el estilo y en una consideración final: el anónimo autor de la Relación no dice que los toros fueran muertos en la orilla, sino que «eran lidiados». La lidia no asegura la muerte. Por el contrario, Matías Sangrador dice que eran muertos. «Al efecto se había construido contiguo al palacio (en la Huerta del Rey) una elevada rambla o pendiente de madera, cuya extremidad superior descansaba sobre fuertes estacas clavadas en la tierra, introduciéndose la inferior en las aguas del Pisuerga. Preparado este rápido descenso del modo conveniente se precipitaron por él algunos toros que sumergiéndose con estrépito en las aguas fueron acometidos por infinidad de valientes lidiadores, que unos desde las barcas y otros a nado, se arrojaban armados contra las fieras hasta obligarlas a salir a tierra. Multitud de gente de a pie y a caballo provistos de rejones, lanzas y espadas les esperaban a la opuesta orilla acometiéndoles con denodado arrojo hasta darles muerte».

Como los reyes siguieron viaje hasta Lerma y sabiendo que a Felipe IV le había satisfecho la diversión tauro-acuática, volvieron a obsequiarle con una nueva sesión de «precipitium» taurino.

Ya en la corte madrileña, para seguir bailándole el agua al rey, continuaron echándole toros al Manzanares y al estanque del Retiro. Pero la cosa o no tenía la misma emoción o la afición real –caprichosamente mantenida– se fue depauperando hasta casi perderse, introduciendo el rey personalmente alguna variaciones sobre el mismo tema, tal y como cuenta con detalle Juan Antonio Alvarez de Quindós y Baena en su «Descripción histórica del real bosque y casa de Aranjuez» (1804), donde describe cómo era una fiesta de toros con despeñadero. Al mencionar en su narración una isleta donde había sido instalado un cenador, apunta que desde ese lugar «veían SS.MM. las fiestas de los despeñaderos. Había una fábrica en los cerros de la parte Norte y sobre el camino que va a Hontígola (el hoy llamado mar de Ontígola), como a la mitad del mar, con suelo de tablas ensebadas y sus antepechos de madera altos a los lados.En la eminencia había unas jaulas o toriles donde se encerraban las fieras. Se abrían éstas y salía el toro que, precipitado por el despeñadero, caía a las aguas del mar. Luego que se desenvolvía nadaba en ellas, y desde unas barcas le capeaban, llamándole hacia el cenador para que el rey (Felipe IV) le matase de un arcabuzazo. Lo mismo se hacía con camellos, jabalíes y otros animales. El Sr.Don Felipe V tuvo muchos de estos juegos; especialmente se hizo uno el día 23 de mayo de 1725, en que despeñaron y mataron por mano del rey doce toros, tres jabalíes y un camello».

¡No entendemos que para semejante suerte o juguete palaciego –uno más de tantos estúpidos juegos de participación animal– se utilizaran no ya toros arcabuceados por el monarca, sino jabalíes y hasta mansos y dóciles camellos!

Grabado «El despeño de los toros». 1872

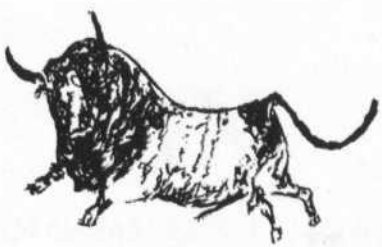
Las crónicas de las diversiones de la familia real añaden, según una reseña aparecida el 29 de mayo de 1725 en la Gaceta de Madrid, la participación activa de la reina, que «con la destreza de siempre, mató con alcabuz (sic) algunos toros que se desmandaron».

Es posible que el «despeño de los toros» se hiciera con más frecuencia en Valladolid hasta época más cercana, ya que existe un grabado de Galofre de 1872 en el que los hombres y las mujeres que aparecen en las barcas visten atuendos de mediados del XIX. Al fondo se perfilan algunas chimeneas fabriles.

¿Dónde se situaba la rampa en Valladolid por la que deslizaban a los toros tanto en tiempo de los Austrias como en nuestra contemporaneidad? Todos los indicios parecen apuntar hacia la plaza de las Tenerías o sus inmediaciones.

En ningún tratado taurino se toma en consideración, como suerte artística, este juego del despeño de los toros, por cuanto el paso por el agua de las reses es mero tránsito que permite el jugueteo de los que se encuentran en el río o en las pequeñas embarcaciones fluviales; y por encontrarse ambos, hombre y toro, en un elemento que les es ajeno, no pueden desenvolverse ni con arte ni con gracia, sino con patosería.

El despeño de los toros o los toros en el agua eran mero trámite para la lidia que, tal como cuentan los documentos, se realizaba en la orilla una vez que los animales habían salido del agua y conducidos a un lugar más despejado que la propia orilla, que no reunía condiciones para el toreo ni a pie ni a la jineta. Es de suponer que todo el ciclo se repitiera en cada toro.



José Manuel Capuletti: Media verónica aguada.
Colección particular. Valladolid

IX

JULIÁN CASAS «EL SALAMANQUINO»
UN TORERO DE TODOS LOS DEMONIOS

BIBLIOTECA DE CASTILLA Y LEÓN

Al hacer el apunte biográfico del torero Julián Casas «El Salamanquino» en «Los Toros» Don José María de Cossío dice: « Aunque en el número 23, año I, de «La Lidia» se afirma que nació en febrero de 1815, parecen coincidir todos los demás tratadistas en que tal suceso acaeció el 16 de febrero de 1818». Ni aquella ni estos. Aquí ha habido un baile de cifras. Ni en 1815 que decía «La Lidia», ni en 1818 que decían todos los demás tratadistas. Julián Casas nació el 16 de febrero de 1816 en una casa de la bejarana calle de los Flamencos (en recuerdo de los flamencos de Flandes que introdujeron la industria textil en aquél lugar) y fue bautizado dos días después en la parroquia de San Juan Bautista de la villa, imponiéndosele los nombres de Raimundo Julián, según consta en el Libro de Bautismos al folio 304. Debo todos estos datos a Don Luis Martín Flores que firma en el semanario «Béjar en Madrid» con el pseudónimo de «Volapié».

He pedido al párroco de San Juan Bautista de Béjar el envío de una copia del documento bautismal y en un santiamén (nada más propio) la hemos tenido en nuestro poder. Gracias por la diligencia. He aquí su total transcripción. «Raimundo Julián (al margen). En la Iglesia Parroquial de San Juan Bautista de la villa de Béjar en diez y ocho días del mes de febrero del año de mil ochocientos diez y seis, yo don Gabriel (?), cura párroco de dicha iglesia bauticé solemnemente a un niño que nació el día diez y seis de dicho mes y año. Se le puso por nombre Raymundo Julián, hijo lexítimo de Pedro Casas, y de Elena del Guijo; Abuelos Paternos, Pedro Casas, y Josefa Callejas; Maternos, Diego del Guijo y Theresa García Cachón; el padre del infante y los Abuelos Paternos naturales de la ciudad de Murcia y los restantes de esta villa. Fue padrino Raymundo del Guijo, tío del bautizado a quien advertí el nuevo parentesco y demás obligaciones, y lo firme ut supra.»

Por cierto, que aquel cura párroco de San Juan debió ser hombre meticuloso y ordenado, pues además de dejar constancia no solo del día del bautismo –cosa de obligado cumplimiento– escribió en el acta bautismal la fecha del nacimiento del neófito, el origen de los ascendientes e incluso el número que hacía de los nacidos aquel año en la villa bejarana. El que sería popular torero fue el vigesimosexto, pues en el margen del texto aparece el número 26 al pie.

Julián Casas estaba decidido de pequeño a ser torero y lo estuvo aún más cuando se quedó huérfano de padre, pues era éste, el padre, el único que le ponía algunas trabas. Por decirlo con toda su verdad, se las ponía todas. El padre era militar y murciano, dos condiciones que imprimen especial carácter. Su madre,

bejarana, no pudo refrenar los deseos del joven aunque lo intentaba con todo cuanto a mano tenía, amigos y promesas. Pero Julián Casas estaba firmemente decidido a ser torero, aunque para ello tuviera que ingresar en un reformatorio, (le metió su madre) y «de donde no salió, dice José Sánchez de Neira, sino para matricularse en la facultad de cirugía», ya que Julián, impulsado por el deseo materno de ser útil en algo (ser torero era en aquel entonces no ser nada por tratarse de una profesión inestable, vital y económicamente) había conseguido iniciar los estudios de «latinidad y filosofía que previamente se exigían para abrazar dicha carrera».

Julián Casas pierde a su madre al producirse una epidemia en Béjar que originó ochocientos muertos y vuelve a sus trece: ser torero. Decide entonces marcharse de capeas con «El Fraile», toreando algunos festejos en 1835-39 en Zamora, Toro y Valladolid.

Por las reacciones en el decurso de su infancia, Julián Casas era un muchacho templado que se formó como torero en las muchas plazas de Castilla, aprendiendo de sus propios errores. A fuerza de tesón fue dominando las diversas suertes de la lidia, todas ellas, y pensando en convertirse en matador de toros, en primer espada. Pero antes de ese momento habría que pasar por una dura academia: formarse en una cuadrilla realizando las labores propias del peón. Sus paisanos le apoyaron a partir de 1840 cuando comenzó a actuar de banderillero a las órdenes del maestro José de los Santos. Poco después halló un protector en la persona de Don Antonio Palacios, que durante algunos años regentó la plaza de toros de Madrid, y en el ganadero Don Joaquín Mazpule. Pero este apadrinamiento no fue ni interesado ni fulgurante: Julián Casas actuaba de banderillero en la plaza de Madrid y de cuando en cuando le cedían la muerte de algún toro. Lógico parece pensar que fueran los toros más difíciles, los que no se prestaban al lucimiento del espada los que matara en sus comienzos Julián Casas. Esa fue su escuela: bregar lo difícil, apechar con todo lo que le echaban y aprovechar todo lo que pudiera darle una ocasión favorable.

El 5 de julio de 1846 hizo su presentación en Madrid formando terna con Manuel Díaz «Lavi» que le cedió la muerte de un toro (no existía aún la ceremonia del cambio de trastos) y Pedro Sánchez «Noteveas». En 1852 trabajó en Sevilla, donde un crítico, Don José Velázquez y Sánchez que firmaba «Don Clarencio», hizo un análisis en conjunto de los defectos y virtudes del salmantino. Escribió el revistero: «...su juego de muleta es corto hasta pecar de insuficiente en los bichos maliciosos y resabiados; prefiere irse a los toros a traérselos a sí, aunque se lo persuada la índole de los brutos; no ciñe a los volapiés, y cuartea demasiado entrando al testuz; adolece de predilección hacia un tranquillo de recurso, como el paso de banderillas, que es peculiar a casos extremos y de justa defensa en los matadores, y revela con el capote y los rehiletes que se ha formado en el arte sin el auxilio de una próvida enseñanza que, al desenvolver sus prendas, las purgara de imperfecciones y de inconveniencias.»

El torero salmantino Julián Casas

Toda una lección de lo que se hace mal frente a un toro bravo. A Julián Casas debió de saberle a cuerno una crítica tan bien hecha y aunque debió de agriarle más su carácter, ya de por sí bastante áspero, la tuvo en cuenta porque los críticos, aunque nunca torean, saben cómo han de hacérsele las cosas al toro para que resulten ortodoxas. El arte y el valor lo tienen que poner los toreros y «El Salamanquino» andaba sobrado.

Sánchez de Neira que conoció a Julián Casas, en su *Diccionario Tauromáquico* dice textualmente: «Julián Casas ha sido un buen mozo, fuerte y ligero, valiente y pundonoroso y bastante conocedor de las reses; y con estas condiciones, fácil es convencerse de que ha podido trabajar bien, y que hubiera sido notabilidad en el arte si hubiera tenido un buen maestro que le dirigiera y a quien él obedeciera, que esto último ya era más difícil dado el carácter de Casas.»

El admirado tratadista habla de lo fuerte y ligero que era el torero salmantino. Lo era hasta el punto de hacer demostraciones atléticas nada comunes en aquellos tiempos entre toreros, tales como saltar en repetidas ocasiones la barrera de la plaza, dejándose perseguir por el toro, sin tocarla ni con manos ni con pies. Julián Casas capeó muy regularmente, siendo flojo en las verónicas y desigual en los pases de frente por detrás. Habría sido un gran matador si hubiera toreado más despacio, con temple, que en aquel tiempo ya empezaba a valorarse; y sobresalía especialmente en las navarras y en los lances a lo chatre, que era la suerte de capear de tijera o tijerilla.

Consistía esta suerte, ahora olvidada, en situarse frente al toro como para dar una verónica, pero tomando la capa con los brazos cruzados, de modo que si al toro se le daba la salida por la derecha, el torero debía colocar su brazo izquierdo sobre el otro, y si la salida era por la izquierda era el brazo derecho el que cruzaba sobre el izquierdo. Es una habilidad ahora en desuso que podría ser de nuevo practicada para darle mayor variedad a la suerte de capa y, sobre todo, para no dejar perder la variante denominada «a lo chatre» que incluso en tiempos de Julián Casas muy pocos se atrevían a practicar por el desaire que suponía el no ejecutarla en su rectitud. Pepe-Illo en su *Tauromaquia* (1796) aconseja que solamente se ponga en práctica con los toros «boyantes y claros».

Julián Casas «El Salamanquino», al año siguiente de hacerse matador, y el famoso diestro madrileño Cayetano Sanz, capearon en 1848 a un toro de nombre «Caramelo» que salió de los chiqueros adornado con guirnaldas. Era un capeo en homenaje al toro. ¿Cuál fue el porqué de los perifollos y las guirnaldas y del homenaje a «Caramelo»? Veamos.

Este toro había luchado sucesivamente el 15 de agosto de aquel año contra un tigre y un león (que habían traído de Argelia) dejando a ambas fieras maltrechas y acobardadas. Unos días después, el 9 de septiembre «Caramelo» –que fue evidentemente un toro «de dulce» (pido perdón por el mal chiste)– fue enchiquerado para una corrida. El público acudió entusiasmado y expectante por

conocer el juego que podría dar en la lidia tan bravo toro. Pues bien, «Caramelo» salvó la vida por segunda vez, al hacer un extraordinario juego, mostrar una noble bravura y tan hermosa estampa que el público solicitó el indulto, tras tomar 12 varas y matar 3 caballos.

Aquel día 11 de noviembre de 1848 Julián Casas y Cayetano Sanz rindieron homenaje a un toro que mereció vivir pese a haber estado anunciada su muerte tres veces en la plaza. Un toro que no se utilizó como semental y que fue lidiado y muerto, al fin, por Ángel López «Regatero» en la plaza de Bilbao. «Regatero» ya conocía a «Caramelo» puesto que fue él quien lo sacó de la jaula cuando se enfrentó con el tigre y el león. Este bravo ejemplar, que ha pasado a la historia por sus excepcionales condiciones, procedía de la ganadería de Don Manuel Suárez Jiménez, de Coria del Río (Sevilla), divisa morada y blanca. Fue un toro de muchas libras y de buen trapío y un poco veleto.

Todavía en 1850 en los carteles anunciadores iban por delante de los matadores los picadores. Hemos visto un curioso cartel que anuncia la corrida celebrada en la primitiva plaza de toros de Madrid en el que figuran como espadas Francisco Montes, José Redondo (el Chiclanero), Julián Casas (sin su habitual apodo que tampoco lucía «Paquiro») y Cayetano Sanz, «a cuyo cargo estarán las cuadrillas de banderilleros», pero por delante son anunciados, como principal atractivo del festejo, los picadores Pedro Romero (el Habanero) y Bruno Azaña, que mataran los cuatro primeros toros, y Manuel Lerma (el Coriano) y José Sevilla, con otros dos de reserva, que mataran los cùatro últimos. Es decir, los picadores abrían y cerraban el festejo dejando la parte central para los matadores de a pie. Una de las advertencias que hace la autoridad a los espectadores es especialmente sintomática del momento de transición en que se encontraba la fiesta de los toros. Dice: «Que en lugar de perros se usaran banderillas de fuego para los toros que no entren a varas, cuando lo disponga la autoridad». Hay otra advertencia que entraría en el terreno de lo absurdo y surrealista si no fuera porque advierte de lo desacostumbrado de algunos vestidos de torear que estaban experimentado cierta transformación. Dice así: «Se prohíbe que los concurrente se dirijan improperios ni insultos de una a otra localidad, como igualmente el que se critique o haga burla de los trages (sic) o adornos que cada cual lleve, ni que se interpele para que se quite o ponga cualquier prenda de adorno o vestido; en la inteligencia que los transgresores se pondrán a disposición del Sr. Presidente para imponerles el castigo a que se hagan hecho acreedores».

Entre los años 1868 y 1869 Julián Casas se fue a América con otros dos toreros: Uno de ellos fue Gonzálo Mora y Donaire, a quien llamaban «Bandolina», un madrileño pinturero que apuntaba buenas maneras hacia la política de izquierdas –donde se encontraba de primera– y malas en la tauromaquia –donde se encontraba de tercera–. Lo de izquierdas parece que se confirmó con su participación en las revueltas estudiantiles. Él no lo era, pero su extrema generosidad le impulsaba a meterse en todas las juergas, que desembocaron en

EL REY

DON ALFONSO XII

(QUE DIOS GUARDE),

SE HA DIGNADO SEÑALAR EL DIA 26 DE ENERO DE 1878, PARA LA

2.ª FUNCION REAL DE TOROS

QUE CON MOTIVO DEL FAUSTO ENLACE DE S. M. CON SU AUGUSTA PRIMA LA INFANTA

DOÑA MARIA DE LAS MERCEDES DE ORLEANS Y BORBON,

SE HA DE CELEBRAR (SI EL TIEMPO NO LO IMPIDE),

EN LA PLAZA DE TOROS DE MADRID

COSTEANDO DICHA FUNCION

EL EXCELENTÍSIMO AYUNTAMIENTO CONSTITUCIONAL

DE ESTA M. H. VILLA.

CABALLEROS REJONEADORES.

DON JOSÉ DE LA GUARDIA, apadrinado por la Excma. Diputacion Provincial de Madrid y DON EUGENIO DE LARROCA y DON FEDERICO GONZALEZ, apadrinados por el Excmo. Ayuntamiento Constitucional de esta M. H. Villa.

LIDIADORES.

ESPADAS. Julian Casas (*el Salamanquino*), Cayetano Sanz, Manuel Arjona Guillen, Angel Lopez Regatero, Gonzalo Mora, Antonio José Suarez, Manuel Carmona (*el Panadero*), Francisco Arjona y Reyes (*Currito*), Salvador Sanchez (*Frascuelo*), Domingo Mundibil, José Machio, Angel Fernandez (*Valdemoro*), Manuel Hermosilla, José Sanchez del Campo (*Cara-ancha*), Felipe Garcia, Angel Pastor y Francisco Sanchez (*Frascuelo*).—Total 17.

PICADORES. Antonio Fernandez (*Berrillas*), José Muñoz, Antonio Arce, Francisco Calderon, Antonio Calderon, Antonio Pinto, José Marquati, Juan Antonio Mondéjar (*Juanero*), Antonio Ossna, Manuel Martin (*el Pelon*), Domingo Granda (*el Francés*), Juan Trigo, Francisco Gutierrez (*Chanki*), Patricio Briones (*Negri*), Manuel Gutierrez (*Melones*), Antonio Suarez (*el Rubio*), José Gomez (*Canales*), Mariano Arjona, José Garcia Iglesias (*el Marondo*), José Pacheco (*Veneno*), Francisco Parente (*el Artillero*), Matías Uceta (*Colita*), Manuel Martin (*Agujetas*), Joaquin Chico, Miguel Salguero, Antonio Crespo y Juan Leon (*Gacela*).—Total 27.

BANDERILLEROS POR CUADRILLAS SIN ÓRDEN DE ANTIGUEDAD. Victoriano Alcon (*el Cabo*) y Manuel Gimeno.—Domingo Vazquez, Nicolás Fuertes (*el Polio*), Gabriel Lopez y Saturnino Frutos.—Hipólito Sanchez Arjona, Manuel Arjona (hijo) y Emilio Campillo (*el Herradito*).—Manuel Fernandez, Isidro Rico (*Culebra*) y José Ruiz (*Joseito*).—José Torrijos (*Pepin*), Francisco Sevilla (*Currito*) y Leandro Guerra.—Manuel Acosta (*Boquita*), Rafael Arduva y Joaquin Vega (*el Chato*).—Cosme Gonzalez, José Gimenez (*Panadero*) y José Martinez Galindo.—Julian Sanchez, José Martin (*la Santera*), Victoriano Recotero (*el Regaterillo*) y Francisco Sanabez.—Pablo Herraiz, Esteban Argüelles (*Armilla*) y Valentin Martin.—José Perez, Antonio Gonzalez y Antonio Garrido.—Eusebio Martinez y Diego Fernandez.—Pedro Fernandez (*Valdemoro*) y Juan Ruiz.—Vicente Mendez (*el Peseadero*), Mariano Tornero y Gregorio Alonso.—José Fernandez (*Barbi*), Manuel Campo y Anselmo Moreno.—Francisco Diego (*Corita*) y Antonio Perez (*Ostion*).—Bernardo Ojeda, Remigio Frutos (*Ojitos*) y Francisco Pardo.—Santos Lopez y Manuel Caro (*el Burón*).—Total 48.

PUNTILLEROS. Gabriel Caballero, Manuel Bustamante (*Pulga*), José Peran (*Potrilla*) é Isidro Buendia.—Total 4.

CHULOS. Cárlos Aibarrán (*el Bufaiero*), Luis Mendez (*Lechuga*) y Antonio Bex (*Antoñito*).—Total 3.

TOROS Á DISPOSICION DE S. M. PARA REJONCILLOS.

TOROS.	GANADERIAS.	VECINDAD DEL GANADERO.	DIVISAS.
UNO	de D. Pablo Valdés y Sanz, cuya ganadería rompe plaza en las Funciones Reales por costumbre tradicional.	Pedraja del Portillo (Castilla la Vieja).	Blanca.
UNO	del Excmo. Sr. Duque de Veragua. . . .	Madrid.	Encarnada y blanca.
UNO	de D. Antonio Hernandez y Lopez. .	Madrid.	Morada y blanca.
UNO	de D. Rafael Laffitte y Castro.	Sevilla	Encarnada, blanca y amarilla.

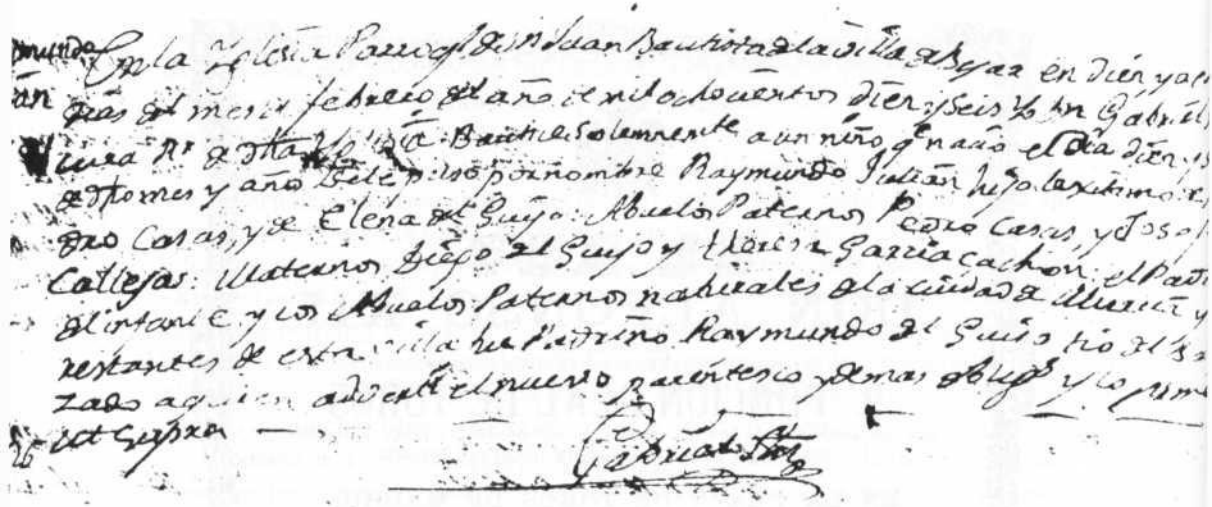
PARA VARAS.

UNO	del Excmo. Sr. Duque de Veragua: . . .	Madrid.	Encarnada y blanca.
DOS	del Excmo. Sr. Marqués del Saltillo (antes de Losada).	Sevilla.	Celeste y blanca.
UNO	de D. Manuel García Puente Lopez (antes Alesa	Colmenar Viejo.	Encarnada y caña.
UNO	de D. Félix Gomez.	Colmenar Viejo.	Azúl turquí y blanca.
DOS	de D. Antonio Miura.	Sevilla.	Verde y negra
UNO	de D. Julio Laffitte, procedente de Hidalgo Barquero.	Sevilla.	Negra y blanca.
UNO	de D. Cárlos Lopez Navarro.	Colmenar Viejo.	Encarnada y amarilla.
UNO	de D. José Antonio Adalid	Sevilla.	Encarnada, blanca y caña
UNO	del Sr. Marqués de Villabilvestre, (nuevos en esta Plaza).	Sevilla.	Blanca.

LA FUNCION EMPEZARÁ Á LAS DOCE DEL DIA Y CONCLUIRÁ CUANDO S. M. SE RETIRE DEL PALCO REAL.

M.—1878.—Imp. á cargo de Nombela, Plaza del Cármen 5.

Cartel de la última corrida (colección Casares)



Partida de bautismo de Raimundo Julián Casas «El Salamanquino» del 18 de Febrero de 1816

la llamada «noche de San Daniel» en la que murieron 9 estudiantes y otros cien fueron heridos por las tropas represoras que les mandó «el espadón de Loja». (Aprovechamos para recordar que el origen de aquellos desórdenes fueron provocados por un artículo periodístico de Don Emilio Castelar, inoportunamente depuesto de su cátedra universitaria).

El otro torero de la terna viajera fue Manuel Hermosilla y Llanera, uno que llamaba la atención sólo por su presencia física. Era altiricón y corpulento, pero como torero salió seco y poco hábil. Este tipo de «contratas americanas» solían hacerse por el conjunto; es decir, por la terna en bloque. Torearon, en Lima principalmente, hasta 20 corridas. Al regresar a España, y tras hacer Julián Casas un inteligente y desapasionado análisis de la situación y del futuro y como la vejez en la que iba entrando no es soportable sin un ideal o un vicio, hizo de virtud y vicio una misma cosa y adquirió la ganadería del conde de Buena Esperanza, retirándose entonces del toreo activo. Como ganadero debutó en Madrid el 21 de octubre de 1860.

Pero he aquí que el 25 de enero de 1878 se anunciaron funciones reales en Madrid con motivo de las bodas de Alfonso XIII y María Cristina de Orleáns. Como era costumbre, se citaba a participar en ellas a los más afamados lidiadores del momento. Julián Casas recordó que en 1846 figuró en aquella plaza como el más moderno de los espadas y, a sabiendas de que las facultades físicas estaban mermadas y de que le satisfaría y llenaría de orgullo el figurar el primero en el

cartel por ser el más antiguo de los toreros vivos, se dejó querer y actuó en la corrida real contando ya 62 años. Mató un toro de Don Justo Hernández. También intervino su antiguo compañero en la aventura americana Gonzálo Mora.

Fue esta función real el colofón que Julián Casas puso a su desigual trayectoria torera. Una trayectoria que discurrió en la denominada Edad de Bronce del toreo. De «bronce» también debió ser su carácter, a juzgar por lo que cuenta Don Antonio Peña y Goñi (Don Jerónimo»): «...tenía un carácter de todos los demonios...era un quisquilloso de marca mayor, un verdadero tufillos». No soportaba una crítica adversa y con el Director del Boletín de Loterías y Toros, Don José Carmona y Jiménez, estuvo a punto de tener un serio disgusto por censurar una de sus actuaciones.

Las buenas relaciones, por el contrario, con los toreros –caso de Curro Cúchares–, le proporcionaron muchas corridas en Andalucía y en Madrid, llegando en esta ciudad a torear alrededor de ciento setenta corridas. Julián Casas era el mejor torero de segunda fila de cuantos en activo hubo en su tiempo y también el más cumplidor y pundonoroso en el ruedo. Sufrió pocos percances en el ruedo. El más serio ocurrió el 30 de septiembre de 1860 en Madrid: el toro «Garboso», de Romero Balmaseda, le propinó una seria cornada en el muslo izquierdo.

Julián Casas falleció en Béjar el 14 de agosto de 1882. Lástima que su paisano el escultor Mateo Hernández, universalmente conocido por sus esculturas animalísticas, no tuviera la feliz ocurrencia de peremnizar su recuerdo con la figura de un toro vigilando la tumba del torero. Ahora los dos conmueren en el mismo camposanto.

Milagro de San Pedro Regalado. Grabado

X

SANTA TERESA, SAN PEDRO REGALADO Y LOS TOROS

Santa Teresa escribe en el capitulo tercero del «Libro de las Fundaciones» que cuando llegaron a Medina del Campo eran las doce de la noche de la víspera del día de Nuestra Señora de Agosto. A esa hora y en ese día, porque Medina estaba en fiestas y se preparaba el encierro de los toros, se produjo el primer encuentro de la madre Teresa con los fieros astados. No sabemos si en su andariega vida hubo algún otro. Pero este de Medina es el único reseñado por ella y también por su cronista paralelo, fray Julián de Avila, que la acompañaba. Dice la santa: «...apeámonos (de los carros o mulas) en el monasterio de Santa Ana, por no hacer ruido, y a pie nos fuimos a la casa» (que tenían apalabrada comprar para en ella hacer la fundación). «Fue harta misericordia del Señor que a aquella hora encerraban toros para correr otro día, no nos topar alguno».

Por su parte, fray Luis de Avila, contagiado del buen humor que latiría en la aventura teresiana, escribe el pasaje –estamos en 1568– con cierto e ingenuo gracejo: «Vamos a pie las monjas, los clérigos y el prior y otros dos o tres frailes, y fuimos por de fuera porque era aquella hora el encerrar de los toros que a la mañana se habrían de correr; y todos íbamos cargados, que parecíamos gitanos que habíamos robado alguna iglesia, que cierto a toparnos la justicia está obligada a llevarnos a todos a la cárcel hasta averiguar adónde iban a tal hora clérigos y frailes y monjas».

La llaneza con que esta contado, tanto por parte de la santa fundadora como por parte del venerable fraile cronista que la solía acompañar, no induce a pensar que le echaran ningún tipo de cuento a estos sencillos sucesos. De ahí que las pequeñas cosas que les pasaban fueran contadas a la pata la llana. A la pata la llana del siglo XVI que, para que hoy lo entendamos claramente, ha de ser muy limpio texto y muy llana intención. Los sospechosos de robo, según apuntaba bromeando el fraile cronista, eran, además de la santa y él mismo, el cura Muñoz y las monjas María Bautista, Inés de Jesús y Ana de la Encarnación, parientes de Santa Teresa, y otra monja llamada Ana de los Ángeles.

Desde luego, el trance era de prevención y la santa y la compaña eludieron el encuentro con los toros medinenses transitando por «de fuera», por las afueras, diríamos hoy.

Entre las fiestas de toros que se celebraron en 1614 para conmemorar la beatificación de Santa Teresa, figura la del 30 de septiembre en Valladolid, en la que se corrieron toros «del celebrado Jarama, cuya prodigiosa yerba causa aquella

natural fiereza que los ha hecho famosos y señalados por todo el orbe». Los documentos de aquellos festejos se conservan en la biblioteca del Palacio de Santa Cruz de la Universidad pinciana. A la santa se le debe, pues, que durante varias semanas en Valladolid corrieran las fiestas y entre ellas, las de toros. Si cualquier circunstancia es buena para disculpar la organización de unas corridas de toros, la beatificación de dos de los santos más populares, como Santa Teresa y San Pedro Regalado, las justificaron plenamente. Y así fue. Además de las corridas de toros se corrieron cañas y por la noche se quemaron en la Plaza Mayor y en todos los conventos fuegos artificiales.

Pero, permítaseme abandonar brevemente a Santa Teresa para prestarle nuestra atención al fraile nacido en la calle de La Platería, calle rica y gremial de Valladolid, a fray Pedro Regalado elevado a los altares de iglesia y a los portátiles de los toreros, de quienes es patrono.

El milagro del fraile fue un milagro de temple y dominio torero (y no hay irreverencia ni en los términos ni en la intención). Fray Pedro Regalado, el de la Costanilla, se enfrentó cara a cara, a cuerpo limpio, con un toro suelto, faena que le valió, además de angelicales ovaciones, el patronazgo toreril. La cosa fue – y pongo por testigos a don Josep Daza y a su libro «El arte del torero» de 1778– que «caminaba Pedro Regalado con un compañero por el campo cuando acometióles un horrible toro; y hecho a lo guapo (¡olé por el fraile!) santamente mandó al otro se escondiese a sus espaldas y al tirarle la cornada lo detuvo y humilló con sus santas manos, y con su bendición se retiró el bruto sosegado».

Se dice que era un toro del Raso de Portillo y que los frailes iban de camino desde el monasterio de El Abrojo, entre el puente de Boecillo y la laguna del Duero, donde ambos religiosos «oraban y laboraban», hacia La Aguilera, en Burgos. ¡Largo camino el que les esperaba a los dos frailes caminantes! Pero, leamos la reseña del biógrafo de San Pedro Regalado: «Un día que en Valladolid se corrían toros, salió el Santo de el Abrojo para el Aguilera con su compañero a pie, y descalzo como acostumbraba. La ferocidad de un bruto no pudo sugetarse en la plaza, con que atropellando gente, y derribando tablados huió de el Coso con el corage que se puede inferir en un animal bravo, agarrocheado y herido. El camino que tomó fue el de Valladolid a el Abrojo: a corta distancia de la ciudad vio venir acia él dos vivientes, túbolos por contrarios, y se previno para ofenderlos como enemigos. Eran N.S. y su compañero, venían rezando, y no avian reparado en el toro. A los gritos que dio la gente que le seguía, advirtieron el peligro a tiempo que el feroz bruto partía carrera para cebar en ellos su furia y para satisfacer su cólera. Sin alientos vitales se quedo el compañero pasmado, y el Santo elevando los ojos al cielo, sin temor, con fe, y sobrenatural esperanza le aguardo siguro. Llegó a él el bruto orrible, y en vez de maltratarle enojado, se le postro rendido: puso las rodillas en tierra, beso el suelo que pisaban del Regalado las plantas, y como un corderillo se estubo quedo. Alagóle el Santo quitóle con suavidad los hierros, que le ofendían, y hechándole la bendición, le mandó se

Grabado de G. Doré, de una conducción de toros a Valencia

fuesse. Obedecióle el toro, y en apartándose de el Santo contra la gente que se le acercaba, mostró su natural fiereza. Dexaron los hombres yr libre al bruto, por seguir al Regalado aclamando su santidad, y publicando el suceso».

Desde luego este es el más bonito y completo de los relatos que se conocen de este milagro taurino del santo.

En Valladolid no dejaron pasar la oportunidad de organizar fiestas coincidiendo con los acontecimientos de la beatificación del paisano en el año 1683 (el 17 de agosto) por el Papa Inocencio XI, ni en su canonización en 1746 (el 29 de julio) por Benedicto XIV.

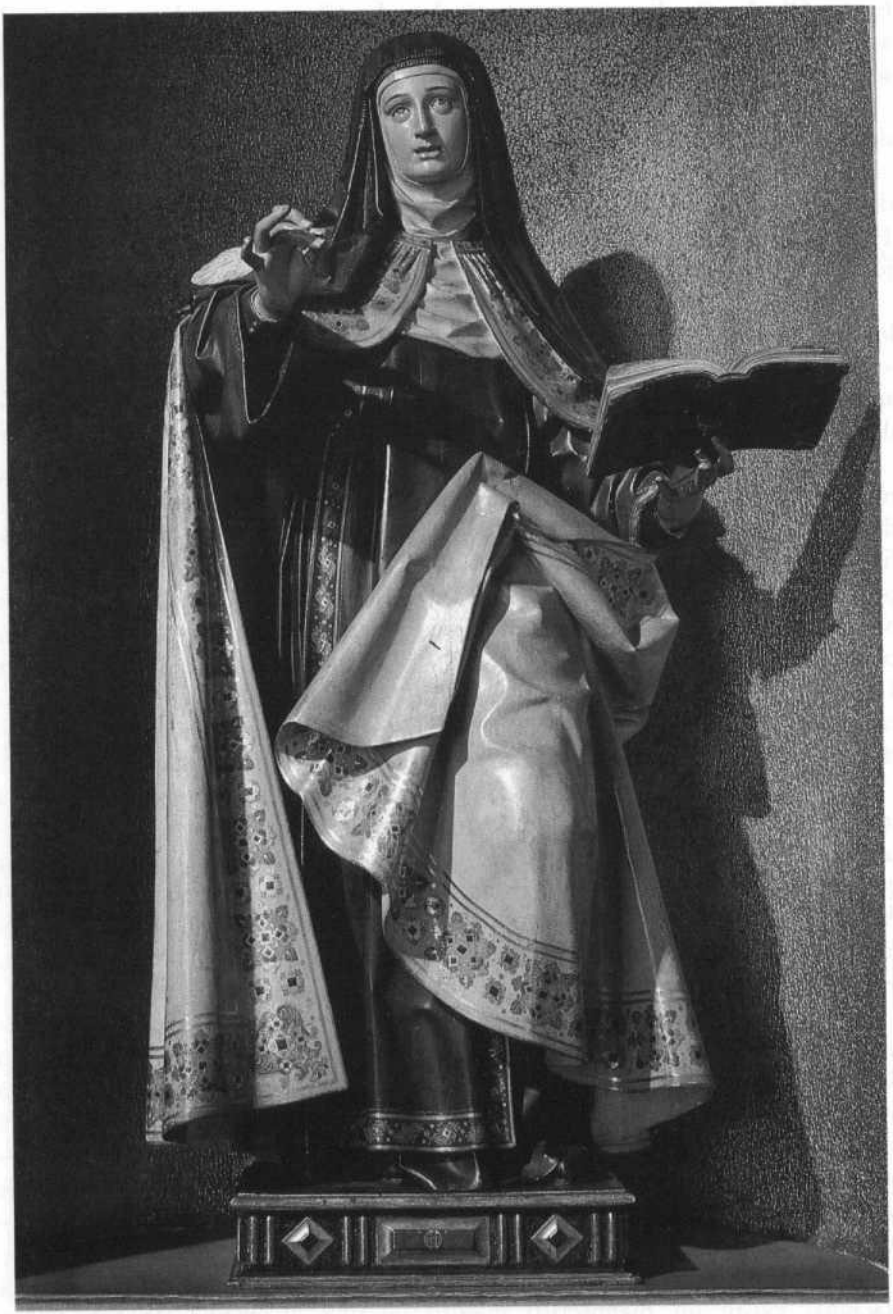
Las hazañas milagrosas del santo vallisoletano fueron cantadas también por los poetas. Con motivo de su canonización, Pedro Lucas de Reboles escribió un «verde ramo del sacro laurel de Apolo, cortado en el ameno valle Oletano, en aplauso de los festejos con que la ciudad de Valladolid solemnizó la canonización de fray Pedro Regalado», que corta la respiración y obnubila el sentido.

En el Museo Nacional de Escultura se conserva un cuadro, de mediano mérito artístico, que representa el milagro del toro. Fue pintado por fray Diego de Frutos hacia 1750 y es posible que se trate de una de las representaciones gráficas más antiguas de San Pedro Regalado haciendo milagro tan sonado por lo popular del trance. No cabe pensar que al fraile pintor le llegara la verdad de los hechos por transmisión oral, ya que entre el año del milagro (quizá ocurriera cuando San Pedro era Superior Vicario de El Abrojo y de La Aguilera a partir de 1442) y el de la ejecución de la pintura hay algo más de trescientos años de distancia. Lo más factible es que el pintor fuera lector de vidas de santos y le apeteciera plasmar el milagro reproduciendo plásticamente un texto.

En la parte inferior derecha del cuadro hay una cartela –escrita con toda seguridad de mano del pintor–, en la que se explica el milagro en breve pero sustanciosa reseña. Dice así: «Saliendo el santo del Abrojo para Valladolid, sin saber que hubiese fiesta de toros, salió uno de la plaza, el que cogiendo el camino del Abrojo halló al santo, a quien acometió furioso; y mandándole el santo se postrase, lo ejecutó rendido; quitóle el santo las garrochas, y echándole la bendición, le mandó se fuese sin que hiciese mal a nadie, lo que ejecutó el bruto».

Otro dato curioso: el milagro del toro no aparece ni en el proceso de canonización de San Pedro Regalado ni en la biografía que escribió fray Jerónimo Román. Solamente se cuenta este suceso taurino en la biografía de Moncabal o Monzaval, que de ambas formas aparece escrito el apellido de fray Manuel de Monzaval autor de la «Historia de las heroicas virtudes, aclamación de los estupendos milagros, vida, muerte y culto de San Pedro Regalado, fundador de los conventos de Domus Dei de Aguilera, y Scala Coeli, del Abrojo, primeros santuarios de la observancia en España». (Generoso hasta en el título fue el fraile).

San Pedro Regalado ha andado también en comedias. En la Biblioteca Nacional existe un manuscrito inédito de una «Comedia de San Pedro Regalado», de autor desconocido, en la que se teatraliza el milagro con la pre-

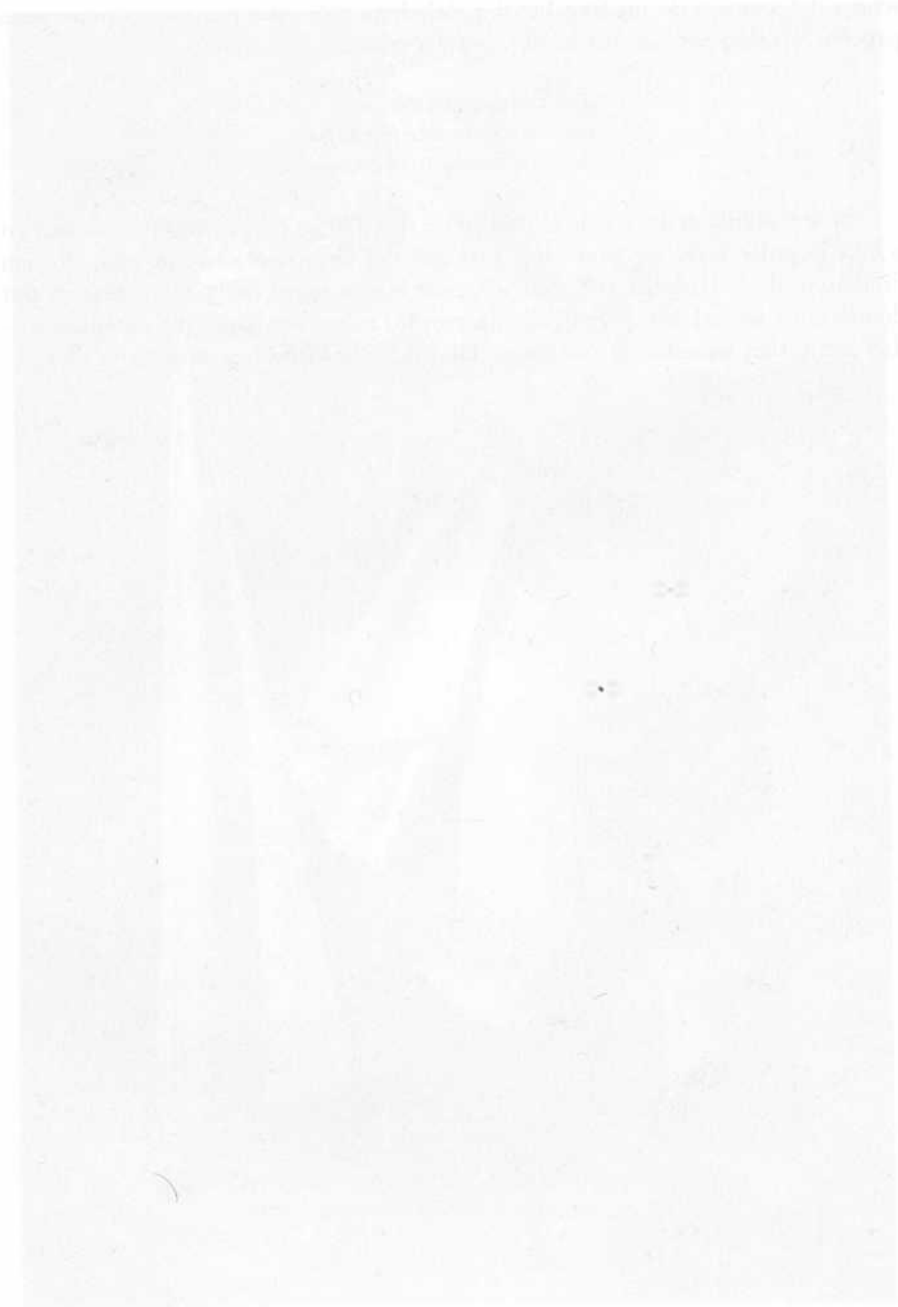


Santa Teresa, de G. Fernández (Museo Nacional de Escultura de Valladolid)

sencia del santo y de un fray Perol y del demonio –que por cierto tiene poco papel–, tan solo para decir tras el portento taurino:

> Todo se convierte en saña
> cuanto contra arte enemigo
> mi astucia y cautela trazan.

Se me olvidaba decir que el cuadro de fray Diego de Frutos, que dio origen a una popular serie de grabados, procede del desaparecido convento de San Francisco, de Valladolid, que ocupaba una buena parte de la Plaza Mayor, por donde tenía su fachada, y abarcaba un amplio espacio urbano que en la actualidad limitarían las calles de Santiago, Duque de la Victoria y Montero Calvo.



Toreros con capotes manieristas. Félix Cuadrado Lomas

XI

EL PRIMER CARTEL PINCIANO DE TOROS

El cartel anunciador de las ferias taurinas vallisoletanas más antiguo que se conoce, data de 1796. No puede definirse como un cartel propiamente dicho, ya que no tiene la configuración textual hoy al uso, sino que es una simple columna tipográfica.

A modo de capitel o cabecera aparece en esta «breve noticia de las funciones de toros de la nobilísima ciudad de Valladolid» un ingenuo grabado de un torero iniciando un pase natural. El lidiador luce larga redecilla al pelo, se cubre con sombrero de ala, típico del siglo XVIII, parecido al que se usa en la vestimenta tradicional de la charrería salmantina y viste con cierta elegancia una especie de casaquilla.

El cartel, al tiempo que da noticia de las corridas de toros, informa de otras actividades del programa de festejos, tales como la iluminación de la plaza y Casas Consistoriales «en donde habrá dos golpes (¡) armoniosos con dos orquestas de música, con que se completará el gusto de la falta de fuegos de pólvora, prohibido el uso por Orden Real nuevamente promulgada».

En este arcaico documento también se dice que «según costumbre, habrá juego de esgrima en la plaza, hasta la hora en que entre en ella el Real Acuerdo»; es decir, el Presidente acompañado de los demás jueces del Real Acuerdo, que tomaran asiento «donde estarán las reales armas» para dar paso luego al «señor alcalde mayor que con sus ministros» hará el despejo de plaza.

Pero, vayamos al asunto que nos interesa que son los toros, aunque el protocolo con que se revestían estos festejos septembrinos en Valladolid también tienen su importancia histórica. En aquel año de 1796 se celebraron funciones de toros los días 28, 29 y 30 de septiembre y el día 1 de octubre. Se corrieron un total de 36 astados repartidos de la siguiente forma: 14 del ganadero salmantino don Vicente Bello, de Palacios-Rubios; siete del ganadero vallisoletano don Vicente Olmedo, de Aldeamayor de San Martín (una más de las vacadas que pastaban en terrenos del Raso de Portillo) y 15 toros de varios ganaderos charros residentes en Terrones que no se especifican. «Todo ganado escogido y de vacadas sobresalientes» –tal y como reza en el cartel– que unos días antes del primer festejo habrían de encontrarse encorralado en el Prado de Lagunas, desde donde eran traídos con cabestros y a campo a través, hasta la plaza. Un total de treinta y seis toros para los cuatro días de ferias nos hace pensar: Primero, que los toros no se lidiaban por lotes de las ganaderías de procedencia, sino entremezclados y a criterio de alguna autoridad que los seleccionaba; y segundo, que en aquella época se repartía la lidia y muerte entre toreros de a pie y toreros de a caballo, como es bien sabido.

BREVE NOTICIA

DE LAS FUNCIONES DE TOROS,

Que la Nobilísima Ciudad de Valladolid tiene dispuestas para los dias veinte y ocho, veinte y nueve, y treinta del presente mes de Septiembre, y primero de Octubre de este presente año de 1796, con las demas inventivas que habrá para divertir al Publico.

DIA 27. del citado mes por la tarde, se hallarán los treinta y seis Toros que se han de correr en los expresados dias en el Prado de Laguna; los quales son de las más afamadas Bacadas del Campo de Salamanca y Raso de Portillo, y éstos se correrán interpoladamente; y para que se distingan saldrán del Toril con su distinta divisa; los catorce del Campo de Salamanca de la Bacada de Don Vicente Vello, Vecino de Palacios-Rubios con divisa blanca: siete del Raso de Portillo, de Don Vicente Olmedo, Vecino de Aldea mayor, con divisa encarnada: y los quince restantes del mencionado Campo de Salamanca, de varios Dueños, Vecinos de Terronos, con divisa azul; todo ganado escogido, y de Bacadas sobresalientes. Esta referida noche se iluminará la Plaza y Casas Consistoriales, en donde habrá dos golpes armoniosos con dos Orquestas de Música, con que se completará el gusto de la falta de fuegos de Pólvora, prohibido el uso de éstos por órden Real nuevamente promulgada.

Dia 28. amanecerán en la Plaza los Toros que se han de correr dicho dia, los que acabados de enjaular, hecharán fuera el Toro que llaman de la mañana para los Aficionados. A las diez se correrán seis Toros, los que picarán los famosos Manuel Muñóz Cañete, Manuel Ximenez, y Antonio Ortiz, quedando de Sobresaliente Juan de Rueda. La acreditada y diestrisima Compañia de Toreros de apie, baxo la subordinacion de Pedro Romero, pondrá Vanderillas, y Estoqueará á los referidos Toros en las ya expresadas Funciones.

Este dia por la tarde habrá (segun costumbre) juego de Esgrima dentro de la Plaza, hasta la hora en que entra en ella el Real Acuerdo. Entrará el Señor Presidente, acompañado de los demas Jueces del Real Acuerdo, hasta colocarle en el Balcon donde estan las Reales Armas; y despues saldrá a hacer el Despejo el Señor Alcalde mayor con sus Ministros.

Acabada esta ceremonia, y retirada la gente á su mansion, hechará la llave el Señor Corregidor para abrir el Toril, y dos Volantes subministraran las Vanderillas á los Toreros sin hacerles falta; en cuya tarde se correraran seis ó siete Toros, los que picaran los referidos Manuel Muñóz Cañete, y sus Compañeros.

El dia 29. a las diez de su mañana se correran seis Toros; y por la noche la iluminacion de Plaza y Orquestas de Música expresada.

En los dias 30. del presente y 1.° del siguiente, se hará la misma Funcion que en los dias 28. y 29.

NOMBRE DE LOS TOREROS.

ESTOQUEADORES.

Pedro Romero = Antonio Romero, (su hermano) y Francisco Garcés.

VANDERILLEROS

El Nonilla. = El Cándido. = El Sentimientos. = El Pocho. = Y el Cerragero.

NOMBRE DE LOS TOROS.

Del Campo de Salamanca: El Lucero. = El Florido. = El Campanudo. = El Volero. = El Quadrado. = El Ligero. = El Cuervo. = El Currutaco. = El Manchado. = El Marinero. = El Peregrino. = El Mosion. = El Vandolero. = Y el Cigueño. *Del Raso de Portillo.* El Hermoso. = El Calzado. = El Agudo. = El Orejudo. = El Arisco. = El Carretero. = Y el Lavanquero. *Y los restantes del referido Campo de Salamanca.* El Carbonero. = El Malcasado. = El Picado. = El Granadero = El Parrillo. = El Palmero. = El Rapo. El Salido. = El Rivero. = El Chusco. = El Marques. = El Marchante. = El Pelicano. = El Mirón. = Y el Coronado.

Primer cartel de toros pinciano

Pedro Romero

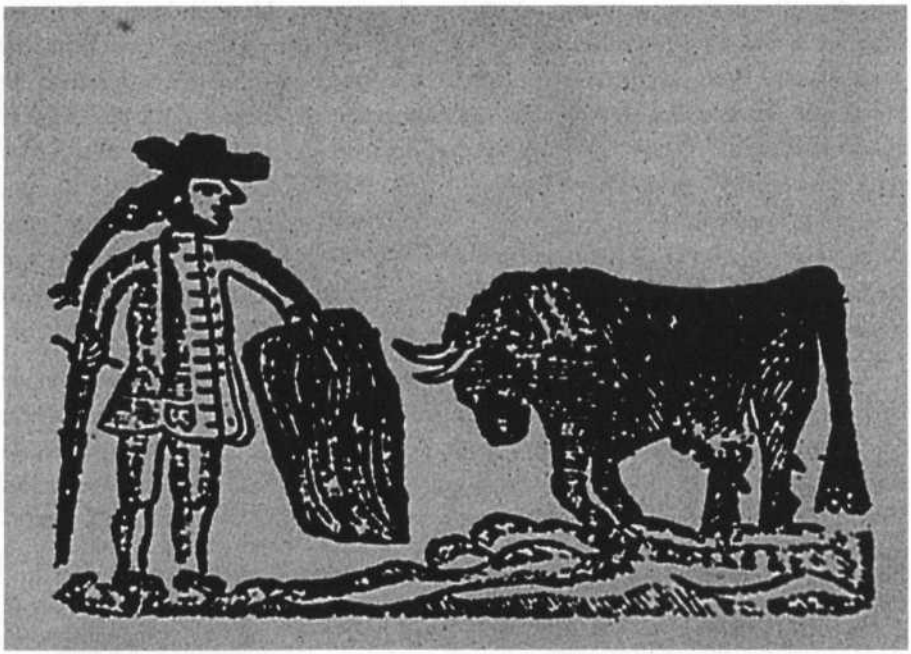
Aquella mañana actuaron «los afamados jinetes Manuel Muñoz Cañete, Manuel Ximenez y Antonio Ortiz, quedando de sobresaliente (¡de piquero!) Juan Rueda. Y, como quien no quiere la cosa, sin ningún alarde tipográfico, se anunciaba «la acreditada y diestrísima Compañía de Toreros de a pie, bajo la subordinación de Pedro Romero, que pondrá banderillas y estoqueará a los ya referidos toros en las ya expresadas funciones». !Nada menos que Pedro Romero, el inmortalizado por Goya, el jerarca de la escuela rondeña, el que sería más tarde director de la Escuela de Tauromaquia de Sevilla creada por Fernando VII, fue el encargado de lidiar y matar una buena parte de aquellos 36 toros de la feria de Valladolid de 1796!

Pedro Romero a la sazón contaba 42 años y se encontraba en la madurez de su arte. Le acompañaban en la cuadrilla (que no se expresaba como tal cuadrilla en los carteles, sino como Compañía de Toreros al estilo de las compañías de actores) su hermano Antonio (a quien mataría el toro «Ollero» en Granada seis años más tarde) y Francisco Garcés que ya era primer espada, pues había alternado con José Delgado «Illo».

De banderilleros vinieron «El Nonilla», «El Cándido» (que debió ser el después afamado matador de toros Jerónimo José Cándido, que en aquella feria vallisoletana de 1796 tenía 24 años y aún no se había convertido en cuñado de su jefe de filas, Pedro Romero, con una de cuyas hermanas se casó), «El Sentimientos» «El Pocho» y «El Cerrajero», toreros estos últimos que se quedaron en jornaleros de los toros y que al no pasar a los anales de la historia, llaman nuestra atención especialmente. «El Sentimientos» debió ser Juan Núñez, un gitano de Sevilla con mucha retranca, que se ofrecía por carta a las empresas como capaz de poner seis banderillas a la vez y si se le contrataba para dos días, al segundo pondría doce «procurando que no se caiga ninguna»; fue marrullero en los contratos e informal porque no sabía ajustarse a norma, pues prometía toreros que no le querían acompañar nunca. Por lo visto era más feo que Picio y le hicieron una copla que decía:

> «Sentimientos» y el demonio
> tuvieron una cuestión
> sobre quien era mas feo,
> y 'Sentimientos' ganó».

«El Pocho»se llamaba Alonso Alarcón y en 1779 empezó de banderillero con Pepe «Illo», estando en activo hasta 1820. Y «El Cerrajero» era José Fernández que había empezado como banderillero y matador en mojigangas.



Grabado correspondiente al primer cartel pinciano

El traslado de las reses desde ese Prado de Lagunas (cuya localización en el entorno de Laguna de Duero no hemos podido confirmar), se hacía durante la noche, a juzgar por lo que se condiciona al detallar las actividades del día 28, en que se dice: «Amanecerán en la plaza los toros que se han de correr dicho día, los que acabados de enjaular, echaran fuera el toro que llaman de la mañana para los aficionados», pues el festejo «serio» se anunciaba para las diez, con los picadores, que actuaban por delante de los banderilleros y matadores, «lidiando a la jineta» y formando un espectáculo independiente no inserto en el curso de la lidia como lo contemplamos hoy en día. Tan es así, que los picadores de antaño eran anunciados separadamente del resto de los lidiadores.

Sabido es que los que empezaban a profesionalizarse como lidiadores de toros poniendo en su nuevo y arriesgado oficio guapeza, arte y valor, velaban sus primeras armas con apodos alusivos a su profesión o mote familiar que desaparecía más tarde si la suerte les acompañaba y les permitía cambiar de estado y fortuna.

De todas formas ¡menuda cuadrilla la que pisó la plaza de Valladolid en la que se celebraron aquellas ferias de 1796! ¿Dónde torearía en Valladolid Pedro Romero y su gente? Aún faltaban muchos años para que se levantara la primera plaza de fabrica, la de Fabioneli... ¿Sería en la que se armaba de madera en las inmediaciones del Campo Grande? ¿O para los casos especiales de ferias se seguía usando la plaza del Mercado, nuestra Plaza Mayor de hoy?

Toreando a una mano. Félix Cano. Colec. J. D. Val

XII

CERDOS, LIEBRES, GLOBOS, MONOS Y TOROS EN MÉJICO

Los juegos no taurinos, no ortodoxos taurinamente hablando, que se solían hacer con las reses bravas en los festejos más populares, eran muy variados. Los empresarios organizadores no se conformaban con echarle perros al toro, o hacerle combatir contra un león, tigre o elefante –cosa que llegó a hacerse– , sino que se utilizaban animales más domésticos que se tenían más a mano.

Aunque el ejemplo que nos sirve para este apunte no es peninsular, nos vale por lo que tiene de curioso. En las corridas celebradas en Méjico en 1815 con motivo de la restitución al trono de Fernando VII y para que el pueblo lo celebrara a su gusto, se hicieron en la plaza de toros de la Nueva España los siguientes juegos: Durante la corrida del día 4 de abril y en el transcurso de la lidia del quinto toro, figurarían (se habla de lo anunciado, no de lo que realmente se pudo hacer) los toreros en un convite o merienda para plantar banderillas sentados; y concluida la corrida habrá fuegos artificiales de gusto e invención». (Todo lo que se planta se planta en el suelo. Las banderillas «se ponen» y cuando no se ponen «se plantan en el suelo»).

En la corrida del día siguiente «se echaran cerdos para que los enlacen varios ciegos, y a las seis se inflará un globo para que todos lo vean elevar». (Todos, menos los ciegos enlazadores de cerdos, claro está, que practicaron (?) una suerte jamas tratada en tauromaquia alguna, ni española ni mejicana).

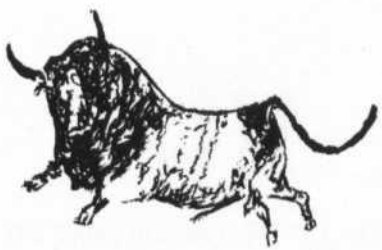
Pero aún hay más, según cuenta el historiador de los toros en Méjico Armando de María y Campos en su libro «Imagen del mexicano en los toros». Dice el curioso cronista que lo que hicieran los toreros verdaderamente en el ruedo no debía divertir tanto al público como lo que se les anunciaba en los carteles. En la corrida del lunes se decía que «al quinto toro se pondrán dos mesas de merienda al medio de la plaza, para que sentados a ellas los toreros, banderilleen a un toro embolado. Al mismo toro embolado pondrá el loco Ríos una bandera parado sobre un barril y engrillado. Dominguejos de particular idea.»

¿Quién fue este loco Ríos capaz de hacer hazañas semejantes a las de Martincho grabadas por Goya? No lo sabemos con exactitud, pues si bien sus actuaciones se repitieron en otras plazas, no se sabe nada de su éxito o de su fracaso, pues aparece simplemente citado en los tratados tauromacos mejicanos como valiente pero escaso de actuaciones. Mas prosigamos con la programación de aquellos insólitos carteles.

En la corrida del miércoles se echaran liebres y galgos y dos monos en el medio de la plaza para diversión del público.

Siguiendo con la animalística, en la corrida del día siguiente se echarán «venados para que los cojan perros «sagüesos», diversión muy nueva en esta capital. Se lidiarán dos toros a un mismo tiempo, dividiendo la plaza por mitad con una baya (sic) portátil».

Por lo que cuenta Don Armando de María, en cuyas manos cayó el cartel anunciador de estos festejos, las corridas fueron un fiasco económico y no permitieron al virrey de turno, el feroz Félix Calleja, reunir el dinero suficiente para equipar a su ejército para combatir contra el caudillo Morelos que habría de caer prisionero al final de aquel año. El general Morelos había nacido en la ciudad mejicana de Valladolid, ciudad que cambió después su nombre, en 1828, por el de Morelia en recuerdo de este popular patriota y clérigo mestizo llamado José María Morelos y Pavón, que moriría fusilado a los pocos meses de celebrarse este festejo taurino de tan pintorescas suertes.



Cogida de un torero. Grabado. Gustavo Doré

XIII

DON TANCREDO, HEMINGWAY Y SU TORO DE MIL KILOS

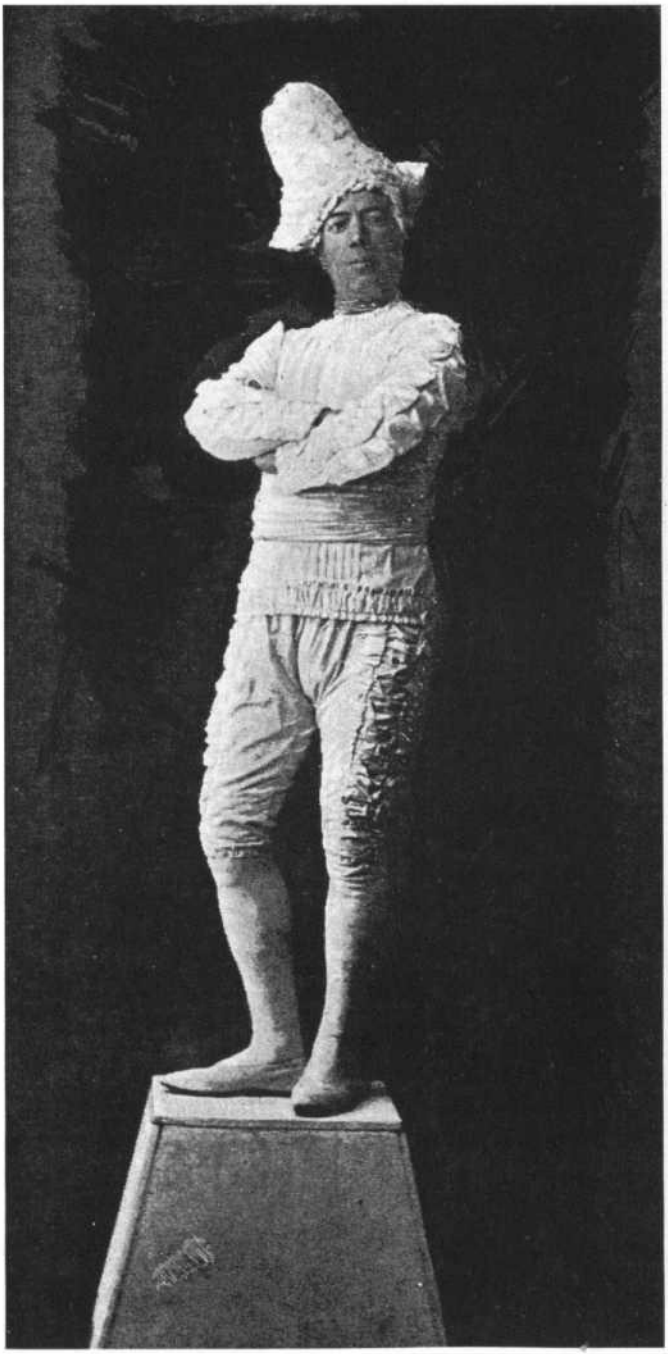
Ernest Hemingway como novelista mereció un Nobel. Como cronista y tratadista taurino fue siempre un novel. En cierta ocasión escribió en el «Toronto Star Weelky» una crónica, motivada por la muerte de don Tancredo López, en la que aseguraba que el poder del valiente artista, cuyo arte consistía en aguardar impertérrito la embestida del toro, vestido de estatua sobre un pedestal, radicaba en su mirada intensa con la que acobardaba a los toros. No tuvo rubor el escritor norteamericano en afirmar que el bueno de don Tancredo López percibía la bonita cantidad de 5.000 dólares por sus diez minutos de trabajo y que su declive profesional y posterior olvido fue por causa de la fuerte competencia y especialmente la de una mujer.

Para escribir semejantes embustes es necesaria mucha ignorancia y desfachatez. Una vez obtenidas ambas (cosa nada difícil cuando se viene de fuera a nuestra fiesta española), son precisas otras condiciones indispensables: Primero y fundamental, creérselos. Después, que se lo crean los demás (en el caso concreto de Hemingway, los americanos para quienes escribía sus artículos); y, por último, es muy conveniente ignorar el valor de 5.000 dólares en la España de los años veinte. Tragar y digerir tantos datos confundidores, tiene que traer, indefectiblemente, problemas en el intestino grueso. No me extraña que Hemingway padeciera de dolorosísimas hemorroides.

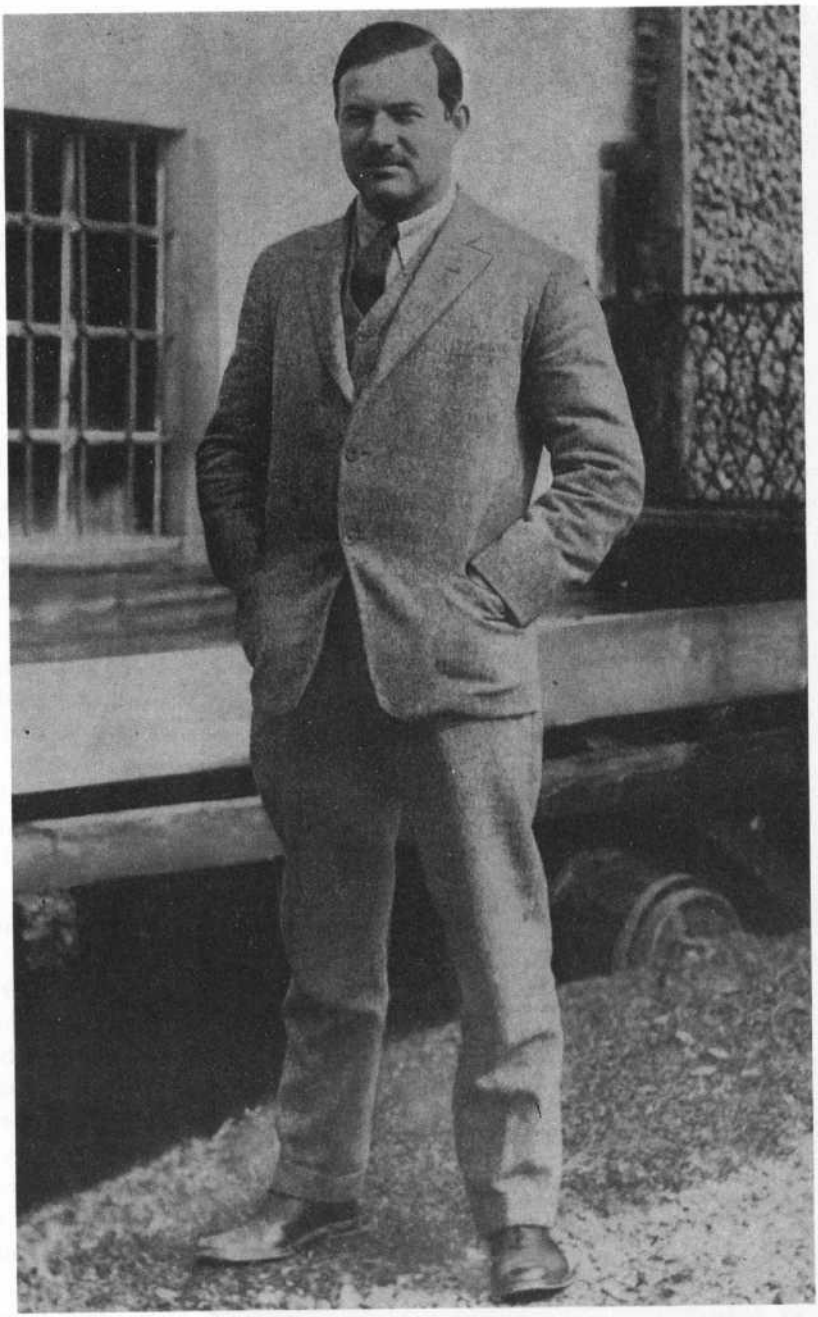
La «pobre y sórdida habitación de Madrid» en la que murió «sin un céntimo y fracasado porque era demasiado perfecto», tampoco encaja con la realidad, ya que ni la habitación era pobre, ni sórdida, ¡ni, por cierto, estaba en Madrid! Don Tancredo López murió en un hospital de Valencia, su ciudad natal.

Con los personajes de ficción el novelista –cualquier novelista– puede hacer su voluntad, más o menos santa; pero con los personajes reales, los de carne y hueso, aquellos que han pasado por la vida jugándosela y dejando impronta, el escritor ha de olvidarse de fábulas; único caso en que la fábula deja de serlo para convertirse en fraude, en mentira.

¿Pueden ustedes imaginarse un toro de mil kilos, un toro de una tonelada de peso, saliendo por la puerta de un chiquero? A mí me cuesta mucho trabajo creer que semejante monstruo haya existido, pero Hemingway lo vio con sus propios ojos de miope o creyó verlo y no tuvo empacho en describirlo (era el primero que veía):... «un toro sacó la cabeza vacilando como si saliera de un tenebroso chiquero, echó precipitadamente el voluminoso cuerpo, de una tonelada de peso y de color blanco y negro, al ruedo y corrió de repelón».



Don Tancredo López



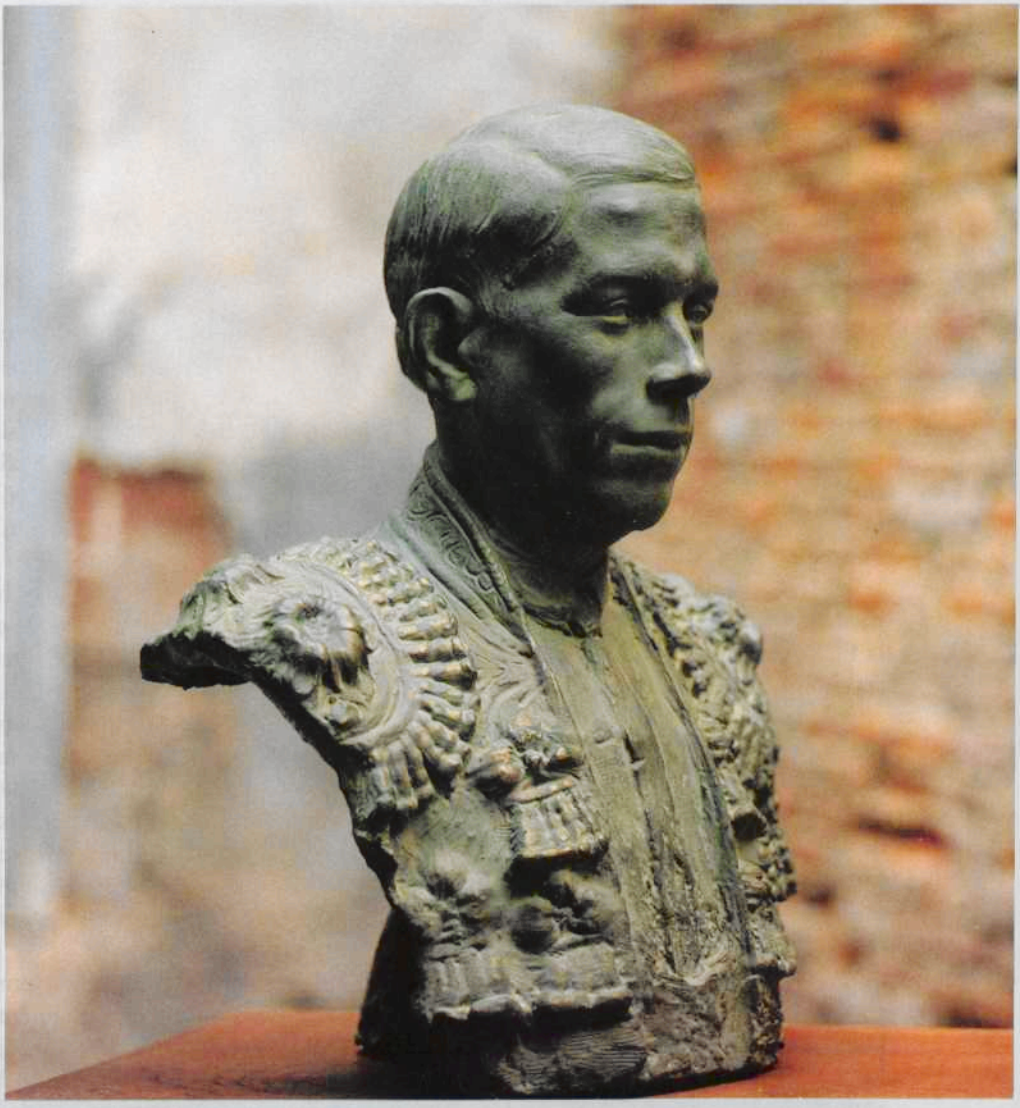
Ernest Hemingway

¿Se imaginan ustedes una tonelada de toro corriendo impetuosamente?

¿Qué hubiera dicho el fantástico novelista de aquél «Quitamanchas» del Conde de la Corte que mató Jorge Manrique en Valladolid, en el ciclo del centenario del coso del Paseo de Zorrilla, en 1990, cuya cabeza sobrepasaba medio metro por encima de la barrera? ¿Y qué decir de aquel toro de Miura, de nombre «Ojeroso», cornilargo y corniabierto que medía un metro de pitón a pitón y que mató Roberto Domínguez en la plaza de Pamplona en 1987? Si los hubiera podido ver el fantástico Ernest Hemingway habría dicho que tenían el tamaño de un buque insignia y que entre sus pitones podría instalarse un chinchorro, lo que casi hubiera sido cierto.

Quien propende a la exageración, como Hemingway en aquellos sus primeros años de taurofilia, lo que pretende es hacer ver con lentes de aumento un inusitado espectáculo que ha de contar a lectores norteamericanos alejados de la fiesta, de tal forma que las gestas de los toreros se vean como hazañas de superdotados. Era una forma, distorsionada bien es cierto, de querer a España y a su fiesta más hermosa. Con la mejor de las voluntades, así lo hemos de entender.

La verdad, contada con palabra escrita, es siempre relativa y la visión de las cosas está en función de la capacidad de asombro de cada hijo de vecino. Y «Papa Hem» veía, escribiendo de toros, muchos gigantes donde solo había molinos.



Busto de Félix Merino. J. Martínez Oteiza. 1927

XIV

PACOMIO PERIBÁÑEZ Y FÉLIX MERINO, O LO QUE PUDO HABER SIDO Y NO FUE

Todos los tratadistas taurinos coinciden en la afirmación de que el torero vallisoletano Pacomio Peribáñez «pudo brillar más de no haberle cerrado la adversidad el camino». Por otra parte, un nombre, el suyo verdadero, Pacomio Peribáñez Antón, tan poco «torero» que no admitía –o lo admitía muy malamente– un apodo en diminutivo tan en boga entonces, y cuyo apellido estaba más cerca de Lope de Vega que del arte de «Cúchares», era un obstáculo que sólo la costumbre podía hacer olvidar. A pesar de esa nímia dificultad Pacomio Peribáñez fue un torero serio y hondo.

Llegó a codearse con los mejores. ¡Y dense cuenta que en aquel entonces los mejores eran «Joselito» y Belmonte, los dos toreros que marcaron una época en la historia de la Tauromaquia, época que fue llamada «la edad de oro» de nuestra taurofília racial.

Una fotografía que tenemos delante viene a darnos la razón. En ella aparecen José Gómez «Gallito» o «Joselito», Juan Belmonte, (que ya era «el pasmo de Triana»), y el vallisoletano Pacomio Peribáñez, aguardando a hacer el paseillo en la plaza de Las Arenas de Barcelona. La corrida se celebró el 12 de marzo de 1916 y «Joselito» estuvo desigual, aplaudiéndosele en quites y galleos, pero toreando muy distante «abriendo excesivamente el compás»; Juan Belmonte salió a hombros, y Pacomio fue muy aplaudido «y con deseos de que la simpática y afortunada empresa Alcalá–Castilla lo repita cuanto antes».

Pacomio Peribáñez, que había nacido el 14 de mayo de 1882, se presentó como novillero en la recién estrenada plaza de toros del «camino de Puente Duero» el 13 de julio de 1902 con cuatro novillos de E. Castro para E. Pereda, Pío Lazo y él en un festival a beneficio del puntillero Pereda. Pacomio tenía 20 años y desde aquel día fue repetido en cuantos festejos, con mayor o menor importancia, se organizaban en Valladolid. Seis años más tarde hacía su presentación en Madrid matando ganado de Pablo Romero junto a «Platerito» y «Punteret II». Al año siguiente toreó cuarenta y cuatro novilladas, lo que nos hace sospechar que copó todos los carteles importantes. El 24 de septiembre de 1911 le concedió el doctorado Manuel Rodríguez «Manolete» (padre), actuando junto a ellos el mejicano Rodolfo Gaona, con toros de González Nandín, confirmando su alternativa dos años más tarde junto a «Guerrita» y «Celita».

Retrato de Pacomio Peribáñez

La alternativa de Félix Merino por Joselito

El invierno anterior había estado «haciendo las americanas» en Lima. Dos cogidas graves sufrió Pacomio dos días «dieciocho» de 1916: en junio y en septiembre, en Madrid y en Valladolid, lo que le hizo perder muchas corridas y provocó su declive. Por si esto fuera poco, el año siguiente fue funesto para nuestro torero. Sufrió otro accidente, en este caso de motocicleta, cuando con su esposa, la actriz Araceli Sánchez Imaz que le acompañaba en el «sidecar», chocaron en una carretera madrileña contra un camión militar, resultando ambos con heridas graves. Pacomio no pudo torear aquel año y de resultas del accidente quedó muy mermado de facultades.

En 1919 torea solamente cinco corridas y decide despedirse de la afición vallisoletana el 21 de septiembre matando un toro de Villagodio en una corrida en la que Félix Merino, «Varelito» y Sánchez Mejías mataron seis del duque de Veragua. Abandonados los toros, Pacomio cambió la sede y el percal por las artes de Talía, pero tampoco como actor logró destacar, regresando a los pocos años a los ruedos como peón de brega.

El infortunio también se cebó con otro torero vallisoletano, Félix Merino, un torero vocacional, hijo de un industrial pucelano. Tras una trayectoria novilleril que se inició en 1914 al lado de otros paisanos –Ramón Fernández Zúmel «Habanero» y Sandalio Carral–, Merino logró situarse en el escalafón de los más finos toreros de capa. Triunfos en Barcelona y Madrid. Pero en Valladolid, un novillo le pegó una cornada de ocho centímetros a la altura de la comisura de los labios y Félix Merino queda marcado por « cierto sino», no solo por el «signo» que en su rostro dejó aquella res.

Según cuenta José María de Cossío, que medió en la gestión, «Joselito» no se mostró partidario de darle la alternativa al vallisoletano. Le consideraba un torero «aún muy joven». No obstante accedió y Félix Merino fue «toricantano» en una magnífica corrida que completaba nada menos que Juan Belmonte, lo que hace pensar que la carrera del vallisoletano estaba bien orquestada. El propio Cossío –que por razón de paisanaje trataba «de dulce» a los toreros vallisoletanos– no tiene reparo en asegurar que Félix Merino realizó unas temporadas «cortas y deslucidas», aunque reconoce que la mejor fue la de 1920 en la que mató cuarenta toros. Por razones inexplicables decrecieron los contratos, lo que obligo al torero a tomar una decisión tajante. Y ésta fue la de renunciar a la alternativa y volver a la novillería en 1926 año en que toreó dieciséis festejos.La de Félix Merino fue una degradación voluntaria pero impuesta por las circunstancias.

Félix Merino murió de resultas de una cornada que le infirió un novillote de Palha en Úbeda (Jaén) el 4 de octubre de 1927, en un festejo en el que alternaba con José Iglesias y «Sanluqueño». Ocurrió al saltar la barrera y casi al iniciarse el festejo. El de Palha le enganchó por un muslo. No fue una cornada escandalosamente fuerte, hasta el punto de que los doctores permitieron su traslado a Madrid donde «ingresó en el sanatorio del Perpetuo Socorro, donde se

Retrato de Félix Merino

hizo cargo de su cura el doctor Segovia y todo permitía suponer que la misma sería cuestión de tiempo nada más. Pero el día 8, de madrugada, se agravó en tales términos que a las pocas horas, aquella misma mañana, dejó de existir, produciéndose la muerte por asistolia».

El vestido de torear que llevaba Félix Merino aquella desgraciada tarde en Úbeda, su última tarde de torero, ha estado sesenta y tres años guardado celosamente en un domicilio vallisoletano. Desde aquel infortunado día, hasta que salió de nuevo a la luz de una artificial placita de toros, reproducida por «El Corte Inglés» para en ella celebrar una magna exposición de los cien años de la del Paseo de Zorrilla, no habían vuelto a sentir sus alamares y bordados de oro la luz del sol. El roto dejado por la cornada parecía el de un puntacito.

Y es que la vida de los toreros se va por cualquier resquicio.

Corrida de toros. Museo del Prado. Madrid. F. de Goya

XV

HAZAÑAS ECUESTRES DEL INDIO RAIMUNDO

Aquella enigmatica chismosa que fue la condesa Marie Catherine D´Aulnoy, nos dejó en en sus dos libros, «Relación del viaje de España» y «Memorias de la corte de España», un variado retablo de personajes y sucesos de la corte de Carlos II el Hechizado. Ella es la que nos dá la noticia más antigua que se conoce de las practicas o destrezas taurinas más arriesgadas entre un hombre y un toro, frente a frente y sin engaño alguno. Es decir, sin capa ni espada. El bruto y el hombre enfrentados. La inteligencia y la fuerza. La destreza y la braveza. O una braveza inteligente enfrentada a una bravura animal. El caso es que, refiriendose a un suceso por ella presenciado nada más llegar a España en el año 1679, dice la escritora normanda: «Hay un vizcaino tan atrevido que salta, montado sobre el toro, lo sujeta de los cuernos, y por muchos esfuerzos que haga el animal por librarse, no lo consigue mientras el vizcaino permanece sobre el cuello, y alguna vez al apearse le rompe el cuerno por la mitad». Aunque no consta el nombre del personaje, consta su origen; lo que ya es bastante, pues viene a confirmar que en Vizcaya, Navarra y Zaragoza solían hacerse este tipo de juegos extravagantes. Un antecesor, pues, de aquel «Martincho», practicante de suertes poco ortodoxas dentro de los cánones de la torería, a quien plasmó Goya agarrado a un toro por el rabo y un cuerno para derribarlo, entre otras valentias.

En 1742, por el mes de septiembre, se dio a pregón en Valladolid un edicto que anunciaba para los días 10 y 12 fiestas «con castillo y porción de fuegos de mano», con toros y varilargueros y con el espectáculo de don Raimundo Franco de Torres, llamado comúnmente «El indio», que torearía «a caballo en un toro a otros toros». Estaba claro que el espectáculo consistía en jinetear sobre un toro en lugar de sobre un caballo.

Lo cuenta aquel curioso cronista pinciano, Ventura Pérez –entallador de oficio–, que nos legó un delicioso «Diario de Valladolid» como especial rapsodia de sucesos ocurridos entre los años 1720 y 1784, anotando en él lo más noticioso de cuanto se vivía en una ciudad que entonces no sobrepasaría los 20.000 habitantes.

Las insólitas hazañas del indio Raimundo en la entonces plaza del Mercado de la antigua corte fueron anunciadas en edicto: «En los dias 10 y 12 de este presente mes de Septiembre (1720) hay toros en Valladolid, con castillo y porción de fuegos de mano, con varilargueros, y torea a caballo en un toro a otros D. Raimundo Franco Torres, llamado comunmente el indio, y hace otras habilidades, y dos toros embolados, con cien hachas de viento.»

«Esto es el edicto a la letra y así lo ejecutaron, y el dicho D. Raimundo toreó el primer dia en un carro o castillete de cañas y papel, con rajón(sic); y el último día corrió sobre un caballo y echó un lazo con una gundaleta en los cuernos del toro, y le amarró a dos palos que tenía fijos en la plaza; se apeó y puso su silla al toro con pretal y gurupín y le cinchó y montó en él, y fueron tantos los brincos y corcovos que el toro dio, que a no tener dominio (el texto, sin duda por error de imprenta, dice «demonio») no podía menos de derribarle; pero no le derribó, que era buen jinete, y así a caballo en aquel toro, rajoneó a dos toros, y luego para matar al que llevaba a caballo le dio en la nuca con un rajón corto y le cayó. Al otro día por la mañana amarró otro toro y le mató del mismo modo. Los comisarios dieron al indio ciento diez doblones y a los varilargueros ciento, y a su cuenta los caballos».

La descripción que hace el modesto diarista pinciano es prácticamente la misma, y con idéntico protagonista, que la que hace el pintor suizo Emmanuel Witz al narrar para sus paisanos, y plasmar en 26 dibujos, los diferentes momentos de un festejo real presenciado en Madrid en la segunda mitad del siglo XVIII. De estos dibujos –los más antiguos en la descripción de un festejo taurino, acompañados, además, por un relato de las diferentes suertes a caballo y a pie– ya nos hemos ocupado extensamente en el primer capítulo de este libro.

Por cierto, que aquel Raymundo Franco debió tener un descendiente, un hijo quizá, del mismo nombre y apodo que siguió sus pasos, pues de otra forma no se explica que ochenta y cuatro años después de este festejo de Valladolid, se ofreciera el «famoso Raymundo Franco, alias el Indio, a executar sesgándole en el campo» a un toro que no se pudo encerrar para una corrida en la plaza de la Puerta de Alcalá, de Madrid, el 26 de septiembre de 1826.

La faena tori-equina del indio Raimundo la practicaron por aquellas calendas algunos otros arriesgados jinetes. El argentino Mariano Ceballos, que también llevaba el apodo de «El indio» y que fue inmortalizado por Goya en dos grabados de su Tauromaquia, rizaba el rizo de la dificultad picando a un toro desde otro toro, según cuenta Vargas Ponce por haberlo visto en tierras navarras. La reseña del suceso se conserva en el Archivo Municipal de Pamplona en la que se dice que Ceballos «ensogó y montó un toro ensillado, y desde él picó otro y mató los dos bien». El propio Vargas Ponce, el más ilustrado anti-taurino, asegura que este arriesgado criollo fue muerto por un toro en la plaza de Tudela. Contemporáneo suyo fue un murciano apodado «El Mamón», que cogía los toros por la cola y los montaba a pelo, según cuenta don Nicolás Fernández de Moratín al príncipe Pignatelli en su famosa «Carta histórica sobre el origen y progresos de la fiesta de los toros en España» que le escribió en 1776. Y unos años antes, en 1763, y en la plaza de Madrid se anunciaba, compartiendo cartel con los afamados banderilleros Pasqual Brey y Francisco Muñoz, «el negro de nación Don Joseph Manuel de España, natural del Reyno de Santa Fe» quien para continuar la diversión «montará en un Toro, y desde él, quebrará rejones en

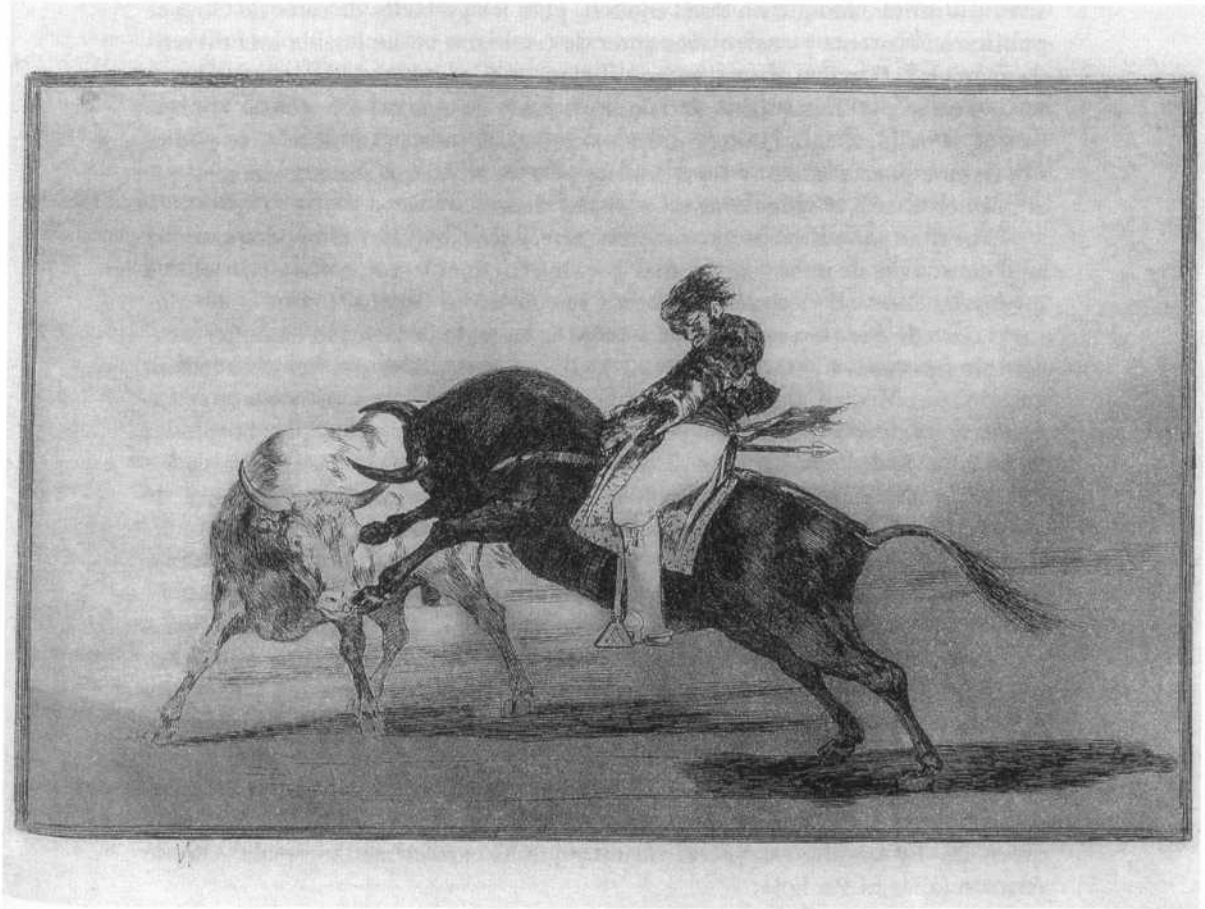
otro, vestido a la ungara (sic)». En aquella corrida figuraba también «Juan Apiñani 'el Navarrito' que saltará con la vara; y se dará lanzada», aunque no se aclaraba si Apiñani –otro de los inmortalizados por Goya en los grabados de La Tauromaquia– fue el encargado de ejecutar esta segunda suerte, la lanzada de a pie, tan arriesgada.

Igualmente practicó estas suertes toriequinas en las ferias de Valladolid de 1742 un negro sudafricano llamado Ramón de Rozas que se anunciaba en Madrid, aportando a las diversas suertes a la jineta, unas nuevas hasta entonces: cantar, acompañandose de una guitarra, encaramado en el toro. Correspondiendo al buen humor del negro hagámoslo participar en la historia como introductor en de una nueva faceta no practicada hasta entonces:la copla taurina con toro incluido.

En Méjico, que ha sido siempre el país donde se ha mantenido más arraigada la fiesta de los toros, este tipo de alardes ecuestres y otras habilidades eran el pan nuestro de cada día; esto es, una costumbre habitual en las fiestas de toros, especialmente en las más populares. En la plaza del Paseo Nuevo de La Puebla, en el año 1860, se celebró una corrida en beneficio de Andrés Chávez, capitán de una compañía de toreros. La condición de espectáculo en beneficio de este artista he de hacerlo notar especialmente por cuanto los alardes de destreza y valor que se pusieron de manifiesto habrán de ser considerados el no-va-más. La corrida, montada sobre las suertes que a continuación leerán, es calificada por los historiadores como «típicamente mejicana». Veamos dónde estaba el tipismo según vamos viendo las suertes de este legendario cartel.

Los toros fueron seis de la acreditada hacienda de Rabozo y uno solo, el primero, fue de muerte (de muerte torera, a espada y toro y torero frente a frente y al mismo nivel).El propio Andrés Chávez comentaba el cartel con algunas apostillas y dibujos. Por ejemplo decía: «El segundo toro será adornado por los picadores con una moña de color, que le pondrán en cada piquete». «Uno de los picadores, montado en un toro ensillado, picará a otro de los de la lid». Obsérvese que no se habla de lidia, sino que se mantiene el vocablo «lid» para expresar la acción de combatir o pelear, ya que este tipo de juegos, si bien valientes, estaban calificados más como actividad para habilidosos que para artistas. Se usaba del toro, pero no se le hacían faenas artísticas, sino jugarretas, con lo cual el toro perdía una parte de su condición de animal bravo y noble para convertirse en animal experimental de pintorescas valentías.

Las hazañas que Chávez y sus cuadrilleros llegaban a realizar con los toros constituían tercios que hoy en día resultarían insólitos, pero que entonces parecían entrar con buen pie en el espectáculo taurino-circense. Un ejemplo más: «Un toro de los de la lid será aderezado con rosas en la frente, que le pondrá un banderillero ¡con los pies!». La cosa sigue complicándose: «Vicente Guzmán matará un toro a caballo» No se dice de qué forma ni con qué armas, pero es posible que se usara –a la antigua– la lanza o la espada (no olvidemos que estamos hablando de un festejo celebrado en Méjico en 1860).



Ceballos montado sobre otro toro, quiebra rejones en la plaza de Madrid (Grabado de Goya)

A medida que iba avanzando el festejo se iban complicando las finezas para con el toro de turno. A veces, con el mismo toro se hacían varias de estas airosas faenas que debían levantar clamores del público. «El diestro banderillero Félix Carrillo banderilleará –pásmense– ¡con la boca!». Y, por último (o casi), «el beneficiario –aquí está Chávez, capitán de toreros – sentado en una silla, dará muerte a un toro, cuya posición es tan difícil como arriesgada». Recuérdese «La Tauromaquia» de Goya y la estampa en que el temerario Martincho mata un toro a porta gayola citándo con el sombrero, en la plaza de Zaragoza. El inmortalizado por «don Francisco, el de los toros» tiene además los pies atados con grillos, lo que confiere a la gesta un mayor riesgo y dificultad, que Chávez no se

atrevió a imitar, aunque sin duda conocía, pues los grabados de toros de Goya se publicaron cuarenta y cuatro años antes de celebrarse en La Puebla esta divertida ¿corrida?. Corrida que se remató con un toro encohetado y embolado que sería muerto por Tranquilino Fernández !subido en zancos!. No consta el arma de que se valió, al igual que no consta si todas las suertes anunciadas se pudieron llevar a buen término y sin dolorosos percances. Lo que no cabe duda es que el público acudía al señuelo de estas «habilidades».

Por si no son suficientes todos estos anteriores ejemplos, aún podemos dejar aquí constancia de unos cuantos más que divertirán al lector, como divirtieron a los espectadores que los vieron. La cosa ya ocurrió en España, lo que es un síntoma claro de que para este tipo de alardes ha existido de siempre una inter-relación sin fronteras. El 10 de octubre de 1813 (en junio las tropas francesas habían abandonado Madrid al mando del general Hugo) se celebró en la plaza extramuros de la puerta de Alcalá un festejo para recaudar fondos para los hospitales de la villa. Se lidiaron 8 toros: 2 de Juan Díaz Hidalgo, de Villarrubia de los Ojos del Guadiana; 2 de María Josefa Fernández Manrique, de Braojos; 1 de Vicente Perdiguero, de Alcovendas (sic) y 3 de Don Julián Fuentes, de Moral-Zarzal. De ellos, 6 serían picados por Antonio Herrera Cano, Julián Díaz y Joaquín Zapata, y «el antiguo vanderillero Cristóbal Díaz (alias El Mancheguillo, montará el quarto toro, aparejándole en la plaza; tocará la guitarra, y cantará coplas patrióticas; hará otras varias suertes, quebrando rejoncillos en el quinto toro, concluyendo con matar el en que va (sic) montado. Dicho toro será vanderilleado y estoqueado por Mariano Martínez (alias Picharrache)».

Como todavía en aquel tiempo los lidiadores de a pie no habían subido a las primeras líneas de los carteles, se advertía que «los seis toros de varas serán lidiados por la quadrilla de a pie, al cuidado de Manuel Alonso (alias El Castellano), quien los estoqueará, excepto el último, que lo hará el media-espada Alfonso Alarcón (alias El Pocho)».

El mismo Cristóbal Díaz (alias El Mancheguillo) con la colaboración de otro individuo llamado Ramón Fernández realizaron la suerte de picar (!más difícil todavía!) en un sólo caballo, espalda contra espalda, «los quales ofrecen esmerarse a competencia en proporcionar suertes para lucir su desempeño en tan difícil como divertida empresa».

Semejante manera de picar toros –en aquel caso fueron novillos– fue presenciada por los espectadores en la plaza de Madrid el día 26 de diciembre de aquel mismo año de 1813. Obsérvese la sutileza de prometer «esmerarse».

El bueno de Cristóbal Díaz no se conformaba con lo que hacía y ampliaba su repertorio de juguetes taurinos con cierta dosis de imaginación. En el cartel de una de las novilladas que se dieron a principios de 1814 se insertó el siguiente texto:

«En las funciones que se han celebrado se ha procurado por todos los medios posibles hacer que los expectadores (sic) disfruten de un nuevo objeto que les

haga más grata esta diversión; y para conseguirlo en la presente, se ha dispuesto que concluídos los quatro novillos, se presente en la Plaza con un calesín el célebre Cristóbal Díaz (alias El Mancheguillo) en clase de calesero, y saliendo el quinto novillo embolado le enganchará en el calesín, al que subirán José Barbaces y Ramón Fernández, uno vestido de muger, y dando un paseo por la plaza, se echará a ella el sexto novillo, a fin de que desde el calesín le vanderilleen los dos citados; siendo igualmente lidiados por la misma quadrilla de a pie (al cuidado de Manuel Badén)». (Despreciaban en igual medida la vida y la ortografía).

Estaban en su perfecto derecho al realizar bufonadas extravagantes de este jaez. ¿No se había celebrado en Aranjuez un 17 de junio de 1787, según Lafuente Ferrari, un «Combate en un coche enjaezado con dos mulos» que dio pie a un magnífico aguafuerte de Goya?

Semejantes «faenas» –que ya empezaban a entrar en el torero bufo y, quién sabe si no serían estas suertes deformadas las primeras demostraciones de ese tipo de torero valiente y buenhumorado– solía realizarlas el artista vallisoletano, Vicente Martín «Fideísta», hermano del famoso picador Dacio Martín «Pontonero». El arrojado «Fideísta» hizo toda suerte de tancredismo, desde el clásico modelo de estatua tipo Don Tancredo López, hasta otras variantes sobre el mismo tema: vestido de arco-iris multicolor o de «hombre de musgo» como los históricos bejaranos, para demostrarle a la afición –y quizás también al toro– que ni al público, ni al toro, le importa la vestimenta de «la cosa estática», sino el valor que se pone en el trance. «Fideísta», que era amante de las viejas costumbres y de la cibernética, también recibía al toro tomando café o tocando la guitarra, rejoneaba en bicicleta y en repetidas ocasiones realizó la suerte suprema encaramado en zancos. Al valiente Vicente no se le ponía nada por delante. Torero bueno, lo que se dice torero bueno, no fue. ¡Pero se fijaba mucho!

Roberto Domínguez muleteando por bajo.
José Puente. Colec. Casares

XVI

EL CHICO DE CLETO

Fernando Domínguez toreó en Valladolid, su ciudad natal, dieciocho corridas de toros. Su presentación como novillero fue el 11 de octubre de 1925 con seis novillos de Baruque para el también vallisoletano Alfonso Gómez «Finito», Martín Martín y los noveles «Periquillo» y «Chico de Cleto». ¿Dónde está, se preguntaran ustedes, nuestro Fernando Domínguez? Pues, en el último nombre que hemos entrecomillado. Fernando Domínguez figuró en los carteles en su primera actuación como el «Chico de Cleto», apodo que, sin duda, nació sin el consentimiento del propio interesado y porque entonces era más importante ser «el chico de Cleto» que Fernando Domínguez.

Bien es cierto que el apodo le duró poco. Al año siguiente, el 3 de mayo, ya figuraba con su nombre auténtico como sobresaliente en una novillada en plaza partida, primera y última vez que se ha hecho semejante festejo en la segunda centenaria plaza de toros de Valladolid. Se lidiaron seis novillos del Raso de Portillo. Cuatro a la derecha de la presidencia, por «Ribereño»; y dos a la parte izquierda, por «Formalito». El festejo tenía otra variante: dos toros más en la plaza entera para Hernandorena. Como decimos, Fernando Domínguez iba de sobresaliente con el propósito de «placearse» y de pegar unos cuantos pases o intervenir decididamente si fuera necesario: los sobresaliente siempre intervienen cuando hay un suspenso o un serio percance. ¡Y lo hubo!. Hernándorena sufrió una cogida en el sexto novillo y Fernando Domínguez lidió y mató aquel novillo más que aseadamente. Obtuvo un primer éxito y desde aquel día los vallisoletanos empezaron a hablar del «nuevo torero de Valladolid».

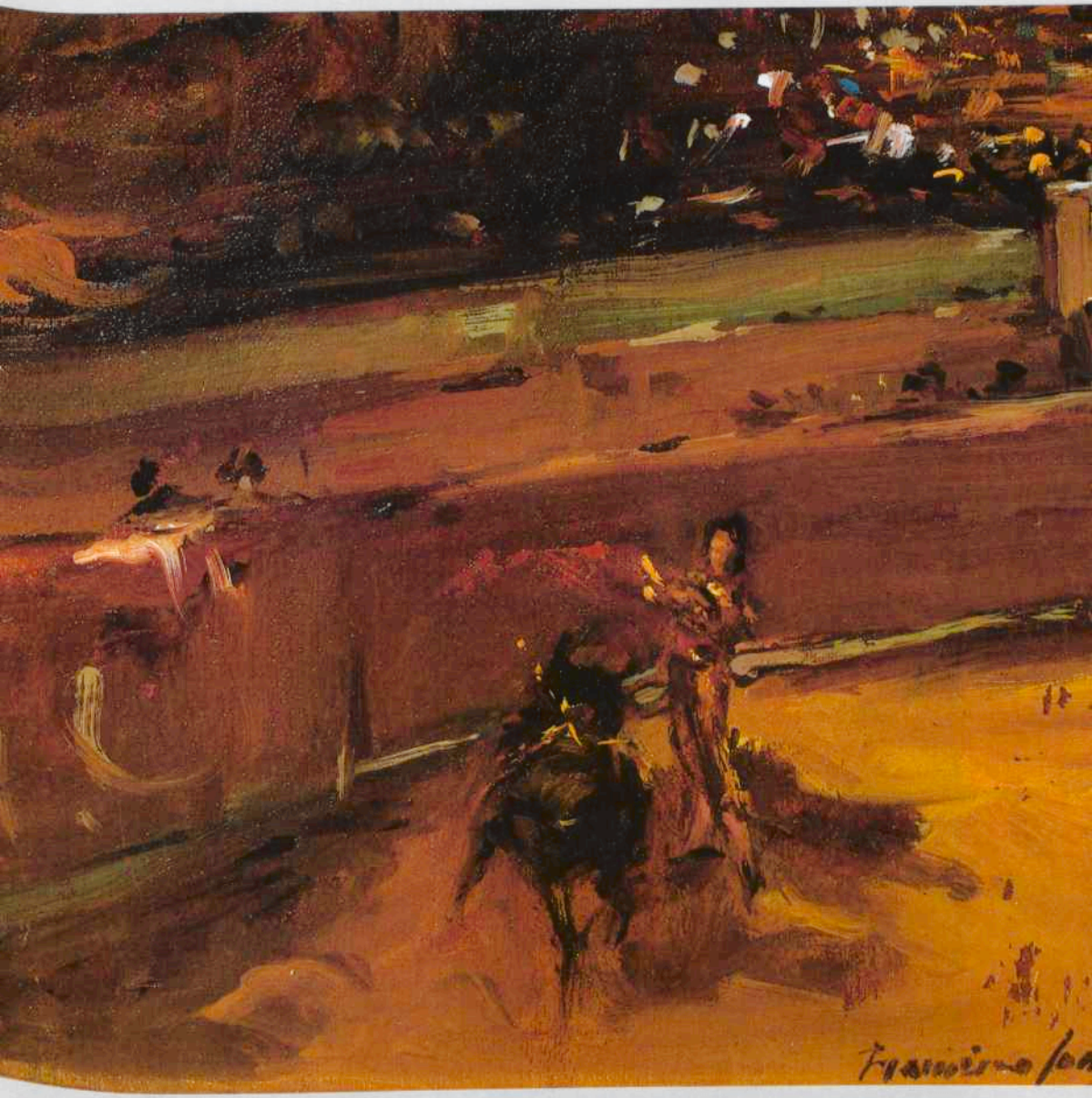
El año 1926 fue el de la vuelta de Félix Merino a la novillería después de renunciar a la alternativa doctoral, y el 8 de agosto Fernando Domínguez actuaba por primera vez con picadores en un festejo organizado por la Asociación de la Prensa, con seis novillos de Fabián Mangas para Félix Merino, Ramón Fernández Zúmel «Habanero» (otro torero de la tierra pese a su apodo confundidor que fue herencia paterna) y Fernando Domínguez que obtuvo tal éxito que fue llevado a hombros de sus paisanos hasta su casa.

Repitió la empresa ese mismo cartel, ya en ferias, con seis novillos del Duque de Veragua y Domínguez recitó su magisterio.

La presentación ante sus paisanos como matador de toros fue el 4 de junio de 1.933 (había sido doctorado por Vicente Barrera en Valencia) lidiando seis toros de Lamamié de Clairac para «Chicuelo», «Cagancho» y él. Los tres tuvieron una tarde de las que los gacetilleros de entonces calificaban de «discreta», aunque, bien mirado, debió haber de todo.

Los tres primeros avisos que Fernando Domínguez oyera en su vida profesional, los primeros y los últimos consecutivos, los escuchó tres meses más tarde también en Valladolid en la primera de feria, el 17 de septiembre, sustituyendo a Ortega. ¡Pero también ese mismo día escuchó las más fuertes ovaciones en reconocimiento a sus lances y quites al toro que le echaron al corral!

Cara y cruz de un artista con destellos de genialidad al que, como a todo artista –sobre todo al torero–, la inspiración se torna caprichosa. Por fortuna a Fernando Domínguez la inspiración le pillaba siempre trabajando, como dijo cierto día un poeta que nunca vio ni sintió la poesía que emanaba del capote manejado por el torero pucelano.



Ayudado por alto. Francisco Lomier.
Colec. J. D. Val

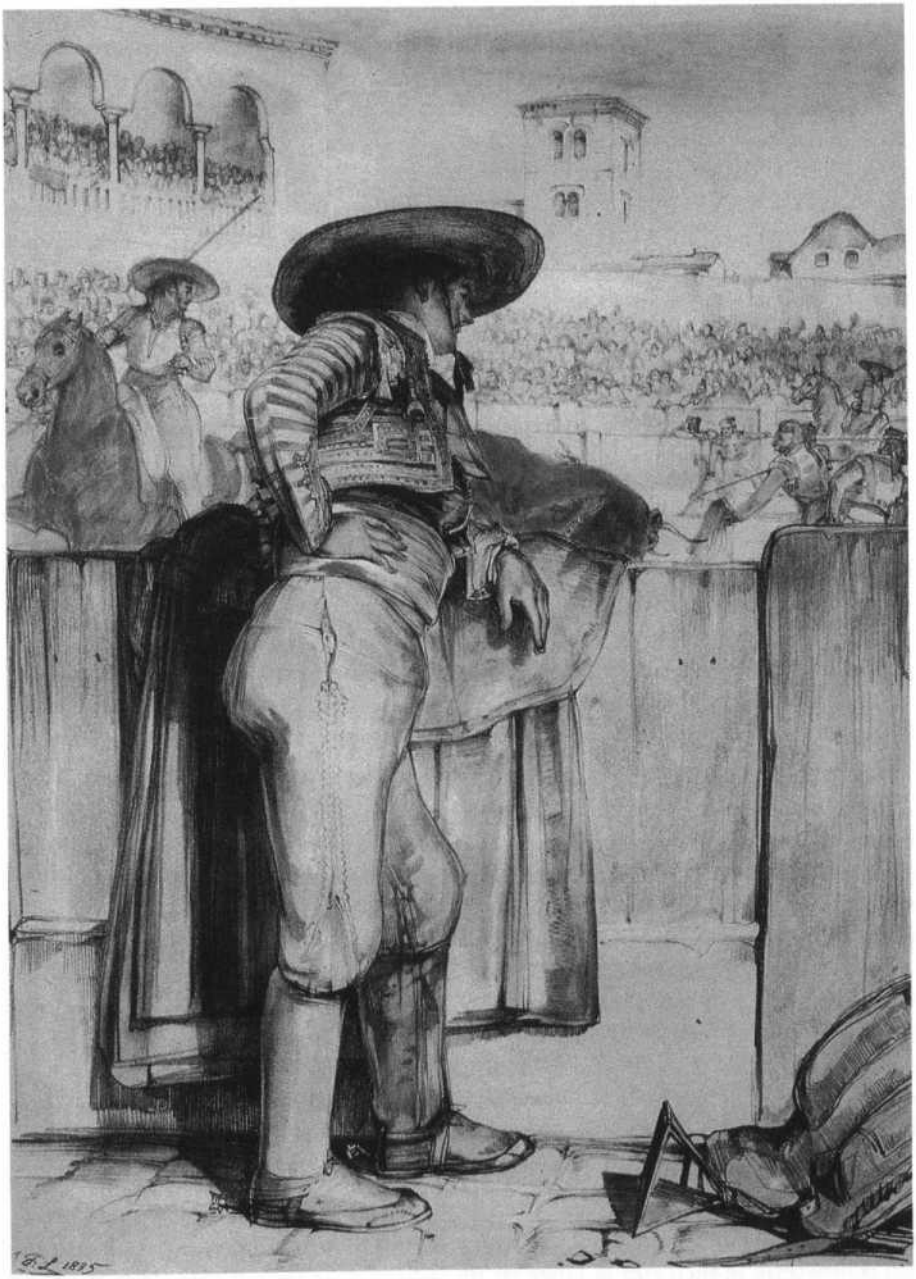
XVII

TOROS EN LA PLAZA MAYOR

En la «Relación» de las fiestas que se hicieron en Valladolid con motivo del nacimiento del rey Felipe IV (que se le atribuyó a Cervantes por aquellos versos de Góngora que afirmaban que le fue encargada a «Don Quijote, Sancho y su jumento») el anónimo cronista dice de las fiestas de toros y cañas celebrados en la Plaza Mayor, que «habiendo las guardias tomado su acostumbrado lugar, se mandó que se limpiase la plaza, porque había mucha gente, y no convenía que quedasen más que los toreadores. Y luego entraron catorce carros en ala, con largas cubas de agua, que en un momento la regaron y la dejaron fresca, y pareció bien aquel gran teatro con tanta gente, ventanaje y terrados, adonde se juzgó que había poco menos de cien mil personas. Soltáronse los toros, que fueron bravos, y se fueron corriendo por su orden; y quiso Dios que tanto más alegre fue la fiesta, cuanto que hicieron poco daño, aunque dos o tres veces desbarataron la guardia, que fue vista alegre y apacible. Celebráronse mucho dos lanzadas que se dieron y los garrochones que hubo, porque salieron a la plaza con multitud de lacayos vestidos de librea, en lindísimos caballos, con ricos jaeces, el Duque de Alba, el Duque de Pastrana, el Conde de Salinas, el Conde de Coruña, el Marqués de Tábara, el Marqués de Villanueva, de Barcarrota y otros caballeros. Y fue cosa agradable para los extranjeros ver las muchas buenas suertes que se hacían con los toros, admirando la ligereza de los caballos, la destreza y ánimo de los caballeros, y no menos maravilla causaban las buenas suertes que hacían los de a pie, provocando al toro, y sabiendo ligeramente excusar el encuentro, dejándolo frustrado».

El rey no intervino en el juego con los toros, pero sí en el juego de cañas de por la tarde, donde el riesgo era menor. Ocurría todo esto en Valladolid el día 10 de junio de 1605, un día después de haber celebrado el Corpus. «Poco menos de cien mil personas» en la Plaza Mayor de Valladolid, que apenas ha cambiado su configuración ni aumentado por ello su capacidad, son muchas personas. Hemos de pensar que estaban de bote en bote la propia plaza, sus balconadas, sus buhardillas y sus tejados.

Hay que seguir bebiendo en las viejas crónicas para saber otros detalles del desarrollo de este tipo de fiestas reales. Por ejemplo, conocer cómo morían los toros que eran alanceados. El cronista portugués Tomé Pinheiro da Veiga en «La Fastigínia» o Fastos Geniales ensalza la labor del marqués de Barcarrota antes citado «que quebró algunos rejones audazmente. También le avino bien a Don Pedro de Barros, que metió un garrochón por la cerviz, de suerte que le pasó el cuello y se fue en sangre por la boca y cayó luego a pocos pasos». De otro de los



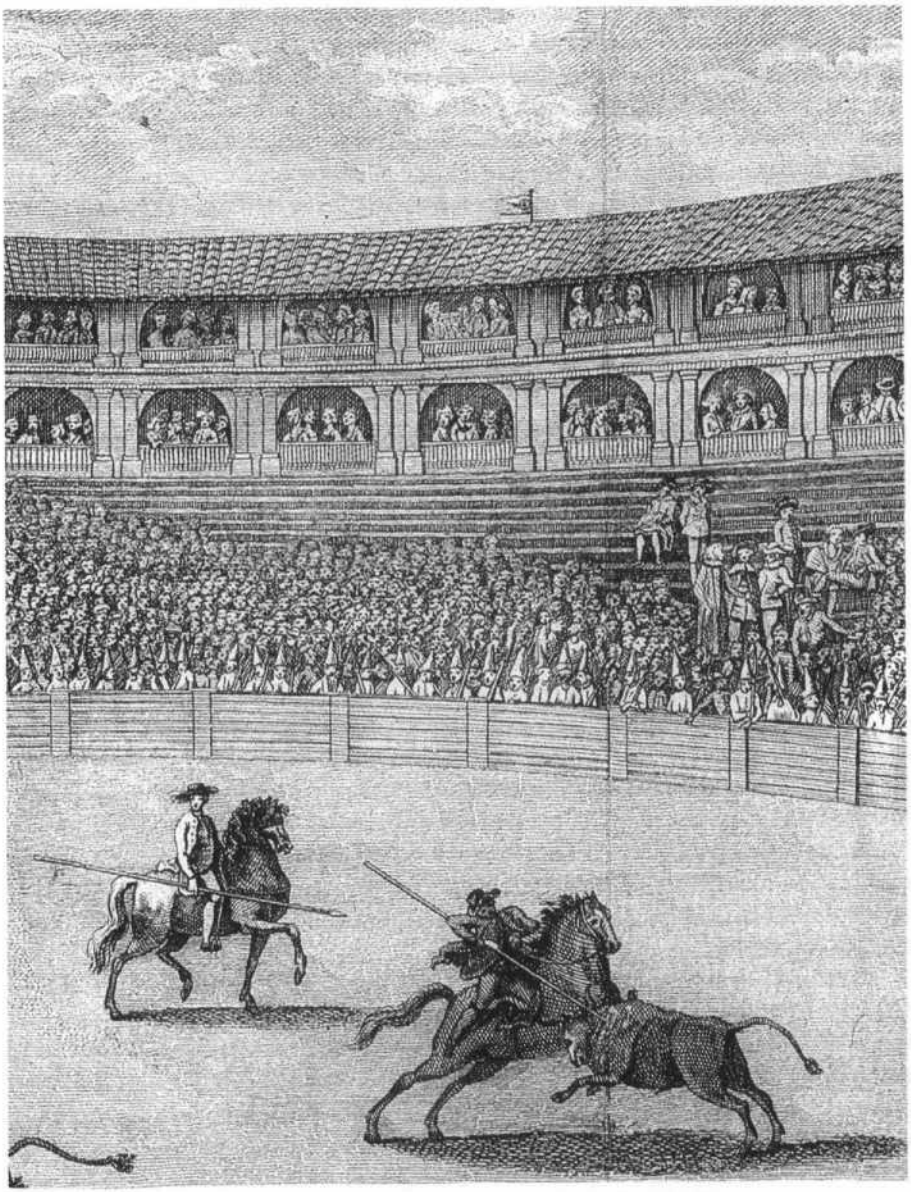
Dibujo de un picador (J. F. Lewis)

participantes en esta lidia a la jineta, del duque de Alba, dice que el toro «le mató el caballo, al cual se le salieron los tripas, y le había costado mil cruzados pocos días antes». (Aquí el cronista da el valor en «cruzados», una moneda de plata que valía 480 reis o reales). «Mataron luego otros dos caballos, sin suceder cosa notable, porque en seguida matan a los toros, o con los rejones, o con las cuadrillas de los mismos de a caballo, que, como locos, se aproximan y despedazan con cortaduras en la cabeza y en las ancas a los pobres bueyes (¡) a los cuales se llevan muertos los ganapanes, y algunos quedan en las calles. Los ganapanes o mozos de cuerda de aquellos tiempos arrastraban con sogas a los toros muertos y los dejaban donde no pudieran molestar y, mucho mejor aún, donde no pudieran ser despedazados por el público que en un santiamén destazaban al animal y se lo llevaban a casa para que les sirviera de alimento barato. Es de suponer que los carniceros se hicieran cargo de ellos nada mas producirse el arrastre de los toros por los forzados ganapanes.

Pero, prosigamos con la fiesta de los caballeros y la muerte de toros y caballos. «Vinieron también a lancear al toro dos hidalgos de fuera –continúa Pinheiro da Veiga–, poco conocidos por el nombre y menos por las obras, uno de ellos llamado Martín Leal, que no lo fue en esperar al toro con los ojos del caballo tapados, y al pasar el cuitado, le metió a traición la lanza por el costado; y corriendo el toro, se la arrancó de la mano sana y salva, levantada en el aire como garrocha, y murió de allí a poco. Volvió a esperar otro, y como era negro, no dio en el blanco y no hizo nada. El compañero lo hizo menos mal, que le esperó frente a frente; y aunque dio la lanzada delante de la cruz, se desvió bien, quebrando la lanza; y el toro murió de allí a poco».

Todavía hay más crónicas de estos extraordinarios festejos que, unas con otras, forman una completísima reseña del acontecimiento. La traducción del portugués al español de «La Fastigínia» que hizo, con el rigor y minuciosidad que caracterizó a todos sus trabajos, Don Narciso Alonso Cortés, ofrece además algunas muy jugosas aclaraciones a pie de página. Don Narciso dice que en otra «Relación» publicada en Córdoba en 1605 se dan más datos de uno de esos dos caballeros que vinieron «de fuera». Pero nosotros no nos vamos a tomar más molestia por dos caballeros, malos caballeros y malos lidiadores. Los toros fueron buenos, aunque no se dice nada de su procedencia (es de suponer que fueran del Raso de Portillo, lugar más próximo a Valladolid donde los había buenos y a elegir), «aunque la mucha gente casi no los dejaba menear», apostilla la «Relación» cordobesa.

Al referirse a uno de los caballeros que marraron, dice: «Entró a dar lanzada un caballero de Medina del Campo, y hízolo muy mal porque pasado el toro sin acometerle le picó con la lanza en un lado, y se la sacó el toro de la mano, y la llevó clavada gran trecho descalabrando con ella a los que topaba; tomó otra lanza este mismo, y lo hizo peor».



Toros en la plaza Mayor. Grabado de Charles White sobre un dibujo de Philip Reinagle

Aquí caben las dudas de si lo hizo rematadamente mal el caballero medinense por su falta de destreza o por cobardía de su cabalgadura que, como era costumbre, llevaría los ojos vendados pero no así neutralizado su olfato.

Hay una reflexión que nos llena de perplejidad en esta «Relación» cordobesa. Al hablar de las desgracias habidas entre los participantes en la fiesta, se dice: «No sucedió desgracia sino en gente ordinaria». La frase es el antecedente de aquella otra que escribió un mal gacetillero de un periódico al informar de los heridos en un accidente de ferrocarril diciendo: «Afortunadamente todos los heridos eran de Tercera».

Ventura Pérez en su «Diario de Valladolid» da muy variadas noticias sobre los festejos de toros que se celebraron en la Plaza Mayor entre los años 1703 y 1775, cuando aún la ciudad del Pisuerga no contaba con plaza de toros y era costumbre que este tipo de fiestas multitudinarias se celebraran en la plaza principal. Aunque a veces el escenario cambiaba, ya que, según parece, entre los siglos XVI y XVIII hubo toros en la plaza de Las Brígidas, en la Corredera de San Pablo, en la Rinconada, en San Nicolás, en la PLaza de Santa María (hoy plaza de la Universidad) en que se montaba plaza para celebrar corridas de toros con motivo de la entrega de grados de doctor por la Universidad (finales del siglo XVI), en las Tenerías y en el Campo Grande. Dice Don José Ortega Zapata en sus «Solaces de un vallisoletano setentón» que la plaza de madera que se instalaba en el Campo Grande, «se ponía y se quitaba, frente al convento de Filipinos o frente al Colegio de Niñas Huérfanas y al Hospital de San Juan de Dios» (desaparecidos estos dos últimos) y que « una entrada de tendido costaba doce cuartos y como la talanquera o contrabarrera no tenía maroma, más de una vez saltaron los bichos al tendido, sembrando consternación, porque las reses que se lidiaban, del Raso de Portillo, eran muy saltarinas».

Hemos recopilado y ordenado unas pocas de estas noticias, a las que añadimos alguna coletilla de nuestra propia cosecha, para que el bosquejo taurino-histórico de la Plaza Mayor de Valladolid tenga el mayor número posible de argumentos atractivos.

«Año 1713. Hubo dos corridas de toros por el mes de septiembre. En la segunda corrida hubo una desgracia fatal, que fue un cochero que se puso delante de la talanquera del Caballo de Troya con una manopla (¿armadura de la mano?), y cuando venía el toro la restañaba y el toro huía; una vez volvió el toro sobre él, le estrelló contra la talanquera, y le echó las tripas fuera, quedándole allí muerto».

Dos consideraciones al paso. Primera: Querer tomarle las barbas a un toro es muy peligroso. Segunda: Si las talanqueras estaban situadas frente a la entrada de la Posada del Caballo de Troya que siempre tuvo su entrada principal por la hoy calle del Correo (la de carros la tenía por la Plaza de la Comedia), a pocos pasos de la Plaza Mayor pero fuera de su contorno, ello nos induce a pensar que la plaza tenía al menos en 1713 otra configuración distinta a la actual.

«Año de 1726, día 19 del mes de agosto, hubo en esta ciudad una corrida de toros con varilarguero; a éste le siguió un toro dentro del consistorio, y el caballo subió por la escalera y el toro tras él, y el jinete volvió la vara y tendió al toro en la escalera, y saltó caballo y jinete por cima de él, y salió a la plaza sin daño alguno el varilarguero; se llamaba Márquez y lo atribuyó a milagro.»

En recuerdo quizá de aquella hazaña hoy en día continúa manejándose la «puya» en el Consistorio con hábil destreza.

«Año de 1747. El jueves 6 corrieron los toros que sobraron del día anterior y hubo bastantes desgracias; voltearon los toros a dos toreros, al uno no le hizo daño, al otro le maltrató de manera que al otro día le enterraron, y a los picadores que todas cuatro mañanas picaron, en ésta fueron a rodar por el suelo y al uno le maltrató una pierna; otro toro se abalanzó a una talanquera y del golpe que dio siguiendo a un torero rompió tres sobradillas por medio; fueron toros muy tremendos y dejaron bastante memoria».

Observemos que el diarista escribe que los toros voltearon a dos toreros. A uno le hizo daño (¡) y a otro le maltrató de tal forma que el día siguiente le enterraron. Cuando dice que una pierna fue maltratada ¿quiere decir que le fue amputada?. Esa suavidad en el uso de las palabras puede resultar engañosa.

«Volviendo al torero que murió –dice Ventura Pérez– fue preciso darle el viático luego que le metieron en el consistorio entre cuatro personas, que le llevaron desde donde le hirió, que fue a las Oidoras, y mientras se le administraron en el cuarto donde le metieron, se paró la función y bajaron todos los señores a acompañar a S.M., y luego que se le administraron prosiguió la función».

Sic transit Gloria mundi, o el muerto al hoyo y el vivo al bollo.

«Año 1775. En este año hubo óperas en el patio de las Comedias, y en el día 12 de febrero corrieron novillos naturales en dicho patio, cosa que causó alguna novedad por no haberse visto semejante cosa en esta ciudad. Se enarenó el patio y hubo rejoneo».

Ayer, toros en el teatro como cosa especial. Hoy, teatro en los toros, como cosa normal.

La terna con capotes bordados.
Félix Cuadrado Lomas

XVIII

JOSELITO Y LIMEÑO, NIÑOS TOREROS

José Gómez Ortega «Joselito» toreó por primera vez en Valladolid formando parte de la cuadrilla de niños sevillanos que actuó en el coso pucelano el día 25 de junio de 1911. Junto al pequeño matador (tenía 16 años), formando tándem, estaba José Gárate «Limeño», hijo de un banderillero del mismo apodo. Mataron seis novillos de Neches y fue tan valiente y ortodoxa la lidia y muerte de los seis bichos, que el público vallisoletano sacó a hombros a los dos toreritos.¡Eran tan menudos los dos niños-toreros que podrían haberlos sacado en brazos!.

Tres años hacía que José Gómez «Gallito chico» se había vestido de luces por primera vez. ¡A los trece años¡, ya que la invención de la cuadrilla de niños sevillanos (con peones-banderilleros, picadores y hasta cachetero) apareció en 1908.

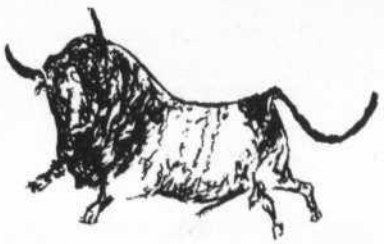
El caso de José Gómez «Gallito V» (así se le denominó al principio de su carrera) fue de una precocidad nunca vista. Sólo ha habido un caso semejante, el de Luis Miguel Dominguín que a los 12 años toreaba junto a sus hermanos y a los 13 ya le firmaban Balañá y Llapisera una exclusiva para que figurara en el espectáculo de este último. Luis Miguel, que de pantalón corto era un zanquilargo sonriente, se transformaba en todo «un tío», en todo un torero en sazón, vestido de luces.

Pero me he dejado atrás a José Gárate y quiero volver a él. José Gárate «Limeño» había nacido en Sevilla en 1895 (tenía por tanto los mismos años que «Joselito») y murió en Madrid en 1921 de una angina de pecho. Tras la disolución de la cuadrilla infantil ambos toreros siguieron toreando separadamente, pero ni la fortuna ni el valor les fueron dados en la misma medida. «Joselito» siguió triunfando mientras la estrella de José Gárate se iba apagando. Aquel año de 1921 sólo había toreado cuatro corridas. La última, en Nimes junto a Luis Freg y «Fortuna». Fue uno de tantos toreros que empezaron bien y terminaron sufriendo la dentera de los frutos ácimos. Su familia era «gente del toro». Su padre había sido banderillero en las cuadrillas de Antonio Montes, Rafael «El Gallo» y «Cocherito». Y su abuelo materno –José Hernández «Parrondo»–fue picador de la cuadrilla de «Reverte». Un tío carnal, matador de toros. En fin, familia de abolengo taurino. Pero los dioses no son propicios igualmente a todos. «Limeño» se quedó entre la niebla mientras «Joselito» era el sol.

Dice «Areva», el gran tratadista taurino, que «Limeño» fue un torero de «cuello frío» como se denomina en el argot al uso al que todo sabe hacerlo bien pero sin transmisión, con frialdad, sin un ápice de genialidad. Parece, pues, que de la cuadrilla infantil «Joselito» era el astro y «Limeño» su satélite.

Cuando se deshizo esta cuadrilla de niños-toreros, que por cierto se presentó en Valladolid dos años antes que en Madrid, se vio que pese a los triunfos compartidos, Gárate estaba condenado a ser un torero de segunda fila. La cornada que le pegó la vida cuando contaba 26 años fue menos sentida por los aficionados que la que un año antes, el 20 de mayo, le había pegado el toro «Bailador», en Talavera, a su infantil compañero de fatigas, a «Joselito», el sabio, el omnisciente.

La difícil facilidad con que «Joselito» toreaba la pudieron contemplar los vallisoletanos de aquellos tiempos en dieciocho ocasiones entre los años 1913 y 1919. Estuvo en la terna de dos corridas muy significativas para dos diestros de la tierra. En la presentación de Félix Merino, a quien había doctorado en Madrid, y en la despedida de Pacomio Peribáñez como matador de toros.



Picador en peligro. Óleo de Ruano Llopis.
Colec. F. Jordá

XIX

VICENTE SANZ «MATAPOZUELOS». EL TORERO QUE REGRESÓ DE LA MUERTE

Resulta sorprendente comprobar que el censo de toreros nacidos en Valladolid pueda sobrepasar el centenar. Toreros de a pie y a la jineta y de todos los tiempos.

Desde los Almirantes de Castilla, hasta el más reciente. Muchos fueron los llamados y pocos los elegidos.

Vicente Sanz «Matapozuelos» –que curiosamente no había nacido en el pueblo de su apodo, sino en Cogeces de Iscar, el 19 de abril de 1879, dándole su párroco, don Juan Alcalde, como abogado a San Ciriaco, hijo de Francisco Sanz, jornalero, y de Francisca Merino, dedicada a las labores propias de su sexo, tal y como me notifica mi corresponsal y taurófilo Javier Fernández Cisneros –se hizo novillero de una manera muy curiosa. Si no fuera porque podía entenderse como una broma diríamos que aquel mozo se hizo torero «de oído». Y verán por qué.

Después de hacer los más elementales estudios escolares en el pueblo natal de su madre, en Matapozuelos, Vicente, ante el temor de tener que trabajar en el campo, cosa que no le apetecía, se marchó a Madrid, colocándose de aprendiz y recadero en una huevería de la Corredera Baja, que era propiedad del padre del que fuera popular apoderado don Victoriano Argomániz. La huevería adónde fue a parar el chico vallisoletano era algo más que una huevería. Y ya desde el rótulo lo anunciaba: «Huevería...y algo más». Esto había mandado pintar, jocosamente, el propietario. El caso es que esa huevería tenía «rebotica». Y en la rebotica Vicente oía hablar de toros, de grandes faenas, de triunfos clamorosos y, como no, del dinero de las figuras. Total, que aquello despertó la afición del joven recadista, que había aprendido las artes y artimañas toreras de oído, antes de dar un sólo capotazo.

Como era preciso medirse con un animal bravo esperó a que se celebrara un festejo de vacas emboladas. Y llegó el 18 de octubre de 1896. Nadie guardó la hoja del calendario de aquel día porque nadie sabía lo que iba a ser del hueverito. Nada se guardó tampoco, o muy poco, casi insignificante, del historial taurino de este olvidado torero vallisoletano, del que apenas queda el recuerdo de su gran frustración.

Pero volvamos al camino.

Aquella experiencia primera fue positiva y el chaval salió airoso del trance. La siguiente actuación fue, pese a todo, más clara y limpia. Puso un par de banderillas en una placeta improvisada y cerrada por los carros de la basura, que durante algún tiempo se alzó en la madrileña plaza de la Prosperidad.

El venenillo de los toros había entrado en la sangre de Vicente Sanz. Y, como las profesiones estables como la de huevero no eran para él, tras despedirse de su patrono tomó el atillo y se echó al campo. O por mejor decir, se echó a los pueblos y sus capeas, en las que se podía malvivir pero se acrecentaba la afición. Los veranos eran buenos. Disciplina de sol y polvo, caminatas y comidas infrecuentes. Pero lo peor eran los inviernos. Uno, lo pasó de «gancho» de un titiritero catalán. Otro, de carrero de una fábrica de insecticida matamoscas.

Vicente Sanz empezó a ser «Matapozuelos» el día de su bautismo de sangre. Fue en una capea en Boada (Salamanca). Una vaca le pegó una cornada y un maleta viejo le puso el mote. No fue grande el trueque, pero resultó ser un paso más hacia adelante. Tener un apodo era tener un algo, empezar a ser algo en el mundo del toro. La cornada se la curó, de primeras intenciones, un mancebo de botica y no fue trasladado al hospital. Con la herida sangrante se fue a la estación. Allí, un factor que lo vio tirado entre fardos, reconoció la importancia de la herida y lo trasladó a un hospital.

El mozo crecía y el Ejército le llamó a filas, siendo destinado a Burgos. Y en la ciudad del Cid, escapadas a capeas. Y siempre que podía, a los toros en la ciudad. Se lanzó de espontáneo en varios festejos y, crecida su fama de soldado-torero, hubo de intervenir en uno en el que estaba de espectador. Fue cosa de mujeres. Porque mujeres eran las señoritas-toreras anunciadas. En cartel, Lolita y Angelita. Y en los chiqueros, cuatro buenos mozos con toda la barba y todo el bigote. Cuando salió el primero, las señoritas toreras preguntaron si los otros tres eran hermanos del «elefante» aquél por saber si habían venido todos juntos. Y, como la respuesta fue «que aquel precisamente era el pequeño de la familia», la decisión de las señoritas-toreras fue salir de naja. Y Vicente Sanz acabó con los cuatro novillos. Hubo entusiasmo, aunque no indescriptible. Sus compañeros de cuartel le llevaron a hombros, no se sabe si por hacerle torero o por alejar de la fiesta a aquellas señoritas remiradas y medrosas. Los superiores del soldado cumpliendo las ordenanzas le mandaron a la prevención. Terminado el servicio militar Vicente Sanz se mete de mozo de caballos de una cochera del Casino de Madrid. Mantiene este oficio mientras llega la primavera. Y, cuando con ella llega el buen tiempo y con él las capeas y festejos populares, en alguno de ellos estoquea algún novillo. Es certero con la tizona y habilidoso y elegante con capote y muleta. Va haciéndose torero Vicente Sanz «Matapozuelos».

Y al fin, en Alba de Tormes, al amparo de la santa fundadora y andariega, vistió por primera vez el traje de luces el 20 de octubre de 1903. Momentos antes de empezar el paseillo se entera de que los dos novillos que le tienen guardados han hecho la recolección en las eras. Al primero, no puede ni acercarse y se le va vivo; y al segundo, lo despena de un soberbio estoconazo. Con algunos altibajos para «Matapozuelos» la vida sigue.

Tres años más tarde es anunciado en la plaza de Carabanchel, en un festejo celebrado en el mes de febrero que el frío y la lluvia suspendieron. En el mes de

Plaza de toros de Valladolid a principios de siglo

mayo de aquel mismo año Vicente Sanz sale a la plaza madrileña como sobresaliente en una corrida en la que «Minuto» y Rafael «El Gallo» estoquearían seis toros. Pero el tercero cogió a «Minuto» y Rafael, cansado de tanto toro, le dejó al sobresaliente manejar el capote más de la cuenta, de tal forma que el público pidió que «Matapozuelos» matara algún toro. Pero el presidente no accedió cuando «El Gallo» estaba ya dispuesto a cederle los trastos. Téngase en cuenta que iba de sobresaliente y que aún no había debutado como novillero, cosa que hizo el 8 de septiembre de aquel mismo año, alternando en la plaza de Carabanchel con Asiego, «Jaqueta» y «Carbonero». Mató dos novillos, uno cárdeno, de nombre «Cantarero», de Palha y otro colorado, «Cartujano» de nombre, de la ganadería de Halcón. En su actuación demostró saber el oficio: estuvo aseado con reses correosas.

Ante sus paisanos capitalinos se presentó «Matapozuelos» el 16 de junio de 1907 con novillos de Herrero Oléa y estuvo tan bien que le repitieron el 9 de

julio con «Cocherito de Bilbao» y «El Trueno», matando entonces toros de Castro. No se le volvió a ver en los carteles de Valladolid hasta dos años después, en una novillada celebrada el 20 de mayo con ganado de don Tertuliano Fernández para él y «El Trueno». Inmediatamente es contratado en Madrid, donde realiza una temporada buena, considerándose la de 1908 como la de su apogeo.

Parecía que «Matapozuelos» y Pacomio Peribáñez podrían formar pareja de las de rivalidad torera (a veces solo cartelera), y la empresa de Valladolid les firma un mano a mano para el 20 de junio de 1909 con novillos de Carreros, de Salamanca. El 25 de julio torea con «Copao» reses de Angoso y el 3 de octubre se las entiende –muy lucidamente por cierto– con seis novillos vallisoletanos de don Mariano Presencio, que mata junto a «Alvaradito» y «Montes II».

Advirtamos que aquel año de 1909 se dieron en la plaza de toros de Valladolid un total de trece novilladas, todas ellas fuera de feria, y que curiosamente esta abundancia de festejos coincidió con la desaparición de los carteles vallisoletanos de Vicente Sanz «Matapozuelos», que decide darse a conocer en otros ruedos de España. El espacio de fama que a él le hubiera correspondido fue ocupado pocos años después por Félix Merino y Ramón Fernández Zúmel «Habanero» que llegaron con «la escoba».

En 1909 torea «Matapozuelos» menos y al año siguiente vuelve a situarse el torero de Cogeces de Iscar en las veintinueve novilladas matadas.

En la colección de cartelería taurina del cuidadoso coleccionista, mi buen amigo Emilio Casares, existe un cartel de una novillada anunciada en la plaza catalana de «La Barceloneta», en la que «Matapozuelos» figura como primer espada de la terna. Es del 21 de agosto de 1910 y con Hipólito Zúmel «Infante», nuevo en Barcelona, y Antonio Arenzana «Recajo», se las entendieron con 6 novillos de desecho de tienta y cerrado, 3 de la viuda de Terrones, de Salamanca, y 3 andaluces, de Garrido Santa María. Hay que ser humildes y matar de todo y con todos. Porque nunca se sabe cuales son los caminos que la Fortuna pone a nuestros pies para que por ellos alcancemos el triunfo. Puede decirse que 1908 fue el año de mayor apogeo del esforzado torero. Toreó 29 novilladas y bajó al año siguiente, para superar la treintena en 1910.

Aprovechando los vientos favorables Vicente marchó a América («común refugio de pobres generoso», según Cervantes) y pasó una temporada en Venezuela, donde no sabemos ni el tiempo que allí permaneció ni el número de festejos que toreó.

Al regresar a España en 1911 comenzó el declive del torero, pues el 27 de agosto hizo su presentación en Sevilla, desafortunadamente sin dar un solo paso hacia la fama. Más bien al contrario. Los hados le volvieron la espalda y el 6 de abril de 1913 toreando en la Plaza de Tetuán (¿de Las Victorias?) en Madrid, con «Infante» (¿lo recuerdan, aquel de la Barceloneta?) y «Araujito», un novillo de la marquesa de Cuéllar, procedente de Bertólez, «le metió una horrible cornada

COLECCION MORINA DE
EMILIO CASARES HERRERO

DOMINGO
Núm. 21
Agosto 1910

ULTIMA NOVILLADA ECONOMICA

Lidiándose si el tiempo no lo impide y con permiso de la Autoridad,

6 = NOVILLOS = 6

desecho de tienta y cerrado

3 NOVILLOS SALAMANQUINOS 3

de la ganadería de la Sra. Vda. de TERRONES

3 NOVILLOS ANDALUCES 3

de la ganadería de Garrido SANTA MARÍA

por los valientes novilleros

Matapozuelos

Infante

(Nuevo en Barcelona)

Recajo

con sus correspondientes cuadrillas.

PERSONAL DE LAS CUADRILLAS

ESPADAS

Vicente Sanz, MATAPOZUELOS • Hipólito Zumel, INFANTE • Antolín Arenzana, RECAJO

Banderilleros

Francisco Alfonso, REDONDILLO • Antonio RUEDA • Juan GONZALEZ
Manuel Roldan, TRIANERO • Diego Blanes, SALAITO • Julio Marquina,
MONTAÑÉS • Gregorio Diaz, TANGUERITO

Puntillero

BALDOMERO CASTILLO

• La novillada empezará á las CUATRO y media •

A. López Robert, Impresor, Asalto, 6 [illegible]

en la cara, rasgándole desde la boca hasta el hueso de la frente, dejándole al descubierto la masa encefálica, y de cuyas heridas la ciencia desconfió poder salvarle». Los periódicos de Madrid daban por segura su inminente muerte. Pero «Matapozuelos» aguantó el envite y tras catorce meses y nueve operaciones el torero herido volvió a la vida cotidiana como si nada hubiera pasado.

Pero sí había pasado. «Matapozuelos» salió del duro trance, pero su rostro quedó desfigurado. Por esta razón principalmente Vicente Sanz decidió, tras algunas intentonas, dejar de ser «Matapozuelos» y apartarse de los ruedos. Lo que le ofrecían los empresarios a él, un hombre que llevaba en el rostro el garabato de la muerte que le dejó un toro, un señalado y bien señalado por la fiesta, no le interesaba ni era bueno, ni se le contrataba por su valor y su arte. Iba, pues, hacia una sima que solo tiene al final la muerte en las astas de un toro. Y aquel, de más de 600 kilos, que le echaron en las fiestas de Becerril de la Sierra, al año siguiente, en una novillada sin picadores y con un solo banderillero, fue el aviso de que todo estaba consumado. Que la suerte había pasado cerca, pero no había tocado a Vicente Sanz «Matapozuelos», el torero estrellado que se fue de los toros toreando sus dos últimas novilladas en Saldaña (Palencia), pueblo natal del marqués de la Valdavia, amigo suyo, que le procuró las actuaciones los días 22 y 23 de octubre de 1917.

Por aquellas fechas Vicente Sanz ya estaba empleado en la Casa de la Moneda, en la que siguió trabajando al amparo del oro que la fortuna le negó, hasta su muerte.

Nos hubiera gustado saber de testigos presenciales cuál fue la disposición de ánimo y la templanza del torero después de la tremenda cornada que le partió prácticamente la cara en dos. Pero no los hemos encontrado. Cuando un toro hiere de forma tan brutal el torero tiene que seguir demostrando su valor para enfrentarse a la vida con tanto dolor como salta a su cara por la evidente huella profesional. Pero no lo podemos contar porque se han perdido los testigos y con ellos una buena parte de la breve memoria histórica del esforzado y marcado Vicente Sanz «Matapozuelos» del que se perdió todo recuerdo: Sus vestidos de torear, sus capotes y estoques, sus fotografías.. Toda huella del torero que fue. Según me cuenta su hijo, a raíz de la terrible cornada «se desprendió paulatinamente de todo ello. Tengo entendido –me escribe Vicente Sanz, hijo– que cuando se produjo la cornada de la cara, como el pronóstico era gravísimo, entre vecinos, amigos y los periódicos de la época, desaparecieron virtualmente todos los recuerdos de la vida torera de mi padre». Se lo llevaron todo. Como si fueran reliquias de un héroe muerto.

Peón citando desde la barrera. Félix Cuadrado Lomas

XX

VALLADOLID, HISTORIA Y TOROS

La publicación de una obra firmada por don Juan Agapito y Revilla, olvidada o desconocida por una gran mayoría, constituye un acontecimiento cultural señalado. Se trata de «Cosas taurinas de Valladolid (antes de tener plaza de toros)» que en forma de folletón apareció en «Diario Regional» entre los meses de diciembre de 1941 y febrero de 1942. Muy pocos ejemplares de aquel coleccionable han llegado a hasta nuestros días. De ahí que su publicación en forma de libro y con nueva composición tipográfica, haya de recibirse con satisfacción tanto por los aficionados a la historia, como por los aficionados a los toros que habrán de considerar la obra como re-descubierta.

Solamente he podido conocer dos ejemplares de la edición periodística de esta sorprendente obra de don Juan Agapito y Revilla. Uno se encuentra en la colección taurina de don Emilio Casares, que ha sido el prologuista de esta nueva edición; y el otro se conserva en el Archivo Histórico Provincial de la Universidad. Se trata de una fotocopia inçompleta a causa de los descuidos de un encuadernador poco escrupuloso que al meter la guillotina se llevó una tercera parte del texto impreso, por lo que la edición hecha por el Grupo Pinciano nos permite afirmar que ofrece una doble función: Por una parte, dar a conocer a los aficionados a la historiografía taurina una obra hasta ahora inasequible y casi desconocida. Y por otra, lo que este libro supone de aportación a la bibliografía histórico-lúdica de Valladolid.

¿Es un libro de toros? ¿Es un libro de historia? El propio Agapito y Revilla en la presentación del trabajo ofrece las claves cuando dice: «Desde días muy viejos (a Valladolid) se la observa con grandes bríos... Ello dio motivo a que dentro de sus muros y cercas tengan aposentos y palacios los Reyes de Castilla y residan largas temporadas en Valladolid, en ella se celebren cortes con muchísima frecuencia, y se verifiquen actos resonantes, todo lo cual originan satisfacciones que el pueblo tenía que celebrar, por lo mismo que tomaba parte en muchísimos sucesos que a él mismo afectaban tan inmediatamente. Siempre hubo que dar divertimientos y regocijos al elemento popular, y no quiero recordar los tiempos de Roma con sus magnas construcciones de circos y anfiteatros. En España había que seguir el mismo lema, pues no podía dejar de someterse a esa fuerza irresistible, que parece instintiva en el hombre, de regocijarse públicamente. Y entre esos regocijos, fiestas y alegrías por bodas, nacimientos y llegadas de reyes y príncipes a la villa, solemnidades conmemorativas de beatificaciones o canonizaciones de santos de devoción especial, bullangas y jolgorios periódicos para

Fiesta real en la plaza de Toros de Valladolid

expansiones del pueblo, hubo uno que, por su extensión y generalidad, se hizo tan necesario e indispensable, tan compenetrado en el gusto y modo de ser del español, que llegó a ser la fiesta más nacional, la que a magnates y plebeyos entusiasmaba en cuantas ocasiones se ofrecía, sin reparar en los riesgos que se corrían en su ejecución: era ella el «correr los toros».

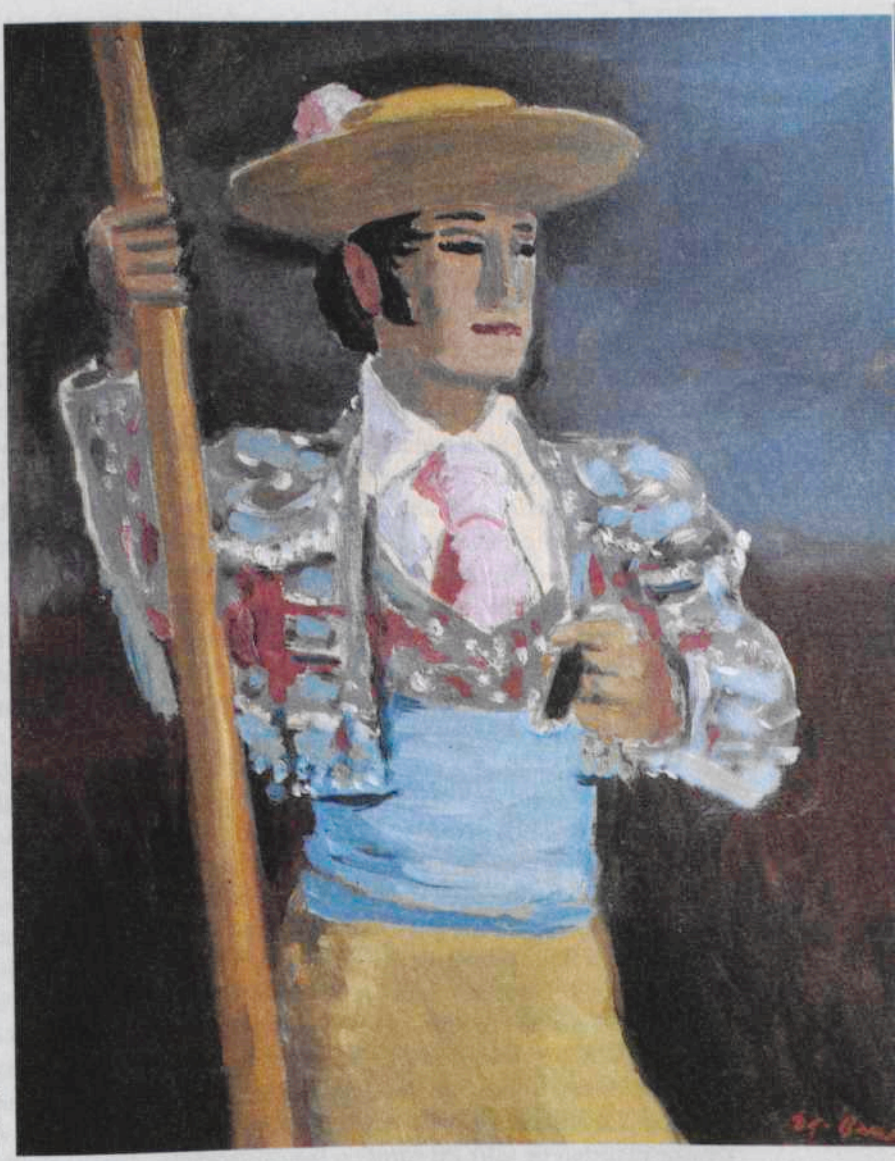
Plaza de toros de Valladolid

Acompañan al texto del historiador vallisoletano en esta su primera edición librera algunos grabados de los más afamados ilustradores taurinos de los siglos XVIII, XIX y XX que contribuyeron con sus obras de arte a dar a conocer en el mundo civilizado la simpar fiesta española de toros y toreros.

Por cierto: ¿Torero? ¿Se han parado a pensar cuál es el origen del vocablo «torero»? ¿Fue invención hispana o lo fue latina? Al gladiador que se enfrentaba con los toros se le llamaba «taurarius». En las ruinas de Pompeya apareció una inscripción con una cita a estos valientes luchadores. El primer escritor que utilizó el término «torero», tomándolo de los «taurarius» romanos, fue Juan Boscán en 1534. Convendría consultar el Diccionario de Autoridades para que no nos deje mentir.

Complementando el documentado tratado histórico de Don Juan Agapito y Revilla se incluyen, además, dos monografías de dos de los toreros vallisoletanos más afamados en el primer tercio del siglo: Pacomio Peribáñez (1882-1964) y el malogrado Félix Merino (1895-1927). Son los autores de estas monografías –que se reproducen en forma facsimilar– los escritores taurinos don José Casado Pardo y don Manuel Fernández Medina y se publicaron, respectivamente, en los años 1911 y 1927.

BIBLIOTECA DE CASTILLA Y LEÓN



Picador.
Última obra del pintor
Eduardo García Benito.
Colec. J. D. Val

XXI

LA GANADERÍA MÁS ANTIGUA DE ESPAÑA: LA DEL RASO DE PORTILLO

Dos aficionados discutían sobre la veracidad de un hecho que por tradición viene dándose por cierto: que la ganadería más antigua de España criaba sus toros en el Raso de Portillo, en la provincia de Valladolid.

Tercio aquí, en estas páginas, en el asunto, para poner en orden algunas notas sobre la posibilidad de que sea cierto el aserto, pensando, al mismo tiempo, en que las verdades transmitidas por tradición oral no son siempre verdades absolutas.

Es probable que la ganadería del Raso de Portillo ya lidiara reses en el siglo XV, aunque no exista documento alguno que pueda atestiguarlo. Lo único que tenemos son testimonios a posteriori e indicios de escaso rigor histórico.

Aunque las ganaderías de reses bravas comenzaron a funcionar como industria pecuaria en el siglo XVII, la tradición ha venido asegurando que la del Raso, enclavada en una zona antiguamente pantanosa, entre Boecillo, Aldeamayor de San Martín y La Pedraja de Portillo, es la más antigua de España, pues sus toros ya se corrían durante los siglos XV y XVI y tenían el privilegio de abrir plaza en los festejos reales. Si este privilegio no viniera dado en razón de su antigüedad, no cabe otra explicación.

Uno de los más prestigiosos tratadistas taurinos, Don José Sánchez de Neira, en su Gran Diccionario Tauromáquico conocido como «El Toreo», publicado en 1879, asegura que la ganadería que en aquel tiempo poseía don Pablo Valdés en La Pedraja de Portillo es la más antigua y podría datar del siglo XV. Transcribo textualmente: «Se sabe que a mediados del siglo pasado (1760) se corrían como de cartel, y ya en 1749 se lidiaron al inaugurarse la plaza de Madrid, junto a la puerta de Alcalá o al menos en las primeras funciones que en ella se dieron». Unos renglones más adelante añade Sánchez de Neira: «...lo cierto es que en cuantas funciones reales se han celebrado en España desde los Reyes Católicos acá, los toros de La Pedraja de Portillo o de los pueblos inmediatos de su jurisdicción, son los que rompen plaza, y esto demuestra que en Castilla no hay quien les dispute su prioridad. Decimos en Castilla, porque debemos advertir que el orden de salir los toros en funciones reales debe ser, primeramente uno de Castilla, después uno de Aragón, luego uno de Navarra y en seguida uno de Andalucía, siempre que lo haya disponible, lo cual se ha procurado siempre, si bien cuando nadie ha reclamado, el orden referido se ha alterado, si no en cuanto al toro que rompe plaza, respecto de los demás». Está claro que los toros de Castilla tenían este privilegio ganado por razones de antigüedad indiscutible, aunque en ello hubiera mediado la gentileza del rey católico Don Fernando al

permitir que en los festejos regios abrieran plaza los toros de Castilla, la tierra de la reina. No olvidemos que, si primero salían los toros del reino de la reina, después salían los del reino del rey y luego todos los demás.

A la reina Isabel la Católica se le ha achacado su falta de afición a los toros y las invenciones que proponía para evitar muertos y heridos por asta de toro. Se dice que inventó los embolados. Personalmente mostró en repetidas ocasiones su desafecto a la asistencia a este tipo de festejos. Pero, como reina prudente y conocedora de nuestra idiosincrasia, nunca pensó en prohibir las corridas. Es más, en alguna ocasión, las promovió. Tal es el caso que se dio con motivo del resultado de la batalla de Toro a primeros de mayo de 1476. La reina estaba en Tordesillas y a ella llegaron mensajeros para notificarle la victoria. Entonces Doña Isabel ordenó una procesión a la iglesia, a la cual asistió en persona y descalza para mayor humildad y más fervor, mandando también correr toros y celebrar fiestas públicas en señal y regocijo de tan señalada victoria. Lo cuenta Matías Sangrador en su «Historia de Valladolid».

¿Cómo eran los toros llamados «castellanos»? Según don Josep Daza en su «Arte del toreo» (1778), eran «grandes, hermosos y de horrendo aspecto», aunque desiguales de bravura, pues «si Dios los hubiera criado igualmente que grandes y ágiles uniformes en bravura, en cada corrida darían fin de caballos, picadores, toreros y aún de las gentes subidas en los andamios (gradas), pues las plazas en donde se corren es necesario tengan más altura en los antepechos, porque donde ponen su vista suelen meter su pesada mole».

Respecto a la localización de varias ganaderías pastando en terrenos del Raso, un anuncio publicado en el Boletín de Hacienda de 1845 nos da suficientes referencias: los días 21, 22 y 24 de septiembre de aquel año, Francisco Arjona «Cúchares» mató un total de dieciocho toros de las ganaderías de don Toribio Valdés, don Pablo Sanz, don Saturnino Martínez y don Braulio Sanz, todos ellos vecinos de «las Pedrajas de Portillo».

Cuando en Valladolid aún no se había construido la primera plaza de fábrica, en la segunda mitad, al menos, del siglo XVIII, se celebraban los festejos públicos en una plaza de madera construida para la ocasión. En una de las que se montaron se corrieron toros de las «acreditadas bacadas del Raso», tal y como lo testimonia este documento que transcribo parcialmente: Los días 16, 17, 23 y 24 de septiembre de 1787 se celebraron novilladas «concedidas por Real Cédula de S.M. a la Real Sociedad Económica de esta Provincia». La plaza se armó en el Campo Grande «formando un círculo de 230 pies de diámetro» representando un «anfiteatro muy hermoso».

Los novillos de la primera corrida fueron de las «acreditadas Bacadas del Raso del Portillo, pertenecientes a Don Mateo Prado y Don Manuel Muñoz». Los de la segunda fueron de la «famosa Bacada de Don Agustín Díaz de Castro, Vecino de Benavente. Y en una y otra han capeado, puesto parches y vanderillas ligeras, y ejecutado otros juguetes gustosos al Público la Quadrilla de toreros al

cargo de Francisco Garcés, segundo estoque del famoso Joaquín Costillares su tío; y de Francisco Seco, bien conocido en esta misma plaza; habiendo también concurrido a Caballo para otras suertes Andrés Martín, vecino de la ciudad de Salamanca. En los quatro días ha sido el tiempo a propósito, la concurrencia grande y lucida, el gusto vario y general, el orden mucho y constante, las ganancias considerables, y las desgracias ninguna».

La documentación que se conserva de las antiguas ganaderías españolas –no nos referimos a las originarias de las castas, sino a las que comenzaron siendo explotaciones ganaderas procedentes de toradas– y de los encargados de hacer la selección de las reses de aquellas camadas salvajes es tan escasa que esa supremacía de las toradas del Raso sobre las demás podría compartirse, al decir de algunos críticos, en el primer tercio del siglo XVII, con los toros procedentes de Villarrubia de los Ojos en la provincia de Ciudad Real, que ya se lidiaron a nombre de Don José Gijón y que tuvieron su origen en la ganadería de la Casa Real. En el año 1618 se lidió ganado con este nombre y procedencia en la plaza de Madrid.

Aquellas toradas a las que se acudía para sacar toros antes de que se produjeran los primeros intentos de creación de una industria pecuaria, se criaban en los bosques de forma natural y salvaje, sin la menor atención por parte del hombre, que los consideraba como animales de libre crianza en determinadas zonas geográficas. Pero no como dice Miguel Delibes que debe criarse la caza de pelo y pluma para que el ejercicio venatorio sea legal: animal libre, en terreno libre, no . Parece lógico pensar –por una simple razón de prudencia y control– que en aquel tiempo hubiera terrenos reservados para la crianza de los toros de manera natural, tal y como hoy se habla de cotos y reservas de caza; con la salvedad de que aquellas toradas no pertenecían a coto alguno, a región acotada, aunque sí controlada, si por control entendemos el simple conocimiento de una cosa y sus mejores condiciones respecto de otra. Aquellas toradas, pues, no pertenecían a nadie, sólo había que ir a apartar los mejores toros para organizar con ellos una corrida con caballeros alanceadores y villanos toreros.

Hay un documento de 1405 (faltaban casi noventa años para el Descubrimiento de América) que cita la procedencia, pero no el propietario porque no existiría, de las reses que se reunieron para una de las corridas celebradas con motivo del nacimiento de quien sería al correr del tiempo el rey Juan II de Castilla y futuro padre de Isabel la Católica (que ya hemos dicho que no sacó una buena afición a los toros, aunque respetara a quienes la tenían). Pues bien, con motivo del feliz alumbramiento en Toro (Zamora) de Catalina de Lancaster y de la paternidad de Enrique III se celebraron muchas fiestas de toros y juegos populares por todos los reinos. El documento al que aludo se conserva en Sevilla y dice que «...se dieron cien mrs. por su costa a Juan Sánchez, el carnicero, para dar a los carniceros que fueron a Bornos por los siete toros que trajeron y se lidiaron en las Gradas de Santa María». Este documento confirma la caza y captura de las

José María Gamazo

reses en los lugares donde libremente se criaban los toros en terreno de nadie, es decir, en terreno de todos.

Desde el siglo XVI en que se supone que pastaban toradas salvajes en los terrenos salinosos del Raso de Portillo hasta el siglo XVIII se producen pocas noticias que detecten la presencia de toros procedentes de esos pagos. Es más, en los albores del siglo XVIII se empieza a hablar de un toro característico de las tierras de Castilla que podría ser de Castilla la Vieja o de Castilla la Nueva. Es decir, del Raso, de la sierra de Madrid o de los pueblos aledaños al Guadiana.

En el siglo XVIII aparecen las primeras ganaderías vallisoletanas que seleccionan y cuidan puntas de ganado bravo descendientes de aquellas toradas. Las primeras noticias que se tienen mencionan a Don Alonso Sanz como primer cria-

Fideísta dando de comer a un toro del raso de Portillo

dor de toros. Más tarde, su yerno Don Toribio Valdés se hace cargo de la ganadería. En el último tercio del siglo XVIII una parte de los toros del Raso se anuncian a nombre del presbítero Don Victoriano Sanz como propietario de la vacada. En 1863 la ganadería pasa a nombre de Don Pablo Valdés Sanz, hijo de Don Toribio Valdés y de Doña Gregoria Sanz, nacido en La Pedraja de Portillo. Sus antepasados ya habían vendido ganado de su hierro a Mazpule (1840) y a Presencio (1841).

Don Pablo Valdés adquirió una buena parte del ganado del Raso en 1880 y vendió a Don Trifino Gamazo y Calvo, natural de Boecillo, una parte de las tierras del Raso de Portillo, el pago llamado quiñón de los Valdés, interesando en la venta el ganado que en él pastaba.

Don Trifino Gamazo para renovar la sangre del ganado del Raso adquiere en 1908 a los herederos del conde de Espoz y Mina vacas y toros de Carriquiri, cuyas características radicaban en su pequeño tamaño, resistencia y bravura. Toros, por tanto, de menor aparatosidad que el llamado toro castellano. Es posible que el tipo zootécnico del toro castellano procedente de El Raso se cambiara en estos años.

Don Trifino fallece en 1919 y se encarga de la comercialización del ganado bravo Vicente Martín «Fideísta» a quien hemos visto en este libro practicando toda suerte de torero bufo. «Fideísta» en 1926 adquiere más ganado de origen Carriquiri que poseía Don Bernabé Cobaleda por haber comprado la ganadería

del conde de Espoz y Mina. En 1928 la finca y ganadería del Raso son propiedad de los hermanos Gamazo, teniendo a Don Germán como máximo representante hasta el año 1948 en que fallece. En 1949 el propietario es Don José María Gamazo y García de los Ríos y algunos años después, en 1954, se constituyó una sociedad formada por las familias Gamazo y Manglano que es la actual propietaria. En el momento presente la ganadería del Raso Portillo tiene 200 vacas de vientre y 6 sementales procedentes de encastes santacolomeños.

Volviendo a las ganaderías que han pastado en terrenos del Raso de Portillo hasta bien entrado el siglo XX, conviene tener presente que sus vacas han estado propiciando el nacimiento y formación de nuevas ganaderías. Por citar algunos de los casos dejemos constancia de la de Don Manuel Garrido de la Mata, vecino de Medina de Rioseco, que cruzó su ganado con una punta de vacas de Aleas, de Colmenar Viejo; y la de «Ramos Matías y hermanos», de Boada (Salamanca), que se formó hacia 1926 con una punta de vacas oriundas de Valdés y Presencio (Raso de Portillo) adquiridas a Don Mariano Reina, de Valladolid, y dos sementales procedentes de Don Antonio Fuentes y Don Manuel Albarrán, respectivamente. Más tarde, en 1951, aumentaron la vacada con hembras de Don José María Galache, procedentes de Urcola, desechando en su totalidad las hembras antiguas; es decir, las nacidas de la primigenia vacada del Raso, cuya sangre se ha ido perdiendo progresiva y fatalmente. Los productos de tan histórica ganadería en nuestros tiempos hacen un magnífico papel en los festejos populares, no lidiándose en las plazas capitalinas ya que la actual categoría de la vacada y la bravura de las reses que en el Raso aún se crían, no está a la altura de las actuales exigencias artísticas y comerciales de las plazas de las dos primeras categorías. La carencia de nuevos encastes no ha permitido mantener el prestigio histórico ganado por los bravos toros de La Pedraja o del Raso desde los más remotos tiempos de la historia de la Tauromaquia. Los toros de hoy son como una noble sombra de aquellos, sus antepasados. Una orgullosa nostalgia, en cuya recuperación –firme empeño de sus propietarios– ponemos todas nuestras esperanzas.

Al descubierto. García Campos. Colec. Casares

XXII

PLAZAS DE TOROS SALMANTINAS. LA DE BÉJAR, LA MÁS ANTIGUA DE ESPAÑA

Hace 328 años, contando el de la fecha de 1995, en el monte bejarano de El Castañar, en la provincia de Salamanca, se armó con maderos la primera plaza de toros de la que se tiene noticia. Hasta 1667, y antes e incluso después, la participación de la gente villana en las fiestas de alanceamiento de toros estaba supeditada a la nobleza, que precisaba del humilde peón como ayuda del caballero, que era quien verdaderamente promovía el festejo para solaz propio y de los suyos, fuera duque, conde o rey. La iniciativa de promover un espectáculo taurino desde el estamento popular, no se había dada hasta entonces, o si se había dado lo había sido de forma muy escasa y sin constancia documental. La intención –o disculpa– de aquel acontecimiento histórico tuvo, como casi siempre, un origen religioso.

Fue en 1667 cuando a los cofrades de la Virgen del Castañar, patrona de Béjar, que en ese monte tiene su templo, se les ocurrió organizar un festejo taurino para allegar dineros con el fin de proseguir la construcción del santuario que se le estaba levantando. Aquella sería la primera lidia que se hacía en El Castañar y también la primera plaza armada y cerrada con maderas –y con presencia de espectadores que abonarían un estipendio como limosna– que se organizaba en la comarca.

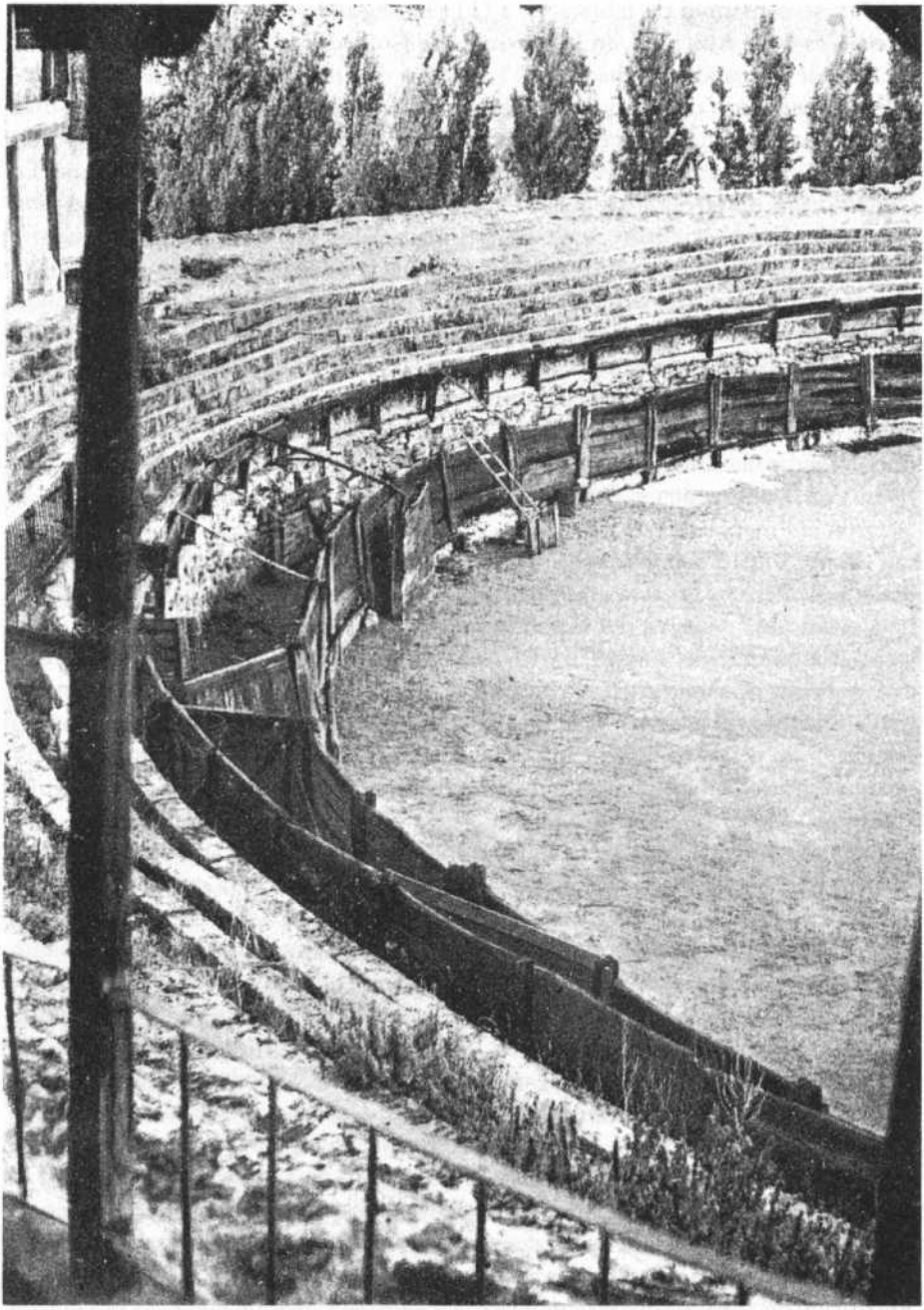
Cuando el cronista oficial de Béjar Juan Muñoz García escribió en 1961 un documentado libro –no muy extenso, pero con las páginas suficientes para decir en ellas un puñado de verdades– en el que demostraba que «la plaza de toros de Béjar es la más antigua de cuantas existen en España», se armó cierto alboroto. De Despeñaperros para abajo hubo algunos historiadores taurinos que se mostraron cautos y acallaron ciertos argumentos que inducían a pensar que la más antigua de España era la plaza de toros de Ronda. De Despeñaperros para arriba se mostró la natural satisfacción, pero tampoco se tiraron cohetes, ya se sabe de nuestros parcos entusiasmos. La rivalidad torista, que por otra parte siempre se ha mantenido latente, tuvo en esta demostración de antigüedad placista, un indicio histórico de otra antigüedad: la de un espectáculo taurino organizado por las gentes del pueblo en un lugar especialmente preparado para ello. En plazas públicas, en correderas, en las plazas tras-castillo y en espacios cercados próximos a los palacios, eran habituales este tipo de festejos y palenques.

Hay por tanto que hablar no de una plaza «abuela», sino de otras dos plazas de toros superiores en el orden de antigüedad. Una plaza «bisabuela» y una tercera plaza «tatarabuela». Según el cronista bejarano, la plaza de toros de El Castañar en Béjar es la plaza «tatarabuela» porque se armó de madera en el año

1667 y se construyó de fabrica en 1711. La segunda en antigüedad, «la bisabuela», es la de Almadén, en la provincia de Ciudad Real, construida durante el reinado de Fernando VI, hacia 1755, para la diversión de los mineros que extraían el mercurio de sus minas. Y la tercera, «la abuela», es la de Ronda, más famosa que ninguna de las otras dos por haber instalado en ella por Real Orden de 1799 el torero rondeño Pedro Romero, la primera escuela de tauromaquia. La construcción de la plaza de Ronda data de 1784. Hay, por consiguiente, una diferencia de 44 años entre la de Béjar y la de Almadén a favor de la salmantina; y una superioridad de la manchega sobre la rondeña de 29 años.

Pero vayamos a los hechos y a los documentos que obran en favor de la plaza bejarana. La cosa fue, que en 1667 la cofradía de la Virgen del Castañar pidió licencia a doña Teresa Sarmiento de la Cerda, viuda del fallecido duque de Béjar don Juan Manuel I, para «guiar unos toros en el monte donde a esta santa imagen se venera, destinando el producto que de ello se obtuviese a gastos de la obra que se estaba haciendo en el santuario de la Patrona de Béjar y su comarca». No podía dar la autorización el heredero del ducado, su hijo don Manuel, porque a la sazón era menor de edad.

Y partió de Béjar hacia Madrid, donde vivía la duquesa, un correo con tal embajada. Pero, o la prisa era mucha, o el correo era muy lento, el caso es que los devotos de la Virgen del Castañar no esperaron la respuesta y se dispusieron a armar la plaza en el monte, quizás en el mismo lugar de la actual, tan histórica y olvidada. Cuando regresó de Madrid el correo con la respuesta de la regenta (ya celebrado el festejo y hecho gasto y beneficio), los bejaranos se llevaron un chasco. Y un disgusto. Porque no se les autorizaba una fiesta de toros «por parecer que la función taurina no era medio adecuado al fin piadoso que se perseguía, y dispuso que en lugar de toros, se hiciese una soldadesca o cosa análoga, ofreciendo, por su parte, pagar la cantidad que costase un toro». Esto cuenta en su libro el cronista bejarano que si bien no transcribe a la letra la respuesta de doña Teresa Sarmiento de la Cerda, nos ofrece su argumento. Cuando la duquesa-madre descubrió el desaguisado destituyó al juez que lo consintió. Y, como siguió gobernando las propiedades del ducado, incluso en la mayoría de edad de su vástago don Manuel I (que andaba guerreando por Flandes como jefe de uno de los tercios españoles, unas veces, y otras, al servicio del duque de Lorena por Buda, después Budapest, ante cuyas murallas murió), no volvióse a celebrar festejo taurino en muchos años en la placita de El Castañar. O sea, debut y despedida en aquel año de 1667. El duque guerreador moría a los 29 años después de una azarosa vida en defensa del orgullo hispano y de la cruz cristiana. ¡Con lo feliz que hubiera sido matando toros, en lugar de turcos! Su cuerpo esta enterrado en Béjar, pero no así su corazón, que mando le fuese sacado y trasladado al altar mayor del monasterio de Guadalupe. Leyendo estos días el «Viaje a Portugal» de José Saramago me entero de que esta idea de entregar el corazón en ofrenda necrófila ya la practicó el rey portugués don Pedro I, el amador de



Vista del lado oeste del circo taurino de Béjar

doña Inés de Castro, quien dejó el suyo a los testigos de su muerte, los franciscanos de Estremoz, y su cuerpo se enterró en Los Jerónimos de Lisboa. Cada cual con sus manías, que ya se sabe que los caminos del Señor discurren por sinuosos vericuetos, espesos bosques y abruptas montañas. ¡Que donosura hubiera presentado el joven duque de Béjar lidiando toros ante sus paisanos en la placita del Castañar, que su santa madre quizá aborreciera!.

Pero, como no hay mal que cien años dure, los bejaranos de 1707 decidieron volver a levantar en El Castañar «una plaza de toros, ya metódicamente construida con maderas enrejadas, en la cual se celebraron, por segunda vez en tan hermoso monte, grandes fiestas taurinas, con motivo del nacimiento del Príncipe de Asturias, que reinaría con el nombre de Luis I».

Afortunadamente, a don Manuel I le dio tiempo de engendrar un don Manuel II. Para ello contó con la aquiescencia de su esposa, doña María Alberta de Castro, hija de los duques de Taurisano y condes de Lemos, que trajo al mundo a don Juan Manuel Diego López de Zúñiga y Guzmán Sotomayor y Mendoza, quien, corriendo el año de 1686 y exactamente el día 29 de agosto tomaría posesión del ducado de Béjar. Este don Juan Manuel II fue probablemente el décimo duque de Béjar, puesto que por Cervantes sabemos que don Alonso Diego López Zúñiga Sotomayor, a quien le dedicó la primera parte de «El Quijote» en 1605, era el séptimo heredero del ducado bejarano que había recibido cuatro años antes.

Con la seriedad que el caso requiere, el cronista Juan Muñoz García cuenta que el permiso que denegó la abuela en 1667 lo concedió el nieto –¿habría muerto la abuela al cabo de cuarenta años?– en 1707 para celebrar la presencia en este mundo del Príncipe de Asturias. Y fue tal el éxito de estas corridas organizadas en su honor, que cuatro años después ya estaba levantada una plaza permanente, logrando, al fin, «que la plaza de maderas enrejadas se sustituyera por el coso taurino de obra de fábrica permanente que se levantó en nuestro pintoresco monte Castañar y que es hoy la plaza de toros más antigua de cuantas existen en España.» Lo transcrito va a misa porque esta firmado por el «licenciado Don Diego García, presbítero cura de la iglesia parroquial del Señor Santiago de esta villa, Vicario de ella y su partido» que al redactar un documento con la normativa de obligado cumplimiento para la celebración de la fiesta de la virgen del Castañar informa de la buena nueva de que «se a conseguido lizencia de dicho Señor Excelentisimo (el duque), para hacer Plaza junto a dicha hermita y tener fiesta y corrida de toros, y auiendose juntado muchas personas hasi sacerdotes como caualleros, hijos de algo y personas honrradas y hombres de república para conferir la formalidad que se a de tener en la disposición de dicha fiesta en el tiempo benidero se dispuso y acordó (entre otras cosas) que «los quatro mayordomos (...) an de hacer la costa y fiesta de toros en la Plaza que aora se a hecho tan embrebe que parece deuerse atribuir a milagro de la Virgen...»

El documento, de fecha 12 de septiembre de 1711, consta de once puntos y adquiere especial significación en uno de ellos cuando, tras advertir que las limosnas de las bandejas han de ser para la cofradía y para el «hermitaño que fuere», el vicario nos ofrece otra valiosa información. En la plaza de toros se pensaban dar también funciones de teatro. Veamos si no cómo interpretamos el punto en que dice: «Item. Se acordó que si algunos deuotos hicieren alguna pared o asientos para ber toros o comedias en la Plaza que está hecha para utilidad de la fiesta y aumento que lo que se diere de limosna por dichos asientos a de entrar en poder del Mayordomo que se nombrare en las demás limosnas».

¿Entendemos con esto que los cofrades devotos de la Virgen del Castañar podían construir asientos y paredes; es decir, espacios reservados a modo de palcos, para uso propio y de sus familiares e invitados y que por ello habría de pagar alguna limosna contante y sonante?. La plaza, pues, de fabrica (mampostería en seco en su primer cuerpo, maderamen en el resto) estaba ya construida en el mes de septiembre del año 1711. No tal y como se encuentra en la actualidad, puesto que el palco presidencial y los de espectadores, los servicios de enfermería, las taquillas y el espacio reservado a la música, con alguna otra dependencia menor, fueron construidas por el ayuntamiento de Béjar, hoy su propietario, ya muy avanzado el siglo XIX.

La primacía que le corresponde a la plaza de toros de Béjar, bien es cierto que mantenida con indebida dignidad por la escasez de festejos celebrados contemporáneamente, esta de momento demostrada. Si no aparecen documentos viejos que modifiquen el orden cronológico, mientras sus piedras se mantengan en pie, merecerá ese honor.

Otros honores, muy diversos, merecen las diferentes plazas de toros que se levantaron en la capital de la provincia. Una provincia, no lo olvidemos, que es la de mayor cabaña ganadera de España.

Al entresacar de la maraña histórica los apuntes que me están sirviendo de cañamazo para enjaretar este capitulo, me percato de que hay mucha tela que cortar si uno se mete a sastre, si uno quiere hacer un bosquejo siquiera de las varias plazas de toros que se levantaron en este «alto soto de torres», de Unamuno. (Por cierto, ahora que viene a estas lineas Unamuno es preciso recordar que casi toda la Generación del 98 fue detractora de la fiesta de los toros y Unamuno, tan polemista, no podía ser una excepción. «Aunque aborrezco las corridas, me gustan los toros en el campo, y mucho», escribió el vasco de Salamanca. Incluso se conservan algunos dibujos que Don Miguel hizo a toros en libertad).

Al reunir un nutrido número de páginas con anotaciones garabateadas en diversos días, con diferente letra según circunstancias y en un mismo cuadernillo de trabajo en cuya primera página pusimos «Plazas de toros», nos hemos acordado de otro cuaderno taurino que vimos «nacer» hace más de cuarenta años del lápiz de un gran artista –doblemente bohemio, por pintor y por taurino– que

se llamó González Marcos y que daba vida, ritmo y emoción a cada página en blanco de su bloc de apuntes. Estupendos dibujos rápidos que tantas veces vi hacer en la plaza de La Glorieta a este magnífico artista y en los que, sin levantar apenas el lápiz del papel, captaba la esencia de un lance, el peligro de un par de banderillas, la belleza de un natural, la apoteosis de una estocada. Aquellas «impresiones» las captaba González Marcos casi en el mismo instante en que ocurrían y su plasmación en el papel era como un espectro, como la estela de lo ocurrido en el ruedo que se metía en el papel. El pintor hacía aquellos apuntes para ilustrar la página diaria que de cada corrida de toros de la feria charra firmaba «El Clarinero», pseudónimo que usaba mi padre para su periodismo taurino, en el diario «El Adelanto». Después, en su estudio, de esos esbozos saldrían algunos cuadros. Serán, pues, estas líneas que me dispongo a trazar, algo semejante a apuntes o anotaciones. Promesas de una «pintura» de más fuste. Vamos a ello.

Los primeros festejos taurinos salmaticenses

A la Historia se le pueden hacer muchas preguntas. Pero no a todas puede respondernos con documentos testificales. No obstante, si entre esas preguntas está la referente a la más antigua corrida –lo propio seria decir «alanceamiento», «torneo» o «palenque» ya que el concepto «corrida de toros» ni siquiera se había acuñado– de que se guarda memoria escrita de cuantas se han celebrado en Salamanca, obtendremos una respuesta que viene de muy atrás. Se tiene constancia documental de que 26 años antes del Descubrimiento de América, en 1466, ya se celebraban encuentros taurinos entre caballeros alanceadores en la capital charra. El cuñado del rey de Bolonia, León de Rosmithal, llegó a Salamanca procedente de Praga, de donde había salido unos meses antes, con un séquito de 40 personas y 52 caballos. Al entrar en la ciudad, que ya era universitaria, tuvo ocasión de presenciar un torneo taurino, celebrado el día del apóstol Santiago. El cronista del viaje –precursor de nuestro oficio– da cuenta de que en aquella ocasión murieron dos hombres y ocho más resultaron malheridos.

En nuestras anotaciones figura una jugosa, pero incompleta, por nuestra mala cabeza. Resulta, que en el siglo XVI ya existía en Salamanca una llamada Cofradía de Lidiadores en la que figuraban devotos miembros de la nobleza e hidalguía que tenían obligación de lidiar a caballo en determinadas fiestas. Es probable, que entre ello se encontrara aquel don Rodrigo de Paz, que cita Moratín en su Carta al príncipe Pignatelli, como segundo señor de Pedraza de la Sierra y natural de Salamanca. Pero aquí debe quedar la cosa, porque no anotamos en su día la procedencia del dato. Quizás consultando al historiador Villar y Macias encontráramos otros de esta curiosa cofradía de lidiadores, pero no tenemos a mano los volúmenes de la Historia de Salamanca en el momento de

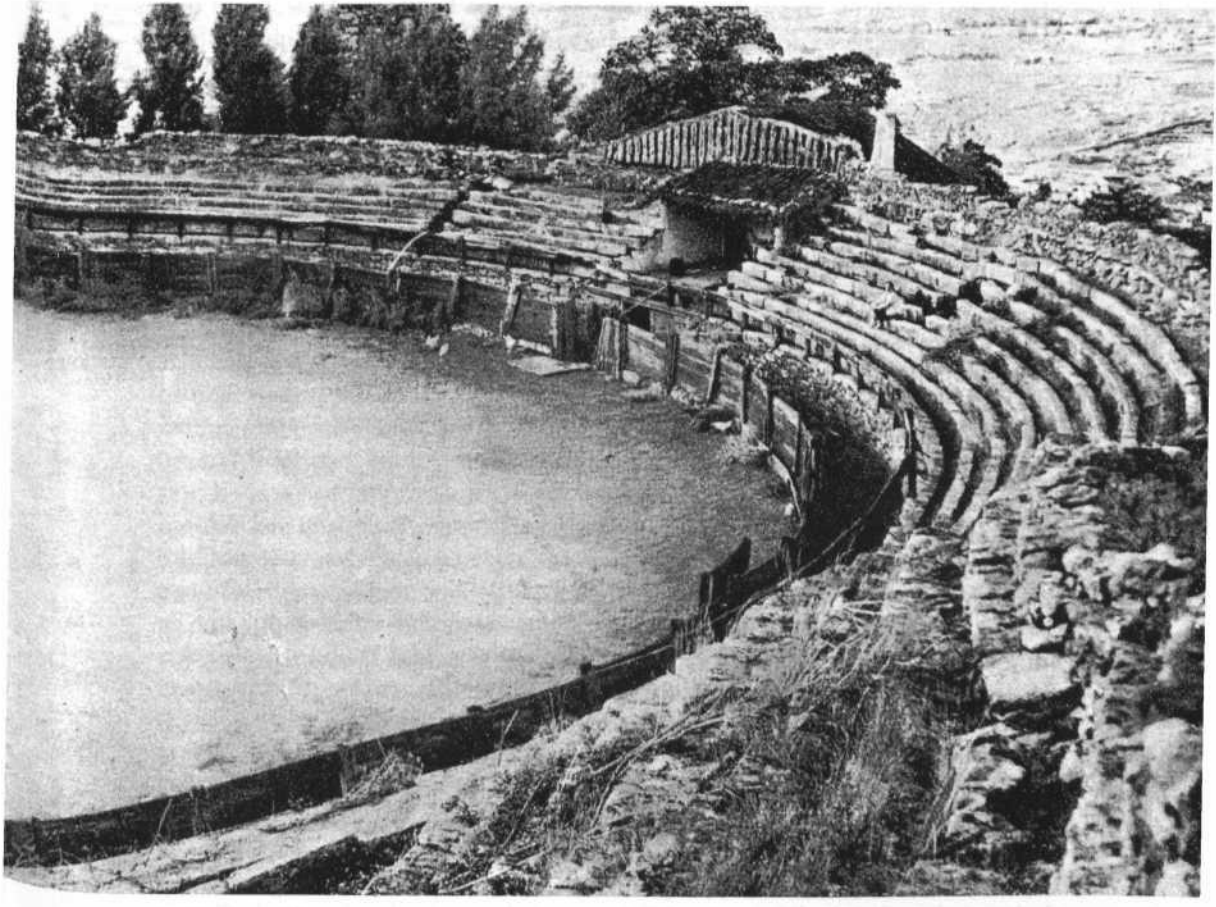
escribir estos renglones. Lo que sí tenemos anotado, punto por punto, es la razón de la existencia de un impuesto llamado «maravedí de torería» que se cobraba (se trataba de cobrar) durante todo el año. La cosa era que, para poder hacer frente a los gastos de organización de las tres corridas de toros oficiales, aparte las organizadas con motivo de canonizaciones, beatificaciones, nacimientos reales y otros fastos los regidores de la ciudad tenían que recaudar dineros hurgando en el bolsillo del probo salmantino. Las tres corridas tradicionales eran por San Juan, por Santiago y por la Virgen de Agosto. En cada una de ellas, generalmente, seis toros. Se nombraba un regidor-comisario que organizaba todo el tinglado con un presupuesto para cada corrida que solía andar por los 10.000 maravedís. Pues bien, uno de los ingresos fijos que tenía la comisión gestora era el llamado «maravedí de torería», que se cobraba de cada libra de carne vendida a lo largo del año. Como la picaresca estaba a la orden del día (no olvidemos que aquí nació Lázaro de Tormes), a veces no había suficientes maravedíes de torería para ayuda del gasto, y tenía que ponerlo el concejo.

La Universidad y los Toros

Habíamos indicado un poco más arriba que las corridas de toros organizadas por la Universidad eran dignas de Relación. Que se sepa, ya en el siglo XVI los estudiantes de la universidad, cuando llegaba el ansiado momento del doctorado, los doctorandos tenían la obligación de poner colofón a sus estudios con la organización de diversos actos lúdicos y gastronómicos «conforme a la antigua costumbre». Consistían estos festejos en la celebración de una corrida de toros, en el ofrecimiento de una comida a las autoridades municipales y universitarias, y una «colación a la Justicia, Regimiento, sexmeros y caballeros». Las bolsas de los nuevos doctores se veían más o menos afectadas según y cuántos fueran revestidos del nuevo grado, ya que, entre las condiciones que fijaba la docta casa, estaba la de obligarse a un festejo de 5 toros si solamente se doctoraba un estudiante, y si eran dos o más, cuatro toros cada uno.

Las primeras plazas de toros salmantinas

En honor a la verdad histórica será necesario hablar, siquiera a vuelapluma, de las diversas plazas de toros que ha tenido Salamanca. Nos referimos a las que se levantaron con el único propósito de celebrar en ellas encuentros taurinos, sin ningún otro tipo de uso civil. La Plaza Mayor ha de ser la primera referencia, porque antes de su construcción y mientras ésta se llevaba a cabo se celebraron en ella importantes encuentros taurinos. Unas veces organizados por los nobles, otras por el regimiento (los regidores) y otras por la Universidad. Es curioso



Vista del lado oriental del circo taurino de Béjar

observar que la hoy cuadrilonga Plaza Mayor salmantina se comenzó a construir por el lado Este, donde está el Arco del Toro, bajo el Pabellón Real desde el que los monarcas presenciaban los festejos. La plaza se continuó por los lados Sur y Oeste, cerrándose y completándose con el cuarto lado, que es el más vistoso, en el que está el ayuntamiento. Las obras, según el proyecto trazado por Alberto Churriguera en 1729 y concluido en 1754, no impidieron que durante esos 25 años se celebraran festejos taurinos.

Antes de que se construyera la Plaza Mayor ¿dónde se celebraban los frecuentes torneos y alanceamientos? Las viejas crónicas hablan de la plaza de San Martín –también llamada plaza del Mercado–, que si bien actualmente es una

placita casi recoleta, en sus buenos tiempos fue una hermosa plaza. Tanto que cedió una buena parte de su terreno en beneficio de la Plaza Mayor que se iba a levantar.

Se hacían fiestas de toros y cañas también en la plaza del Azogue Viejo o Plaza del Concejo (todavía se mantiene una calle con ese nombre: del Concejo).

Cuando las llamadas «compañías de toreros» empezaron a funcionar en España dando prioridad al picador y después a los espadas, olvidados los alanceamientos en los que solamente podían participar los nobles; es decir, cuando el pueblo llano provocó, con el beneplácito de la nobleza, la «villanización» (permítasenos el neologismo) del espectáculo, las corridas que se organizaban en Salamanca tenían mucho predicamento. «Aparatosas» le parecieron al escritor Ramón de Mesonero Romanos que en 1818 aseguró haber asistido a «las más famosas corridas de toros, las más concurridas y aparatosas que he presenciado en España, aunque entren en corro las de Madrid, Sevilla y Valencia, en esta ciudad de Salamanca».¿Sería alguna de aquellas dos en que resultó herido el famoso Curro Guillén o aquella otra, anterior, en que fue muerto por un toro, en presencia de su padre y hermano, el torero José Romero, hermano del famoso Pedro? Mesonero Romanos, al escribir «corridas de toros aparatosas», posiblemente se refiriera a lo aparatoso de la encornadura y tipo zootécnico de los toros de Peñaranda de Bracamonte, de los que habló con asombro antes de que uno de ellos, «Barbudo», de la ganadería peñarandina de don José Joaquín Rodríguez, matara a Pepe-Illo. De casta le venía al escritor la afición, ya que su padre era el encargado de la contratación de las cuadrillas o compañías de toreros procedentes de Madrid. Probablemente lo fuera de aquella memorable corrida en la Plaza Mayor que lidiaron los tres primeros espadas más famosos de aquel tiempo: Pedro Romero, José Delgado «Illo» y Francisco Garcés.

En 1832 se comenzó a construir una placita modesta pero con profunda huella histórica en sus muros, ya que éstos empezaron a levantarse aprovechando las piedras de los edificios que habían quedado arruinados durante la Guerra de la Independencia. Esta plaza se comenzó a levantar entre el Monasterio de San Vicente y el Hospicio, pero al pasar el solar a propiedad de los benedictinos el proyecto se truncó. Se conoce que los frailes no tenían afición suficiente para continuar el propósito, que hubiera visto con buenos ojos en el cielo, aquel fraile -torero de ocasión milagrera– que fue San Pedro Regalado, a quien al correr del tiempo los toreros pondrían el primero en el santo escalafón nombrándole su patrono.

En 1846 se celebraron en la Plaza Mayor las tres corridas autorizadas para aquel año, y otras de más campanillas, pues se dieron diversas funciones con motivo de las bodas de la reina Isabel II y las de su hermana la princesa de Asturias. También hubo necesidad de celebrar en ella, las de la feria de septiembre, porque la plaza de toros «vieja» se encontraba en ruinas. Aquella plaza vieja que se había quedado en desuso, fue la construida a la salida de la Puerta de

Plaza de Toros de Salamanca al poco de ser inaugurada

Zamora, frente al convento de Mínimos, que debió tener corta vida, ya que frecuentemente se montaba circunstancialmente una en el Campo de San Francisco, donde al menos en 1825 los historiadores salmantinos de grandes hechos y meticulosos pormenores hablan de un curioso personaje, llamado «el enano de Santo Tomás (¿del barrio de Santo Tomás de Cantoariense?) que causaba la hilaridad de la concurrencia con sus recortes».

En lo que fue huerta del convento del Carmen Descalzo (hoy Plazuela de la Libertad) se celebraron festejos taurinos populares. Parece ser que allí se celebró la última corrida de toros que en Salamanca lidió Francisco Montes «Paquiro», el gran innovador de nuestra fiesta.

Pasadas las ferias septembrinas del año 1839, se decidió la construcción de una nueva plaza de toros, en la que presumiblemente actuaran muchos primeras espadas de entonces y nacieran algunas nuevas vocaciones. Probablemente Julián Casas «El Salamanquino» actuara en ella, como banderillero primero, y como matador después. Estamos refiriéndonos a la plaza de toros levantada detrás del Palacio de Monterrey. Aún se conservan algunos vestigios de ella, aunque lo que fuera coso y tendidos hoy sea patio y jardín. De aquella construcción solo se aprovecharon algunas paredes de las corraletas. Esta plaza de toros adosada al palacio, estuvo entre éste y el Campo de San Francisco, y fue, al parecer, la segunda plaza de toros hecha «de fabrica». Subsistió durante 21 años y fue demolida en 1867. En la actualidad pueden encontrarse algunos restos de su primitiva estructura en el interior del convento de las Madres Adoratrices que edificaron su residencia, colegio y jardín sobre el solar dejado por aquellas dependencias taurinas. Supongo que aún conservaran aquel oratorio dedicado a la llamada «Virgen de los toreros», donde era costumbre que los salmantinos tauró-

filos arrojaran algunas monedas a través aquella puertecita enrejada que daba al unamuniano Paseo de las Úrsulas.

La plaza de La Glorieta

La Plaza Mayor de Salamanca está grabada en la retina de muchos españoles y extranjeros como «la-plaza-de-toros-mayor-de-Salamanca». Existe un famoso grabado donde se asegura que en tan plateresco lugar fue cogido y muerto por un toro Gaspar Romero (¿existió realmente Gaspar Romero?). Igualmente existen otras razones de incontrovertido interés histórico, y un par de razones de interés puramente informativo. Muchos acontecimientos regios, principescos, universitarios, políticos y sociales tuvieron a la Plaza Mayor como escenario de un festejo taurino a lo largo de los tres últimos siglos. Además, ha sido el artificioso y forzado escenario de dos corridas de toros retransmitidas para medio mundo, aficionado o detractor, que la convirtieron por unas horas en «plaza de toros de España». Ella también es varias veces centenaria y no sin esfuerzos de las autoridades, se conserva fresca y lozana.

Pero la plaza de toros de hoy, la plaza de toros en activo, la construida en La Glorieta, merece nuestros honores porque también es centenaria. Se levantó, a expensas de una Sociedad Anónima formada por comerciantes, industriales y ganaderos salmantinos, en el año 1893. Fue inaugurada el día 11 de septiembre con una corrida de toros de don Eloy Clairac que matarían dos colosos de aquel tiempo, Luis Mazzantini y Rafael Guerra Bejarano «Guerrita», según el cartel. Pero, una cosa son los propósitos y otra las realidades. Parece ser que, al no poder «Guerrita» acudir al compromiso, hubo de ser sustituido por un matador de menos tirón popular, «Torerito». ¡Lástima que con la caída del cartel de «Guerrita» no se rematara la prevista efeméride! Ya se sabe que nunca luce el sol al gusto de todos, dicen los de la solanera, sin duda buscando consuelo. Pese a la sustitución, el trámite se cumplió con el beneplácito de todos y la alegría de los salmantinos que pudieron ser testigos de tan importante acontecimiento histórico. Instalados en sus pétreos asientos, sin duda pensaron: «Al fin tenemos plaza para toda la vida».

Y ahí esta, como colofón de la avenida que lleva el nombre del gran piscator don Diego de Torres Villarroel, que fue pícaro, torero, colegial del Trilingüe, nigromante, profesor de la Universidad, escritor de calendarios y adivinaciones, quevediano y tratadista de las artes del torero a la jineta, por este orden y entre otras cosas. Aunque esta última condición, la de autor de un tratado para torear a la caballo fuera una broma de nuestro autor que los bibliófilos tomaron en serio. La realidad fue que, medio en broma medio en veras, copió la parte, digamos técnica, de las que ya había publicado el almirante de Castilla don Juan Gaspar Enríquez de Cabrera, duque de Medina de Rioseco, en 1652. De aque-

llas «Reglas para torear» que sirvieron de fundamento a las «Reglas para torear y arte de todas las suertes» reproducidas por Torres Villarroel en 1726, ya hemos hablado largo y tendido en otro apartado de este libro. Por tanto, es harina de otro costal.

Peón en plomo y plata.
Félix Cuadrado Lomas

XXIII

PIPINO EL BREVE Y LOS TOROS

Dice la historia que Pipino III, llamado «El Breve» por su baja estatura –podían haberle llamado «El Bajo» con mayor precisión– mató un toro que estaba a punto de ser vencido en combate por un león. Ocurría en Francia, país que gobernó Pipino entre los años 751 a 768. El pequeño rey pertenecía a la dinastía carolingia cuya permanencia al frente de los franceses había durado 270 años.

La cosa del toro fue así: «Pipino era hombre de admirable vigor, sin embargo de su pequeña estatura de quatro pies y medio. Supo que algunos señores se burlaban de su talla; pero en el espectáculo de un combate que se dio en presencia de toda la corte entre un león y un toro, quando había aquella fiera derribado a éste, y ya iba a degollarle: ¿Quien de vosotros, dixo Pipino a sus cortesanos, va a liberar al toro? Todos callaron; y advirtiéndolo el Rey continuó: Será preciso que yo vaya, y al mismo tiempo baxó a la plaza, cortó de un tajo la cabeza del león, y luego de un revés la del toro».

¿Sería un toro de La Camargue, único tipo que de antiguo se criaba en Francia?

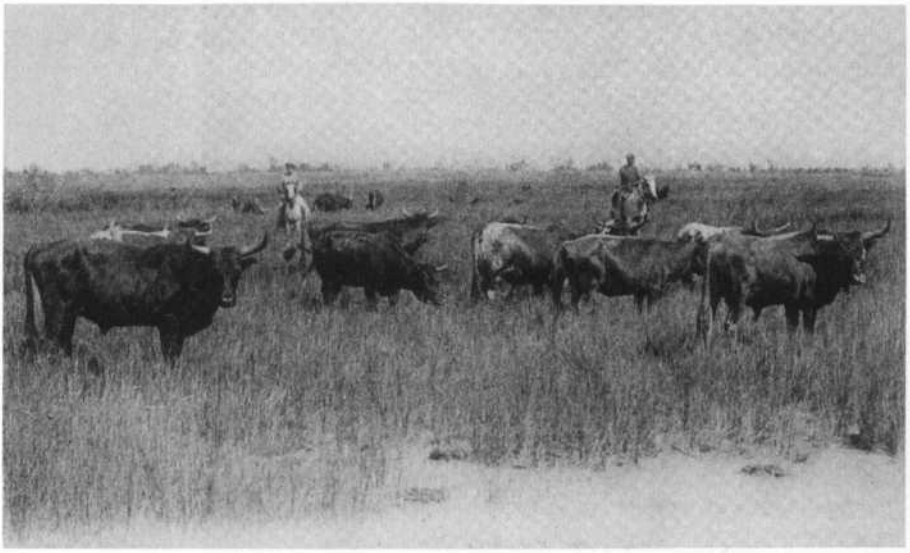
Sin duda este rasgo de valor y fuerza fue el que, entre otros, hizo más impresión a aquella nobleza belicosa, le hizo adquirir estimación y respeto, sin olvidar su discreta conducta.

Pipino no procedía de una familia de «discretos» precisamente. Era hijo de Carlos Martel, que a su vez lo fue de una concubina de palacio y de Pipino de Eristel, que tuvo la habilidad de gobernar toda Francia siendo un simple jefe de palacio, pero más rey que los cuatro que pasaron por el trono en aquel tiempo.

Pipino «El Breve», a quien la historia agradece que fuera el padre de Carlomagno, nació en Jupille y murió en Saint Denis.

La referencia del toro la menciona el «Compendio de Historia Universal» escrito en francés por Monsieur Anquetil y traducido por el P. Francisco Vázquez, clérigo seglar de San Cayetano, e impreso en la Imprenta Real en 1803.

(Nota al pie sobre los pies como medida). Hemos dado la estatura de Pipino «El Breve» indicando que medía «quatro pies y medio», pero esto conviene aclararlo un poco para que el lector se haga una idea de la estatura del rey francés. Veamos. Porque podría haber variaciones entre la medida según el autor monsieur Anquetil y según el traductor, el Padre Vázquez. Si se trataba de pies castellanos (28 centímetros por pie) la estatura del rey era de 1.26 centímetros. Si por el contrario eran pies americanos los referidos por el autor del texto (ojo, no



Camargue. Toros escogidos para una corrida

se había descubierto América en tiempos del rey de la dinastía carolingia, pero sí en tiempos de señor Anquetil), la estatura de Pippino el Breve sería ligeramente superior, de 1.35, ya que son 30 centímetros el valor de cada pie.

Sea como fuere, ¡era bajito Pipino! Como ha de serlo este artículo para que vaya en concordancia con el personaje y su breve relación con los toros.

Duque de Lerma

XXIV

EL DUQUE DE LERMA, SU CARDENALATO Y SU AFICIÓN A LOS TOROS

Para no morir ahorcado
el mayor ladrón de España
se vistió de colorado.

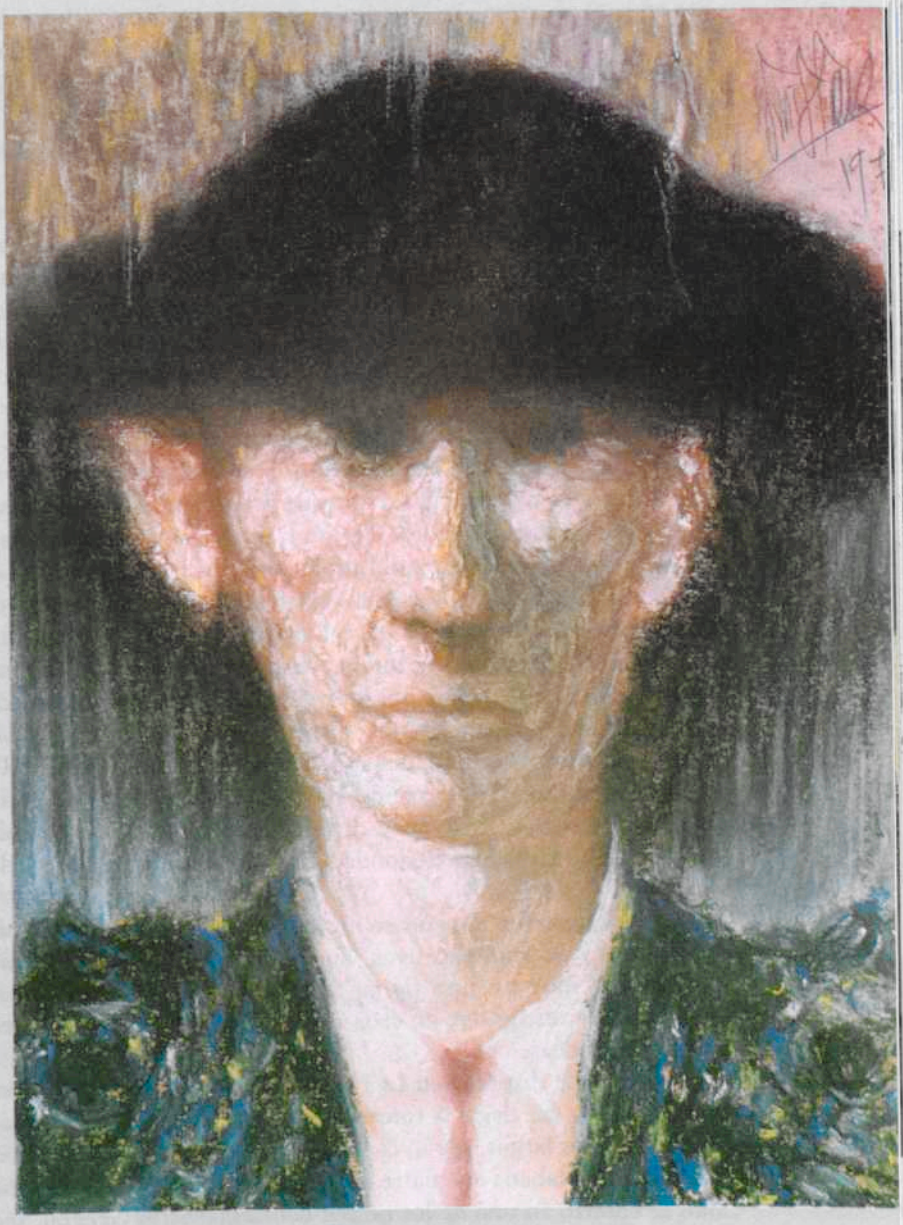
De boca en boca iban estos versos desde que los alumbró el poeta popular. Viajaron por toda España y es posible que pasaran la mar. Pero en Valladolid no debieron de oírse con agrado. Y si se decían, se dirían de tapadillo, a la chita callando, porque estaban dedicados a un gran benefactor de la ciudad, al duque de Lerma, don Francisco Gómez de Sandoval y Rojas, valido del rey Felipe III que, una vez perdido el favor real y para evita cualquier contingencia, se hizo nombrar cardenal. Esto le permitió dos cosas: seguir con vida– cuestión harto importante para él, aunque no así para otros que, siempre que se tratara de la ajena, podrían quitarla al menor descuido–; y continuar en el mangoneo de la política un poco más. Poco tiempo fue, porque su hijo el duque de Uceda le ganó por la mano. El que a lo suyo se parece, honra merece y de tal palo tal astilla o de raza le viene al galgo el que sea rabilargo. Nuestro refranero popular es tan sabio y acomodaticio, que puede dar a cada uno lo que se merece, aunque lo que diga el refranero que se merece no sea toda la verdad.

Digo que aquellos epigramáticos versos no se oirían con agrado en Valladolid –al menos en lo que hoy llamaríamos las esferas de gobierno– porque, aunque aduladores los ha habido en todas partes, el de Lerma prestó a nuestra ciudad importantes servicios mientras pudo. No olvidemos que Valladolid volvió a ser residencia de la corte por su influencia ante el débil rey, influencia de la que el duque sacó provecho para sí y para los demás. Cervantes, que había dejado nuestra ciudad siguiendo a la corte a Madrid y que acababa de obtener el primero y definitivo de sus éxitos con El Quijote, es posible que estuviera pensando en el de Lerma cuando al escribir la segunda parte de su novela se hace la reflexión siguiente en torno a quien ha sabido gastar los dineros: «Al poseedor de la riqueza no le hace dichoso tenerla, sino el gastarlas, y no el gastarlas como quiera, sino el saberlas bien gastar». No se puede negar que el duque supo gastarse los cuartos en Valladolid.

Corría el año 1619 y hacía un año que el duque había sido depuesto por las intrigas palaciegas. El 22 de julio de aquel año el Regimiento de la ciudad decidió hacerle una fiesta. Y como al duque le complacían, montaron en la plaza de San Diego (la que hoy conocemos como plaza de Las Brígidas y que también se había denominado Plaza Nueva del Duque (de Lerma), un gran festejo taurino. El texto del acuerdo se conserva en el Archivo Municipal y, entre otras cosas, dice «que los comisarios avían echo la estimación que no sabía encarecer y que des-

pués que tenía el ábito de cardenal no se avía allado en fiesta pública, y que así se le avía ofrecido en nombre desta ciudad se le aría fiesta en la plaza de san diego que cae en las ventanas de su casa...acordaron que el rreconocimiento quel señor duque cardenal a echo y ace a esta ciudad se le rregozije y festeje con fiesta de toros el jueves...seis toros y uno...con manta de coetes (un toro portador de fuegos artificiales)».

El duque de Lerma, sin duda, quiso a Valladolid, aunque en ella fuera despojado de todos sus bienes y desterrado a Tordesillas, donde había nacido. Su primera misa como cardenal la dijo en la iglesia de San Pablo, frente a su casa-palacio, y allí pensó ser enterrado. Pero los dominicos que ahora viven en el convento me dicen que del duque no existe allí enterramiento. Murió el 17 de mayo de 1623 despues de haber ejercido con abuso su poder durante casi veinte años. El decreto en el que se le condenaba a devolver todo lo que con malas artes había conseguido no se lo mandó el Rey, sino la Iglesia. Fue el prior del monasterio de El Escorial, fray Juan de Peralta, quien le pasó el recado. Al de Lerma, condenado por malversación de caudales públicos, se le obligó a devolver a la Hacienda Pública 72.000 ducados anuales. No obstante, en Valladolid su muerte fue motivo de «mucho sentimiento porque era principe muy amable... hízosele entierro con mucha pompa y solemnidad». Lo dice Juan Antolínez de Burgos en su «Historia de Valladolid» (1887).



Viejo torero.
Luis Sanz.
Colec. del autor

XXV

ARTE DE CÚCHARES ¿POR QUÉ?

Quien al referirse a la Tauromaquia la personaliza atribuyendo a Francisco Arjona «Cúchares» un sumo sacerdocio, el culmen de los conocimientos; es decir, cuando quiere buscarse la equivalencia entre el mejor de los toreros y la ciencia-arte del torero suele decirse: «Tauromaquia o arte de «Cúchares». La costumbre ha hecho ley, pero es una ley sin fundamentos. El «Cúchares» no fue ni un sumo sacerdote de la tauromaquia ni su forma de interpretar las normas ajustadas al arte de lidiar y matar toros fueron siempre magistrales. Por tanto, equiparar el arte taurómaco en su conjunto, con el arte personal y muy propio de «Cúchares», es un error. Un error que procede de la pasión desmedida con que se juzgan ciertas rivalidades. Un error en el que cayeron los partidarios de este torero, que buscaban desequilibrar los méritos de su oponente «El Chiclanero».

Sepan, quienes piensan que «Cúchares» fue el no-va-más de los toreros de su tiempo, que este valiente diestro no fue, al gusto de los críticos de entonces, el summun de la sabiduría torera. Unos biógrafos dicen que nació en Sevilla y otros que en Madrid y que por ser madrileño su guapeza lo era castellana de raíz y no andaluza. El caso es que sus ancestros estaban en Andalucía. Tomó su segundo apellido, Guillén, del apodo de su famoso tío, «Curro Guillén», siendo sus verdaderos apellidos Arjona Herrera. Dice Sánchez de Neira que «Cúchares» era «juguetón, mañoso y divertido» pero que no alcanzaba la seriedad y guapeza de su rival José Redondo «El Chiclanero», llamado «el Aquiles» de su tiempo.

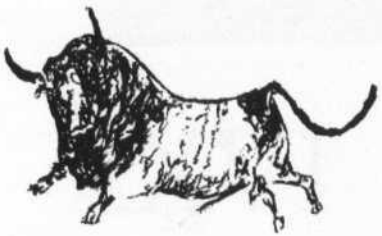
«Cúchares» fue el primero en introducir, a la muerte de su rival, una serie de recursos y adornos excesivos. Fue «hombre de mucho ingenio, honradísimo, caritativo y muy amante de su familia. Su generosidad le hizo menguar su bolsa». Tenía un agujero en cada mano y repartía entre los necesitados su dinero a manos llenas.

Cuando se disponía en La Habana a cumplir unos compromisos murió del vómito negro sin llegar a torear ninguna corrida. Ya tenía una edad avanzada, cincuenta años largos, según consta en su partida de defunción, que dice: «En la ciudad de la Habana en cuatro de Diciembre de mil ochocientos sesenta y ocho años se enterró en uno de los nichos del Cementerio General, según papeleta de su Capellán, el cadáver de D. Francisco Arjona Guillén natural de Sevilla y vecino de esta feligresía en la Calle del Teniente Rey número diez y siete, hijo legítimo de D. Manuel (?) y de Doña Salud Herrera, de estado casado con Doña María de los Dolores Reyes; no textó (sic); recibió el Santo Sacramento de la

Extrema Unción; era de cincuenta y un años de edad, así consta de la carta oficio que se remitió a esta parroquia, y lo firmé= Manuel Rodríguez=.

Triunfó «Cúchares» hacia 1845, cinco años después de tomar la alternativa con Juan León y «El Chiclanero», en Madrid.

Las rivalidades entre toreros desencadenan algunas veces riadas de las que quedan, pasados los años, algunas pepitas de oro, como esa frase estereotipada tantas veces manejada: La Tauromaquia o Arte de «Cúchares», comparanza nacida más a impulsos de un cariño popular que por una posesión absoluta y doctrinal de conocimientos. En fin, que Francisco Arjona «Cúchares» fue mejor persona que torero.



«Toreros esperando el paseíllo».
Eduardo García Benito.
Colec. Casares

XXVI

HISTORIA DE UN CURIOSO CARTEL

El día 21 de julio de 1909 en la plaza de toros de Valladolid y a las cuatro en punto de la tarde se celebró una curiosa becerrada organizada por el gremio de expendedores de carne «en conmemoración del feliz resultado que tuvo el accidente ocurrido el día 21 de julio del año último en la inmediata villa de Simancas». Hubo, pues, un accidente. El cartel, encontrado entre los recuerdos de un baúl, ha despertado nuestro interés porque nos quiere contar una historia, y nos ha dado unas pistas que nosotros queremos conocer impulsados por el deseo de saber.!Cómo se entiende que un accidente de un feliz resultado! ¿Qué tipo de accidente fue el de Simancas? Hay una serie de incógnitas que nos gustaría ir despejando.

Este cartelito, un auténtico capricho realizado en seda, ha llegado a nuestras manos desde las de María Luisa Puertas. Y digo que ha despertado nuestro interés porque la abundancia de nombres de intervinientes en el festejo y sus graciosos apodos ocasionalmente taurinos, nos dan algunas pistas sobre su habilidad y condición profesional. Por ejemplo, torearon y mataron seis becerros (si existe la reseña la buscaremos en la hemeroteca de «El Norte de Castilla») los siguientes aficionados:

El primero fue Dionisio García «El Decidido», auxiliado por los banderilleros Pascasio Abril «El Americano», Gaudencio Acebes «El Carbonero» y Alejandro Garrido «Torerito».

El segundo espada (¡) fue Isaac Moratinos «Machaca» en compañía de los sin duda colegas de profesión Julio Molero «El Largo», Juan Muñoz «El Chorizo» y Marcelino Moratinos «Barbuquejo». ¡Aquí no se queda nadie sin apodo o no hay festejo!

El tercer matador fue Arturo Domínguez «Curro» a cuyas órdenes estaban Miguel Domínguez «El Relente» y Juan M. Medina «Rakú». No hubo un tercer peón; se conoce que «Curro» no precisaba de mayores ayudas y se manejaba ante los astados con sobrado poderío.

El cuarto espada fue Eutiquio Moratinos apodado «El Poeta» que si bien no suele ser apodo de torero, tampoco suele serlo de carnicero o tablajero, por lo que apodarse de semejante guisa va en abundancia de méritos. A este poeta surrealista le auxiliaron en la lidia «Fariñas», más conocido por Julio Díez, y «El Gimnasta» que atendía por Ricardo Moratinos.

El penúltimo espada fue José Manzano a quien el apodo le venía rodado: «Manzanilla», ayudado por Regino Manzano «Malvas», Jesús Díez «El Tarugo» y Andrés Moratinos «El Curtidor».

Y, por último, actuó –o al menos estaba anunciado en cartel– Mauro Diez «El Formal» (hay que serlo en todo oficio y si se lleva en el apodo la condición parece necesaria), cuya cuadrilla de banderilleros estuvo compuesta por Juan Moratinos (uno más de la saga) apodado «Cuatro-dedos», apodo que le vendría de percance profesional; José Molero «Limón», Ángel Molero «Naranjo» (obsérvese el deseo cítrico y vitaminoso de ambos apodos) y Teófilo Moreno «El Soberano». Obsérvese igualmente que este último primer espada –¡faltaría más!– llevaba una cuadrilla de cuatro banderilleros. Se conoce que se curaba en salud ante la eventualidad de que en vez de poner pares, pusieran nones.

Por si las cosas se ponían mal para algunos de los matadores, la organización –que estaba en todo– había dispuesto la presencia de un sobresaliente de espada. Es decir, Ricardo Moratinos alias «El Gimnasta», que si bien no sabemos si tuvo necesidad de hacer valer su buena nota en el arte de Cúchares, al menos aseguraba su perfecta forma física y se colaba dos veces en el cartel, pues formaba en la cuadrilla de «El Poeta». De puntillero actuó Federico Manzano «El Cebolla», cuya actuación no produciría lágrimas por suponerle del gremio y acostumbrado a aquellos menesteres. Hubo dos directores de lidia, a saber Manuel Sánchez y Gregorio Mata.

Y por si la lidia y muerte de los seis novillos pudieran saber a poco a los miles de espectadores que llenarían la plaza (más tarde lo sabremos), en el cartel de marras se anunciaba la muerte de un séptimo becerro de la misma ganadería, la de Don Bonifacio Cuadrillero, a cargo de la cuadrilla formada por los industriales que constituían la Comisión Gestora del festival; es decir, Mariano Benito Pulido «El Mecánico» como espada y los banderilleros Narciso Moratinos «El Conserva», Luis García «Bien-vestido», Andrés Bueno «El Rechinao», Gregorio Mata «El Tostón» (solo se aprecia diferencia con el segundo director de lidia en que aquí figura con el apodo, sin duda merecido, por su habilidad en la venta de cochinillos), Ponciano Mata «Tirillas» y Victoriano Díez «Borbón», (sin comentarios).

Amenizó la función la banda del Hospicio que tocó escogidas piezas en los intermedios. Nada se sabe de su intervención para acompañar o rubricar una gran faena. La reseña que vamos a buscar inmediatamente, nos lo dirá.

Pero antes, hemos de conocer cuál fue la causa de que se reunieran con tan buen humor tantos desinteresados y apasionados toreros de ocasión. ¿Qué importancia tuvo –o pudo tener– el accidente de que se habla en las primeras líneas del cartel en conmemoración de cuyo feliz resultado se organizaba semejante festival?

En la hemeroteca de «El Norte de Castilla» hemos encontrado la larga reseña del accidente ocurrido en el término de Simancas que dio origen a esta becerrada. En el número correspondiente al 22 de julio de 1908 se publica la noticia con profusión de comentarios bajo este titular: «EN SIMANCAS / A PUNTO DE UNA CATASTROFE / JARDINERA DESTRUIDA / VARIOS HERIDOS».

Festejo en la Plaza de Toros

El suceso ocurrió así. Viajaban hacia Tordesillas con el fin de comprar ganado para carne un nutrido grupo de profesionales carniceros y tablajeros, todos ellos establecidos en los mercados vallisoletanos, el del Campillo, el del Val y el de Portugalete. El viaje se preparó con la suficiente antelación, comprometiéndose el propietario de carruajes Francisco González de la Fuente a poner los coches de tiro y entre ellos lo que se llamaba «una jardinera», aquellos carruajes con toldilla de lienzo en los que era una delicia viajar en los acalorados días de verano. Era un martes y los viajeros, bien sumados, eran trece, circunstancia que se hizo notar al iniciar la marcha.

«Cuando llegaron al recodo de la carretera de Simancas, en el kilómetro 10 junto a la ermita del Arrabal, sufrió una desviación en su marcha la jardinera, de que solo se dieron cuenta el conductor Velayo Álvarez y el dueño del coche, Francisco González», dice el cronista. «Quizás por el brusco movimiento del vehículo al tomar el recodo, se rompió la brida (llamada «la italiana») de uno de

PLAZA DE TOROS
DE
VALLADOLID

GRAN BECERRADA

que se verificará (si el tiempo no lo impide) con permiso de la Autoridad competente

EL DÍA 21 DE JULIO DE 1909

organizada por el **Gremio de Expendedores de Carnes de esta Capital**, en conmemoración del feliz resultado que tuvo el accidente ocurrido el **día 21 de Julio del año último en la inmediata villa de Simancas.**

PROGRAMA

1.° Se lidiarán y matarán **SEIS BRAVOS BECERROS** de la acreditada ganadería de D. Bonifacio Cuadrillero, por las **cuadrillas siguientes:**

ESPADAS

1.° Dionisio García *(El Decidido)*

BANDERILLEROS

Pascasio Abril *(El Americano)*
Gaudencio Acebes *(El Carbonero)*
Alejandro Garrido *(Torerito)*

2.° Isaac Moratinos *(Machaca)*

BANDERILLEROS

Julio Molero *(El Largo)* ⊟ Juan Muñoz *(El Chorizo)*
Marcelino Moratinos *(Barbuquejo)*

3.° Arturo Domínguez *(El Curro)*

BANDERILLEROS

Miguel Domínguez *(El Relente)* ⊟ Juan M. Medina *(Raká)*

4.° Eutiquio Moratinos *(El Poeta)*

BANDERILLEROS

Julio Díez *(Fariñas)* ⊟ Ricario Moratinos *(El Gimnasta)*

5.° José Manzano *(Manzanilla)*

BANDERILLEROS

Regino Manzano *(Malvas)* ⊟ Jesús Díez *(El Tarugo)*
Andrés Moratinos *(El Curtidor)*

6.° Mauro Díez *(El Formal)*

BANDERILLEROS

Juan Moratinos *(Cuatro-dedos)* ⊟ José Molero *(Limón)*
Angel Molero *(Naranjo)* ⊟ Teófilo Moreno *(El Soberano)*

SOBRESALIENTE

Ricario Moratinos (EL GIMNASTA)

PUNTILLERO

Federico Manzano *(El Cebolla)*

DIRECTORES DE LIDIA

Manuel Sánchez y Gregorio Mata

2.° Se lidiará y matará **UN 7.° BECERRO** de la misma ganadería por la **siguiente cuadrilla** formada por los industriales que constituyen la Comisión gestora de este festival.

ESPADA

Mariano Benito (EL MECÁNICO)

BANDERILLEROS Y CAPEADORES

Narciso Moratinos *(El Conserva)*, **Luis García** *(Bien vestido)*, **Andrés Bueno** *(El Rechinao)*, **Gregorio Mata** *(El Tostón)*, **Ponciano Mata** *(Tirillas)* **y Victoriano Díez** *(Barbón)*.

La brillante banda del Hospicio, amenizará el espectáculo tocando escogidas piezas en los intermedios.

La corrida dará principio á las cuatro en punto

ADVERTENCIA.—La Comisión cuidará del orden, para lo que se observarán todas las disposiciones dictadas por la Autoridad para esta clase de espectáculos.

Imp. de A. Rodríguez.

los caballos delanteros, y entonces el cochero pretendió restar la violencia, ya iniciada, refrenando a los caballos de varas. Una de las ruedas de la jardinera «apezonó» con un árbol al borde del desmonte que allí hay, y haciendo el tronco de palanca con la rueda, empujó a ésta hacia el terraplén, arrastrando al mismo tiempo los caballos el vehículo, por haber también perdido el firme uno de aquellos». El volquetazo fue espantoso y milagroso que no murieran machacados por carruaje y caballos los que viajaban en aquella jardinera. De todos ellos, y sin duda por ser del oficio y conocer los recursos mejor que sus compañeros de viaje, el dueño de la jardinera, al ver que ésta se precipitaba, saltó del carruaje, quedando milagrosamente de pie y contemplando desde lo alto la caída del coche de caballos. El cronista del suceso dijo que el tal Francisco se quedó haciendo la suerte de Don Tancredo, es decir, casi de piedra, como una estatua, sin poder moverse del susto.

«Unos segadores primeramente, a continuación los dueños de la posada, luego los industriales que iban en el coche de delante y que por el recodo que allí hace el desmonte de la derecha no pudieron presenciar el vuelco, y seguidamente las autoridades y el vecindario de Simancas, prestaron activos socorros a los excursionistas, siendo algunos de ellos trasladados al domicilio del conocido industrial don Justo Alonso». Lo cierto es que lo que pudo ser una tragedia se quedó en pérdidas del conocimiento, fuertes golpes al caer por el terraplén, contusiones, alguna que otra costilla rota, dislocaciones de manos y pies, carnes abiertas que necesitaron puntos de sutura y fuertes contusiones. Los heridos fueron:

* Nicolás Moratinos (privado).
* Rogelio Díez (contusionado y auxiliador de todos).
* Isaac Moratinos (contusionado en el pecho y convaleciente de un tratamiento de botones de fuego en el pecho; toreó en el festival con el apodo de «Machaca»).
* Doña Segunda Sanz («esposa de un individuo de la Benemérita que iba a la Mota del Marqués con objeto de pasar unos días con un hijo suyo que allí reside»).
* Juan Hernández (herido en la cabeza).
* Inocencio Manzano (herido en el vientre).
* Victorino Moratinos (que quiso seguir viaje en otro carruaje hasta Tordesillas porque tenía que deshacer un error cometido en una transacción hecha unos días antes, al dar un billete de 500 pesetas por uno de 100 y quería recuperar sus 400 pesetas del ala «que no son grano de anís»).
* Santiago Barbella (cuatro puntos de sutura).
* Casimiro Mata (familiar de los Mata que «mataron»).
* Valero Alvarez (conductor del carruaje, que hacía el número 10 de los heridos y sufrió «una extensa herida en la cabeza»).

De nuevo la bien ordenada y mal microfilmada hemeroteca de «El Norte de Castilla» me permite encontrar rápidamente ahora la croniquilla del festejo taurino. Fue publicada el 22 de julio de 1909 y firmada por «El Tío Paco». «El Tío Paco», que venía con la rebaja atizando a diestro y siniestro a los toreros hueros y que no se llamaba ni siquiera Paco, sino Segundo Cernuda, hizo una reseña muy particular. Lo que más le gustaron fueron las mujeres que acudieron al festejo («en todos los palcos, muchos de ellos adornados con magníficos pañolones, veíase lo más florido del mujerío castizo y barbianísimo»). Y, además, lo ripió:

«Lo consigno sin desplante
porque además de elegantes
las había tentadoras
de curvas encantadoras
y cuerpos descacharrantes».

La manía versificadora de «El Tío Paco» fue inoportuna en este caso y no debió caer muy bien entre los carniceros de Valladolid que, precisamente por culpa de «otra curva», estuvieron a punto de «descacharrarse».

El ganado de Cuadrillero salió «bravuconcito» y propinó algún que otro susto a los valientes lidiadores que cumplieron con discrección. El cronista no debió fijarse demasiado en lo que ocurría en el ruedo, o no era lo más atractivo para él, pues en la breve crónica aún tiene que dedicar un piropo al mujerío presidencial, al reconocer que «veía usted el palco presidencial y se salía en seguida por peteneras al encontrarse con un ramillete de mujeres y muchachas que quitaban la cabeza». (¡El sentido, «Tío Paco»!).

Los apellidos de algunos carnicero-toreros ocasionales sonaran familiares hoy en día a los taurinos y a los carnicero-profesionales. Arturo Domínguez «El Curro», que mató el tercer novillo, era hermano de Cleto Domínguez que a su vez fue el padre de Fernando, el famoso tío torero del torero-tío Roberto Domínguez. Ángel, José y Julio Molero y quien actuó de Director de lidia y fue matador del último novillo, fueron ascendientes de los ganaderos de reses bravas, los Hermanos Molero. Mariano Benito Pulido, que figuró con el apodo de «El Mecánico», tiene en la actualidad descendientes en esta industria. Los Muñoz y Mata aún aparecen en los rótulos de las más afamadas tiendas de alimentación. El cartel, al fin, acabó por contarnos su historia.

Cartel de mano de la corrida inaugural. 1890

XXVII

PLAZA NUEVA Y CORRIDA INAUGURAL

La segunda plaza de toros de Valladolid cumplió cien años y don Emilio Casares, escritor taurino y poseedor de un auténtico museo bibliográfico, documental y cartelístico de la especialidad, perpetuó la efemérides con la publicación de un libro sobre la historia del coso del paseo de Zorrilla. Si los aplausos se los lleva el viento y las orejas cortadas se pudren, al menos el libro, aunque de materia bien débil, permanecerá por su multiplicidad.

La plaza de toros actual, situada en un recodo frente al Paseo de Zorrilla, como una anciana centenaria –de muy buen ver– que ha de protegerse de las corrientes del viento y de las corrientes del tráfico, nació como consecuencia de un incipiente desarrollo urbanístico, ya que la anterior placita de Fabioneli se había quedado pequeña «y quedaba dentro de la ciudad». También –no lo olvidemos– como consecuencia de un proyecto fracasado, del que hablaremos inmediatamente.

Don Toribio Lecanda, que por aquel entonces traía de Burdeos los primeros «palos» para injertar los viñedos de Vega Sicilia, finca de la que también era propietario, lo era asimismo, desde 1859, de la plaza de Fabioneli y quiso cubrirla con una cúpula de hierro y cristal. Pero el proyecto, que se publicó en el Boletín de Lotería y Toros en 1864 y que la convertiría en la primera plaza de toros de España y América cubierta, fracasó por culpa de ¡veinte mil duros! ¡Un pequeña cantidad ahora, pero un dineral inamortizable entonces! Pese a que el proyecto no pudo realizarse, las dos plazas de toros de Valladolid convivieron durante algunos años, hasta que en 1899 la primera fue cedida a la Guardia Civil.

En 1888 se había tomado la decisión de levantar una nueva plaza «en las afueras de la ciudad, en terrenos próximos a La Rubia, al final del Paseo de Sancti Spíritu». Trazó los planos el arquitecto don Teodosio Torres. Se trabajó en ella con entusiasmo y, al fin, fue inaugurada el 20 de septiembre de 1890 con una corrida del Marqués del Saltillo, de Carmona, que estoquearon Rafael Molina «Lagartijo», Manuel García «Espartero» y Rafael Guerra «Guerrita». ¡Vaya terna...eterna! En la hemeroteca de «El Norte de Castilla» hemos buscado la referencia del acontecimiento y, con la parvedad que caracterizaba al periodismo de la época, solamente hemos encontrado esta modesta gacetilla: «A las tres y media de la tarde tendrá lugar la inauguración y primera corrida de toros del Marqués de Saltillo».¡Y no hay más, de momento!

En la vieja plaza de Fabioneli, que no abandonaría su actividad hasta algunos años después, se lidiaron ese mismo día seis toros de don Pablo Valdés (del Raso de Portillo) para las cuadrillas de «Villarillo», «Pepete» y «Rebujita». No aparece ninguna reseña de la inauguración ni del resultado del festejo, ni en el

Cartel de «La Lidia». Corrida inaugural 1890

número del día siguiente ni en parte alguna, aunque sí se publica otra gacetilla anunciando la «segunda corrida de toros en la plaza nueva, de la ganadería del señor Conde de Patilla, a cargo de «Lagartijo» y «Espartero» («Guerrita» hubo de cumplir un compromiso en Madrid).

Dos días después, en el periódico «La Opinión», cuyo editor era don Fernando de Santarén y que imprimía en sus talleres de Fuente Dorada, apareció una extensa crónica a cuatro columnas reseñando, toro a toro, la corrida inaugural. He aquí la reseña del que, según el cronista de « La Opinión», abrió plaza:

«Salta el primero de Saltillo, que se llamaba «Cristino», usaba terno negro, meano y señalado con el 54. Con coraje arrebata, previo un refilonazo, una vara del «de los Gallos» que cae al descubierto («Lagartijo» al quite) y pierde el potro. Se le cuela a Charpa, de quien toma dos puyas a cambio de dos caídas y otras tres varas más de Soria y Beao, con tres costaladas. «Lagartijo» llevó palmas en los quites.

¡Resultaron muchas varas! En un momento parearon superiormente Ostión con dos y Manene chico con uno, a cuál más superiores. Palmas y todo. De corinto y oro viste «Lagartijo» que pasa de cerca y parado con dos en redondo, dos naturales, uno de recuerdo superior y tres de pecho, tirándose en corto para dejar una estocada, algo tendida. Y ya entraron los capotes desluciendo algo la brega; sin embargo el matador se rehace y descabella a la primera. ¡Viva Córdoba! Ovación».

Después salieron al redondel los toros «Aquillo», cárdeno, bragado y cornigacho; «Zurdito», bragado y apretado de cuerna; «Vinatero», negro, meano, corniabierto; «Polvaredo», cárdeno y bragado y «Castellano», negro listón que fue devuelto a los corrales por exigencias del público, pese a que «sin volver la cara tomó hasta diez varas...El Presidente hace uso del tubo acústico, sube «Rafael I» a la presidencia, dice que el toro tiene condiciones de lidia y va el Presidente y... ¡zas!, lo manda que lo retiren. Si esto es presidir toros, que venga Cánovas y lo vea».

El censurado Presidente de aquella corrida inaugural fue el gobernador civil don Jerónimo Marín. Devuelto a los corrales el que iba a cerrar plaza salió un sexto-segundo, cárdeno y su miajita de tuerto que con bravura de buey le hizo pasar muchas fatigas a «Guerrita». No obstante en su primero había estado superior. «Lagartijo», que actuaba de primer espada por ser el más antiguo, estuvo mejor en su primero que en su segundo. Y Espartero, discreto y desgraciado al herir. El cronista, al hacer el resumen del ganado calificaba al primero de «bueno» y el quinto «de los de buten, pero de los de mucho buten».

Los toros del marqués del Saltillo que costaron 12.000 pesetas recibieron un total de 43 puyazos y mataron 7 caballos (en la corrida que a aquella misma hora se estaba celebrando como hemos dicho en la ya vieja plaza de Fabioneli, fueron muertos 12). Los toreros cobraron: 5.000 pesetas Lagartijo, 3.125 Espartero y 4.000 Guerrita. El precio medio de las localidades oscilaba entre 3,50 pesetas de

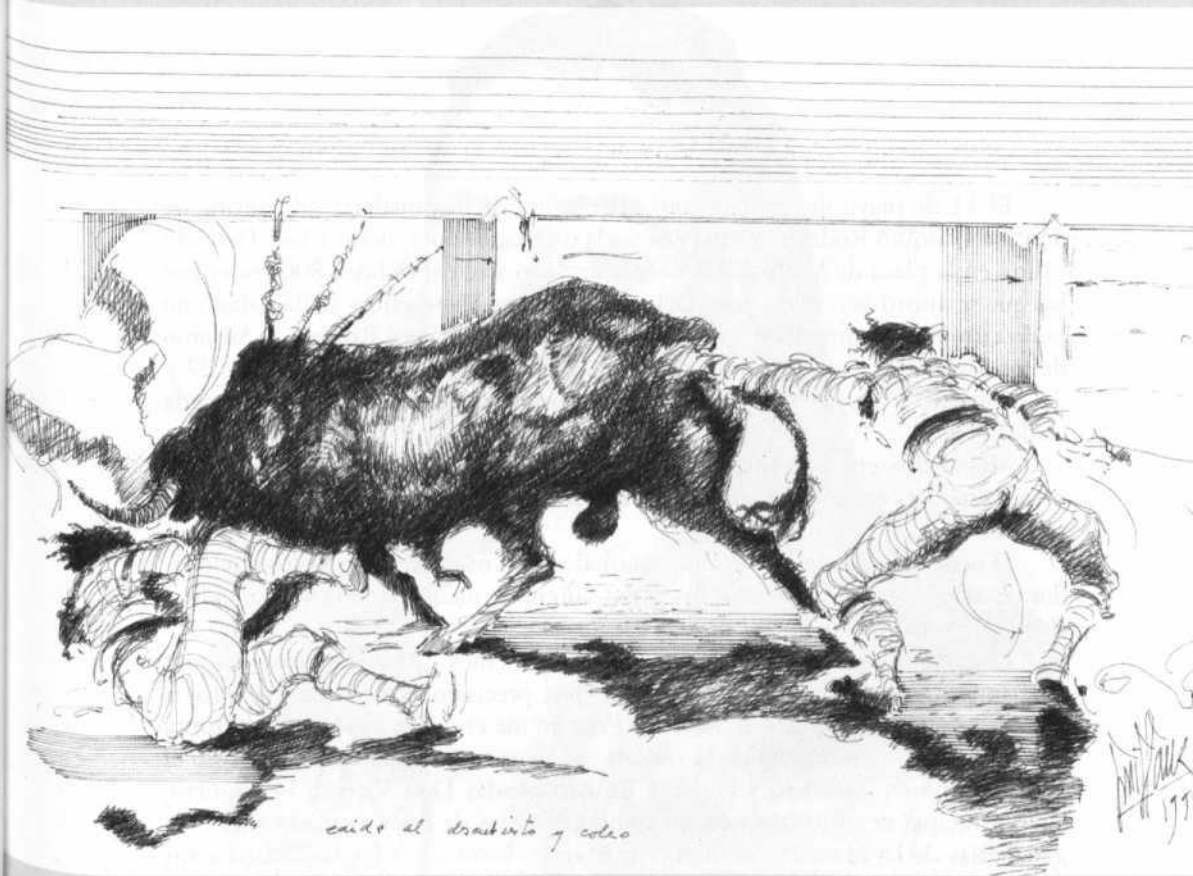
una sobrepuerta de vomitorio hasta 9 pesetas una barrera. Pero todas las localidades de los tendidos sin distinción de sol ni sombra se pusieron al precio común de 3 pesetas.

Los picadores fueron Manuel Calderón, Juan Rodríguez «El de los gallos», Joaquín Trigo, Manuel Moreno, Francisco Fuentes y Antonio Bejarano «Pegote». Con el capote de brega y las banderillas inauguraron el coso los subalternos Juan Molina, Antonio Pérez «Ostión», Manuel Antolín, Rafael Martínez «Manene chico», Julián Sánchez, Antonio García «Morenito», José Malaver, José Roger «Valencia», Miguel Almendro, Ricardo Verduti «Primitivo», Rafael Rodríguez «Mogino» y Antonio Guerra. Los puntilleros fueron José Torrijos «Pepín», Antonio Ruiz «Sargento» y Joaquín del Río «Alones». La corrida dio comienzo a las tres y media de la tarde.

«Lagartijo», que era un torero rumboso, regaló los arreos de las mulillas.

Las segundas corridas de la feria –en las dos plazas– hubieron de ser suspendidas por causa de un «diluvio pinciano». ¡Faltaría más!

Nota: En la oficina que la empresa tiene en dependencias de la plaza se conserva disecada la cabeza del toro «Aguilillo» («Aquillo, según el cronista de «La Opinión») como el primer toro que saltó al ruedo el día de la inauguración. Si damos por bueno el orden de la lidia establecido por el periodista fue el segundo y no el primero. Pero si damos por buena la decisión del primer empresario que la mandó conservar, el cronista es el confundido. Los pelos de ambos toros y la disposición de la cuerna tampoco coinciden. Aguilillo o Aquillo, cárdeno y cornigacho; y «Cristino» (primero de Lagartijo, según la reseña) era negro, color que corresponde a la cabeza disecada. Si bien es cierto que a veces los periodistas trastocamos por mor de las prisas nuestras notas, no es menos cierto que también a veces los empresarios se acuerdan de cortarle la cabeza a un toro histórico cuando ya esta el segundo en el ruedo y el histórico en manos de los carniceros, de extremada diligencia en su tarea destazadora. ¡Vayan ustedes a saber!



«Coleo» *dibujo de Luis Sanz, 1994. Colec. del autor*

XXVIII

EL TORO QUE MATÓ A JOSÉ DELGADO «ILLO» Y SU CIRCUNSTANCIA

El 11 de mayo de 1801 el toro «Barbudo» de la ganadería salmantina de don José Joaquín Rodríguez, de Peñaranda de Bracamonte, mató a José Delgado «Illo» en la plaza de Madrid. María Salado, su viuda, cobró los 2.800 reales por los que se ajustó la corrida. José Delgado y Guerra, Pepe «Illo» le llamaban, no pudo cumplir su inmediato compromiso de matar, con José Romero y Antonio de los Santos, los cuarenta toros reunidos para la feria de Segovia los días 22 y 26 de agosto y 9 y 11 de septiembre, diez toros para los tres matadores cada tarde.

«Barbudo» era, por tanto, un toro castellano, los toros vetados por los primeros espadas, entre ellos José Delgado «Illo», desde el día de la jura del rey Carlos IV.

¿Puede decirse que el toro que mató al torero más querido por los aficionados de aquel tiempo llevaba en sus venas sangre de una ganadería vallisoletana? Puede. Y verán por qué.

El ganadero propietario del toro era como hemos dicho Don José Joaquín Rodríguez, de Peñaranda de Bracamonte que, precisamente con ese toro, hacía su presentación en la plaza de Madrid. Pero no fue él quien lo vendió a la Junta de Hospitales organizadora de la corrida. Al ganadero salmantino le compró el toro el también ganadero y tratante de Alcobendas Don Vicente Perdiguero, cuyo principal negocio consistía en comprar puntas de reses –ganado suelto– a ganaderías de La Mancha, Salamanca y Aragón. Estos toros los trasladaba a sus prados de San Agustín de Alcobendas y a Chozas de la Sierra.

En la corrida del 11 de mayo de 1801 se corrieron 17 toros (entre ellos «Barbudo») de las siguientes ganaderías: 4 de Don Manuel Briceño, de Colmenar Viejo. 4 de Don Juan Antonio Hernán, del mismo origen. 4 de Don Hermenegildo Díaz Hidalgo, de Villarrubia de los Ojos (Ciudad Real). 2 de Don José Gijón, también de Villarrubia. 2 de Peñaranda de Bracamonte (en el cartel sólo figuraba su origen), y un morucho cunero, es decir, un toro sin hierro, que cerraría la corrida y que quizás procediera también del campo de Salamanca o Avila, donde se criaban bien estos toros de poco trapío pero de buen resultado en los festejos de muchas reses. Los de Salamanca, anunciados como «de Peñaranda» fueron, uno de Don Vicente Bello, de Palacios Rubios , lidiado por la mañana en quinto lugar, y «Barbudo» que se lidió por la tarde en séptimo lugar. Los toros castellanos (en este caso por salmantinos) se presentaban por primera vez en la plaza de Madrid, al igual que los cuatro de Don José Antonio Hernán, de Colmenar Viejo.

José Delgado «Illo»

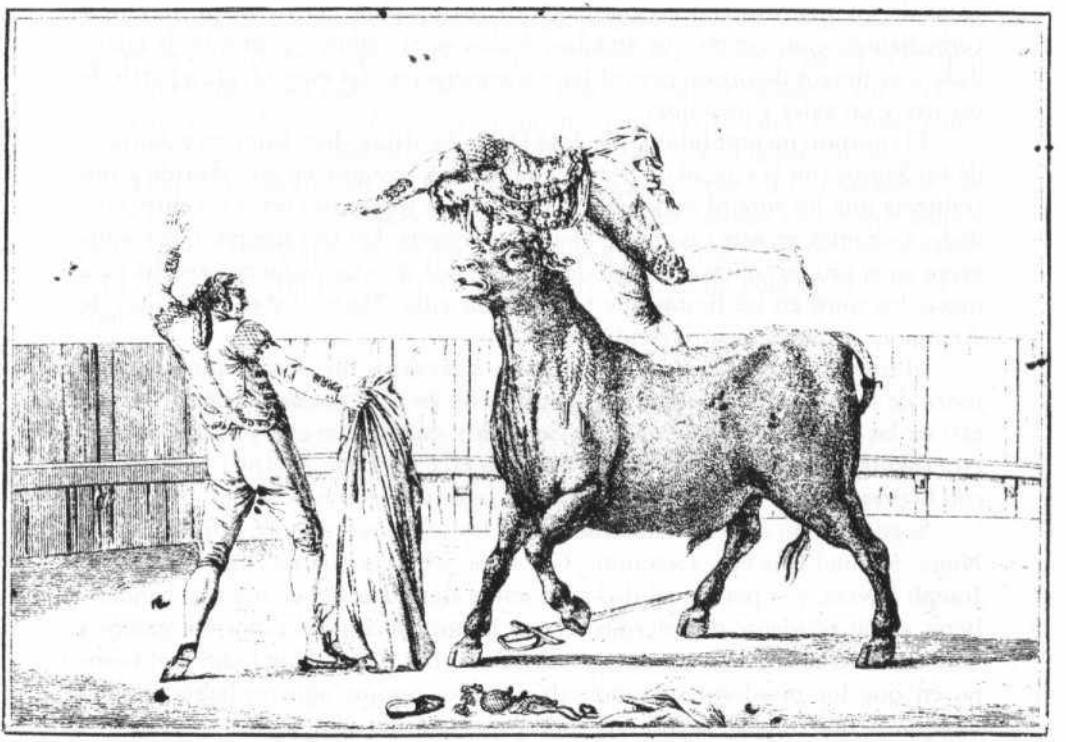
Hasta aquí los hechos que en nada vinculan al toro matador con una ganadería vallisoletana. Hay que descender hasta el año 1771 para encontrar el núcleo vinculante. Veamos.

Don Juan de la Peña, propietario de una finca dedicada a la agricultura, fundó una ganadería brava en 1771 (30 años antes de celebrarse la corrida mortal) con una partida de vacas bravas compradas a la condesa de Peñafiel, que tenía su ganadería en Villanueva de los Infantes, en la provincia de Valladolid. Por cierto, que el Diccionario Madoz no ofrece ningún dato acerca de la existencia de ganado bravo en ese término en 1845, lo que nos hace sospechar que entonces ya había desaparecido la vacada.

Compró también el señor Peña unos sementales a Doña Antonia Campos, viuda del ganadero salmantino Don Pedro Mercadillo. (Los primeros toros del señor Peña se lidiaron en Madrid el 21 de julio de 1777 estoqueados por Costillares y Pepe-Illo). En 1783 la ganadería pasó a poder de Don José de la Peña y cuando éste falleció, su viuda vendió la mitad de la vacada a dos ganaderos: a Don Vicente Bello, de Palacios Rubios, que también lidió el fatal día en Madrid, y la otra parte a Don José Joaquín Rodríguez, de Peñaranda de Bracamonte, a cuya ganadería pertenecía el fatídico «Barbudo». De ahí que en el juego de las genealogías podamos decir que el toro que mató a José Delgado «Illo» llevaba sangre de toros vallisoletanos, era producto de un encaste entre hembras procedentes de la vacada de la condesa de Peñafiel yprobablemente de un semental del afamado Don Pedro Mercadillo, a nombre de cuya viuda Doña Antonia del Campo se lidiaron los primeros toros salmantinos en la plaza de Madrid de todo el historial ganadero del campo charro, el 6 de mayo de 1776.

Las pesquisas bibliográficas hechas para llegar por encaje de bolillos a esta enrevesada y anecdótica conclusión, (que no tiene más importancia que la pura especulación genealógica de un hecho cuyas circunstancias desencadenaron una tragedia con importantes efectos en la pasión taurina y en el arte pictórico de principios del siglo XIX); las pesquisas, decía, me han puesto ante los ojos unos cuantos datos referentes a los gastos e ingresos de aquella histórica corrida. ¡Y esto sí tiene interés histórico!

Estos datos, que hoy han de causar asombro al más templado empresario y al más sufrido aficionado, nos permiten saber que José Delgado «Illo», de haber llegado con vida al final de la corrida, hubiera cobrado 2.800 reales de vellón. Igual cantidad su compañero José Romero y 2.000 reales el tercer espada Antonio de los Santos. Que los ingresos de la Junta de Hospitales, correspondientes a las dos sesiones de mañana y tarde, fueron de 33.194 reales de vellón por la mañana, corrida en la que José Delgado «Illo» sufrió un revolcón que debió mermarle sus facultades físicas, y por la tarde (corrida en que murió tras entrar a matar a «Barbudo») los ingresos fueron de 47.474 reales. Por la carne de los toros muertos dieron los carniceros 7.647 reales y por los pellejos de los 20 caballos muertos, a razón de 34 cada pellejo, 680 reales. LLama la atención



Muerte desgraciada de José Delgado «Illo». En la Plaza de Madrid el día 11 de mayo de 1801

que se vendiera para el consumo humano la carne de toro y no así la de caballo, pues no se cita su venta, sino sólo –y bastante mal pagados– los pellejos. De aguadores y alojeros (los vendedores de aloja, que era una bebida refrescante a base de agua, miel y especias) se ingresaron 140 reales. Todos estos ingresos totalizaron 89.135 reales de vellón. Es de suponer que, descontado el precio de los toros –del que no se da cuenta, aunque puede calcularse entre 1.200 y 1.400 reales por cabeza–, la corrida ofreció un balance positivo, con beneficios para la Real Junta de Hospitales. Sólo hubo una pérdida. La de José Delgado «Illo».

Este curiosear nuestro por el mundillo interno de las primeras corridas y los primeros toreros, o cuadrillas de toreros, nos permite comprobar que estas cuadrillas no eran de un solo matador y subalternos, sino que funcionaban como una compañía de teatro en la que había una primera figura, una segunda y una aspirante a figura. Y luego estaba la cuadrilla de banderilleros; es decir, otros actores necesarios para componer la tragicomedia. Sus contratos con los organizadores de las corridas feriales de cada ciudad o lugar no deberían de andar muy ale-

jados de los suscritos con las compañía de teatro, pues unos y otros, toreros y comediantes, eran gentes que andaban juntas en el camino, gentes de la farándula; con riesgos distintos, pero objetivos semejantes: dar espectáculo a partir de un arte y un valer y un valor.

El contrato incumplido (¡) por José Delgado «Illo», José Romero y Antonio de los Santos con la ciudad de Segovia nos ilustra bastante en este sentido y nos confirma que los toreros viajaban en mula en los trayectos cortos (?) entre ciudades próximas, en este caso entre Madrid y Segovia. Los tres toreros, que comunican en el propio contrato a la ciudad de Segovia ser «las primeras espadas para matar los toros en las fiestas que celebre esta villa (Madrid) y el Real Sitio de Aranjuez», exponen cuatro condiciones:

«Primera: se nos ha de hacer el gasto a nosotros, los seis banderilleros, y mozo de mulas, de todo el gasto personal y de las diez mulas (llevaban las justas) en las idas a la dicha ciudad de Segovia y estancia en ella y hasta volver a ésta (Madrid, donde se suscribía el contrato el 2 de mayo de 1801 confirmado con la presencia de los comisionados segovianos tres días más tarde).

Segunda: han de ser de nuestra cuenta los seis banderilleros, que han de ser Nona, Manuel Sánchez, Gerónimo Cándido, Sebastián Barga, Joaquín Díaz y Joseph Rivera, y si por casualidad acaeciese a alguno de los dichos seis banderilleros algún accidente de enfermedad que le impida concurrir, nos obligamos a llevar otro en su lugar de los escriturados en las dos plazas. (Era todavía el tiempo en que los picadores se contrataban aparte porque aún no había llegado «Paquiro» que impuso la contrata total para cuadrilla completa).

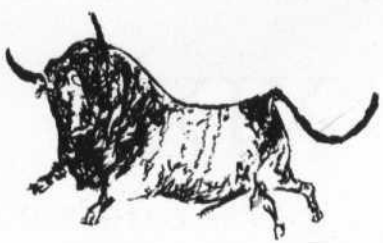
Tercera: si por casualidad ocurriese que alguno de los tres espadas estuviese impedido para no concurrir, se obligan los demás que estuviesen actos, a cumplir por él, pagándoles el todo del ajuste.

Cuarta: cumplidas que sean por nuestra parte las obligaciones antecedentes, se nos ha de dar por los señores comisionados de la expresada ciudad de Segovia cuya obligación firmará al pie de esta, concluidas que sean las fiestas, treinta y seis mil reales de vellón en moneda metálica».

Como faltaban seis días para la fatídica corrida de Madrid y algo más de tres meses para la primera corrida de la feria segoviana, ignorantes de lo que iba a suceder, se dispuso todo en la capital del acueducto para recibir a los toreros. Don Juan Marinas encargó al posadero Gabriel de Mora que «viese el arreglo que podía hacer con el gasto de los toreros, en darles de comer, beber, asistimiento y camas», y se llegó a proponer el siguiente programa alimenticio o menú: «Primeramente, chocolate para doce, una libra con dos libretas; patorra (guiso de manos y asadura de cordero) para almorzar, con su pan y vino; a mediodía dos libras de vaca, media de carnero, una gallina, media docena de chorizos, ocho pollos (cuatro asados y cuatro en pepitoria), una fuente de pellas o natillas, ocho libras de ternera, con una libra de manteca para asarlo, doce libretas de pan, vino bueno, fruta del día, y tres libras de azúcar blanco. Por la noche un buen guisa-

do, su ensalada, vino y pan, con fruta para postre; sus doce camas buenas, con sus posesiones, luces y asistencia». «No excediendo de esto, el gasto lo arreglo por veintiocho reales cada uno. Me parece que está bien arreglado» –dice el despensero. Y añade: «Si usías determinan, me darán aviso para determinar mis cosas. Dios guarde a usías muchos años.P.A.L.P. de usías. Gabriel Mora».

Hemos transcrito en su totalidad el documento por su curiosidad y por hacer notar que aquellos toreros antes de las corridas comían fuerte. Alimentos nada ligeros, abundantes en grasas y bien regados con vino. Cosa que en la actualidad procuran eliminar de su dieta alimenticia antes de ponerse el vestido de torear.



Grabado de Antonio Carnicero. Museo Municipal. Madrid

XXIX

PAPELETA SOBRE LOS GRABADOS TAURINOS DEL SALMANTINO ANTONIO CARNICERO

Cuando Goya ni siquiera había pensado en hacer una serie de grabados taurinos, veintisiete años antes de que comenzara la serie taurógrafa más famosa del mundo, un pintor nacido en la provincia con mayor riqueza ganadera, en Salamanca, mandaba poner un anuncio en el más popular periódico de Madrid para tratar de vender su mercancía. Su mercancía era una media docena de dibujos en los que quedaban recogidas algunas escenas de una corrida de toros. Aquel pintor era Don Antonio Carnicero. Había nacido en 1748 en el seno de una familia donde se respiraba sobrada sensibilidad: el padre era un escultor de consideración que recibió el encargo de hacer esculturas para el Palacio Real de Madrid. Allí, en la Academia de San Fernando, Antonio comienza a estudiar con tan notable aprovechamiento que en 1769 obtuvo el segundo premio de la primera clase de la Academia. Más tarde estudió en Roma, adonde acudió, posiblemente en compañía de su hermano Isidro, también pintor. A su regreso es nombrado Antonio pintor del rey Carlos IV en 1796 y asimismo es designado profesor de dibujo del príncipe de Asturias, el futuro Fernando VII, a quien aleccionó entre los años 1796 y 1801. Cuentan comadres y compadres palaciegos, que la reina María Luisa no le hacía ascos a Godoy y que a Carlos IV y a su familia (véase el famoso retrato familiar de Goya) les faltaba temperamento y españolidad. Cierto día, el rey y el heredero viajaron a Francia y ante Napoleón abdicaron del reino de España. Carlos no volvió, porque su hijo no le dejó. !Todavía había clase! Poca, pero algo había.

Pero, en fin, esta es otra historia que nos aparta de esta otra que en la presente papeleta queremos contarles, pese a que el protagonista de la misma, el pintor de cámara y el maestro del príncipe heredero, estuviera al corriente de lo que se cocía en palacio.

Antonio Carnicero empezó a pintar, grabar y vender su colección de estampas taurinas en 1787 como decimos, y no en 1790 como han creído muchos. Con los datos que a continuación vamos a aportar, las cosas quedan más en su sitio.

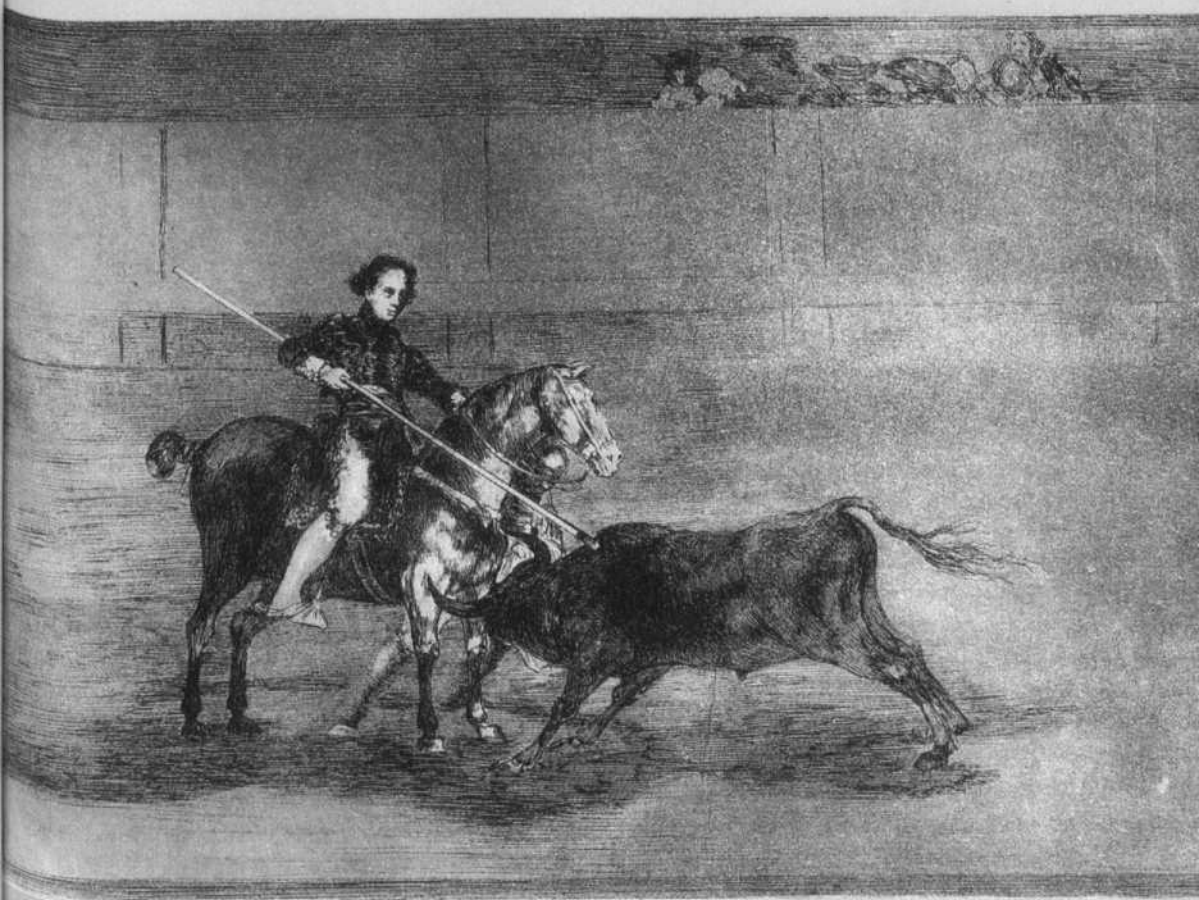
En el «Diario de Madrid», diario de anuncios de todo tipo, del 10 de enero de 1788, y en la «Gaceta de Madrid» del 14 de diciembre del año 1787, es decir, con diferencia de días, apareció el anuncio de la puesta a la venta de los seis primeros grabados de un primer cuaderno de doce, el ofrecimiento de un segundo con otras «acciones particulares, como poner rejoncillos, montar el toro» y la promesa de completar la colección con una gran panorámica del interior de la plaza en plena actividad. El precio de venta era de 4 reales cada una de las láminas iluminadas (coloreadas) y de 3 reales en negro. Al principio fueron anóni-

mas, al no aparecer el nombre de Don Antonio Carnicero hasta el cuarto anuncio, que se publicó el 1 de octubre de 1790. En dicho anuncio se ofrecía una nueva entrega con las láminas 11 y 12 del primer cuaderno. Por tanto, la serie se completó en cuatro entregas hechas a lo largo de tres años.

La estampa que pondría colofón al primer cuaderno salió el 17 de marzo de 1791 en que desde el rincón de las «Noticias particulares» del Diario de Madrid se informaba al lector de la aparición de la estampa nueva «que representa la vista de la plaza de toros extramuros de Madrid en la acción de una corrida; dibujada, grabada e iluminada en un pliego de marca mayor de papel de Holanda».

En el anuncio se hace la descripción de los pormenores de la lámina y se deja constancia de su precio, 24 reales, y los lugares de venta en Madrid, en la librería de Quiroga, y en Valencia, en Casa de Don Mariano Torrá «donde igualmente se vende el juego de las doce estampas de suertes particulares del proprio (sic) Don Antonio Carnicero».

Las acciones comunes, tal y como rezaba el primero de los anuncios, corresponden a las primeras láminas. Es decir, las de una corrida de toros normal, sin las otras doce acciones o suertes particulares, que se prometían en la segunda colección y cuyos originales o no se hicieron nunca y no alcanzaron la divulgación de la primera serie, o se perdieron.



La Pajuelera. Dibujo de Francisco de Goya

XXX

LA PRIMERA MUJER TORERA FUE PICADORA «LA PAJUELERA»

Y fue picadora porque, no es que le estuviera vetado echar pie a tierra, sino porque apareció en la primera mitad del siglo XVIII cuando todavía los picadores figuraban por delante de los lidiadores de a pie y empezaban a formarse las primeras compañías de toreros. Los picadores tenían entonces un mayor protagonismo en la corrida, ya que las faenas de los hombres de a pie, de los toreros, eran breves y por tanto de aliño. Estaban a punto de entrar en el palenque los valientes artistas toreros y creadores de vistosas suertes, cuando apareció esta mujer.

Goya le dedicó a «La Pajuelera» uno de sus grabados. El número 22 de «La Tauromaquia» en el que aparece en una actuación picando con la llamada vara de detener. Y lo hace de forma ortodoxa, citando al toro de frente, con los pechos del caballo. El primer título que tuvo esta estampa taurina goyesca fue «La Pajuelera picando». Así aparece en la primera tirada, la de 1816. En una posterior se tituló: «Valor varonil de la célebre Pajuelera en la plaza de Zaragoza», que ya es más provocador y orientativo. En el dibujo a la sanguina que Goya hizo preparatorio del grabado definitivo y que se conserva en el Museo del Prado, los rasgos de «La Pajuelera» y su peinado son más femeninos que en el dibujo definitivo que son algo más varoniles.

Se llamaba Nicolasa Escamilla y parece ser que había nacido en Valdemoro. El apodo le venía de que era vendedora de pajuelas de azufre para sanear cubas de vino y otros usos domésticos e industriales. Un negocio poco próspero, pero suficiente en aquel tiempo para ir tirando. Sánchez de Neira en su Diccionario de toreros la trata de forma despectiva, como si su labor como picadora no tuviera ningún interés y se tratara de una anécdota más digna de lástima que de encomio, pues dice: «En todas las épocas ha habido payasos, bufones y botargas que han servido de hazmerreír a sus semejantes. Sin embargo el célebre Goya la incluyó en su magnífica colección de láminas taurinas grabadas al aguafuerte». Tras pocas palabras más, carentes de afecto y rigor histórico, Sánchez de Neira dice que «La Pajuelera» salió a torear a caballo antes de 1776.

Por su parte Natalio Rivas en su libro «Semblanzas taurinas» dice prácticamente lo mismo pero con más gracia, añadiendo que «La Pajuelera» toreaba a pie y a caballo, dato que el escritor no basa en ningún testimonio, quedándose esa doble condición torera en el aire, tal que una suposición. La verdad, documentada, es que Nicolasa Escamilla no apareció «antes de 1776» como dice Sánchez de Neira, sino mucho antes, en 1747. Por tanto el gran sordo, la tuvo que pintar «de oído», puesto que en 1747 el pintor ensuciaba, no lienzos, sino pañales. Goya tenía un año.

«La Pajuelera» fragmento del grabado de Goya

El jesuita Padre Sarmiento en un escrito de 1762 del que se hizo eco Vargas Ponce en su «Disertación sobre las corridas de toros» (1807) dice en sus páginas 257 y 258: «No hace muchos años que en Madrid se presentó en la plaza pública una mujer para torear, y que de hecho toreo. Llamábanla «Pajuelera», porque cuando mozona había vendido alguaquidas o pajuelas de azufrete en un cuarto. Este fenómeno ha sido la ignominia del devoto femenino sexo, que tiene adherente la compasión y la afrenta del indiscreto sexo barbado que toleró y dio licencia para que saliese al público semejante monstruosidad. Cotéjese esa «Pajuelera» con el ejercicio de las niñas gallegas, que puestas a la frente de una baca (sic) o buey manso, están hilando todo el día y cuidando que ese ganado no eche la lengua a las mieses que tiene a boca. ¿Qué ha sido aquello, sino ridiculizar la fiesta de toros? Y ¿qué cosas no diría Quevedo si la viese? No dudo que apuntaría todos los equívocos sobre el significado de toro toreado por una mujer a vista de tanto marido.»

Tengamos bien presente que Don José Vargas Ponce, que era capitán de fragata y llegó a ser presidente de la Real Academia de la Historia, compuso su «Disertación» en contra de la propia fiesta, tratando de denostarla con tal profusión de referencias históricas, datos y documentos, que su propósito se truncó y quedó su trabajo como un meticuloso estudio del vigor de la fiesta de los toros, en sus diferentes desarrollos, desde la más antigua historia hasta su tiempo.

Don José Vargas Ponce fue, por tanto, un anti-taurino, un detractor que trabajó como un poseso para, inadvertidamente, redescubrir una vieja teoría: Que jamás una fiesta como la de los toros ha enriquecido tanto el arte y la historia de España, sin menoscabo del honor y las buenas costumbres.

El picador y cronista Don Josep Daza, que por cierto estaba en activo cuando apareció Nicolasa Escamilla, dijo en sus «Precisos manejos» que «La Pajuelera» borró el mal sabor de boca dejado por una rejoneadora andaluza que había dado un petardo en la plaza de Madrid. El mujerío madrileño, y especialmente el cortesano, aplaudió la destreza y el valor de Nicolasa repitiéndola en Valdemoro. La referencia que hace a una mujer andaluza que a caballo intentó torear es interesante, pues demuestra que «La Pajuelera» no fue la primera que lo intentó, aunque sí pudo ser la primera que lo hizo con acierto.

En un documento del Archivo General de Palacio, desempolvado por el riguroso investigador taurino Diego Ruiz Morales, se anuncia un festejo del 8 de agosto de 1748, el segundo de los concedidos a la Sala de Alcaldes de Corte, en que se corrieron 18 toros de la torada de Don Diego Gamarra, regidor de la ciudad de Salamanca. Muertos esos 18 toros que se lidiarían por la mañana, habrían de tenerse prevenidos otros 12 de otra ganadería por la tarde. «Por la mañana salgan a poner varas de detener a 6 toros Sebastián de Santander y Juan Merchante, y por la tarde quiebren garrochones a los toros que se les manden Juan de Luna y José Daza, todos cuatro de reconocida destreza; y, retirados estos, a ejemplo de lo que se practicó en las fiestas del año próximo pasado (1747) salga en traje decente a quebrar garrochones a dos toros Nicolasa Escamilla, de estado soltera en esta corte, con beneplácito de su padre, como lo ejercitó el año próximo en la villa de Valdemoro en una de sus fiestas, con lucimiento y destreza en el manejo del caballo y aplauso de todos los concurrentes; y que retirada ésta, seguirá el festejo con los toreros que queden navarros, andaluces y de la tierra...»

El documento es muy significativo de la seriedad con que actuaba Nicolasa, pues no se intuye chanza por su intromisión en un terreno reservado a los varones, sino, por el contrario, se destaca su «lucimiento y destreza en el manejo del caballo y aplauso de todos los concurrentes». Es decir, no se saca a «La Pajuelera» con permiso de su padre al ruedo para reírse de ella y con ella, sino para admirar su habilidad en un ejercicio que hasta entonces había sido una actividad inusual o fracasada entre las mujeres.

Goya aunque la inmortalizó no vio nunca actuar a «La Pajuelera». Y su aguafuerte, como otros muchos, forma parte de la crónica plástica de los sucesos populares de mayor trascendencia. Lo de Nicolasa a Goya se lo contaron o lo leyó en algún papel; ya que las actuaciones de «La Pajuelera» no debieron ser muchas y es seguro que su paso por los toros no hubiera tenido ningún viso de inmortalidad de no haber mediado la mano del genial sordo. Es posible, incluso, que nunca llegara a torear en la plaza de toros de Zaragoza como figura en el título de la segunda tirada de los grabados: «Valor varonil de la célebre Pajuelera en la de plaza de toros de Zaragoza». Goya fue un creador de inmortales.

El profesor salmantino y notable escritor Don Luis García Boiza asegura, sin argüir documentación, aunque es posible que la referencia proceda de los anales universitarios, que Nicolasa Escamilla toreó en Salamanca en 1748 en una

corrida de toros que celebró la Orden Tercera del Carmen. La Universidad tuvo algún escrúpulo en asistir corporativamente a este insólito festejo y trató el caso en claustro. Algunos cátedros se negaron a hacerle el juego a «La Pajuelera» asistiendo al espectáculo, y otros –García Boiza dice que 41– acordaron acudir a la plaza «no pro universitate» sino como particulares, pidiendo, eso sí, que «se les diera el refresco acostumbrado».

A lo mejor la historia no es esencialmente cierta. Pero, ¿a que sería bonito que lo fuera?

Mariano Benlliure. Apunte del natural. Punta seca.
Colección particular. Valladolid

APÉNDICE

Creo conveniente incluir aquí a modo de Apéndice del artículo que encabeza esta serie y que he titulado «Los primeros dibujos taurinos de la Historia: Una corrida de toros vista y escrita por Emmanuel Witz», la traducción al castellano del texto escrito por el propio Witz entre los años 1754 y 1760 sobre «Le combat de taureaux au XVIII siècle». Hemos utilizado para ello la modesta edición aparecida en el boletín trimestral de la Societé des Langues Neo-Latines, fascículo 2, número 225 de 1978, que lleva una introducción del profesor Jean Paul Duviols. El ejemplar consultado por nosotros figura en el catálogo bibliográfico taurino de la colección Casares.

LAS CORRIDAS DE TOROS EN EL SIGLO XVIII
(Documentos inéditos)

A pesar de que esté comprobado que los combates con los toros se remontan a un período muy anterior a la colonización romana, el ritual tan particular –un poco estereotipado según algunos aficionados– que es el de la corrida contemporánea en España, tiene orígenes relativamente recientes. Madame D'Aulnoy nos ha dejado un testimonio vivo y muy detallado de una fiesta de la Corte amenizada por una parada ecuestre en la Plaza Mayor de Madrid. Luchar con un toro era por entonces un privilegio reservado a la aristocracia que nos mostraba así su destreza y bravura, como antaño en los torneos.

A principios del siglo XVIII, la «fiesta» evoluciona hacia un arte más cerrado; su reglamentación se hace más estricta, se impone como espectáculo y diversión popular. Es, en efecto, tras el advenimiento de los Borbones al trono de España cuando la corrida se convierte «en pasión de la nación», uno de los símbolos distintivos de España a los ojos de los extranjeros, permitiendo una definición fácil y estereotipada del pueblo español: apasionado, sanguinario, bravo y vanidoso.

La tauromaquia, particularmente «pintoresca», no cesa desde entonces de inspirar a pintores y grabadores para alcanzar la cima con la célebre serie de los aguafuertes de Goya.

Comparados con obras de arte, los dibujos que ilustran el documento que nosotros publicamos aquí por primera vez, pueden resultar empalidecidos –aunque son muy hábiles– pero su interés reside esencialmente en la precisión documental.

El autor asistió a las primeras corridas que se celebraron en el interior de una «plaza de toros». Recordemos, en efecto, que la plaza de toros de Madrid –la más antigua de España– fue iniciada en 1749 y acabada en 1754, fecha en la que fue inaugurada por Fernando VI. Emmanuel Witz asistió a las «fiestas de toros» que tuvieron lugar de 1754 a 1760, al menos a varias de ellas, ya que sus observaciones son muy minuciosas. Este período marca una transición importante en la historia de la tauromaquia: Las fiestas de toros duran todo el día y constan aún de muchas peripecias confusas, pero el ceremonial es más o menos igual. La parte ecuestre era tan importante como la «faena» a pie: «era costumbre que los caballeros en plaza no lidiaran más que la mitad de los toros», la otra mitad era cedida totalmente a los de «a pie». La corrida-espectáculo fue el principio del profesionalismo y de la explotación comercial de la «fiesta», incluso si los beneficios eran ofrecidos (al menos al principio) para hospicios y obras piadosas. Precedidos en algunos años a la aparición de los primeros espadas, tales como Pedro Romero (1754-1834), Costillares (1748-1800) o Pepe Illo (1754-1801), «los caballeros en plaza» así como los lidiadores de a pie no aceptaban ya a los aficionados o espontáneos: solo se permitía a aquellos que lo convertían en un oficio que demostraba mediante pruebas de su habilidad en este género.

Observemos finalmente que la «fiesta» duraba todo el día, el artista principal toreaba al final de la corrida; es decir, la lidia de los 6 últimos toros del mediodía estaba reservada a los toreros que demostraban mayor destreza e intrepidez.

El episodio del «Indio», cuyo combate parece haber deslumbrado al autor y a los espectadores, la captura del toro a lazo y el difícil rodeo ejecutado por el vaquero chileno, añade con su descripción minuciosa, el toque de exotismo americano y confiere al documento una mayor originalidad. Emmanuel Witz, «aficionado» privilegiado y atento, era un dibujante de talento, que nos dejó un testimonio ejemplar, notable por la precisión técnica, que puede ser considerado como uno de los primeros compendios sobre el arte de la tauromaquia.

Jean Paul Duviols

DESCRIPCIÓN HISTÓRICA DEL CELEBRE COMBATE DE TOROS AL MODO COMO SE PRACTICA ORDINARIAMENTE EN MADRID, CAPITAL DE ESE REINO.

Por Emmanuel Witz

Casi todos los viajeros que han visitado el reino de España hablan del famoso combate de toros, pero ninguno la ha descrito con la precisión ni con el detalle que los curiosos exigen; además hay que haber residido algunos años en este país para haber visto la variedad de estos espectáculos y poder hacer una relación completa.

He residido unos 20 años en este reino y he tenido la ocasión de ver muchos de estos combates que los españoles denominan «fiesta de toros» y creo haber observado las principales circunstancias; y a petición de los curiosos he pensado ponerlas sobre el papel y acompañarlas de un croquis con figuras necesarias para hacer esta descripción más inteligible.

Los pastos para el mantenimiento de las vacas y su especie no se desarrolla mas que en parajes montañosos.

Los castellanos consiguen sus toros en las montañas de Castilla o Navarra, siendo muy renombrados por su bravura, ligereza y ferocidad.

Algunos habitantes adinerados de estas provincias poseen o alquilan una parte de estas montañas, rodeándolas de empalizadas y metiendo toros jóvenes primero, después de ser destetados, eligiendo siempre aquellos que son de color marrón, negruzcos y algunas veces rojizos. Estos lugares tienen mucha maleza con pequeñas rocas, el resto es absolutamente desierto, de modo que estas bes-

tias no vean casi nunca a sus semejantes. La fuerza y calidad de los pastos, aunque escasos, les hace grandes, gordos, vigorosos y ágiles y su soledad les vuelve salvajes.

Permanecen en su cercado en todas las estaciones del año y están acostumbrados a la dureza del tiempo. Hay cercados que contienen más de 500 toros.

No hay pueblo en España que no tenga de vez en cuando alguna corrida de toros; es la pasión dominante en la nación; pero donde se efectúan con mayor frecuencia, es en la capital, puesto que tienen lugar cada quince días durante el verano. Por ello, hay delante de una de las puertas de la ciudad un anfiteatro cuyo exterior es de albañilería y el interior de madera (fig. 1). Este anfiteatro puede contener hasta 30.000 espectadores. Es redondo y provisto de gradas y palcos (fig.2).

Hay tres grandes puertas para entrar en la plaza (fig.1): la primera, esta justo debajo del palco del Corregidor (Jefe de policía); las otras dos están a la derecha y a la izquierda de la plaza. Por la primera entran las personas relacionadas con la justicia; por la de la izquierda entran los lidiadores a pie y a caballo; la tercera es por donde arrastran al toro muerto. Frente a la primera puerta, en la plaza, hay otras dos puertas juntas, llamadas «toriles», que son por donde entran a combatir los toros (fig. 3) y encima de las cuales está escrito en letras gruesas el lugar de donde provienen. Estas dos puertas dan cada una de ellas a un patio o cercado que se encuentra detrás de la plaza (fig.1). Estos dos patios sirven para encerrar a los toros y constan cada uno de una puerta frente a la entrada de la plaza para poder salir de allí. Encima del toril se encuentra una especie de pequeña tribuna con una empalizada o vallado de una anchura de dos puertas y una profundidad de aproximadamente 6 pies, para trompetas y timbales (fig.3).

A los lados de esta tribuna cuelgan dos gruesas cuerdas llenas de nudos, para que los porteros que abren la puerta del toril puedan escaparse subiendo las cuerdas. Debajo de las gradas del anfiteatro hay una barrera de una altura de 6 pies aproximadamente de la que esta provista toda ella, con un estribo distante del ruedo 2 pies y con saliente de algunas pulgadas que permite a los lidiadores de a pie perseguidos por los toros, escaparse metiendo el pie y saltando por encima de la barrera.(fig.1). Hay también estribos parecidos en las dos puertas del toril para facilitar a los porteros la retirada y cerrar la puerta. (fig.3). Otra pequeña puerta se encuentra al lado de las dos de los toros que tiene una pequeña abertura enrejada: es donde se sitúa el verdugo con su familia; es también por esta puerta por donde entran los perros cuando son necesarios. Este reducto tiene una salida trasera. Los dos pequeños pasillos que llevan desde el toril hasta los cercados, están cubiertos en parte por tablones separados dos o tres pulgadas: por estas aberturas se hostiga e irrita a los toros cuando están encerrados en esos callejones, lo cual se hace con unas largas pértigas que tienen en su extremo una punta de hierro para picarlos. (fig.3). El piso de la plaza esta cubierto de arena batida

para impedir que los pies resbalen. Por lo demás, el anfiteatro hacia el exterior esta provisto de arcadas donde hay espaciosas escaleras que conducen a las gradas y palcos. (fig.1).

Cuando se trata de una fiesta de toros, la ciudad lo notifica a los propietarios de las ganaderías, y les fija la cantidad de toros que se requieren; éstos dan las ordenes a sus vaqueros que están preparados para conducir estas bestias de la siguiente manera: Estos vaqueros tienen bueyes, siempre blancos, que emplean para su labranza y acarreo, que son muy dóciles y familiares, que siguen a sus amos como perros y que regresan a ellos a su llamada.

Algunos de estos vaqueros a caballo, armados con varas largas con una punta de hierro en el extremo, acompañados de 10 o 12 bueyes que tienen un cencerro al cuello, acuden al cercado donde se encuentran los toros, abren una puerta en la cerca por donde entrar los bueyes sin ruido, después cierran la abertura y acuden a la valla para ver lo que sucede. El ruido de los cencerros como algo extraordinario atrae a los toros que se juntan poco a poco con los bueyes, por los cuales sienten un afecto particular, cuya razón ignoro. Los vaqueros cuentan desde lo alto de la empalizada si la cantidad de toros requerida se encuentra reunida, lo que es fácil de saber, puesto que los toros son marrones, negros y rojizos y sus bueyes, blancos. Si falta algún toro, hacen pasar a los bueyes un poco más lejos hasta tener los toros necesarios; una vez conseguido, llaman a sus bueyes que regresan junto a sus amos. Si hay más toros de los requeridos, se les atrae cerca de la empalizada, y los vaqueros con sus varas, sombreros, pañuelos u otra cosa apartan a aquellos que están de más, y los entretienen de este modo mientras la manada se va. Una vez la manada al completo, un vaquero monta a caballo para colocarse delante del grupo, un segundo se encuentra en la entrada del cercado también a caballo, con su vara; los demás estan ocultos cerca para tapar la abertura del cercado una vez la manada haya salido.

El primer vaquero precede a la manada unos 1.000 pasos para avisar de la llegada de los toros, para que todo el mundo se aleje del camino o se esconda. El segundo vaquero llama a los bueyes y va al galope seguido por la manada. Tan pronto se haya alejado de la manada, uno o dos vaqueros a caballo le siguen para que los otros cierren el palenque. De este modo llevan a la manada allí donde quieran. Cuando se trata de parar hay cerca de todos los pueblos corrales, que son grandes cercados, con dos puertas, una enfrente de la otra; el vaquero entra al trote con la manada por una de las puertas que cierra al punto; y sale por la otra que se cierra de inmediato tras de sí, de este modo la manada queda encerrada; entonces se les echa heno y se les da de beber.

Resaltamos que a pesar de que el heno es raro encontrarlo por España, hay órdenes en virtud de las cuales los pueblos que se hallen en el camino de paso de los toros están obligados a estar provistos a este efecto continuamente. Los vaqueros viajan generalmente de noche con los toros, tanto por el calor del día que cansa mucho a los animales, como por la soledad de los caminos, porque es

imposible para un español con riesgo de su vida, prohibirle irritar a un toro, lo que ocasiona a veces desgracias. La más mínima cosa les puede separar de la manada, todo lo que se mueve puede llamar su atención; por este motivo, y con el fin de no dar tiempo a los toros a distraerse, el guía va siempre al trote o al galope.

Si por casualidad uno o varios toros se separan de la manada, el vaquero puede llevarse a toda la manada para recuperarlos, lo que a veces les cuesta mucho, porque si no se separa éstos le siguen generalmente y entonces el vaquero está obligado a cortarles el camino con los bueyes, si no se escapan por el campo.

El domingo, antes del día de la corrida, que suele ser generalmente el jueves, se ponen carteles en todos los barrios de la ciudad, más o menos de la siguiente manera:

CON PERMISO DE SU MAJESTAD QUE DIOS GUARDE

El público es advertido que el jueves próximo 7 del corriente se hará en el lugar de costumbre en la Puerta de Alcalá la tercera fiesta de toros. Se torearan 6 por la mañana y 12 por la tarde. Don N.N. romperá las lanzas de empuñadura y Don N.N. combatirá con la vara de detener. Habiéndose retirado estos, los lidiadores de a pie demostrarán su destreza con varias faenas que divertirán al público. La fiesta se iniciará a las 8 de la mañana y a las 4 de la tarde.

La mañana del día de la fiesta llegan los toros; se les conduce del modo ya explicado, por la puerta del Corregidor, y atravesando la arena entran por la puerta del toril, pasando por las callejuelas y entrando en el cercado (fig.1). El vaquero conductor sale por una de las puertas exteriores e intenta que los bueyes le sigan para separarles de los toros, lo que es bastante difícil, porque generalmente suelen salir varios toros detrás de ellos, lo que le obliga a meter de nuevo a los bueyes tantas veces como esto ocurra; a veces se tardan horas en conseguir la separación.

Lo que provoca bastante molestia o incomodidad a los vaqueros para encerrar a los toros, es la gran cantidad de aficionados, petimetres y bravucones, sin exceptuar a muchas mujeres, que pasan la noche bajo las estrellas fuera de la ciudad (aparte de para galantear) para esperar la llegada de los toros. El corazón les salta de alegría en cuanto oyen el ruido de los esquilones; y no pueden contener su deseo de irritar a los toros al pasar, lo que les desvía a menudo de la manada. Hay muchas prohibiciones sobre este asunto, pero les es –por así decirlo– imposible respetarlas.

Se empieza desde primera hora a adquirir palcos y las localidades que algunos reservan para todo el año. En los palcos no hay mas que bancos, pero los Señores o aquellos de más honor se hacen llevar su silla, cortinas y tapices. Cada

palco puede contener de 12 a 16 personas. La tribuna del Corregidor, que se encuentra como ya se ha dicho, frente a las puertas por donde salen los toros, es adornada en lo alto por las Armas de la Ciudad. Las localidades más caras son los palcos, después las que se hallan debajo, que se denominan balconcillos, después las gradas (fig.2). Aquellas donde da el sol son más baratas que las del tendido de sombra. Cuando hace mucho calor, los barrenderos de la ciudad riegan la arena.

Mientras todo el mundo se va colocando, se llevan manojos de lanzas de empuñadura, las banderillas y las picas a la plaza, distribuyéndose a su alrededor, detrás de las barreras, para tenerlas a mano. Las lanzas con empuñadura consisten en un bastón largo de aproximadamente 5 o 6 pies de madera de pino seco y ligero, grueso por un extremo y más estrecho por el otro (fig.5). El lado más grueso está provisto de un mango de una longitud de 5 pulgadas aproximadamente cómodo para la mano. Por ahí se coge esta especie de lanza. El extremo tiene un adorno de hierro en forma de corazón, puntiagudo y cortante por todos los lados (fig.6). La pica es un bastón de madera muy ordinaria, de fresno, su largura me parece de aproximadamente 10 pies, en la punta tiene un hierro con tres lados, fuerte y muy puntiagudo, más o menos de una pulgada o algo más en la punta; hay un pequeño rodillo de cordaje o de estopa bien firme para que la punta no pueda sobrepasar este espacio, por mucha fuerza que se aplique. La banderilla consiste en un bastón largo, de 2 pies o algo más, adornado con bandas de papel coloreado y rizado; en el extremo tiene un hierro muy puntiagudo y en forma de ganzúa, como un anzuelo de pescador, este hierro no es más largo que un pulgar, pero suficientemente fuerte para no doblarse ni romperse.

Unos 20 soldados de la guardia de la ciudad adornan la parte trasera de la barrera todo alrededor de la plaza.

La pequeña tribuna situada encima de las puertas del toril es ocupada por las trompetas y los timbales que tocan fanfarrias esperando la llegada del Corregidor.

Dos alguaciles (arqueros o ujieres de Justicia) a caballo, con grandes plumajes sobre sus sombreros, y llevando sus varas de justicia, entran por la primera puerta y se colocan en la arena bajo la tribuna o palco del Corregidor, poniéndose de frente a la galería, para estar atentos a su llegada y a sus ordenes.

Durante estos momentos, se hace entrar a un toro en cada una de las callejuelas que están a la entrada del toril, y se les encierra por medio de una especie de trampa o batiente que se encuentra entre el cercado y las callejuelas. Estas pobres bestias entran de buena gana para que no les molesten en el cercado, esperando poder salir por el lugar en que entraron los bueyes.

Los porteros de toriles se encuentran junto a la puerta, sujetando la cuerda anteriormente mencionada con una mano (fig.3).

En cuanto el Corregidor entra, los alguaciles le miran para observar las órdenes que pueda dar con una señal de la cabeza.

Una vez dadas las órdenes los alguaciles desmontan y van a llamar al verdugo que espera en su reducto al lado del toril, el cual sale en seguida acompañado del pregonero y de un lacayo que trae del cabestrante un asno y algunas veces hasta dos, sobre el cual van sujetos los accesorios que se utilizan en España para atar a los criminales cuando se les da latigazos (Fig.4). Los alguaciles preceden a este cortejo, tras ellos el pregonero, luego el lacayo del verdugo con su asno, el ejecutor con una especie de látigo en la mano cierra el desfile.

En cuanto estas personas están así en orden, el pregonero empieza a publicar: que cualquiera que inicie ruido, broncas, ocasione desorden, o hiera a un toro desde lo alto de la barrera, será atado al asno y se le azotará con el látigo por toda la plaza. Repite esto cada 30 pasos alrededor de la plaza. Una vez hecho el aviso, el verdugo y sus gentes regresan a su reducto. Los alguaciles se dirigen a la puerta de la derecha para llamar a los mulilleros. Estos mulilleros son generalmente del reino de Valencia, gentes muy ágiles y ligeras. Son tres y tienen tres mulas atadas juntas, bien enjaezadas y cubiertas de perifollos, de cintas, borlas y flecos (fig.7). Dos de estos mulilleros llevan los asnos, el tercero sostiene por detrás el tiro para que no arrastre. Hacen así el recorrido alrededor de la plaza, después se retiran por donde han entrado. Después los alguaciles se dirigen a la puerta de la izquierda para hacer entrar a los lidiadores.

Los de a pie entran los primeros, andan de dos en dos, van vestidos muy ligeramente y llevan unos trozos de capas viejas de tela de Camelote (especie de tela de lana) sobre sus hombros. Son aproximadamente unos 12 y se colocan cerca de la barrera y de los alguaciles, que durante este tiempo montan de nuevo a caballo. Después entran los lidiadores a caballo; algunas veces están en una especie de faetón (carro). Generalmente van de dos en dos. Los españoles les llaman «caballeros en plaza». Los que lidian con la lanza de empuñadura van vestidos al modo de la nobleza española en el siglo anterior (XVII) y como los miembros de justicia visten todavía hoy; todo de negro, una chaqueta corta bien ajustada, un cuello llamado golilla, una pequeña capa corta de seda, una larga melena cuyos pelos flotan, el sombrero suelto y replegado por los lados, adornado de un gran penacho rojo y blanco de plumas de avestruz, una especie de sable largo y polainas o medias de búfalo (Fig. 5). El de la pica va vestido a la castellana o a la andaluza. (Fig.6).

Los caballeros en plaza tienen cada uno dos pajes que sostienen sujeta de una mano la brida del caballo que sueltan tan solo en caso de peligro. Van vestidos de raso, sus pequeñas capas son de la misma tela. Los caballeros llevan trajes de diferente color y los demás son elegidos entre los más nobles y ágiles combatientes de a pie.

Los pajes del de la lanza llevan cada uno uno de estos rejones sobre sus hombros cuando entran en la plaza.

El reglamento manda que los caballeros en plaza se presenten primero bajo el palco del Corregidor y le pidan permiso para intervenir; hecho esto, dan una

vuelta al ruedo y saludan a los espectadores. Dada la vuelta, uno de los pajes del primer caballero le ofrece una lanza, que coge por la pequeña empuñadura al modo de puñal; el paje de la derecha sujeta el extremo de la lanza para que el peso no dañe la muñeca del caballero. Se sitúa así a unos 15 pasos delante de la puerta del toril, colocándose un poco de lado y presentando el flanco derecho presto a recibir al toro. Durante este intervalo se pica y se hostiga al toro que debe salir primero.

Entonces los alguaciles, trompetas y porteros están atentos al Corregidor, el cual tira la llave del toril, adornada con una cinta roja, a uno de los alguaciles que galopa a toda velocidad para entregársela a uno de los torileros y regresa rápidamente a su puesto. El Corregidor, entonces, muestra su pañuelo blanco y las trompetas y los timbales empiezan a tocar. El torilero abre al mismo tiempo la puerta. El toro sale furioso y busca un objeto vivo sobre el cual saciar su rabia. Los pajes del caballero mueven sus capas para atraerle. En seguida el toro corre ciegamente sobre la capa, el caballero le presenta la hoja de la lanza y espolea al tiempo a su caballo, el toro se enfila, su hoja se rompe, y el toro se encuentra con un trozo de hoja, a menudo de dos o tres pies, en el cuerpo o en el cuello. El caballero tira su lanza rota y coge otra que uno de los pajes tiene siempre preparada. Mientras el otro caballero se acerca, el toro va hacia él: le recibe con la punta de la lanza, sujetando firmemente al caballo: el toro entra y se encuentra con el rodete que se haya cerca de la punta, dè modo que no puede acercarse al caballo, uno de los dos ha de ceder al menos que el caballero ceda. El torilero, que al salir el toro se había refugiado por medio de su cuerda hacia lo alto de la tribuna, desciende de su refugio una vez que el toro se ha alejado, y vuelve a cerrar la puerta del toril.

Hay que observar que la entrega de las llaves del toril no es mas que una formalidad: las puertas del toril no están en absoluto cerradas con llave, al menos que el Corregidor lo ordene expresamente. El pueblo odia a los alguaciles y les gusta verles en el ruedo; el Corregidor se complace en proporcionarles esta satisfacción; no esperan a que el alguacil entregue las llaves al torilero, para dar la señal de abrir el toril, lo que provoca, a menudo, que el toro se encuentre con el alguacil antes de que éste regrese a su puesto, lo que ocasiona aplausos y risas por parte del público.

Los alguaciles no ignoran todo esto y por ello se proveen de buenos corceles, y el miedo hace que no entreguen las llaves al torilero, como debería de ser, ya que se la tiran bastante lejos de sus pies, para poder escapar más fácilmente. Esto no impide que a veces los caballos sean alcanzados por los cuernos del toro.

Si el caballero de lanza no espolea a tiempo a su caballo y lo pone al galope, corre el riesgo de ser alcanzado por el toro; porque aunque la lanza le entre por el cuerpo o por el cuello, la violencia con la que ataca es tan fuerte que al sentir la puya no puede saltar a un lado o encabritarse, como tiene costumbre de hacer cuando entra con menos violencia. Si los caballos son destripados o des-

panzurrados en el suelo, es a menudo culpa de los caballeros. Hay, sin embargo, toros tan furiosos que, como no sienten la puya, no cesan de atacar y empujar hasta que sus cuernos han reventado al caballo y a menudo abierto por el vientre, de manera que sus tripas se lían a los cuernos del toro. He visto un toro que reventó de este modo a 6 caballos seguidos y todas las veces al primer golpe.

El caballero de la pica no tiene que arriesgar tanto, al menos que falle al picar al toro, o que la pica salga de la herida ocasionada a este, o que no tenga la muñeca suficientemente fuerte. Entonces, tiene mayor peligro que el primero ya que no pican a su caballo más que en los casos mencionados anteriormente, no hay modo que impida al toro destrozar el caballo.

Si el caballero es desmontado sin que el caballo caiga, o que su sombrero caiga al suelo durante la lidia, recibe un ultraje, lo que los españoles llaman «empeño». La formalidad requiere que para su satisfacción ponga pie a tierra e intente golpear con la espada al toro, y una vez ejecutado esto, puede montar de nuevo a caballo y continuar el combate.

Aunque el caballo esté reventado e incluso si sus vísceras andan por el suelo, tiene que continuar la lidia hasta que el caballo se caiga debajo o al menos que el pueblo lo mande retirar o el Corregidor lo ordene. Entonces sale por la misma puerta que ha entrado y coge otro caballo, ya que tiene varios de reserva.

Si un caballo cae muerto en la plaza, los mulilleros con sus mulas lo arrastran fuera del ruedo, del mismo modo que lo hacen con el toro muerto, lo que describiré en su momento.

Si un caballero es perseguido por el toro, el otro debe atraerlo; sus ayudantes suelen hacerlo. Si el toro ataca y persigue a los alguaciles, los caballeros y los de a pie deben hacer lo posible para atraerlo.

Los caballeros intentan, si la ocasión lo permite, apuntar con sus armas hacia la nuca del toro. Si le dan en el lugar adecuado, que es bastante pequeño, el toro cae muerto: en este caso se le corta el rabo para reconocerlo. Pero este modo de matar es muy peligroso para el de la lanza, por lo que intentan llevar la lanza de manera que entre por el cuello, y llegue así al corazón, cosa que consiguen algunas veces de esta manera.

Los caballeros habiendo combatido durante un tiempo y después de que el toro haya recibido varias heridas, los de a pie se ponen de acuerdo entre ellos sobre quien empieza. El que tiene preferencia, va armado con dos banderillas y está muy atento a las órdenes del Corregidor: un signo de la mano le es suficiente para que, como un rayo, pase delante del toro y le clave las banderillas en el cuello; sigue el segundo y hace lo mismo, así sucesivamente, de modo que el pobre animal se encuentra destrozado por las banderillas clavadas entre la piel y la carne y que al menor movimiento le pican de nuevo, causándole dolores tan agudos que da saltos increíbles. En este momento los de a pie corren, los caballeros se retiran y alejan; ya no les está permitido combatir con el toro.

Cuando el toro esta rendido por el cansancio, el Corregidor con un movimiento de su pañuelo indica a los trompeteros que toquen a muerte. Al instante, el principal de los de a pie coge una banderilla, le quita el papel y la mete debajo de su capa; con la mano derecha coge una espada, provocándole con un capa que le presenta a un costado, delante de él; cuando el toro baja la cabeza para atacarle, intenta darle un golpe con la espada en la nuca; si no lo consigue, le clava la espada hasta la empuñadura por el cuello y hasta el pecho; continúa hiriéndole hasta que el toro cae muerto. Las trompetas tocan victoria y después fanfarrias. Uno de los de a pie le ata una gruesa cuerda con un gancho en los cuernos, los mulilleros en el momento en que oyen victoria entran de la manera indicada anteriormente; se enganchan las mulas al toro muerto, retrocediendo. Uno de los mulilleros va delante sujetando la cuerda de una de las mulas, los otros las azotan. Sacan así al toro, al galope, fuera de la plaza. Estos mulilleros son tan ágiles que uno de ellos mientras las mulas están galopando se monta generalmente sobre la del medio, se mantiene de rodillas y sale así.

Es costumbre de los caballeros en plaza, que lidien solo la mitad de los toros; la otra mitad es para los de a pie. Por ejemplo, los días de fiesta de toros en Madrid se matan 18 toros: 6 por la mañana y 12 por la tarde. Lidian solo a los tres primeros de la mañana y a los 6 primeros de la tarde; después, se retiran. Es en los 6 últimos de la tarde donde los de a pie demuestran su habilidad e intrepidez, dando varias suertes de capotazos pàra divertir al público.

Uno coge una vara y otro una pica larga y hostiga al toro; cuando el animal piensa atacar salta por encima de éste utilizando su pica. El toro gira creyendo tenerlo, pero el otro rápidamente se le escapa (fig.12).

Otro, armado con una rodela y una espada, con los pies atados juntos, se deja acometer así por el toro; le engaña con la rodela, salta a un lado y golpea con la espada, incluso, a menudo, le mata (fig.12).

Otros engañan y fatigan al toro utilizando sus capas; en español se llama a esto «capear» (fig.15).

Otro pone una especie de parche blanco bajo uno de sus pies y cita al toro; cuando éste piensa atacarlo, le golpea con el pie en la frente quedándose el parche pegado y luego hace una pirueta para escapar (fig.16)

Tienen aún una especie de lanza más gruesa que un brazo de hombre, de unos 8 pies de largo, con una hoja cortante en forma de corazón en su extremo. Hay un agujero en la tierra aproximadamente a unos 20 pasos delante del toril: un hombre coloca esta prodigiosa lanza en este agujero para que no resbale, se pone de rodillas sosteniendo con un brazo la lanza apuntando hacia la puerta del toril y con la otra mano cita con un trapo rojo u otra cosa similar para llamar la atención del toro. Estando así colocado, se suelta al toro, que se dirige directamente al hombre; éste apunta con la lanza la frente del animal que hunde su cabeza en el hierro, con tal fuerza que también se introduce un trozo de madera, y el toro cae muerto. He visto uno cuya lanza entró por el hocico, rompió la

mandíbula inferior, atravesó el pecho y salió por encima de la cola del animal; así todo su cuerpo fue atravesado por esta lanza. La colocación de esta lanza me parece lo más peligroso, porque, si un hombre falla el golpe, su único medio para escapar es el de tirarse al suelo.

A veces se disfrazan de caballeros y damas, extienden una alfombra en medio de la arena, se sientan con las piernas cruzadas mientras que otros les traen chocolates, galletas, etc. Cuando están en pleno festín, el Corregidor da la señal y el toro sale. Es entonces cuando se ve cómo estos «farsantes» se escapan y se ponen inmediatamente después a realizar su tarea.

Tienen varios pellejos en el fondo de los cuales se ajustan unas placas de plomo, después los hinchan; luego meten cabezas de cartón con máscaras, y guantes rellenos de cosas (fig.18). Después disfrazan estas figuras al modo de Francia (quizás como burla) en hombres y mujeres, poniéndoles pelucas, sombreros, y atándoles a las manos banderillas y abanicos. Los españoles llaman a estas figuras «dominguillos». Tienen la propiedad de enderezarse siempre cuando caen al suelo, debido al peso que tienen en la base. Colocan a estos» dominguillos» a poca distancia del toril. El toro sale y los ataca con furia y rabia; pero lo que encoleriza más al toro, es que cuanto más los tira y aplasta, más se levantan con un bamboleo muy risible. Corre de uno a otro, los lanza al aire, pero siempre es lo mismo. Los vestidos, sombreros, pelucas, las cabezas vuelan, pero el cuerpo siempre permanece en pie.

A veces vienen toros de Navarra, toros de gran vivacidad y ligereza. Cuando son de esta calidad cogen dos palos estrechos, de aproximadamente 4 o 5 pies de longitud, atan en el extremo superior una cinta roja bastante larga al otro palo y los plantan en el ruedo a pocos pasos del toril. Estos palos distan el uno del otro unos 8 o 9 pies (fig.19); mueven estos palos de manera que la cinta se agite: entonces se suelta al toro. Es admirable ver con qué ligereza estos animales saltan por encima de la cinta sin tocarla, estando a una altura de más o menos 5 pies.

A propósito de la ligereza de los toros, algunos caballeros no se escapan del toro a pesar de tener buenos corceles. Los lidiadores de a pie, cuando son perseguidos por el toro y se hallan lejos de la barrera, corren el riesgo de ser alcanzados; cuando esto ocurre los otros tiran sus engaños sobre la cabeza del toro para llamar su atención y dar tiempo al hombre perseguido de escapar. Si este hombre tiene un sombrero, con un movimiento de cabeza se lo suelta y lo deja que caiga entre el animal y él, de modo que pueda llegar a salvar su vida (fig.11). Pero si esto falla y el toro se obstina en perseguirle, el último recurso es el de tirarse al suelo. El toro, en plena carrera, salta por encima y los otros lidiadores lanzan sus sombreros al animal para distraerle.

Es sorprendente con que destreza estas personas se tiran por encima de la barrera cuando tienen prisa; he visto a menudo lo que llaman el salto del sordo (¡) (fig.11).

Ocurre con frecuencia que el toro al perseguir al hombre salta la barrera detrás de él. Se creería que esto debe producir desastre entre los espectadores de las gradas (fig.21); sin embargo no he visto nunca a nadie muerto en estas ocasiones. El público, que ve venir al toro, se tira a un lado y a otro, si pueden suben por las gradas, los lidiadores acuden, cogen al animal por el rabo y consiguen generalmente devolverle al ruedo; además no tiene las patas firmes en las gradas y teniendo además una carga (los lidiadores) suspendida de su rabo, le obliga a mantener la cabeza en alto, de manera que no puede dar cornadas libremente, lo que no impide que se puedan recibir coces del animal, perder sombreros, capas, mantillas de mujer, o romperse las vestiduras en el desorden. Los rateros están alerta para aprovechar la ocasión y robar todo lo que pueden. Es por lo demás una escena muy divertida para el público mientras que otros tiemblan.

Los toros más furiosos son los que antes se reducen o matan. Hay otros que no están faltos de fiereza, pero no atacan. Se paran en el medio del ruedo y son los más peligroso para los hombres, que no se fían mucho y procuran no acercarse demasiado, por si les sorprende de repente; por esto los españoles les llaman toros traidores. Se trata de clavarle con precaución algunas banderillas que son el único medio para hacerles reaccionar.

Pero si el toro huye de los lidiadores, no habiendo modo alguno de atraerle, el pueblo le llama «buey» o «vaca» y llaman a los perros. Una vez que se da la orden, un alguacil se dirige a la puerta del reducto del verdugo para que salgan los perros. En un momento, se envían varios que van por el toro. Pero éste mata a algunos antes de ser alcanzado por los perros. En estos momentos, alguien del grupo de lidiadores se destaca y por detrás le desjarreta con una espada. Después de esto, lo matan como de costumbre y lo arrastran. Al pueblo no le gusta cuando hay varios toros de esta clase.

Los mulilleros arrastran los toros muertos hacia unas galerías que han sido construidas para este efecto a poca distancia del anfiteatro. Varios carniceros los trocean para venderlos como carne al pueblo y a los colegas a buen precio; éstos lo convierten en ternera salada y lo revenden para su provecho.

Con respecto al pago a los lidiadores tanto de a pie como de a caballo, la ciudad se pone de acuerdo con ellos: los caballeros ganan más, pero si pierden caballos salen a la par. Si por desgracia pierden varios sin tener ellos la culpa, la ciudad los indemniza.

A la puerta del anfiteatro hay veterinarios muy hábiles que cuidan a los caballos heridos en el momento de salir de la plaza. He visto frecuentemente algunos muy maltrechos cuyas tripas llevaban arrastrando por el suelo y que yo creía totalmente perdidos, que han sido perfectamente cuidados y los he visto, algún tiempo después, volver a luchar de nuevo.

Algunos aficionados obtenía permiso para presentarse en la plaza para lidiar, sobre todo los enamorados, para testimoniar con ello a sus damas su delicadeza y valentía, pero muchos de ellos han tenido la desgracia de morir. Hoy en

día no se les permite mas que a aquellos que lo tienen como oficio y demuestran, por testimonios o documentos, su habilidad en este género. El provecho que saca la ciudad de estos espectáculos es empleado en beneficio de los hospitales y obras pías, a lo cual los españoles, a pesar de sus inclinaciones sanguinarias, son muy dados.

Una vez explicada con detalle la manera de cómo se celebran estos afamados combates de toros en España, no puedo olvidar que he visto durante mi estancia en este reino, en relación con un indio, lo que, según mi criterio, sobrepasa todo lo que he dicho con respecto a la destreza y bravura de los lidiadores.

LAS PROEZAS DE UN INDIO

Aproximadamente hacia el año 1754 o 55, un americano que decía ser de Chile y al que llamaban sencillamente El Indio, se presentó ante el Corregidor para pedir permiso para intervenir en la plaza a su manera y para demostrar su destreza, lo que obtuvo. El Corregidor hizo un acuerdo con él y se le anunció en carteles públicos. Era un hombre pequeño, bien proporcionado, de unos 30 años, no más.

Este Indio hizo colocar en la arena en medio del ruedo dos gruesos postes cuadrados, de una altura de unos 6 pies, y a la distancia de un pie el uno del otro.

Entró en la plaza vestido de rojo al modo andaluz. Montaba un bello caballito bayo. En el brazo izquierdo llevaba un rollo de cuerda gruesa (aproximadamente de un dedo) sujeta por un extremo alrededor del cuerpo del caballo y el otro extremo terminaba en un nudo corredizo. Se presentó así delante del corregidor al que saludó, lo mismo que al pueblo. Hizo retirar a los lidiadores de a pie, después cogió la cuerda con el nudo corredizo en su mano derecha y avanzó hacia el toril.

Dada la señal, soltaron un toro; se repliega el Indio hacia los postes, el toro le sigue. Al mismo tiempo el Indio hace girar el lazo volteándolo sobre su cabeza, haciendo un gran círculo y a todo esto perseguido por el toro. Al final suelta el lazo cogiendo al toro por los cuernos (fig. 22).

Una vez cogido, arrastra al toro hacia los postes y lanza, al pasar, la cuerda entra ambos; luego hostiga al toro obligándole contínuamente a dar vueltas alrededor de los postes y al final queda atado de tal modo que sus cuernos tocan el poste. Entonces pone pie a tierra, desata la cuerda de su caballo y la ata alrededor de los postes, luego quita la silla de su caballo y lo hace salir fuera del ruedo. Se acerca al toro y frota los lomos del mismo con cierto polvo de tiza procurando no recibir coces.

Después le coloca la silla y con mucha destreza lo cincha fuertemente. El toro se sacude, se encabrita y da coces a todas partes, pero nuestro hombre sabe evitarlos y continúa su labor.

Una vez ensillado el toro, el Indio se monta: entonces saca su cuchillo de caza y corta la cuerda. El toro, al sentirse libre y no estando acostumbrado a la carga en sus lomos, da enormes saltos alrededor de la plaza. El Indio al pasar coge una puya que alguien le ofrece. En seguida le sueltan un nuevo toro al que combate según le permite su indomable montura (fig. 25). Hacia el final, cuando el toro se rinde de cansancio, saca su puñal y de un golpe lo mata a sus pies. (fig. 26).

El día que vi las proezas del Indio su toro estaba tan cansado que se paró muy cerca de un alguacil. Este se aproximó un poco y dijo al Indio que su montura no aguantaba, que debería matarlo antes de que reventara bajo él. Entonces el Indio respondió que no debía fiarse, que tenía todavía mucha fuerza y que le aconsejaba que no se acercara tanto. El alguacil, queriéndose hacer el valiente, se aproximó aún más para burlarse del Indio. De repente el toro se reanimó –quizá un golpe de espuela contribuyó a ello– corrió hacia el alguacil y le corneó el caballo y poco faltó para que hiciera otro tanto con el alguacil, lo que provocó gritos de alegría en el pueblo.

Ahora solo me resta hablar de la manera en que se desarrollan las fiestas reales de toros.

FIESTAS REALES DE TOROS

Se llaman fiestas reales aquellas a las que el rey asiste. No se hacen mas que en la Plaza Mayor que está en el centro de Madrid.

Estas fiestas son raras hoy en día y no se efectúan mas que en actos solemnes, como coronaciones, bodas, tratados de paz, victorias y algunas veces por el nacimiento de algún personaje real.

La Plaza Mayor de Madrid es un gran cuadrado que tendrá unos 200 pasos de largo por 180 de ancho. Tiene 7 avenidas abiertas. Las casas son muy altas, de cuatro pisos, y muy simétricas; están adornadas con balcones lindando unos con otros, como formando galería.

Cuando se trata de una fiesta real de toros, se llenan las avenidas de construcciones de madera de la misma altura que las casas, manteniéndose en línea con el resto de la balconada. Después se construyen gradas hasta los balcones del primer piso todo alrededor de la plaza, con excepción de la fachada de la casa donde va a estar el rey. Se adornan las gradas con una barrera, del mismo modo que la plaza. Dos de las avenidas, aquellas que se encuentren frente a la casa del Rey, y las dos de los laterales, no tienen gradas, pero se construyen grandes puertas, una de ellas frente al Rey para los caballeros en plaza, la otra para los toros; las otras dos son por donde entra el Rey con la casa real.

Es de observar que toda la plaza, así como las calles que dan a ella, están adornadas con arcadas. La calle por donde deben pasar y entrar los toros están

provistas de palenques de madera y cubierta por un extremo para que los animales estén a cubierto.

Estando todo preparado, el día anterior a la fiesta, se empieza a adornar la plaza y los balcones con tapices de damasco carmesí y espejos. Encima del balcón del Rey hay un dosel de terciopelo carmesí con galones y rayas de oro. El pavimento de la plaza se cubre con arena batida.

Cuando llega la hora del combate 30 toneles que representan delfines plateados, llenos de agua, cada uno arrastrado por dos mulas enjaezadas y seguidas de 200 jóvenes bien vestidos y bien instruidos, cada uno sujetando una cubeta en la mano, entran y se colocan en fila para regar la plaza, lo que ejecutan ordenadamente, como un ejercicio militar.

Cuando se nos advierte de la llegada del Rey, se abre la puerta de una de las avenidas por donde deben entrar. Doscientos alabarderos a pie les preceden, la guardia real les siguen a caballo con la carroza donde se encuentran el Rey y la Reina. La familia real viene detrás y nadie más accede a la plaza en carroza. Se cierra la puerta para no volverse a abrir hasta que el Rey se retire.

Una vez que el Rey baja de la carroza, esta se retira por otra puerta; la guardia real es relevada por otros de a pie. El Rey se sitúa en su balcón, los alabarderos se colocan en dos filas bajo el palco real y llenan el vacío que da cara a la plaza.

Una vez situados todos, el Rey ordena comenzar.

Cien pajes vestidos al modo de la antigua Roma, con cascos y penachos en la cabeza, preceden a un caballero en plaza. Otros cien, vestidos a la forma india, preceden al segundo.

Una vez que el cortejo ha dado la vuelta al ruedo, los pajes se retiran exceptuando aquellos que son necesarios para lidiar a pie. Entonces la fiesta empieza y continúa igual que en el anfiteatro. El Rey es el que da las órdenes. Ese día se corren 40 toros de muerte.

Si el toro intenta atacar a los alabarderos, le presentan las puntas de sus alabardas. Eso es suficiente para espantarlo.

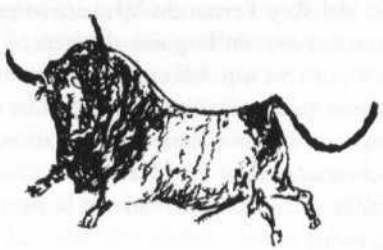
Hay que observar que el Rey adquiere toda la balconada del primer piso, en los de enfrente se sitúan los embajadores y ministros extranjeros, el resto para los grandes y para aquellos que tienen algún rango en la Corte.

Las localidades son muy caras y difíciles de conseguir. En una fiesta real con ocasión de la coronación del Rey Fernando VI, estuve colocado sobre una especie de andamio en el cuarto piso, en la parte de atrás, y no pude ver casi nada. No me costó menos de 4 piastras que hacen de nuestra moneda 400 bons baltz. (No entendemos el valor en piastras que da Witz, pues era una moneda que no circulaba en aquel tiempo en España. Baltz es una moneda que sí circulaba en Alemania). En la de la coronación del Rey Carlos III tuve el placer de estar en el palco del embajador, frente al del Rey. En cuanto la fiesta termina se ilumina la plaza durante 3 días seguidos.

ILUMINACIÓN DE LA PLAZA MAYOR

Se plantan estacas arriba y delante de las gradas con madera de traviesa para colgar tapices alrededor de la plaza. Se deja sólo dos aberturas una frente a la otra para que las carrozas puedan cruzar la plaza. Encima de los tapices colocan farolillos. Cada balcón tiene dos gruesas velas de cera y los techos desde los aleros hasta la cima están adornados con farolillos, etc.

Si la noche es muy oscura, esta iluminación es uno de los espectáculos más soberbios que uno puede imaginarse.



ÍNDICE

		Págs.
Cap. I.	Los primeros dibujos taurinos de la historia	9
II.	Notas sobre la carta escrita en 1665 por un francés acerca de las corridas de toros	49
III.	Don Diego de Torres Villarroel y sus reglas para torear a la jineta	57
IV.	La Plaza de Toros de Fabionelli	65
V.	La suerte del pedestal	77
VI.	Villamediana, rejoneador	83
VII.	El combate de un toro y un león y el arcabuz de Felipe III	97
VIII.	El despeño de los toros	105
IX.	Julián Casas «El Salamanquino», un torero de todos los demonios	111
X.	Santa Teresa, San Pedro Regalado y los toros	121
XI.	Primer cartel Pinciano de toros	129
XII.	Cerdos, liebres, globos, monos y toros en Méjico	137
XIII.	Don Tancredo, Hemingway y su toro de mil kilos	141
XIV.	Pacomio Peribáñez y Félix Merino, o lo que pudo haber sido y no fue	147
XV.	Hazañas ecuestres del indio Raimundo	155
XVI.	El chico de Cleto	163
XVII.	Toros en la Plaza Mayor	167
XVIII.	Joselito y Limeño, niños toreros	175
XIX.	Vicente Sanz «Matapozuelos». El torero que regresó de la muerte	179
XX.	Valladolid, historia y toros	187
XXI.	La ganadería más antigua de España: la del Raso de Portillo	193
XXII.	Plazas de toros salmantinas. La de Béjar, la más antigua de España	201
XXIII.	Pipino el Breve y los toros	215
XXIV.	El Duque de Lerma, su cardenalato y su afición a los toros	219
XXV.	Arte de Cúchares ¿por qué?	223
XXVI.	Historia de un curioso cartel	227
XXVII.	Plaza nueva y corrida inaugural	235
XXVIII.	El toro que mató a José Delgado «Illo» y su circunstancia	241
XXIX.	Papeleta sobre los grabados taurinos del salmantino Antonio Carnicero	249
XXX.	La primera mujer torera fue picadora «La Pajuelera»	253
APÉNDICE		259

ISBN 84-7846-502-2

Junta de Castilla y León
CONSEJERIA DE EDUCACION Y CULTURA

G- 8581

LANZAS, ESPADAS Y LANCES

José Delfín Val